CONTINUACIÓN DE *EL CORREDOR DEL LABERINTO*

LAS PRUEBAS

JAMES DASHNER

Traducción de Noemí Risco Mateo



Resolver el laberinto se suponía que era el final. No más pruebas, no más huidas. Thomas creía que salir significaba que todos recobrarían sus vidas, pero ninguno sabía a qué clase de vida estaban volviendo. Árida y carbonizada, gran parte de la tierra es un territorio inservible. El sol abrasa, los gobiernos han caído y una misteriosa enfermedad se ha ido apoderando poco a poco de la gente. Sus causas son desconocidas; su resultado, la locura.

En un lugar infestado de miseria y ruina, y por donde la gente ha enloquecido y deambula en busca de víctimas, Thomas conoce a una chica, Brenda, que asegura haber contraído la enfermedad y estar a punto de sucumbir a sus efectos. Entretanto, Teresa ha desaparecido, la organización CRUEL les ha dejado un mensaje, un misterioso chico ha llegado y alguien ha tatuado unas palabras en los cuellos de los clarianos. La de Minho dice «el líder»; la de Thomas, «el que debe ser asesinado».

James Dashner

Las pruebas

El corredor del laberinto (2 de 3)

ePUB v1.0

Dirdam 28.02.12



Título original: «The Scorch Trials»
Traducción: Noemí Risco Mateo
Edita: Nocturna Ediciones
Publicación: 12 de septiembre de 2011
ISBN: 978-84-939200-0-5

Para Wesley, Bryson, Kayla y Dallin.
Los mejores niños del mundo.

Capítulo 1

Le habló antes de que el mundo se desmoronara:

Eh, ¿aún estás despierto?

Thomas cambió de postura en la cama y sintió una oscuridad a su alrededor, como si el aire se volviera sólido y le apretara. Al principio le entró el pánico; los ojos se le abrieron de golpe cuando se imaginó de vuelta en la Caja, aquel horrible cubo de frío metal que le había llevado hasta el Claro y el Laberinto. Pero había una luz tenue y unas oscuras sombras fueron apareciendo poco a poco en la enorme habitación. Literas. Cómodas. Las suaves respiraciones y los gorjeantes ronquidos de los chicos que dormían profundamente.

Una sensación de alivio le inundó. Ahora estaba a salvo en su dormitorio. Ya no había preocupaciones. Ya no había laceradores. Ya no había muerte.

¿Tom?

Sonó una voz en su cabeza, la de una chica. No era audible ni visible. Pero, aun así, la oía, aunque nunca podría haberle explicado a nadie cómo funcionaba. Exhaló después de inspirar profundamente y se relajó sobre la almohada; sus nervios de punta se calmaron tras aquel momento de terror. Respondió, formando las palabras con sus pensamientos:

¿Teresa? ¿Qué hora es?

No tengo ni idea —contestó—, *pero no puedo dormir. Probablemente me haya echado una cabezada de una hora. Tal vez más. Esperaba que estuvieras despierto para hacerme compañía.*

Thomas intentó no sonreír. Aunque no pudiera verle, seguiría siendo embarazoso.

No me has dejado muchas más opciones, ¿no? Es un poco difícil dormir cuando alguien te está hablando directamente dentro de tu cráneo.

Llorica. Vuelve a dormir, entonces.

No, estoy bien —se quedó mirando a los pies de la litera que había encima de él, sin ninguna característica especial y algo borrosa en la sombra, donde Minho respiraba como si tuviera la garganta llena de flemas—. *¿En qué has estado pensando?*

¿Tú qué crees? —por alguna razón, proyectó un toque de cinismo en sus palabras —. *Sigo viendo a los laceradores. Su repugnante piel y sus cuerpos grasientos con todos aquellos pinchos y brazos de metal. Estaban demasiado cerca para sentirme cómoda, Tom. ¿Cómo vamos a quitarnos algo así de la cabeza?*

Thomas sabía lo que pensaba. Aquellas imágenes no se les borrarían nunca. A los clarianos les perseguirían el resto de sus vidas las cosas horribles que habían sucedido en el Laberinto. Se figuró que la mayoría, si no todos, tendría problemas psicológicos importantes. Quizás hasta se volvían tarados.

Y sobre todo, tenía una imagen grabada a fuego en su memoria como si se la hubieran marcado al rojo vivo. Su amigo Chuck, apuñalado en el pecho, sangrando y muriéndose mientras Thomas lo sostenía.

Sabía que nunca lo olvidaría, pero lo que le dijo a Teresa fue:

Se te pasará. Tan sólo necesitas un poco de tiempo, eso es todo.

Eso es una tontería —replicó ella.

Lo sé —¡qué ridículo era que le encantara oírle decir algo así, que su sarcasmo significara que las cosas se arreglarían! «Eres idiota», se dijo a sí mismo, y luego esperó que ella no hubiera oído ese pensamiento.

Odio que me hayan separado de vosotros —dijo Teresa.

Aunque Thomas entendía por qué lo habían hecho. Era la única chica y el resto de los clarianos eran adolescentes, una panda de pingajos en los que todavía no confiaba.

Supongo que ha sido para protegerte.

Sí, supongo —al oír aquellas palabras, la melancolía, pegada a ellas como sirope, se filtró en su cerebro—. *Pero es un rollo estar sola después de todo por lo que hemos pasado.*

Por cierto, ¿adónde te han llevado?

Teresa sonaba tan triste que casi le entraban ganas de levantarse e ir a buscarla, pero fue más sensato.

Justo al otro lado de esa gran sala común donde comimos anoche. Es una habitación pequeña con unas cuantas literas. Estoy segurísima de que cerraron la puerta con llave cuando se marcharon.

¿Ves? Te he dicho que querían protegerte —después, añadió enseguida—: *No es que te haga falta precisamente. Apostaría mi dinero por ti contra al menos la mitad de estos pingajos.*

¿Sólo la mitad?

Vale, contra tres cuartos. Incluido yo.

A continuación hubo un largo silencio, aunque de alguna manera Thomas seguía percibiendo su presencia. La sentía. Era similar al modo en que, pese a no poder ver a Minho, sabía que su amigo estaba tumbado a tan sólo unos centímetros encima de él. Y no era sólo por los ronquidos. Cuando alguien está cerca, lo sabes.

A pesar de todos los recuerdos de las últimas semanas, Thomas estaba sorprendentemente calmado y el sueño no tardó en vencerle de nuevo. La oscuridad dominó su mundo, pero ella estaba allí, cerca de él en muchos sentidos. Casi… tocándolo.

No notaba el paso del tiempo mientras se encontraba en aquel estado. Estaba medio dormido, medio disfrutando de su presencia y de la idea de que les habían rescatado de aquel lugar horrible. Estaban a salvo, y Teresa y él podían volver a encontrarse. Aquella vida podía estar bien.

Sueño dichoso. Confusa oscuridad. Calor. Un resplandor físico. Casi flotaba.

El mundo parecía desvanecerse. Todo se volvió dulce y adormecido. Y la oscuridad, de algún modo, era reconfortante. Se deslizó hacia un sueño.

• • •

Es pequeño. ¿Tiene cuatro años, tal vez? ¿Cinco? Está tumbado sobre una cama, tapado con las mantas hasta la barbilla.

Hay una mujer sentada junto a él, con las manos en el regazo. Tiene el pelo largo y castaño, y su rostro comienza a mostrar los primeros signos de la edad. Tiene los ojos tristes. Lo sabe a pesar de que ella se esfuerza mucho por ocultarlo con una sonrisa.

Quiere decir algo, hacerle una pregunta; pero no puede. No está allí de verdad. Tan sólo lo presencia desde un sitio que no entiende del todo. La mujer empieza a hablar con un tono a la vez dulce e irritado que le molesta:

—No sé por qué te han elegido, pero sí sé que eres especial. Nunca lo olvides. Tampoco olvides nunca… —la voz se le quiebra y las lágrimas le recorren el rostro —, nunca olvides cuánto te quiero.

El chico responde, pero no es Thomas quien habla. Aunque en realidad sí es él. Nada tiene sentido.

—¿Te vas a volver loca como toda esa gente que sale en la tele, mamá? ¿Como… papá?

La mujer extiende la mano y le pasa los dedos por el pelo. ¿La mujer? No, no puede llamarla así. Es su madre. Es… mamá.

—No te preocupes por eso, cariño —dice—. No estarás aquí para verlo.

Su sonrisa ha desaparecido.

• • •



El sueño se convirtió en oscuridad demasiado rápido y dejó a Thomas sumido en un vacío, con nada más que sus pensamientos. ¿Había visto otro recuerdo salido de las profundidades de su amnesia? ¿De verdad había visto a su madre? Había dicho algo acerca de que su padre se había vuelto loco. Thomas sintió en su interior un profundo y persistente dolor e intentó refugiarse en el olvido.

Más tarde —de cuánto exactamente no tenía ni idea—, Teresa volvió a hablarle: *Tom, algo va mal.*

Capítulo 2

Así fue cómo empezó. Oyó a Teresa decir esas palabras, pero parecían muy lejanas, como si las dijera desde el otro lado de un largo túnel abarrotado de cosas. El sueño se había convertido en un líquido resbaladizo, espeso y pegajoso que le atrapaba. Tenía conciencia de sí mismo, pero se dio cuenta de que estaba fuera del mundo, sepultado por el agotamiento. No podía despertarse.

¡Thomas!—gritó Teresa.

Un ruido desgarrador en su cabeza. Sintió el primer rastro de miedo, pero era más bien un sueño. Sólo podía dormir. Y ahora estaban a salvo, ya no tenían por qué preocuparse. Sí, tenía que ser un sueño. Teresa estaba bien, ellos estaban bien. Volvió a relajarse y dejó que el sueño le inundara.

Otros sonidos se abrieron camino a su conciencia: golpazos, el repiqueteo del metal contra el metal, algo que se hacía añicos. Chicos chillando. O más bien el eco de los gritos, muy distante, amortiguado. De repente, se parecieron más a gritos. Unos alaridos de angustia sobrenaturales. Pero seguían siendo lejanos, como si los envolviera un grueso capullo de oscuro terciopelo.

Al final, algo interrumpió la comodidad del sueño: eso no estaba bien. ¡Teresa le había llamado, le había dicho que algo iba mal! Luchó contra el profundo sueño que le consumía, arañó el fuerte peso que le inmovilizaba.

«¡Despierta! —gritó para sus adentros—. ¡Despierta!».

Entonces algo desapareció de su interior. Estaba allí y al instante se había ido. Notó como si le hubieran arrancado un órgano principal de su cuerpo.

Había sido ella. Ya no estaba.

¡Teresa!—gritó con su mente—. *¡Teresa! ¿Estás ahí?*

Pero no había nada y ya no sentía aquel consuelo al tenerla cerca. Repitió su nombre una y otra vez mientras continuaba luchando contra el oscuro sueño que tiraba de él.

Por fin, la realidad volvió y se llevó la penumbra. Sumido en el terror, Thomas abrió los ojos, se sentó enseguida sobre la cama, incorporándose rápidamente, y saltó. Miró a su alrededor.

Todo era una locura.

El resto de clarianos corría por la habitación, gritando. Y unos sonidos terribles, espantosos, llenaban el aire, como los atroces gritos de unos animales a los que estuvieran torturando. Fritanga estaba señalando hacia la ventana, con la cara pálida. Newt y Minho corrían en dirección a la puerta. Winston tenía las manos sobre su rostro aterrorizado y plagado de acné, como si acabara de ver un zombi carnívoro. Otros tropezaban entre sí para mirar por las distintas ventanas, pero alejados del cristal. Con algo de dolor, Thomas se dio cuenta de que no sabía la mayoría de los

nombres de los veinte chicos que habían sobrevivido al Laberinto; una extraña idea en medio de todo aquel caos.

Algo en el rabillo del ojo le hizo darse la vuelta para mirar hacia la pared. Lo que vio eliminó de inmediato toda la paz y seguridad que había sentido hablando con Teresa por la noche. Le hizo dudar incluso de que tales emociones pudieran existir en el mismo mundo en el que estaba en aquellos momentos.

A un metro de su cama, cubierta con unas cortinas de colores muy vivos, una ventana daba a una luz brillante y cegadora. Al otro lado había un hombre agarrado a los barrotes, con las manos ensangrentadas. Tenía los ojos muy abiertos, inyectados en sangre, llenos de locura. Las llagas y las cicatrices cubrían su fino rostro quemado por el sol. No tenía pelo, tan sólo unas manchas infectadas de lo que parecía ser moho verdoso. Una atroz hendidura se extendía por su mejilla derecha; Thomas podía verle los dientes a través de la herida en carne viva y purulenta. Una saliva rosada babeaba en líneas ondulantes desde la barbilla del hombre.

—¡Soy un raro! —gritó aquel horror—. ¡Soy un maldito raro!

Y entonces empezó a gritar lo mismo una y otra vez, mientras escupía con cada alarido:

—¡Matadme! ¡Matadme! ¡Matadme…!

Capítulo 3

Una mano cayó de golpe sobre el hombro de Thomas; este pegó un grito y se dio la vuelta para ver a Minho, que tenía la vista clavada en el loco que gritaba por la ventana.

—¡Están por todas partes! —exclamó Minho. Su voz tenía un tono triste, equiparable al estado de ánimo de Thomas. Al parecer, todo lo que se habían atrevido a esperar la noche anterior se había desvanecido completamente—. Y no hay ni rastro de los pingajos que nos rescataron —añadió.

Thomas había vivido sumido en el miedo y el terror durante las últimas semanas, pero aquello ya era demasiado. ¡Sentirse a salvo sólo para que se lo arrebataran de nuevo! Aunque para su asombro, enseguida echó a un lado aquella parte de él que quería volver de un salto a la cama y llorar a lágrima viva. Apartó el dolor persistente que sentía al recordar a su madre y lo que le había pasado a su padre y a la gente que se había vuelto loca. Thomas sabía que alguien tenía que hacerse cargo de la situación. Necesitaban un plan si querían sobrevivir también a aquello.

—¿Ha conseguido entrar alguno? —preguntó, embargado por una extraña calma —. ¿Todas las ventanas tienen estos barrotes?

Minho hizo un gesto de asentimiento en dirección a una de las muchas que cubrían las paredes de la larga habitación rectangular.

—Sí. Ayer por la noche estaba demasiado oscuro para verlos, sobre todo con esas estúpidas cortinas recargadas. Pero me alegro muchísimo de que estén ahí.

Thomas miró a los clarianos. Algunos corrían de ventana en ventana para echar un vistazo afuera mientras que otros estaban apiñados, formando un pequeño grupo. Todos parecían medio incrédulos, medio aterrorizados.

—¿Dónde está Newt?

—Aquí mismo.

Thomas se dio la vuelta para ver al mayor del grupo, sin saber lo mucho que le había echado de menos.

—¿Qué pasa?

—¿Crees que tengo la más puñetera idea? Según parece, una panda de locos nos quiere comer para desayunar. Tenemos que encontrar otra habitación para reunimos. Todo este ruido me está taladrando el puñetero cráneo.

Thomas asintió distraídamente; el plan le parecía bien, pero esperaba que Newt y Minho se encargaran de llevarlo a cabo. Estaba impaciente por contactar con Teresa. Esperaba que su advertencia fuera tan sólo parte de un sueño, una alucinación provocada por la droga de aquel agotamiento. Y aquella visión de su madre…

Sus dos amigos se alejaron para llamar con gestos a los clarianos. Thomas dirigió una mirada tímida al loco destrozado de la ventana, pero apartó la vista de inmediato

y deseó que su cerebro no hubiera recordado la sangre, la carne desgarrada, los ojos de trastornado y los gritos histéricos.

¡Matadme! ¡Matadme! ¡Matadme!

Fue a trompicones hacia la pared más alejada y se recostó contra ella.

Teresa —volvió a llamarla mentalmente—. *Teresa. ¿Me oyes?*

Esperó con los ojos cerrados para concentrarse. Extendió unas manos invisibles con la intención de captar algún rastro de ella. Nada. Ni siquiera una sombra pasajera o una ligera sensación, así que mucho menos una respuesta.

Teresa —repitió con más urgencia, apretando los dientes por el esfuerzo—. *¿Dónde estás? ¿Qué ha pasado?*

Nada. Su corazón pareció ralentizarse hasta casi detenerse y se sintió como si se hubiera tragado un trozo grande de algodón. Algo le había ocurrido a la chica.

Abrió los ojos y vio que los clarianos se habían reunido alrededor de la puerta pintada de verde que llevaba a la zona común donde comieron *pizza* la noche anterior. Minho estaba tirando del pomo redondo de latón en vano. Estaba cerrada con llave.

La otra puerta daba a unas duchas con vestuarios y no existía ninguna salida más. Tan sólo esa y las ventanas, todas con barrotes de metal. Gracias a Dios, porque en cada una había locos violentos gritando y vociferando desde fuera.

Aunque la preocupación le consumía como ácido derramado en sus venas, Thomas cesó por un momento de intentar contactar con Teresa y se reunió con los demás clarianos. Newt trataba de abrir la puerta con el mismo resultado inútil.

—Está cerrada con llave —masculló cuando por fin se rindió, y dejó caer los brazos débilmente a los costados.

—No me digas, genio —soltó Minho con sus fuertes brazos cruzados y en tensión, con todas las venas hinchadas. Thomas pensó por una fracción de segundo que casi podía ver bombear la sangre a través de ellas—. No me extraña que te pusieran el nombre de Isaac Newton. ¡Qué gran capacidad de raciocinio!

Newt no estaba de humor. O quizás había aprendido hacía mucho tiempo a ignorar los comentarios de Minho el listillo.

—Rompamos el maldito pomo —miró a su alrededor como si esperase que alguien le diera un mazo.

—¡Ojalá esos cara… raros se callaran! —gritó Minho, y se dio la vuelta para mirar con el ceño fruncido al que estaba más cerca: una mujer incluso más horrorosa que el primer hombre que había visto Thomas. Una herida sangrante le atravesaba el rostro y terminaba al otro lado de su cabeza.

—¿Raros? —repitió Fritanga.

El cocinero peludo había permanecido callado hasta entonces, apenas habían notado su presencia. Thomas lo veía incluso más asustado que antes de enfrentarse a los laceradores para escapar del Laberinto. Quizás aquello fuera peor. Al meterse en

la cama la noche antes, les había parecido que todo iba bien y estaban a salvo. Sí, tal vez aquello fuera peor porque lo tenían y se quitaron de repente.

Minho señaló a la mujer ensangrentada que estaba chillando.

—Así es cómo no paran de llamarse. ¿No lo has oído?

—Por mí como si los llamas sauces llorones —respondió Newt—. ¡Encuéntrame algo para atravesar esta estúpida puerta!

—Ten —dijo un chico más bajo, que llevaba un extintor estrecho pero sólido que había cogido de la pared. Thomas recordó haberlo visto antes. De nuevo se sintió culpable por no recordar el nombre de aquel chaval.

Newt agarró el cilindro rojo, dispuesto a aporrear el pomo de la puerta. Thomas se acercó todo lo que pudo, impaciente por ver qué había al otro lado, aunque tenía el presentimiento de que fuera lo que fuera, no les iba a gustar.

Newt levantó el extintor y luego golpeó con fuerza el pomo redondo de latón. A aquel martilleo le acompañó un crujido aún más fuerte y tan sólo hicieron falta tres golpes más antes de que el pomo cayera al suelo con un sonido metálico al hacerse pedazos. La puerta se movió lentamente y se entreabrió lo justo para mostrar la oscuridad del otro lado.

Newt se quedó en silencio, con la vista clavada en el largo y estrecho hueco de negrura, como si esperase que aparecieran volando demonios del averno. Distraídamente, devolvió el extintor al chico que lo había encontrado.

—Vamos —dijo. Thomas creyó percibir un ligero temblor en su voz.

—¡Espera! —gritó Fritanga—. ¿Estamos seguros de que queremos salir ahí fuera? A lo mejor esa puerta estaba cerrada por algún motivo.

Thomas no pudo evitar estar de acuerdo; algo fallaba en todo aquello.

Minho se adelantó para colocarse junto a Newt, observó a Fritanga y luego intercambió una mirada con Thomas.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? ¿Sentarnos a esperar que esos chiflados entren? Vamos.

—Esos bichos raros van a tardar bastante en atravesar los barrotes de las ventanas —replicó Fritanga—. Pensemos un segundo.

—El tiempo de reflexión ha terminado —respondió Minho. Dio una patada con el pie y la puerta se abrió del todo. Al otro lado la penumbra parecía aún mayor—. Además, deberías haber hablado antes de que rompiéramos la cerradura en mil pedazos, gilipullo. Ahora es demasiado tarde.

—Odio que tengas razón —gruñó Fritanga entre dientes.

Thomas no podía dejar de mirar más allá de la puerta abierta, hacia el pozo de negra oscuridad. Sintió una aprensión familiar al saber que tenía que haber sucedido algo o, de lo contrario, los que les habían rescatado habrían ido a buscarles hacía un buen rato. Pero Minho y Newt tenían razón: debían salir en busca de respuestas.

—¡Foder —exclamó Minho—, yo iré primero!

Sin esperar una reacción, atravesó la puerta abierta y su cuerpo desapareció en la penumbra casi al momento. Newt miró a Thomas de forma vacilante y después siguió a Minho. Por alguna razón, Thomas creyó que dependía de él ir detrás, así que se decidió.

Paso a paso, dejó el dormitorio y entró en la oscuridad de la zona común, con los brazos extendidos delante de él.

El resplandor de luz que venía de atrás no iluminaba mucho las cosas; bien podría haber estado caminando con los ojos muy apretados. Y aquel lugar olía fatal.

Desde delante, Minho dio un grito y después dijo:

—Guau, tened cuidado. Algo… extraño cuelga del techo.

Thomas oyó un ligero chirrido o un chasquido, algo que crujía. Como si Minho hubiera chocado con una lámpara demasiado baja y la hubiera hecho balancearse hacia delante y atrás. Se oyó un gruñido de Newt a la derecha, seguido del chirrido del metal arrastrado por el suelo.

—Una mesa —anunció Newt—. Cuidado con las mesas.

Fritanga habló detrás de Thomas:

—¿Alguien recuerda dónde estaban los interruptores de la luz?

—Ahí es donde me dirijo —contestó Newt—. Juraría que recuerdo haber visto unos cuantos en algún sitio, por ahí.

Thomas continuó avanzando a ciegas. Sus ojos se habían adaptado un poco; donde antes todo era un muro de negrura, ahora veía rastros de sombras entre las sombras. Aun así, faltaba algo. Todavía estaba un poco desorientado, pero las cosas parecían no estar en el sitio correcto. Era casi como si…

—Arggggh —gruñó Minho con un escalofrío de repulsión, como si acabara de pisar un montón de clonc. Otro chirrido atravesó la sala.

Antes de que Thomas pudiera preguntar qué había pasado, se topó con algo. Duro, de forma repugnante. Con el tacto de una tela.

—¡Los he encontrado! —gritó Newt.

Se oyeron unos cuantos clics. Entonces la sala se iluminó de pronto con la luz de los fluorescentes, que dejó ciego por un momento a Thomas. Se apartó a trompicones de la cosa con la que había chocado, se restregó los ojos, dio con otra figura rígida y la apartó con un empujón.

—¡Ostras! —gritó Minho.

Thomas entrecerró los ojos y su visión se aclaró. Se obligó a contemplar la escena de terror que le rodeaba.

Por toda aquella enorme sala había personas pendiendo del techo, al menos una docena. Las habían colgado por el cuello, y las cuerdas, retorcidas, se hundían en la piel morada e hinchada. Los cuerpos rígidos se balanceaban adelante y atrás

ligeramente, con las lenguas de color rosa pálido saliendo de sus bocas de labios blancos. Todos tenían los ojos abiertos, aunque vidriosos por una muerte segura. Debían de llevar horas así. La ropa y algunas de sus caras les resultaban familiares.

Thomas cayó de rodillas. Conocía a aquellos muertos.

Eran los que habían rescatado a los clarianos. Justo el día anterior.

Capítulo 4

Thomas intentó no mirar ningún cadáver mientras se ponía de pie. Medio caminó, medio avanzó a trompicones hasta Newt, que continuaba junto a los interruptores, con la mirada aterrorizada yendo de un cadáver a otro de los que colgaban por toda la habitación.

Minho se unió a ellos y maldijo entre dientes. Otros clarianos salieron del dormitorio y empezaron a gritar cuando se dieron cuenta de lo que veían; Thomas oyó a un par de ellos tener arcadas, vomitar y escupir. Él mismo sintió unas ganas terribles de hacerlo, pero se contuvo. ¿Qué había ocurrido? ¿Cómo podían haberles arrebatado todo tan pronto? Su estómago se tensó cuando la desesperación amenazó con derribarle.

Entonces se acordó de Teresa.

¡Teresa! —la llamó con su mente—. *¡Teresa!* —una y otra vez gritó mentalmente su nombre con los ojos cerrados y la mandíbula apretada—. *¿Dónde estás?*

—Tommy —dijo Newt, que alargó el brazo para estrecharle el hombro—, ¿qué puñetas te pasa?

Thomas abrió los ojos y se dio cuenta de que se había doblado en dos y se aferraba el estómago con los brazos. Despacio, se enderezó y trató de apartar el pánico que le consumía por dentro.

—¿Tú… tú qué crees? Mira a nuestro alrededor.

—Sí, pero parece que estuvieras sufriendo o te doliera algo.

—Estoy bien, tan sólo intento encontrarla en mi mente. Pero no puedo. —No estaba bien. Odiaba recordarles a los demás que Teresa y él podían comunicarse telepáticamente. Y si todas aquellas personas estaban muertas…—. Tenemos que averiguar dónde la pusieron —soltó, agarrándose enseguida a un cometido para aclarar su mente.

Examinó la sala, esforzándose por no centrarse en los cadáveres, y buscó una puerta que tal vez llevara a su habitación. Le había dicho que estaba al otro lado de donde ellos habían dormido, cruzando la zona común.

Allí. Una puerta amarilla con un pomo de latón.

—Tiene razón —dijo Minho al grupo—. ¡Dispersaos para encontrarla!

—Puede que ya lo haya hecho.

Thomas comenzó a avanzar, sorprendido de lo rápido que había recuperado sus sentidos. Corrió hacia la puerta, esquivando mesas y cuerpos. Tenía que estar allí dentro, a salvo como ellos lo habían estado. La puerta estaba cerrada; eso era una buena señal. Probablemente estaba cerrada con llave. Quizás había caído como él en un profundo sueño. Por eso había estado callada, sin responder.

Estaba a punto de alcanzar la puerta, cuando recordó que necesitarían algo para

forzar la cerradura.

—¡Que alguien vaya a coger el extintor! —gritó por encima de su hombro.

El olor en la zona común era espantoso; le entró una arcada mientras respiraba profundamente.

—Winston, ve a buscarlo —ordenó Minho detrás de él.

Thomas llegó el primero a la puerta e intentó abrirla. El pomo no se movió, estaba bien cerrada. Entonces vio un pequeño cartel de plástico transparente, colgado de la pared a la derecha, de unos doce centímetros cuadrados. Habían metido un trozo de papel por la estrecha ranura, en el que había escritas varias palabras:

Teresa Agnes. Grupo A, Sujeto A-1.
La traidora.

Por extraño que parezca, lo que más le llamó la atención a Thomas fue el apellido de Teresa. O al menos lo que parecía ser su apellido. Agnes. No sabía por qué, pero le sorprendió. Teresa Agnes. No se le ocurría nadie con ese nombre en el manchado conocimiento de historia que flotaba en sus recuerdos aún escasos. A él mismo le habían puesto su nombre por Thomas Edison, el gran inventor. Pero ¿Teresa Agnes? Nunca había oído hablar de ella.

Por supuesto, todos sus nombres eran más una broma que otra cosa, seguramente la manera insensible con que los creadores —CRUEL o quien fuera el que les había hecho aquello— buscaron distanciarse de las personas reales robadas a madres y padres reales. Thomas estaba ansioso por saber cómo lo llamaron al nacer, qué nombre estaba grabado en la memoria de sus padres, fueran quienes fueran. Estuvieran donde estuvieran.

Los vagos recuerdos que recuperó al pasar por el Cambio le habían hecho pensar que no tenía padres que le quisieran. Que fueran quienes fueran, no le querían. Que le habían sacado de unas horribles circunstancias. Pero ahora se negaba a creerlo, sobre todo después de haber soñado con su madre durante la noche.

Minho chasqueó los dedos delante de los ojos de Thomas.

—¿Hola? Llamando a Thomas. No es buen momento para soñar despierto. Hay un montón de cadáveres y huele como los peores comistrajos de Fritanga. Espabila.

Thomas se volvió hacia él.

—Perdona. Tan sólo pensaba que es extraño que el apellido de Teresa sea Agnes.

Minho chasqueó la lengua.

—¿Y a quién le importa esa chorrada? ¿Qué querrán decir con que es la traidora?

—¿Y qué significa «Grupo A, Sujeto A-l»? —preguntó Newt, quien le pasó el extintor a Thomas—. Bueno, te toca a ti romper el puñetero pomo.

Thomas lo cogió y de repente se enfadó consigo mismo por malgastar unos pocos segundos pensando en la estúpida etiqueta. Teresa estaba allí dentro y necesitaba su

ayuda. Intentó no preocuparse por la palabra «traidora», cogió el cilindro y golpeó el pomo de latón. Una sacudida subió por sus brazos cuando el metal repiqueteó contra el metal y el sonido se elevó por el aire. Notó que cedía un poco; dos martilleos más tarde, se cayó y la puerta se abrió de golpe un par de centímetros.

Thomas tiró el extintor a un lado y agarró la puerta para abrirla del todo. Una irritante anticipación se mezcló con el terror de lo que pudiera encontrar. Fue el primero en entrar en la habitación iluminada.

Era una versión más pequeña del dormitorio de los chicos; tan sólo había cuatro literas, dos cómodas y una puerta cerrada que debía de dar a otro cuarto de baño. Todas las camas estaban hechas, excepto una cuyas mantas se hallaban retiradas hacia un lado, la almohada colgaba por el borde y la sábana estaba arrugada. Pero no había ni rastro de Teresa.

—¡Teresa! —la llamó, con la garganta crispada por el pánico.

Se oyó el sonido zumbante y giratorio de la cisterna del váter que había al otro lado de la puerta cerrada y al instante el alivio inundó a Thomas. Fue tan fuerte que casi tuvo que sentarse. Estaba allí, estaba a salvo. Se tranquilizó y empezó a caminar hacia el lavabo, pero Newt le agarró del brazo.

—Estás acostumbrado a vivir con un puñado de chicos —dijo Newt—. No creo que sea cortés irrumpir en el maldito baño de mujeres. Espera a que salga.

—Entonces meteremos a todos aquí y tendremos una Reunión —añadió Minho —. En esta habitación no huele mal y no hay ventanas por las que puedan gritarnos esos raros.

Thomas no se había percatado de la falta de ventanas hasta aquel momento, aunque debería haber sido lo más evidente, considerando el caos de su propio dormitorio. Los raros. Casi se había olvidado de ellos.

—Ojalá se dé prisa —murmuró.

—Los traeré a todos —se ofreció Minho, que se dio la vuelta para regresar a la zona común.

Thomas se quedó con la vista clavada en la puerta del lavabo. Newt, Fritanga y unos cuantos clarianos entraron en la habitación y se sentaron en las camas inclinados hacia delante, con los codos sobre las rodillas, restregándose las manos distraídamente, con la ansiedad y la preocupación manifiestas en sus gestos.

¿Teresa?—dijo Thomas en su mente—. *¿Puedes oírme? Te estamos esperando aquí fuera.*

No hubo respuesta. Y todavía sentía esa burbuja de vacío, como si le hubieran arrebatado su presencia permanentemente.

Se oyó un clic. El pomo de la puerta del cuarto de baño se giró; luego la puerta se abrió hacia Thomas. Él dio un paso adelante, dispuesto a abrazar a Teresa, sin importarle quién estuviese allí para verlo. Pero la persona que entró en la habitación

no era Teresa. Thomas se detuvo a media zancada y casi tropezó. Todo en su interior pareció derrumbarse.

Era un chico.

Llevaba el mismo tipo de ropa que les habían dado a todos la noche anterior: un pijama limpio con una camisa abotonada y unos pantalones de franela azul claro. Tenía la piel aceitunada y el pelo, oscuro, bastante corto. El aire de sorpresa inocente en su rostro fue la única cosa que impidió que Thomas agarrara a aquel pingajo por el cuello y lo zarandeara hasta conseguir sonsacarle algunas respuestas.

—¿Quién eres? —le preguntó Thomas, sin preocuparse de si aquellas palabras sonaban muy duras.

—¿Que quién soy? —respondió el chico con algo de sarcasmo—. ¿Quién eres tú?

Newt se había vuelto a poner de pie; en realidad, estaba más cerca del chico nuevo que Thomas.

—No nos fastidies. Nosotros somos muchos más que tú. Dinos quién eres.

El chico se cruzó de brazos y su cuerpo adoptó una actitud desafiante.

—Muy bien. Me llamo Aris. ¿Qué más queréis saber?

Thomas quería darle un puñetazo al chico. Le molestaba verle tan altivo y prepotente mientras Teresa estaba desaparecida.

—¿Cómo has llegado aquí? ¿Dónde está la chica que durmió aquí esta noche?

—¿Chica? ¿Qué chica? Yo soy el único que está aquí y así ha sido desde que me pusieron en esta habitación ayer por la noche.

Thomas se volvió para señalar en dirección a la puerta de la zona común.

—Allí fuera hay un cartel que dice que esta es su habitación. Teresa… Agnes. No menciona a ningún pingajo llamado Aris.

Algo en su tono de voz debió de hacer que el chico comprendiera que no se trataba de una broma. Extendió las manos en un gesto conciliador.

—Mira, tío, no sé de qué estás hablando. Ayer por la noche me metieron aquí y dormí en esa cama —señaló a la que tenía las sábanas arrugadas y la manta—. Me he despertado hace unos cinco minutos y he ido a hacer un pis. No he oído en mi vida el nombre de Teresa Agnes. Lo siento.

El breve instante de alivio que Thomas había sentido al oír el ruido de la cisterna se había roto. Intercambió una mirada con Newt, sin saber qué más preguntar.

Newt se encogió de hombros ligeramente y luego se volvió hacia Aris.

—¿Quién te metió aquí ayer por la noche?

Aris levantó los brazos al aire, después los dejó caer y se dio una palmada en los costados.

—No tengo ni idea, tío. Un grupo de gente con pistolas que nos rescató dijo que a partir de ahora todo iría bien.

—¿De qué os rescataron? —preguntó Thomas. Aquello estaba resultando muy

raro. Muy, muy raro.

Aris bajó la mirada al suelo y dejó caer los hombros. Era como si una ola de terribles recuerdos le hubiera embargado. Entonces por fin suspiró, levantó la vista para mirar a Thomas y contestó: —Del Laberinto, tío. Del Laberinto.

Capítulo 5

Thomas se ablandó. Aquel chaval no estaba mintiendo, lo sabía. La mirada de terror que se había apoderado de Aris la conocía muy bien. Thomas también la había sentido y la había visto en muchas otras caras. Sabía exactamente qué tipo de terribles recuerdos hacía que alguien tuviera aquella expresión. También sabía que Aris no tenía ni idea de lo que le había pasado a Teresa.

—Quizá deberías sentarte —dijo Thomas—. Creo que tenemos mucho de que hablar.

—¿A qué te refieres? —preguntó Aris—. ¿Quiénes sois vosotros? ¿De dónde habéis venido?

Thomas dejó escapar una risita.

—El Laberinto. Los laceradores. CRUEL. De todo.

Habían pasado tantas cosas que no sabía por dónde empezar. Por no mencionar que su preocupación por Teresa hacía que la cabeza le diera vueltas. Deseaba salir de la habitación para buscarla de inmediato, pero se quedó.

—Estás mintiendo —dijo Aris con una voz que se había convertido en un susurro y la cara aún más pálida.

—No —respondió Newt—, Tommy tiene razón. Tenemos que hablar. Por lo visto, venimos de sitios similares.

—¿Quién es ese tío?

Thomas se dio la vuelta y advirtió que Minho había vuelto y un grupo de clarianos estaba detrás de él, al otro lado de la puerta. Tenían las caras arrugadas por el hedor de fuera y sus ojos aún reflejaban el terror por lo que llenaba la sala que había justo a sus espaldas.

—Minho, este es Aris —contestó Thomas, que se apartó e hizo un gesto hacia el otro chico—. Aris, este es Minho.

Minho tartamudeó un par de palabras ininteligibles, como si no supiera por dónde empezar.

—Mira —dijo Newt—, bajemos estas dos puñeteras camas y movámoslas por la habitación. Entonces podremos sentarnos todos y averiguar qué es lo que está pasando.

Thomas negó con la cabeza.

—No. Antes tenemos que encontrar a Teresa. Tiene que estar en otra habitación.

—No hay más —repuso Minho.

—¿Qué quieres decir?

—He mirado por todas partes. Está la gran zona común. Esta habitación, nuestro dormitorio y algunas fucas puertas que llevan afuera, por donde entramos después de bajarnos del autobús ayer. Están cerradas con llave y cadenas desde el interior. No

tiene sentido, pero no veo ninguna otra puerta o salida.

Thomas negó con la cabeza, confundido. Era como si millones de arañas hubieran tejido telarañas por todo su cerebro.

—Pero… ¿y ayer por la noche? ¿De dónde vino la comida? ¿Nadie vio otra habitación, una cocina, algo?

Miró a su alrededor, esperando una respuesta, pero nadie pronunció palabra.

—A lo mejor hay una puerta oculta —dijo al final Newt—. Mira, sólo podemos hacer una cosa a la vez. Tenemos que…

—¡No! —gritó Thomas—. Tenemos todo el día para hablar con este tal Aris. La etiqueta de la puerta dice que Teresa debería estar aquí, en algún sitio. ¡Tenemos que encontrarla!

Sin esperar una respuesta, se dirigió hacia la puerta de vuelta a la zona común y se abrió paso entre los chicos hasta que estuvo al otro lado. El olor le llegó enseguida como si le hubieran tirado un cubo de aguas residuales sobre la cabeza. Los cuerpos morados e hinchados colgaban como animales muertos colocados así por los cazadores para que se secaran. Aquellos ojos sin vida le miraban fijamente.

Una familiar y escalofriante sensación de repugnancia inundó su estómago y le provocó arcadas. Cerró los ojos un segundo y deseó que las tripas se le asentaran. Cuando por fin lo hicieron, empezó a buscar alguna señal de Teresa, esforzándose para no mirar a los muertos.

Pero entonces un terrible pensamiento le vino a la cabeza. ¿Y si…?

Atravesó corriendo la sala, buscando entre los rostros de los cadáveres. Ninguno era el de ella. El alivio desvaneció el momento fugaz de pánico y se concentró en aquella habitación.

Las paredes que rodeaban la zona común eran muy sencillas: yeso liso pintado de blanco, sin decoración ninguna. Y por alguna razón, no tenían ventanas. Caminó rápido por toda su circunferencia mientras pasaba la mano izquierda por la pared. Llegó a la puerta del dormitorio de los chicos, la pasó y después se dirigió a la gran entrada que habían cruzado el día anterior. Entonces había caído un fortísimo aguacero, que ahora parecía irreal, a juzgar por el sol brillante que había visto antes detrás del loco.

La entrada —o la salida— consistía en dos grandes puertas de acero, cuyas superficies eran de un reluciente tono plateado. Y justo como había dicho Minho, habían pasado una enorme cadena —con unos eslabones de más de dos centímetros de grosor— por el picaporte, bien tensada, con dos grandes candados cerrados para mayor seguridad. Thomas extendió los brazos y tiró de las cadenas con la intención de comprobar su fuerza. El metal estaba frío en sus manos y no cedía lo más mínimo.

Esperó oír unos golpes desde el otro lado, que los raros intentaran entrar tal y cómo lo hacían por las ventanas del dormitorio. Pero la habitación continuó en

silencio. Los únicos sonidos estaban amortiguados y provenían de los dos dormitorios: los gritos distantes de los raros y los murmullos de la conversación de los clarianos.

Frustrado, Thomas continuó su paseo a lo largo de las paredes hasta que volvió a la habitación que se suponía que era la de Teresa. Nada, ni siquiera una grieta o una junta que indicara otra salida. Aquella amplia sala ni siquiera era cuadrada. Era un gran óvalo, redondo y sin esquinas.

Estaba totalmente perplejo. Volvió a pensar en la noche anterior, cuando todos estaban allí sentados comiendo *pizza* como muertos de hambre. Estaba seguro de que había visto otras puertas, una cocina o algo parecido. Pero cuanto más lo pensaba, cuanto más trataba de imaginar cómo eran las cosas, más confusas se volvían. Una alarma sonó en su cabeza: antes ya les habían manipulado los cerebros. ¿Había vuelto a ocurrir? ¿Les habían alterado la memoria o se la habían borrado?

¿Y qué le había pasado a Teresa?

Desesperado, pensó en arrastrarse por el suelo para buscar una trampilla o algo por el estilo, alguna pista de lo sucedido. Pero no podía pasar más tiempo con todos aquellos cuerpos putrefactos. Lo único que le quedaba era el chico nuevo. Suspiró y regresó a la pequeña habitación donde lo habían encontrado. Aris tenía que saber algo que les sirviera de ayuda.

Justo como Newt había ordenado, las literas superiores fueron desenganchadas de las inferiores y colocadas contra las paredes del cuarto, creando suficiente espacio para que los diecinueve clarianos restantes y Aris pudieran sentarse en círculo, de frente.

Cuando Minho vio a Thomas, dio unas palmaditas en el sitio que había a su lado.

—Te lo he dicho, tío. Siéntate y hablemos. Te estábamos esperando. Pero cierra esa fuca puerta antes que nada. Ahí fuera huele peor que los pies podridos de Gally.

Sin responder, Thomas tiró de la puerta para cerrarla, luego se acercó y se sentó. Quería hundir la cabeza entre las manos, pero no lo hizo. Nada indicaba con seguridad que algún peligro amenazara a Teresa. Algo extraño estaba pasando, pero podía haber un millón de explicaciones, y muchas de ellas incluían que estuviera bien.

Newt estaba en una cama a la derecha, sentado tan inclinado hacia delante que sólo el borde de su trasero se apoyaba en el colchón.

—Bien, empecemos a contar la maldita historia para que podamos llegar al problema real: encontrar qué comer.

Justo en ese instante, Thomas notó un pinchazo de hambre y oyó el quejido de su estómago. Aquel problema ni siquiera se le había ocurrido todavía. Agua tendrían en los lavabos, pero no había ni rastro de comida por ningún sitio.

—Bien —dijo Minho—. Habla, Aris. Cuéntanoslo todo.

El chico nuevo estaba enfrente de Thomas. Los clarianos que estaban sentados a ambos lados del desconocido habían salido pitando hacia los extremos de la cama. Aris negó con la cabeza.

—Ni hablar. Vosotros primero.

—¿Sí? —respondió Minho—. ¿Qué te parece si nos turnamos para romperte tu cara de clonc? Luego te pediremos de nuevo que hables.

—Minho —dijo Newt con dureza—, no hay razón para que…

Minho señaló bruscamente a Aris.

—Por favor, tío. Por lo que sabemos, este pingajo podría ser uno de los creadores. Alguien de CRUEL que está aquí para espiarnos. Podría haber matado a esa gente de ahí fuera. ¡Es el único al que no conocemos y las puertas y las ventanas están cerradas! Estoy harto de verlo tan arrogante cuando somos veinte contra uno. Él debería hablar primero.

Thomas gruñó por dentro. Sabía que el chaval nunca se abriría si Minho le aterrorizaba.

Newt suspiró y miró a Aris.

—Tiene razón. Tan sólo dinos a qué te refieres cuando dices que saliste del puñetero Laberinto. De allí escapamos nosotros y está claro que no te conocíamos.

Aris se restregó los ojos y luego miró a Newt.

—Muy bien, escuchad. Me arrojaron a aquel gigantesco laberinto de enormes muros de piedra, pero antes de eso me borraron la memoria. No podía recordar nada de mi vida anterior. Tan sólo sabía mi nombre. Vivía allí con un puñado de chicas. Habría unas cincuenta y yo era el único chico. Escapamos hace unos días. Los que nos ayudaron nos metieron en un gran gimnasio durante unos días y luego me trasladaron aquí ayer por la noche; pero nadie me explicó nada. ¿Qué es eso de que vosotros también habéis estado en un laberinto?

Thomas apenas oyó las últimas palabras de lo que Aris había dicho por los sonidos de sorpresa que emitieron los demás clarianos. La confusión se arremolinaba en su cerebro. Aris había descrito lo que le había pasado de forma tan simple y rápida como si relatara un día en la playa. Pero parecía una locura. Monumental, si era cierto. Por suerte, alguien expresó en voz alta exactamente lo que Thomas trataba de aclarar en su mente:

—Espera un momento —exclamó Newt—. ¿Viviste en un gran laberinto, en una granja, donde los muros se cerraban todas las noches? ¿Tan sólo tú y unas cuantas chicas? ¿Había unas criaturas que se llamaban laceradores? ¿Fuiste el último en llegar allí? ¿Y todo se lió cuando apareciste? ¿Te quedaste en coma? ¿Con una nota que decía que serías el último y no llegarían más?

—Espera, espera, espera —estaba diciendo Aris incluso antes de que Newt

hubiera terminado—. ¿Cómo sabes todo eso? ¿Cómo…?

—Es el mismo fuco experimento —espetó Minho con agresividad en su voz—. O el mismo… lo que sea. Pero eran todo chicas y un chico, y nosotros éramos todo chicos y una chica. ¡CRUEL ha debido de construir dos de esos laberintos y hacer dos pruebas distintas!

La línea de pensamiento de Thomas ya había aceptado aquella teoría. Por fin se calmó lo suficiente para poder hablar. Miró a Aris.

—¿Te llamaron «el desencadenante»?

Aris asintió, obviamente igual de perplejo que el resto de presentes en la habitación.

—¿Y podías…? —empezó a preguntar Thomas, pero vaciló. Era como si cada vez que sacara el tema estuviera admitiendo ante el mundo que estaba loco—. ¿Podías hablar con una de las chicas dentro de tu mente? Ya sabes, por telepatía.

Los ojos de Aris se abrieron de par en par y se quedó con la vista clavada en Thomas, como si él entendiera un oscuro secreto que tan sólo otra persona que lo compartiera pudiera comprender.

¿Me oyes?

La pregunta apareció tan clara en la mente de Thomas que al principio pensó que Aris lo había dicho en voz alta. Pero no, sus labios no se habían movido.

¿Me oyes? —repitió el chico.

Thomas vaciló y tragó saliva. *Sí.*

La mataron —le dijo Aris—. *Mataron a mi mejor amiga.*

Capítulo 6

—¿Qué pasa? —preguntó Newt mientras miraba a Thomas y Aris—. ¿Por qué os estáis mirando como si acabarais de enamoraros?

—Él también puede hacerlo —respondió Thomas sin quitarle los ojos de encima al chico nuevo, al tiempo que veía a los demás de reojo. Aquella última afirmación de Aris le había aterrorizado; si habían matado a su compañera telepática…

—¿Qué es lo que hace? —preguntó Fritanga.

—¿Tú qué crees? —dijo Minho—. Es un bicho raro como Thomas. Pueden hablar en sus cabezas.

Newt fulminó a Thomas con la mirada.

—¿En serio?

Thomas asintió y estuvo a punto de volver a hablar a Aris en su mente, pero lo dijo en voz alta en el último segundo:

—¿Quién la mató? ¿Qué pasó?

—¿Quién ha matado a quién? —preguntó Minho—. No hagáis más vuestra clonc vudú mientras estemos por aquí.

Thomas, a quien empezaban a llorarle los ojos, dejó por fin de mirar a Aris para centrarse en Minho.

—Tenía a alguien con quien hacía esto, igual que yo antes. Digo… ahora. Pero me ha dicho que la mataron. Quiero saber quién es esa gente.

Aris había bajado la cabeza y sus ojos miraban cerca de donde estaba Thomas sentado.

—La verdad es que no sé quiénes son. Es demasiado confuso. No sé diferenciar a los buenos de los malos. Pero creo que de algún modo hicieron que aquella chica, Beth… apuñalara a… mi amiga. Se llamaba Rachel. Está muerta, tío. Está muerta.

Se cubrió la cara con ambas manos.

Thomas sintió un pinchazo casi doloroso de confusión. Todo apuntaba a que Aris venía de otra versión del Laberinto, montado en el mismo formato, salvo por la proporción de chicas con respecto a los chicos. Eso convertiría a Aris en su versión de Teresa. Y esa Beth parecía ser su versión de Gally, quien mató a Chuck. Con un cuchillo. ¿Significa eso que se suponía que Gally tenía que haber matado a Thomas?

Pero ¿por qué estaba Aris allí ahora? ¿Y dónde estaba Teresa? Cuando las cosas parecían casi encajar en su mente, se desbarataron de nuevo.

—Bueno, ¿cómo has acabado con nosotros? —preguntó Newt—. ¿Dónde están todas esas chicas de las que no dejas de hablar? ¿Cuántas escaparon contigo? ¿Os trajeron aquí a todos o sólo a ti?

Thomas no pudo evitar compadecerse de Aris al ver que le interrogaban con todas aquellas preguntas después de lo que le había sucedido. Si fuera al revés, si Thomas

hubiera visto cómo mataban a Teresa… Ver cómo moría Chuck ya había sido bastante malo.

«¿Bastante malo? —pensó—. ¿O ver morir a Chuck fue peor?».

Thomas quería gritar. En aquel momento, el mundo entero apestaba.

Aris al final levantó la cabeza y se secó un par de lágrimas de las mejillas. Lo hizo sin la más mínima señal de vergüenza y Thomas de repente supo que le gustaba aquel chaval.

—Mira —dijo el chico—, estoy tan confundido como todos los demás. Sobrevivimos unos treinta, nos llevaron a aquel gimnasio, nos dieron de comer y nos lavamos. Luego me trajeron aquí ayer por la noche y me dijeron que tenía que estar separado de ellas porque soy un chico. Eso es todo. Entonces aparecisteis vosotros, palos.

—¿Palos? —repitió Minho.

Aris negó con la cabeza.

—Da igual. Ni siquiera sé lo que significa. Era una palabra que usaban cuando llegué allí.

Minho intercambió una mirada con Thomas, medio sonriendo. Al parecer ambos grupos habían inventado su propio vocabulario.

—¡Eh! —exclamó uno de los clarianos al que Thomas apenas conocía. Estaba apoyado en la pared detrás de Aris y le señaló—. ¿Qué llevas en ese lado de tu cuello? Algo negro, justo debajo de donde empieza tu camisa.

Aris intentó bajar la vista, pero no podía torcer el cuello para ver esa parte de su cuerpo.

¿Qué?

Al darse la vuelta, Thomas vio una mancha oscura justo encima del escote de su pijama. Parecía una línea gruesa, que se extendía desde su clavícula hasta la espalda. Y estaba partida, como si trazara caracteres.

—Ven, déjame echarle un vistazo —se ofreció Newt.

Se levantó de la cama para acercarse y su cojera, por algo sucedido en el pasado que nunca le reveló a Thomas, se notó más de lo habitual. Extendió los brazos y tiró de la camisa de Aris hacia abajo para ver mejor la extraña marca.

—Es un tatuaje —dijo Newt con los ojos entrecerrados porque no se podía creer lo que estaba viendo.

—¿Qué dice? —preguntó Minho, aunque ya se había levantado de la cama y se acercaba para verlo con sus propios ojos.

Al no responder Newt de inmediato, la curiosidad obligó a Thomas a ponerse de pie, y pronto estuvo junto a Minho, inclinado hacia delante para ver el tatuaje. Lo que vio allí escrito en letra de imprenta hizo que le diera un vuelco el corazón:

Propiedad de CRUEL. Grupo B, Sujeto B-1.

El compañero.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Minho.

—¿Qué pone? —preguntó Aris mientras se tocaba la piel del cuello y de los hombros y se tiraba del cuello de la camisa—. ¡Juro que no estaba ahí ayer por la noche!

Newt le repitió las palabras y luego dijo:

—¿Propiedad de CRUEL? Creía que habíamos escapado de ellos. O que tú también habías escapado. Lo que sea.

Se dio la vuelta, visiblemente frustrado, y volvió a sentarse en su cama.

—¿Y por qué te llamarían «el compañero»? —dijo Minho, que aún tenía la vista clavada en el tatuaje.

Aris negó con la cabeza.

—No tengo ni idea. Y eso no estaba ahí anoche. Me duché y me miré en el espejo. Lo hubiera visto. Y alguien seguro que lo habría notado cuando estaba en el Laberinto.

—¿Me estás diciendo que te hicieron el tatuaje en mitad de la noche? —exclamó Minho—. ¿Sin que te dieras cuenta? Venga ya, tío.

—¡Te lo juro! —insistió Aris.

Después se levantó y fue al baño, probablemente para intentar ver las palabras con sus propios ojos.

—No creo una fuca palabra de lo que dice —le susurró Minho a Thomas cuando volvió a su asiento.

Entonces, justo cuando se inclinaba para volver a dejarse caer sobre el colchón, su camisa se movió lo suficiente para revelar una gruesa línea negra en su cuello.

—¡Vaya! —dijo Thomas, que por un segundo se quedó demasiado aturdido para moverse.

—¿Qué? —preguntó Minho y miró a Thomas como si le acabara de salir una tercera oreja en la frente.

—Tu… tu cuello —por fin dijo Thomas—. ¡Tú también lo tienes!

—¿De qué foño estás hablando? —se alarmó Minho, que se estiró la camisa, con la cara arrugada, para tratar de ver algo que su vista no podía alcanzar.

Thomas se acercó a Minho, le quitó las manos de encima y retiró el cuello de la camisa.

—¡Hostia… está ahí! Es lo mismo, salvo por…

Thomas leyó las palabras para sus adentros:

Propiedad de CRUEL. Grupo A, Sujeto A-7.
El líder.

—¿Qué, tío? —le gritó Minho.

Casi todos los clarianos se habían agrupado muy pegados entre sí detrás de Thomas y se esforzaban por conseguir ver algo. Thomas enseguida leyó en voz alta las palabras tatuadas, sorprendido de hacerlo sin atrancarse.

—Me estás tomando el pelo, ¿no? —dijo Minho y se levantó. Se abrió camino entre la multitud de chicos y siguió a Aris hasta el lavabo.

Y entonces se desató la histeria. Thomas notó cómo le estiraban de la camisa y él bajó la de otros. Todos empezaron a hablar de todos los demás.

—En todos pone Grupo A.

—Propiedad de CRUEL, como en él.

—Tú eres el Sujeto A-13.

—El Sujeto A-19.

—A-3.

—A-10.

Thomas fue pasando despacio, en círculo, aturdido, mientras observaba cómo los clarianos se descubrían los tatuajes unos a otros. La mayoría no tenía designaciones adicionales como Aris y Minho, tan sólo la línea sobre la propiedad. Newt iba de chico en chico, buscándose a sí mismo, con el rostro impertérrito como si estuviera concentrándose en memorizar los nombres y los números. Entonces, por accidente, los dos se quedaron mirándose.

—¿Qué dice el mío? —preguntó Newt.

Thomas apartó el cuello de su camisa y se asomó para leer las palabras grabadas en su piel.

—Eres el Sujeto A-5 y te llaman el *Pegamento.*

Newt le miró, sobresaltado.

—¿El *Pegamento?*

Thomas le soltó la camisa y retrocedió un paso.

—Sí. Probablemente porque eres un poco como un pegamento y nos mantienes a todos unidos. No sé. Lee el mío.

—Ya lo he hecho…

Thomas advirtió la extraña expresión de Newt. Duda. O terror. Como si no quisiera decirle lo que ponía en su tatuaje.

—¿Y bien?

—Eres el Sujeto A-2—respondió Newt y luego bajó la mirada.

—¿Y? —insistió Thomas.

Newt vaciló y después contestó sin mirarle:

—No te llama nada. Tan sólo dice… «Debe matarlo el Grupo B».

Capítulo 7

A Thomas no le dio tiempo de procesar lo que Newt había dicho. De hecho, estaba intentando decidir si estaba más confundido o asustado cuando un timbre empezó a sonar por toda la habitación. Por instinto se echó las manos a los oídos y miró a los demás.

Advirtió el reconocimiento perplejo de sus rostros y entonces se dio cuenta. Era el mismo sonido que habían oído en el Laberinto justo antes de que Teresa apareciera en la Caja. Aquella había sido la única vez que lo había oído y, atrapado en los límites de un pequeño cuarto, era diferente, más fuerte, con ecos solapados. Aun así, estaba segurísimo de que era lo mismo. Era la alarma utilizada en el Claro para anunciar que un novato había llegado.

Y no paraba. Thomas ya estaba sintiendo que un dolor de cabeza se formaba detrás de sus ojos.

Los clarianos daban vueltas por la habitación a la vez que contemplaban boquiabiertos las paredes y el techo, como si intentaran averiguar la fuente de aquel ruido. Algunos se sentaron en las camas mientras presionaban los laterales de sus cabezas con las manos.

Thomas también trató de localizar la fuente de la alarma, pero no pudo ver nada. Era tan sólo un sonido que provenía de todos los sitios a la vez.

Newt le agarró del brazo y le gritó al oído:

—¡Es la maldita alarma de los novatos!

—¡Lo sé!

—¿Por qué suena ahora?

Thomas se encogió de hombros y esperó que su cara no reflejara lo molesto que estaba. ¿Cómo iba a saber él lo que estaba pasando?

Minho y Aris habían salido del lavabo, ambos restregándose la nuca distraídamente mientras buscaban respuestas en la habitación. No tardaron mucho en descubrir que los demás tenían tatuajes similares a los suyos. Fritanga se había acercado a la puerta que daba a la zona común y estaba a punto de tocar con la palma de la mano el sitio donde antes se hallaba el pomo roto.

—¡Espera! —gritó Thomas, llevado por un impulso.

Corrió hasta Fritanga y notó que Newt iba detrás de él.

—¿Por qué? —preguntó Fritanga, con la mano aún a pocos centímetros de la puerta.

—No lo sé —contestó Thomas, sin estar seguro de si le oirían con aquel estruendo—. Es una alarma. Quizás esté pasando algo muy malo.

—¡Sí! —gritó Fritanga—. ¡Y quizá tengamos que largarnos de aquí!

Sin esperar a ver lo que Thomas decía, empujó la puerta. No se movió y la

empujó más fuerte. Al seguir sin moverse, se apoyó en ella con todo su peso.

Nada. Estaba tan cerrada como si la hubieran tapiado.

—¡Habéis roto el fuco pomo! —gritó Fritanga, y golpeó la puerta con la palma de la mano.

Thomas no quería gritar más; estaba cansado y le dolía la garganta. Se dio la vuelta y se apoyó en la pared, con los brazos cruzados. Casi todos los clarianos parecían tan agotados como él; estaban hartos de buscar respuestas o una salida. Todos se encontraban sentados en las camas o de pie con la mirada perdida.

Más por desesperación que por otra cosa, Thomas volvió a llamar a Teresa. Luego lo hizo varias veces más. Pero la chica no respondió y, de todos modos, en medio de aquel estruendo, Thomas no sabía si podría haberse concentrado lo suficiente para oírla. Todavía notaba su ausencia; era como despertarse un día sin dientes en la boca. No haría falta correr al espejo para saber que ya no los tenías.

Entonces la alarma se paró.

Nunca antes el silencio había parecido tener su propio sonido, como una colmena de abejas zumbantes, se estableció con ferocidad en el cuarto e hizo que Thomas levantara las manos y se metiera un dedo en cada oreja. Las respiraciones, los suspiros de la habitación, eran como una explosión comparados con la extraña nube de tranquilidad.

Newt fue el primero en hablar:

—No me digas que nos van a seguir mandando novatos caídos del cielo.

—¿Dónde está la Caja en este fuco sitio? —masculló Minho con sarcasmo.

Un ligero chirrido hizo que Thomas mirase de repente a la puerta que daba a la zona común. Se había abierto varios centímetros y un trozo de oscuridad marcaba ahora dónde estaba entornada. Alguien había apagado las luces al otro lado. Fritanga retrocedió un paso.

—Supongo que ahora quieren que salgamos ahí fuera —dijo Minho.

—Pues ve tú primero —sugirió Fritanga.

Minho ya había empezado a moverse.

—No hay problema. Puede que tengamos a un nuevo pingajo con el que meternos y al que darle patadas en el culo cuando no tengamos nada más que hacer —se acercó a la puerta y luego se detuvo para mirar de reojo a Thomas. Su voz se había vuelto sorprendentemente suave—. No nos vendría mal otro Chuck.

Thomas sabía que no debería haberse ofendido. En cualquier caso, Minho estaba intentando —a su manera— demostrar que echaba de menos a Chuck, al igual que todos los demás. Pero al recordarle a su amigo, y en aquel momento tan extraño, Thomas se enfadó. El instinto le dijo que lo ignorara. Ya tenía bastante con las cosas que le estaban pasando. Tenía que alejarse de sus sentimientos por un tiempo y avanzar. Paso a paso. Ir solucionándolo todo.

—Sí —dijo al final—. ¿Vas a pasar tú o quieres que vaya yo primero?

—¿Qué decía tu tatuaje? —respondió Minho en voz baja, ignorando la pregunta de Thomas.

—No importa. Salgamos de aquí.

Minho asintió, sin mirarle directamente. Entonces sonrió y fuera lo que fuera lo que le preocupaba tanto desapareció y fue sustituido por su habitual actitud relajada.

—Bien. Si algún zombi empieza a comerse mi pierna, sálvame.

—Hecho.

Thomas quería que se diera prisa y continuara. Sabía que estaban al borde de otro gran cambio en su ridículo viaje y no quería alargarlo más.

Minho empujó la puerta para abrirla. La simple franja de oscuridad se convirtió en una amplia banda; la zona común ahora estaba tan negra como lo había estado cuando salieron del dormitorio de los chicos. Minho cruzó el umbral y Thomas siguió sus pasos.

—Espera aquí —susurró Minho—. No hay necesidad de volver a jugar a los coches de choque con todos estos muertos. Deja que encuentre antes los interruptores de la luz.

—¿Por qué las habrán apagado? —preguntó Thomas—. Quiero decir, ¿quién las ha apagado?

Minho volvió la cabeza para mirarle; la luz del cuarto de Aris se extendió por su cara, iluminando la sonrisita que esbozaba.

—¿Por qué te molestas en hacer preguntas, tío? Nada ha tenido sentido desde el principio y probablemente nunca lo tenga. Así que corta el rollo y quédate quieto.

Minho enseguida fue engullido por la oscuridad. Thomas oyó sus suaves pasos sobre la alfombra y el sonido de su mano recorriendo la pared mientras caminaba.

—¡Aquí están! —gritó desde un sitio que parecía estar a la derecha de Thomas.

Sonaron unos cuantos clics y las luces brillaron por toda la sala. Durante una minúscula fracción de segundo, Thomas no se dio cuenta de lo que había de diferente en aquel lugar. Pero entonces le vino de lleno y, como si también se le hubieran despertado sus otros sentidos, se dio cuenta de que el horrible olor a cadáveres putrefactos había desaparecido.

Y ahora sabía por qué.

No había cuerpos y ni siquiera quedaba rastro de que hubieran estado allí.

Capítulo 8

Pasaron varios segundos antes de que Thomas se diera cuenta de que había dejado de respirar. Cogió una gran bocanada de aire y miró boquiabierto la sala que ahora estaba vacía. No había cuerpos hinchados y de piel morada. No había mal olor.

Newt le empujó ligeramente al pasar y avanzó con su leve cojera hasta que estuvo en el mismo centro del suelo enmoquetado de la sala.

—Esto es imposible —dijo y se dio la vuelta lentamente, mirando el techo de donde los cadáveres colgaban en cuerdas hacía tan sólo unos minutos—. No ha pasado bastante tiempo para que alguien los haya podido sacar. Y nadie más ha entrado en esta puñetera sala. ¡Los hubiéramos oído!

Thomas se apartó y se apoyó en la pared mientras los otros clarianos y Aris salían del pequeño dormitorio. Un silencioso sobrecogimiento se extendió por el grupo cuando, uno a uno, todos notaron que no estaban los muertos. En cuanto a Thomas, volvió una vez más a inundarle cierta insensibilidad, como si ya no fuera a sorprenderle nada.

—Tienes razón —le dijo Minho a Newt—. Estuvimos ahí con la puerta cerrada, ¿cuánto, veinte minutos? No hay forma de que alguien haya podido mover todos esos cuerpos tan rápido. Además, este sitio está cerrado desde dentro.

—Por no mencionar cómo han eliminado el olor —añadió Thomas.

Minho asintió.

—Bueno, vosotros sois dos pingajos muy listos —dijo Fritanga enfurruñado—, pero echad un vistazo a vuestro alrededor. Ya no están. Así que penséis lo que penséis, se han deshecho de ellos de algún modo.

A Thomas no le apetecía discutir ni quería siquiera hablar del tema. Los cadáveres habían desaparecido. Habían visto cosas más raras.

—Eh —dijo Winston—, esa gente loca ha dejado de gritar y chillar.

Thomas escuchó. Silencio.

—Creo que no podíamos oírlos desde el cuarto de Aris. Pero tienes razón, han parado.

No tardaron en echar a correr todos hacia el dormitorio más grande, al otro lado de la zona común. Thomas les siguió con una intensa curiosidad por mirar a través de las ventanas el mundo exterior. Antes, con los raros gritando y apretando sus caras contra los barrotes de hierro, había estado demasiado horrorizado para echar un vistazo.

—¡Ni de coña! —gritó Minho desde delante y, sin más explicaciones, desapareció dentro de la habitación.

Mientras Thomas avanzaba en esa dirección, advirtió que todos los chicos vacilaban un segundo, con los ojos abiertos como platos en el umbral de la puerta,

después continuaban y pasaban al interior del dormitorio. Esperó a que los clarianos y Aris entraran y luego les siguió.

Sintió la misma impresión que los otros chicos. En conjunto, la habitación estaba más o menos como la habían dejado antes; pero había una diferencia monumental: en cada ventana, sin excepción, se había levantado una pared de ladrillos rojos, justo por detrás de los barrotes de hierro, que bloqueaba completamente el espacio abierto. La única luz de la habitación provenía de los paneles del techo.

—Aunque hubieran sido muy rápidos con los cadáveres —dijo Newt—, estoy segurísimo de que no tuvieron tiempo de construir estas malditas paredes de ladrillo. ¿Qué está pasando aquí?

Thomas se quedó observando mientras Minho se acercaba a una de las ventanas y sacaba la mano entre los barrotes para empujar los ladrillos rojos.

—Es sólida —dijo, y le dio unas palmaditas.

—Ni siquiera parece recién hecha —murmuró Thomas, que se acercó a una para tocarla. Estaba dura y fría—. La argamasa está seca. Nos han engañado de alguna manera, eso es todo.

—¿Nos han engañado? —preguntó Fritanga—. ¿Cómo?

Thomas se encogió de hombros y volvió a su indiferencia. Seguía deseando desesperadamente poder hablar con Teresa.

—No lo sé. ¿Te acuerdas del Precipicio? Saltamos al aire y atravesamos un agujero invisible. Quién sabe lo que puede hacer esta gente.

La siguiente media hora la pasaron aturdidos. Thomas deambulaba, como el resto, inspeccionando las paredes de ladrillos, buscando señales de alguna cosa más que hubiera cambiado. Encontró varias, cada una tan extraña como la anterior. Todas las camas del dormitorio de los clarianos estaban hechas y no había ni rastro de la ropa sucia que llevaban antes de ponerse el pijama que les dieron la noche antes. Habían cambiado las cómodas de sitio, aunque la diferencia era sutil y algunos no estaban de acuerdo con que las hubieran movido. Fuera como fuera, todos los chicos tenían ahora ropa limpia, zapatos y un nuevo reloj digital.

Pero el cambio más grande de todos —descubierto por Minho— fue el cartel que había fuera de la habitación donde habían encontrado a Aris. En vez de poner «Teresa Agnes. Grupo A, Sujeto A-l. La traidora», ahora se leía:

Aris Jones. Grupo B, Sujeto B-l.
El compañero.

Todos le echaron un vistazo al nuevo letrero y se alejaron, pero Thomas se encontró delante, incapaz de apartar los ojos de él. Para Thomas fue como si la nueva etiqueta lo hiciera oficial: le habían quitado a Teresa y la habían sustituido por Aris. Nada tenía sentido y tampoco ya importaba. Volvió al dormitorio de los chicos, encontró el

catre en el que se había acostado la otra noche —o al menos en el que creía haberse acostado— y se puso la almohada encima de la cabeza, como si aquel gesto hiciera que todos desaparecieran.

¿Qué le había ocurrido a Teresa? ¿Qué les había sucedido a ellos? ¿Dónde estaban? ¿Qué se suponía que tenían que hacer? Y los tatuajes…

Movió la cabeza a un lado, luego el cuerpo entero, apretó los ojos con fuerza, cruzó los brazos y encogió las piernas hasta tumbarse en posición fetal. Entonces, decidido a seguir intentándolo hasta oírla de nuevo, la llamó con sus pensamientos.

¿Teresa?—una pausa—. *¿Teresa?*—una pausa más larga—. *¡Teresa!*—gritó mentalmente, y todo su cuerpo se tensó con el esfuerzo—. *¡Teresa! ¿Dónde estás? ¡Por favor, contéstame!¿Por qué no intentas ponerte en contacto conmigo? Ter…*

¡Sal de mi cabeza!

Las palabras explotaron en el interior de su mente con tanta intensidad y de forma tan extrañamente audible dentro de su cráneo que sintió una punzada de dolor detrás de los ojos y en los oídos. Se sentó en la cama y luego se puso de pie. Era ella. Estaba claro que era ella.

¿Teresa? —apretó los dedos índice y corazón de ambas manos contra sus sienes —. *¿Teresa?*

¡Quien quiera que seas, sal de mi fuca cabeza!

Thomas retrocedió a trompicones hasta que se sentó de nuevo en la cama. Tenía los ojos cerrados mientras se concentraba.

Teresa, ¿qué estás diciendo? Soy yo. Thomas. ¿Dónde estás?

¡Cállate! —era ella, no tenía duda, pero su voz estaba llena de miedo y rabia—. *¡Cállate! ¡No sé quién eres! ¡Déjame en paz!*

Pero… —empezó a decir Thomas sin saber qué hacer—. *Teresa, ¿qué pasa?*

La chica hizo una pausa antes de responder, como si estuviera aclarando sus ideas, y cuando por fin habló, Thomas percibió en ella una calma casi perturbadora:

Déjame en paz o te encontraré y te cortaré el cuello. Lo juro.

Y entonces se fue. A pesar de su amenaza, intentó llamarla otra vez, pero volvió el mismo vacío que había sentido desde aquella mañana y su presencia se desvaneció.

Thomas se recostó en la cama con algo horrible quemándole por dentro. Enseguida hundió de nuevo la cabeza en la almohada y lloró por primera vez desde que habían matado a Chuck. No obstante, las palabras del letrero al otro lado de la puerta, «La traidora», no paraban de volver a su mente y, cada vez que lo hacían, él las echaba.

Por increíble que parezca, nadie le molestó ni le preguntó qué le pasaba. Sus sollozos reprimidos se convirtieron en una esporádica respiración dificultosa y al final se quedó dormido. Una vez más, soñó.

Esta vez es un poco mayor, probablemente tiene siete u ocho años. Una luz muy

brillante se mantiene sobre su cabeza como por arte de magia.

Unas personas vestidas con unos extraños trajes verdes y unas gafas raras no paran de observarlo detenidamente y sus cabezas bloquean durante un momento el resplandor. Puede ver sus ojos, pero nada más. Tienen tapadas con una máscara la boca y la nariz. Thomas, de alguna manera, tiene esa edad, pero al mismo tiempo está fuera observando como un espectador. Aun así, siente el miedo del niño.

Esas personas están hablando con unas voces apagadas y amortiguadas. Algunos son hombres, otras, mujeres; pero no sabe quién es quién.

No entiende lo que está sucediendo, tan sólo retazos. Capta fragmentos de la conversación, todos espantosos:

—Tendremos que seguir trabajando en el chico y la chica.

—¿Podrán sus mentes soportarlo?

—Esto es increíble, ¿sabes? Tiene el Destello bien enraizado en su interior.

—Puede que muera.

—O peor: puede que viva.

Oye una última cosa, por fin algo que no le da escalofríos por el asco o el miedo:

—O tal vez él y los otros nos salven. Nos salven a todos.

Capítulo 9

Cuando despertó, tenía la cabeza como si varios trozos de hielo le hubiesen atravesado los oídos hasta llegar al cerebro. Hizo una mueca de dolor, levantó los brazos para frotarse los ojos y le entró una oleada de náuseas que hizo que la habitación le diera vueltas. Entonces recordó las cosas terribles que Teresa había dicho, después el sueño breve, y el sufrimiento le envolvió. ¿Quiénes eran aquellas personas? ¿Eso era real? ¿A qué se referían con aquellas cosas horribles sobre su cerebro?

—Me alegra ver que todavía sabes cómo echar una cabezada.

Thomas echó un vistazo y vio a Newt de pie junto a su cama, mirándole fijamente.

—¿Cuánto rato llevo dormido? —preguntó Thomas, esforzándose por apartar los pensamientos de Teresa y el sueño (¿un recuerdo?) a un oscuro rincón de su mente para volver a darle vueltas al asunto más tarde.

Newt miró su reloj.

—Un par de horas. Cuando vieron que te habías tumbado, la verdad es que los chicos se relajaron bastante. No podemos hacer mucho más aparte de estar sentados y esperar a que pase algo nuevo. No hay manera de salir de este sitio.

Thomas intentó no quejarse y se sentó con la espalda apoyada en la pared de la cabecera de su cama.

—¿Al menos tenemos algo de comida?

—No. Pero estoy seguro de que esta gente no se tomaría tantas molestias para traernos aquí, engañarnos o lo que sea que hayan hecho, tan sólo para dejarnos morir de hambre. Pasará algo. Esto me recuerda a cuando enviaron el primer grupo al Claro. El grupo inicial éramos Alby, Minho, yo y otros tantos. Los clarianos originales —dijo aquello último con un sarcasmo no muy sutil.

Thomas estaba intrigado. Le sorprendía no haber profundizado nunca en cómo fue aquello.

—¿Por qué te recuerda a esto?

La mirada de Newt estaba centrada en la pared de ladrillo al otro lado de la ventana más próxima.

—Todos nos despertamos hacia el mediodía, tumbados en el suelo, alrededor de las puertas de la Caja. Estaba cerrada. Nos habían borrado la memoria, igual que a ti cuando llegaste. Te sorprendería lo rápido que nos calmamos y dejamos de sentir pánico. Éramos unos treinta. Por supuesto, no teníamos ni la más puñetera idea de lo que había pasado, cómo habíamos llegado allí o qué se suponía que teníamos que hacer. Y estábamos aterrorizados, desorientados. Pero como todos nos encontrábamos en la misma mala situación, nos organizamos para averiguar más cosas sobre aquel

lugar. En unos días, toda la granja estuvo en funcionamiento y todos tenían trabajo que hacer.

Thomas se sintió aliviado cuando el dolor de su cráneo disminuyó. Y tenía curiosidad por saber más sobre cómo empezó el Claro. Las dispersas piezas del puzzle que le había traído a la memoria el Cambio no bastaban para formar recuerdos sólidos.

—¿Los creadores ya habían puesto cada cosa en su lugar? ¿Las cosechas, los animales y todo eso?

Newt asintió, todavía con la vista clavada en la ventana tapiada.

—Sí, pero costó muchísimo hacer que funcionara bien y de forma fluida. Hubo muchos ensayos y errores antes de conseguir algo.

—Y… ¿por qué te recuerda a esto? —repitió Thomas.

Newt le miró.

—Supongo que entonces todos teníamos la impresión de que había un claro propósito para mandarnos allí. Si alguien hubiera querido matarnos, ¿por qué no limitarse a hacerlo? ¿Por qué enviarnos a un lugar enorme con una casa, un granero y animales? Y como no nos quedaba alternativa, lo aceptamos y empezamos a trabajar y a explorar.

—Pero aquí ya hemos acabado de explorar —replicó Thomas—. No hay animales, no hay comida y no hay Laberinto.

—Sí, pero, vamos, es el mismo concepto. Es evidente que estamos aquí por un puñetero propósito que al final sabremos cuál es.

—Si no morimos antes de hambre.

Newt señaló al cuarto de baño.

—Ahí tenemos agua suficiente, así que pasarán al menos unos días antes de que caigamos muertos. Algo ocurrirá.

En el fondo, Thomas también lo creía y tan sólo estaba discutiendo para reforzar la idea en su propia mente.

—Pero ¿qué hay de todos aquellos muertos que vimos? Quizá nos salvaron de verdad, los mataron y ahora estamos jodidos. Tal vez se suponía que teníamos que hacer algo, pero ahora todo se ha estropeado y nos han dejado aquí para que muramos.

Newt soltó una carcajada.

—Eres un trozo de clone deprimente, gilipullo. No, después de que desaparecieran todos esos cadáveres como por arte de magia y tras lo de las paredes de ladrillos, diría que se trata de algo como el laberinto. Extraño e imposible de explicar. El último y mayor misterio. Quizá sea una prueba, quién sabe. Sea lo que sea lo que esté pasando, tendremos una oportunidad, igual que en el maldito laberinto. Te lo garantizo.

—Sí —murmuró Thomas, preguntándose si debería compartir lo que había soñado. Decidió guardarlo para más adelante y dijo—: Espero que tengas razón. Estaremos bien mientras que los laceradores no aparezcan de repente.

Para cuando Thomas terminó, Newt ya estaba negando con la cabeza.

—Por favor, macho, ten cuidado con lo que deseas. Quizá nos envíen algo peor.

La imagen de Teresa saltó a la mente de Thomas y perdió todas las ganas de hablar.

—¿Quién es el alegre ahora? —se obligó a decir.

—Me has pillado —respondió Newt, y se puso de pie—. Supongo que iré a fastidiar a otro hasta que empiece el jaleo, y más vale que sea pronto. Tengo hambre.

—Ten cuidado con lo que deseas.

—¡Qué buena esa!

Newt se alejó y Thomas se tumbó de espaldas, con la vista clavada en los pies de la litera que tenía encima. Cerró los ojos al cabo de un rato, pero cuando vio la cara de Teresa en la oscuridad de sus pensamientos, volvió a abrirlos inmediatamente. Si iba a pasar por esto, tenía que intentar olvidarse de ella por ahora.

• • •

Hambre.

«Es como un animal atrapado en tu interior», pensó Thomas.

Después de tres días enteros sin comer, parecía como si un despiadado y persistente animal de garras torpes tratara de salir de su estómago escarbando. Lo notaba cada segundo de cada minuto de cada hora. Bebía agua de los grifos del lavabo con tanta frecuencia como era posible, pero no espantaba la bestia. Por el contrario, parecía que aumentaba su fuerza para poder causar más sufrimiento en su interior.

Los demás también la notaban, aunque la mayoría se guardara sus quejas. Thomas observó cómo daban vueltas, con las cabezas gachas y la mandíbula floja, como si con cada paso quemara mil calorías. La gente se chupaba mucho los labios. Se agarraban el estómago y lo apretaban como si intentaran calmar a la bestia que los atormentaba. A menos que fueran al baño para usarlo o beber agua, los clarianos no se movían en absoluto. Como Thomas, estaban tumbados en las literas, fláccidos. Con la piel pálida y los ojos hundidos.

Thomas sentía todo aquello como una enfermedad perniciosa y el ver a los demás lo empeoraba, le recordaba que no era algo que pudiese ignorar. Era real, y la muerte les estaba esperando a la vuelta de la esquina.

Sueño lánguido. Lavabo. Agua. Vuelta con dificultad a la cama. Sueño lánguido, sin más sueños o recuerdos como los que había experimentado. Se convirtió en un ciclo horroroso, interrumpido tan sólo cuando pensaba en Teresa; las duras palabras

que le había dicho eran lo único que suavizaba la posibilidad de la muerte, aunque sólo fuera un poco. Era la única cosa a la que podía aferrarse para conseguir esperanza después del Laberinto y la muerte de Chuck. Y ahora ella no estaba, no había comida y habían pasado tres días.

Hambre. Sufrimiento.

Había dejado de molestarse en mirar el reloj —tan sólo lograba que el tiempo pasara más lentamente y le recordaba cuánto hacía desde la última vez que comió—, pero creyó que era casi media tarde del tercer día cuando de repente se empezó a oír un zumbido en la zona común.

Thomas se quedó mirando la puerta que daba allí, pues sabía que debía levantarse e ir a ver qué pasaba. Pero su mente había entrado en otra de esa especie de siestas confusas y el mundo a su alrededor se nubló.

Quizá se lo había imaginado. Pero luego volvió a oírlo.

Se ordenó a sí mismo levantarse.

Pero, en vez de hacerlo, se quedó dormido.

• • •

—Thomas —era la voz de Minho. Débil, pero más fuerte que la última vez que la había oído—. Thomas. Tío, despierta.

Thomas abrió los ojos, asombrado por haber sobrevivido a otra cabezada. Todo se volvió borroso un segundo y al principio no creyó que fuese real lo que parecía estar a unos centímetros de su cara. Pero entonces la imagen se aclaró y la redondez roja, con motas verdes en su superficie brillante, le hizo sentir que estaba contemplando el mismísimo paraíso.

Una manzana.

—¿De dónde la has…?

No se molestó en acabar la frase, pues aquellas pocas palabras habían minado su fuerza.

—Cómetela —dijo Minho, y a continuación se oyó un húmedo crujido.

Thomas levantó la vista para ver a su amigo masticando su propia manzana. Entonces, sacando los restos que le quedaban de energía de algún sitio muy profundo en su interior, se incorporó apoyado sobre un codo y cogió la fruta que había encima de la cama. Se la llevó a la boca y le dio un pequeño mordisco. El estallido de sabor y zumo fue algo maravilloso.

Con un gemido, atacó el resto y ya se había comido hasta el pequeño corazón antes de que Minho hubiera siquiera acabado la suya, a pesar de la ventaja que le llevaba.

—Córtate un poco y cálmate —dijo Minho—. Sigue comiendo así y lo vomitarás todo. Aquí tienes otra. Intenta tragar más despacio esta vez.

Le pasó una segunda manzana a Thomas, quien la aceptó sin dar las gracias y le dio un gran mordisco. Mientras masticaba, tragando antes de meterse otro trozo en la boca, se dio cuenta de que notaba cómo los primeros trazos de energía recorrían su cuerpo.

—¡Qué bien! —masculló—. Esto está fucamente bien.

—Aún pareces un idiota cuando usas las palabras clarianas —dijo Minho antes de darle otro mordisco a la manzana.

Thomas lo ignoró.

—¿De dónde ha salido esto?

Minho vaciló mientras masticaba; luego reanudó la conversación:

—Las encontramos en la zona común. Junto con… otra cosa. Los pingajos que lo encontraron afirman que unos minutos antes acababan de mirar y no había nada; pero, sea como sea, no me importa.

Thomas bajó las piernas de la cama y se sentó.

—¿Qué más han encontrado?

Minho dio un mordisco y luego señaló hacia la puerta con la cabeza.

—Ve a verlo por ti mismo.

Thomas puso los ojos en blanco y se levantó despacio. Aquella lamentable debilidad seguía presente, era como si le hubieran absorbido la mayoría de sus entrañas y todo lo que le quedara fueran unos cuantos huesos y tendones para seguir derecho. Pero se mantuvo estable y, después de unos segundos, sintió que estaba mejor que la última vez que había recorrido el largo y anodino trayecto al cuarto de baño.

En cuanto creyó tener equilibrio, se acercó a la puerta y entró en la zona común. Tan sólo hacía tres días, la sala estaba llena de cadáveres. Ahora estaba llena clarianos cogiendo cosas de una gran pila de comida que parecía haber caído allí sin orden ni concierto. Fruta, verdura y paquetes pequeños.

Pero apenas se dio cuenta de aquello cuando algo extraño que vio al otro lado de la sala atrajo su atención. Para estabilizarse, extendió los brazos hacia la pared que tenía detrás.

Habían colocado un gran escritorio de madera enfrente de la puerta del otro dormitorio. Detrás del escritorio, sentado en una silla y con los pies en alto, cruzados por los tobillos, se hallaba un hombre delgado con un traje blanco.

El hombre estaba leyendo un libro.

Capítulo 10

Thomas se quedó allí un minuto entero, mirando al hombre que leía sentado de manera informal en el escritorio. Era como si hubiera estado leyendo de esa manera y en aquel sitio todos los días de su vida. El pelo negro y fino lo llevaba peinado por encima de una cabeza calva y pálida; tenía una larga nariz, torcida ligeramente a la derecha; y unos furtivos ojos marrones seguían las líneas mientras leía. En cierto modo, aquel hombre parecía relajado y nervioso al mismo tiempo.

E iba vestido de blanco. Los pantalones, la camisa, la corbata. Los calcetines. Los zapatos. Todo era blanco.

¡¿Qué demonios era aquello?!

Thomas miró a los clarianos que masticaban la fruta y un aperitivo que habían sacado de una bolsa, una mezcla de frutos secos y semillas. Hacían caso omiso al hombre del escritorio.

—¿Quién es ese tío?

Thomas no se dirigió a nadie en particular.

Uno de los chicos alzó la vista y dejó de masticar por un segundo. Entonces terminó rápido su bocado y lo tragó.

—No nos contará nada. Dice que tenemos que esperar aquí hasta que esté preparado.

El chico se encogió de hombros como si no fuera importante y le dio otro mordisco a una naranja pelada.

Thomas volvió a centrar su atención en el desconocido. Aún estaba sentado allí, seguía leyendo. Pasó una página con un roce susurrante y continuó recorriendo con la mirada las palabras.

Perplejo, y a pesar de que el estómago le pedía más comida, Thomas no pudo evitar acercarse al hombre para investigar. De entre todas las cosas extrañas con las que podía toparse…

—Cuidado —le dijo uno de los clarianos, pero era demasiado tarde.

Justo a tres metros del escritorio, Thomas chocó contra una pared invisible. Primero se dio con la nariz, que se aplastó con lo que parecía una fría lámina de cristal. El resto de su cuerpo hizo lo mismo: se golpeó contra el muro invisible y le hizo retroceder a trompicones. Por instinto, alzó la mano para frotarse la nariz mientras entrecerraba los ojos para ver por qué no había advertido aquella barrera de cristal.

Pero no importaba lo mucho que se esforzara, no veía nada. Ni el más mínimo resplandor o reflejo, ni siquiera estaba manchada por algún lado. Lo único que veía era aire. En todo aquel rato, el hombre no se había molestado en moverse ni había dado la menor señal de haber notado algo.

Thomas se acercó a aquel sitio, más despacio esta vez, con las manos extendidas hacia delante. No tardó en entrar en contacto con la pared totalmente invisible… ¿Qué? Parecía vidrio —liso, duro y frío al tacto—, pero no vio nada en absoluto que indicara que allí había algo sólido.

Frustrado, Thomas se movió hacia la izquierda, luego a la derecha, palpando aún la sólida pared que no veía. Se extendía por toda la habitación; no había manera de acercarse al desconocido del escritorio. Thomas al final la aporreó con una serie de golpazos sordos, pero no pasó nada más. Algunos de los clarianos que había detrás de él, Aris incluido, comentaron que ya lo habían intentado ellos.

El hombre de la extraña vestimenta, tan sólo a unos tres metros delante de él, dejó escapar un suspiro exagerado mientras bajaba los pies del escritorio hasta el suelo. Colocó un dedo en el libro para marcar dónde se había quedado y miró a Thomas sin esforzarse por ocultar su enfado.

—¿Cuántas veces voy a tener que repetirlo? —dijo el hombre, cuya voz pegaba perfectamente con su piel pálida, su pelo fino y su cuerpo flacucho. Y con ese traje, ese estúpido traje blanco. Por extraño que pareciera, sus palabras no quedaron amortiguadas por la barrera—. Aún quedan cuarenta y siete minutos antes de que me autoricen a ejecutar la Fase 2 de las Pruebas. Por favor, sed pacientes y dejadme en paz. Os han dado este momento para comer y reponeros, y te sugiero firmemente que lo aproveches, joven. Ahora, si no te importa…

Sin esperar una respuesta, se recostó en la silla y volvió a apoyar los pies encima del escritorio. Después abrió el libro por donde lo había dejado y retomó la lectura.

Thomas se había quedado mudo. Le dio la espalda al hombre y al escritorio, y se apoyó en la pared invisible, contra la dura superficie. ¿Qué acababa de suceder? Seguramente estaba aún dormido, soñando. Por alguna razón, la mera idea aumentó su hambre y se quedó mirando con ansia el montón de comida. Entonces vio que Minho estaba en la puerta del dormitorio, apoyado en el marco, cruzado de brazos.

Thomas señaló con el pulgar por encima del hombro y enarcó una ceja.

—¿Has conocido a nuestro nuevo amigo? —dijo Minho, con una sonrisita en la cara—. Menuda pieza el tío. Tengo que conseguir uno de esos fucos trajes. No veas qué elegante.

—¿Estoy despierto? —preguntó Thomas.

—Estás despierto. Ahora come. Tienes una pinta horrible; casi estás tan mal como el Hombre Rata que tenemos aquí, leyendo un libro.

Thomas se sorprendió por lo rápido que dejó de darle importancia a lo extraño que era aquel tipo vestido de blanco, que había salido de la nada, y la pared invisible. De nuevo le asaltó la indiferencia que le resultaba tan familiar. Tras la impresión inicial, ya nada le resultaba raro. Todo podía ser normal. Lo apartó todo de su mente y se obligó a comer. Otra manzana. Una naranja. Una bolsa de frutos secos variados y

luego una barrita de cereales y pasas. Su cuerpo le pedía agua, pero aún no podía moverse.

—Tienes que cortarte —dijo Minho desde atrás—. Tenemos pingajos vomitando por todas partes porque han comido demasiado. Creo que ya es suficiente, tío.

Thomas se puso de pie, disfrutando de la sensación del estómago lleno. No echaba de menos en absoluto la bestia en su interior que le había atormentado durante tanto tiempo. Sabía que Minho tenía razón, tenía que parar ya. Le hizo un gesto de asentimiento a su amigo antes de pasar por su lado para ir a beber, sin dejar de pensar todo el tiempo en qué podría ser lo que les esperaba cuando el hombre del traje blanco estuviera listo para ejecutar la Fase 2 de las Pruebas.

Fuera lo que fuera lo que significase aquello.

• • •



Media hora más tarde, Thomas estaba sentado en el suelo con el resto de los clarianos; Minho a su derecha y Newt a su izquierda, todos de cara a la pared invisible y a la rata aquella que permanecía sentada tras el escritorio. Todavía tenía los pies en alto y continuaba con la vista fija en las páginas del libro. Thomas notó que poco a poco recobraba la energía y la fuerza.

El chico nuevo, Aris, le había mirado de forma extraña en el cuarto de baño, como si quisiera hablar con él por telepatía, pero tuviera miedo de hacerlo. Thomas le ignoró y enseguida fue hasta el lavabo para tragar toda el agua que pudo con su estómago ahora lleno. Cuando terminó y se secó la boca con la mano, Aris se había marchado. El chico estaba sentado junto a la pared, mirando al suelo. A Thomas le daba lástima. Si los clarianos lo habían pasado mal, Aris aún peor. Sobre todo si estaba tan unido a la chica que habían matado como Thomas lo estaba a Teresa.

Minho fue el primero en romper el silencio:

—Creo que todos nos hemos vuelto unos psicópatas como aquellos… ¿cómo se llamaban? Raros. Los raros de las ventanas. Estamos sentados aquí esperando una charla del Hombre Rata como si fuera una cosa de lo más normal. Como si estuviéramos en algún tipo de escuela. Una cosa está clara: si tuviera algo bueno que decir, no necesitaría una puñetera pared mágica para protegerse de nosotros, ¿no?

—Corta el rollo y escucha —dijo Newt—, A lo mejor se acaba todo.

—Sí, claro —espetó Minho—. Y Fritanga va a tener bebés, a Winston se le va a quitar ese horror de acné y Thomas por fin sonreirá.

Thomas se volvió hacia Minho y exageró una sonrisa falsa.

—Aquí tienes, ¿estás contento?

—¡Tío —respondió—, qué feo que eres!

—Si tú lo dices…

—Callad esas bocazas —susurró Newt—. Creo que ha llegado el momento.

Cuando Thomas miró al desconocido —el Hombre Rata, como Minho había tenido la amabilidad de llamarle—, vio que había bajado los pies al suelo y dejado el libro sobre el escritorio. Retiró la silla hacia atrás para ver mejor uno de los cajones, lo abrió y rebuscó entre cosas que Thomas no alcanzaba a distinguir. Finalmente, sacó una carpeta de Manila, muy llena, repleta de papeles desordenados, muchos de ellos doblados y sobresaliendo por los bordes.

—Ah, aquí está —dijo el Hombre Rata con su voz nasal; luego dejó la carpeta sobre el escritorio, la abrió y miró a los chicos que tenía delante—. Gracias por reuniros de forma tan disciplinada para que pueda contaros lo que me han… ordenado que os diga. Por favor, escuchad con atención.

—¿Por qué necesitas la pared? —gritó Minho.

Newt alargó la mano por detrás de Thomas y pegó a Minho en el brazo.

—¡Cállate!

El Hombre Rata continuó como si no hubiera oído el arrebato:

—Estáis todos aún aquí por una asombrosa voluntad para sobrevivir a pesar de las circunstancias, entre… otras razones. Se enviaron unas sesenta personas a vivir al Claro. Bueno, a vuestro Claro, quiero decir. Hubo otras sesenta personas del Grupo B, pero de momento nos olvidaremos de ellas.

Los ojos del hombre miraron a Aris y después examinaron poco a poco al resto. Thomas no sabía si alguien más se había percatado, pero sin duda hubo cierta familiaridad en aquella mirada rápida. ¿Qué significaba…?

—De toda aquella gente, tan sólo sobrevivió una fracción que está aquí ahora. Supongo que eso ya lo sabréis, pero muchas de las cosas que os suceden son únicamente para juzgar y analizar vuestras reacciones. Y, aun así, no es un experimento del todo…, sino más bien un programa. Potenciamos las zonas letales y recogemos los patrones resultantes. Los juntamos todos para conseguir un gran avance en la historia de la ciencia y la medicina.

»Esas situaciones que se os imponen se llaman Variables y cada una de ellas ha sido elaborada minuciosamente. Pronto os explicaré más. Y aunque no puedo contároslo todo esta vez, es vital que sepáis que estas pruebas por las que estáis pasando son por una causa muy importante. Continuad respondiendo bien a las Variables, continuad sobreviviendo, y seréis recompensados con el conocimiento de haber participado en la salvación de la raza humana. Y de vosotros mismos, claro.

El Hombre Rata hizo una pausa, por lo visto para causar más impresión. Thomas miró a Minho y enarcó las cejas.

—Este tío está fucado de la cabeza —susurró Minho—. ¿Cómo va a salvar a la

raza humana que hayamos escapado de un puñetero laberinto?

—Represento a un grupo llamado CRUEL —continuó el Hombre Rata—. Sé que suena amenazador, pero son las siglas de Catástrofe Radical: Unidad de Experimentos Letales. No hay nada amenazador en esta empresa, a pesar de lo que podáis pensar. Existimos por un motivo y tan sólo por un motivo: salvar al mundo de la catástrofe. Los que estáis en esta sala sois una parte esencial de lo que planeamos hacer. Tenemos recursos que ningún grupo de ningún tipo en la historia ha conocido jamás. Disponemos de dinero casi ilimitado, de capital humano ilimitado y de una tecnología tan avanzada que está más allá de lo que el hombre más inteligente pudiera querer y desear.

»Conforme avanzáis en las Pruebas, veis y seguiréis viendo muestras de esta tecnología y los recursos que hay detrás. Si hay algo que puedo deciros es que no deberíais creer nunca lo que ven vuestros ojos. O vuestra mente, en realidad. Por eso hicimos la demostración con los cuerpos colgantes y las ventanas tapiadas. Lo único que diré es que a veces lo que veis no es real. Podemos manipular vuestros cerebros y receptáculos nerviosos cuando es necesario. Sé que esto suena confuso y tal vez dé un poco de miedo.

Thomas pensó que el hombre no podía haberse quedado menos corto. Y la palabra «letal» no paraba de venirle a la cabeza. Su memoria apenas reactivada no podía captar lo que significaba, pero ya lo había visto en una placa de metal en el Laberinto, la que detallaba las palabras que formaban el acrónimo CRUEL.

El hombre pasó despacio los ojos por cada clariano de la sala. El labio superior le brillaba por el sudor.

—El Laberinto era parte de las Pruebas. No se os lanzó ninguna Variable que no sirviera para el propósito de nuestra colección de patrones en la zona letal. Vuestra fuga era parte de las Pruebas. Vuestra batalla contra los laceradores, el asesinato del niño llamado Chuck, el supuesto rescate y el viaje posterior en autobús… Todo era parte de las Pruebas.

La ira creció en el pecho de Thomas al mencionar a Chuck. Se había medio levantado antes de saber lo que le pasaba; Newt tiró de él para que volviera al suelo.

Como si aquello le hubiera animado, el Hombre Rata se levantó de la silla rápidamente y la colocó contra la pared de atrás. Luego colocó las manos sobre el escritorio y se inclinó hacia los clarianos.

—Todo ha sido parte de las Pruebas, ¿lo entendéis? Era la fase 1, para ser exactos. Y todavía nos queda mucho para lo que necesitamos. Por eso tenemos que subir la apuesta inicial, y ha llegado la hora de la Fase 2. Es el momento de que las cosas se pongan más difíciles.

Capítulo 11

La sala se quedó en silencio. Thomas sabía que debería estar enfadado por la absurda idea de que a aquellas alturas las cosas habían sido fáciles para ellos. Debería haberse aterrorizado… Por no mencionar lo de la manipulación de cerebros. Pero, en cambio, tenía tanta curiosidad por averiguar lo que el hombre iba a contarles, que las palabras resbalaron por su mente.

El Hombre Rata esperó lo que pareció una eternidad y luego volvió a sentarse despacio en la silla para enseguida acercarse al escritorio una vez más.

—Puede que penséis, o tal vez lo parezca, que tan sólo estamos poniendo a prueba vuestra capacidad de supervivencia. A primera vista, la Prueba del Laberinto podría clasificarse erróneamente de esa manera. Pero os aseguro que no se trata sólo de sobrevivir y de la voluntad de vivir. Eso tan sólo es una parte del experimento. El panorama general es algo que no entenderéis hasta el final.

»Las erupciones solares han arrasado muchas partes de la Tierra y una extraña enfermedad ha hecho estragos en los seres humanos; una enfermedad llamada el Destello. Por primera vez, los gobiernos de todas las naciones (los que sobrevivieron) están trabajando juntos. Han unido sus fuerzas para crear CRUEL, un grupo cuyo objetivo es luchar contra el nuevo problema mundial. Vosotros sois una parte importante de esa lucha. Y tendréis todos los incentivos para colaborar con nosotros porque, lamentablemente, todos estáis infectados con el virus.

De inmediato levantó las manos para cortar el alboroto que había empezado.

—¡Bueno, bueno! No tenéis por qué preocuparos. El Destello tarda un tiempo en extenderse y mostrar síntomas. Pero, al final de las Pruebas, la cura será vuestra recompensa y nunca veréis los… efectos debilitantes. ¿Sabéis?, no hay muchos que puedan permitirse la cura.

La mano de Thomas subió por instinto a su garganta, como si el dolor que sentía allí fuera el primer indicador de que había cogido el Destello. Recordaba demasiado bien lo que le había dicho la mujer en el autobús de rescate después de salir del Laberinto, sobre cómo el Destello destruía el cerebro y poco a poco te iba volviendo loco y te despojaba de la capacidad de sentir emociones humanas básicas como la compasión o la empatía. Sobre cómo te convertía en menos que un animal.

Pensó en los raros que había visto por las ventanas del dormitorio, y de repente quiso correr al cuarto de baño para lavarse la boca y las manos. Aquel tipo tenía razón, tenían todos los incentivos que necesitaban para completar esta siguiente fase.

—Pero ya basta de clases de historia y de perder el tiempo —continuó el Hombre Rata—. Ahora os conocemos. A todos vosotros. No importa lo que haya dicho o lo que esté tras la misión de CRUEL; todos haréis lo que sea necesario. De eso no nos cabe duda. Y al hacer lo que os pedimos, os salvaréis a vosotros mismos porque

tendréis la cura que tanta gente ansia.

Thomas oyó a Minho refunfuñar a su lado y le preocupó que volviera a soltar otro de sus comentarios soberbios. Le hizo callarse antes de que pudiera hacerlo.

El Hombre Rata bajó la vista al desordenado montón de papeles que había en la carpeta abierta, cogió uno suelto y le dio la vuelta sin apenas leerlo. Se aclaró la garganta.

—Fase 2: las Pruebas de la Quemadura. Empieza oficialmente mañana a las seis en punto de la mañana. Entraréis en esta sala y en la pared que hay detrás de mí encontraréis un Trans Plano. A vuestros ojos se presentará como un muro reluciente de color gris. Tendréis que cruzarlo antes de que transcurran cinco minutos después de la hora. Así que se abre a las seis en punto y se cierra pasados cinco minutos. ¿Lo entendéis?

Thomas se quedó mirando al Hombre Rata, paralizado. Era casi como estar escuchando una grabación, como si el desconocido no estuviera allí de verdad. Los demás clarianos debieron de sentir lo mismo, porque nadie respondió a aquella simple pregunta. Además, ¿qué era un Trans Plano?

—Estoy seguro de que todos podéis oír —dijo el Hombre Rata—. ¿Lo… habéis… enten… dido?

Thomas asintió y unos cuantos chicos a su alrededor murmuraron unos síes.

—Bien —el Hombre Rata cogió distraídamente otra hoja de papel y le dio la vuelta—. Para entonces, las Pruebas de la Quemadura habrán empezado. Las reglas son muy sencillas: abríos camino hasta el exterior y después dirigíos ciento sesenta kilómetros al norte. Llegad al refugio seguro en dos semanas y habréis completado la Fase 2. En ese momento, y sólo en ese momento, se os curará el Destello. Serán exactamente dos semanas, empezando desde el segundo en que crucéis el Trans. Si no lo conseguís, moriréis.

La sala debería haber estallado en discusiones, preguntas, pánico…, pero nadie dijo ni una palabra. Thomas notaba como si se le hubiera secado la lengua hasta convertirse en una vieja raíz crujiente.

El Hombre Rata cerró de golpe la carpeta y dobló su contenido aún más que antes; después la guardó en el cajón de donde la había sacado. Se puso de pie, se apartó a un lado y empujó la silla debajo del escritorio. Al final juntó las manos delante de él y volvió a centrar su atención en los clarianos.

—Es sencillo, en serio —dijo con tal naturalidad que parecía como si les acabara de dar las instrucciones para abrir las duchas del baño—. No hay reglas, ni tampoco pautas. Tenéis pocas provisiones y no habrá ayuda durante el camino. Atravesad el Trans Plano a la hora indicada. Encontrad el exterior. Caminad ciento sesenta kilómetros, directos al norte, hacia el refugio seguro. Conseguidlo o morid.

La última palabra pareció sacar a todo el mundo de su estupor y se pusieron a

hablar todos a la vez:

—¿Qué es un Trans Plano?

—¿Cómo hemos cogido el Destello?

—¿Cuánto tiempo pasará hasta que aparezcan los primeros síntomas?

—¿Qué hay al final de esos ciento sesenta kilómetros?

—¿Qué pasó con los cadáveres?

Pregunta tras pregunta, un coro de ellas se mezcló hasta convertirse en un alboroto de confusión. Thomas no se molestó. El desconocido no iba a contarles nada más. ¿Acaso no se daban cuenta?

El Hombre Rata esperó pacientemente, ignorándolos, mirando con aquellos ojos oscuros a los clarianos mientras hablaban. Su mirada se centró en Thomas, que estaba allí sentado, en silencio, mirándole, odiándole. Odiando CRUEL. Odiando el mundo.

—¡Callaos, pingajos! —gritó por fin Minho. Las preguntas cesaron al instante—. Este cara fuco no va a contestar, así que dejad de perder el tiempo.

El Hombre Rata le hizo un gesto a Minho con la cabeza como si le diera las gracias. Tal vez reconocía su prudencia.

—Ciento sesenta kilómetros. Al norte. Espero que lo consigáis. Recordad: ahora todos tenéis el Destello. Os lo dimos para proporcionaros cualquier estímulo que pudiera faltaros. Y llegar al refugio seguro significa que obtendréis la cura —se dio la vuelta y caminó hacia la pared que tenía detrás de él, como si planeara atravesarla. Pero entonces se detuvo y volvió a mirarlos—. Ah, una última cosa —dijo—. No creáis que evitaréis las Pruebas de la Quemadura si decidís no entrar en el Trans Plano entre las seis y las seis y cinco de mañana. Aquellos que se queden atrás serán ejecutados inmediatamente de la manera más… desagradable. Será mejor que os arriesguéis en el mundo exterior. Mucha suerte a todos.

Al decir aquello, se dio la vuelta y una vez más empezó a caminar de forma inexplicable hacia la pared.

Pero antes de que Thomas viera lo que pasaba, la pared invisible que les separaba se empañó y en cuestión de segundos se volvió borrosa. Y entonces todo desapareció y el otro lado de la zona común de nuevo quedó visible. Salvo que no había ni rastro del escritorio ni de la silla. Ni tampoco del Hombre Rata.

—¡No me fuques! —susurró Minho junto a Thomas.

Capítulo 12

Una vez más las preguntas y discusiones de los clarianos llenaron el aire, pero Thomas se marchó. Necesitaba algo de espacio y sabía que el cuarto de baño era su único escape. Así que, en vez de dirigirse al dormitorio de los chicos, fue al que había usado Teresa y, luego, Aris. Se apoyó en el lavabo, con los brazos cruzados, mirando al suelo. Por suerte, nadie le había seguido.

No sabía cómo empezar a procesar toda la información. Unos cadáveres colgando del techo, que apestaban a muerte y putrefacción, terminaban desapareciendo en cuestión de minutos. Un desconocido —¡y su escritorio!— aparecían de la nada con un escudo imposible que les servía de protección. Y luego desaparecían.

Y eso no era nada comparado con otras de sus preocupaciones. Ahora estaba claro que el rescate del Laberinto había sido una farsa. Pero ¿quiénes eran los títeres que CRUEL había utilizado para sacar a los clarianos de la cámara de los creadores y ponerlos en aquel autobús que les había llevado hasta allí? ¿Los habían matado de verdad? El Hombre Rata había dicho que no tenían que creer lo que vieran sus ojos o sus mentes. ¿Cómo iban entonces a creer en nada?

Y lo peor de todo era que tenían la enfermedad del Destello y que sólo las Pruebas les harían ganar la cura…

Thomas apretó los ojos y se restregó la frente. Habían alejado a Teresa de él. Ninguno tenía familia. A la mañana siguiente se suponía que empezarían algo ridículo llamado la Fase 2, que, por lo que parecía, iba a ser peor que el Laberinto. ¿Qué iban a hacer con todos aquellos locos de ahí fuera, los raros? De repente pensó en Chuck y en lo que él habría dicho si hubiese estado allí.

Algo simple, probablemente. Algo como: «¡Qué asco!».

«Tendrías razón, Chuck —pensó Thomas—. El mundo es un asco».

Tan sólo habían pasado unos días desde que había visto cómo apuñalaban a su amigo en el corazón; el pobre Chuck había muerto mientras Thomas le sostenía. Y ahora Thomas no podía evitar pensar que, aunque había sido horrible, quizá fuera lo mejor que podía haberle pasado. Quizá la muerte era mejor que lo que les esperaba. Su mente se desvió al tatuaje de su cuello…

—Tío, ¿cuánto se tarda en plantar un pino?

Era Minho.

Thomas alzó la vista para verle de pie en la puerta del baño.

—No soporto estar ahí fuera. Todos hablan entre sí como un puñado de bebés. Que digan lo que quieran, ya sabemos lo que vamos a hacer.

Minho se acercó a él y apoyó el hombro en la pared.

—¡La alegría de la huerta! Mira, macho, esos pingajos de ahí fuera son tan valientes como tú. Hasta el último de nosotros cruzará eso… como quiera que se

llame… mañana por la mañana. ¿A quién le importa si quieren desgañitarse cotorreando?

Thomas puso los ojos en blanco.

—Nunca he dicho ni jota sobre que yo sea más valiente que nadie. Tan sólo estoy harto de oír las voces de la gente. La tuya incluida.

Minho se rió por lo bajo.

—Gilipullo, cuando tratas de ser malo, eres la monda.

—Gracias —Thomas hizo una pausa—. Trans Plano.

—¿Eh?

—Así es como llamó el pingajo del traje blanco a la cosa que tenemos que atravesar. Un Trans Plano.

—Ah, sí. Debe de ser algún tipo de entrada.

Thomas le miró.

—En eso estaba pensando. Es algo como el Precipicio. Es plano y te transporta a otro sitio. Trans Plano.

—Eres un fuco genio.

Entonces entró Newt.

—¿Qué hacéis vosotros dos aquí escondidos?

Minho extendió el brazo y pegó a Thomas en el hombro.

—No nos estamos escondiendo. Thomas se está quejando de su vida y deseando volver con su mamá.

—Tommy —dijo Newt, que no parecía verle la gracia—, pasaste por el Cambio y recuperaste parte de la memoria. ¿Cuánto de todo esto recuerdas?

Thomas había estado mucho tiempo pensando en eso. Mucho de lo que había recuperado después de que el lacerador le picara no estaba muy claro.

—No sé. No puedo imaginarme el mundo real del exterior o cómo era estar con la gente a la que ayudé a diseñar el Laberinto. La mayoría se ha desvanecido o ya no está. He tenido un par de sueños extraños, pero nada sirve de ayuda.

Entonces entraron en una discusión sobre algunas cosas de las que habían oído hablar al extraño visitante. Sobre las erupciones solares, la enfermedad y lo diferente que podría haber sido todo si hubieran sabido que les estaban sometiendo a una prueba o que estaban experimentando con ellos. Había muchas cosas sin respuesta, todas rociadas de un miedo no expresado por el virus con el que supuestamente les habían contagiado. Al final terminaron callándose.

—Bueno, tenemos cosas que averiguar —resumió Newt—. Y yo necesito ayuda para asegurarme de que la maldita comida no se acabe antes de que nos marchemos mañana. Algo me dice que vamos a necesitarla.

Thomas ni siquiera había pensado en eso.

—Tienes razón. ¿La gente aún está atragantándose ahí fuera?

Newt negó con la cabeza.

—No, Fritanga se ha hecho cargo. Para ese pingajo la comida es sagrada. Creo que se ha alegrado de volver a tener algo en lo que es el jefe. Pero me da miedo que se pongan muy nerviosos e intenten comer de todas formas.

—Venga ya —dijo Minho—. Los que hemos llegado tan lejos lo hemos hecho por un motivo. Todos los imbéciles ya están muertos.

Miró de reojo a Thomas, como si le preocupara que pudiera pensar que incluía a Chuck en aquella afirmación. Quizás incluso a Teresa.

—Tal vez —respondió Newt—. Eso espero. De todos modos, estaba pensando que necesitamos organizamos, que el río vuelva a su cauce. Actuemos como lo hacíamos en el maldito Claro. Los últimos días han sido espantosos, todos lloriqueando y quejándose, sin una estructura, sin un plan. Me estoy volviendo loco.

—¿Qué esperas que hagamos? —preguntó Minho—. ¿Qué formemos filas y hagamos flexiones? Estamos atrapados en una estúpida prisión de tres habitaciones.

Newt dio un manotazo al aire como si las palabras de Minho fueran mosquitos.

—Da igual. Lo que digo es que, sin duda, mañana va a cambiar la situación y tenemos que estar preparados para afrontarla.

A pesar de toda la charla, Thomas notó que Newt no lograba hacerse entender.

—¿Adónde quieres ir a parar?

Newt hizo una pausa mientras miraba a Thomas y a Minho.

—Debemos asegurarnos de que tenemos un líder sólido cuando llegue mañana. No puede haber dudas sobre quién está al mando.

—Esa es la cosa más tonta que has soltado en tu fuca vida —dijo Minho—. Tú eres el líder y lo sabes.

Newt negó con la cabeza con firmeza.

—¿El hambre te hace olvidar los malditos tatuajes? ¿Crees que están sólo para decorar?

—¡Venga ya! —replicó Minho—. ¿De verdad crees que tienen importancia? ¡Tan sólo están jugando con nuestras cabezas!

En vez de contestar, Newt se acercó más a Minho y le retiró la camisa para revelar el tatuaje que había allí. A Thomas no le hacía falta mirarlo. Se acordaba. Marcaba a Minho como el líder.

Minho se encogió de hombros para apartar la mano de Newty. Empezó su retahíla habitual de comentarios sarcásticos, pero Thomas ya se había apagado y el ritmo de su corazón había empezado una rápida serie de latidos casi dolorosos. Tan sólo podía pensar en lo que estaba tatuado en su propio cuello: tenían que matarle.

Capítulo 13

Thomas se dio cuenta de que se estaba haciendo tarde. Sabía que debían dormir bien aquella noche para estar preparados a la mañana siguiente. Así que él y los clarianos pasaron el resto de la tarde haciendo burdos paquetes con las sábanas para llevar la comida y la ropa extra que había aparecido en las cómodas. Algunos productos habían venido en bolsas de plástico y ahora esas bolsas vacías las llenaban de agua y las ataban con la tela que les habían arrancado a las cortinas. Nadie esperaba que aquel apaño de cantimplora durara mucho sin gotear, pero era lo mejor que se les había ocurrido.

Newt por fin había convencido a Minho de que fuera el líder. Thomas sabía mejor que nadie que necesitaban a alguien al mando, así que se sintió aliviado cuando Minho accedió a regañadientes.

Sobre las nueve en punto, Thomas ya estaba otra vez tumbado en la cama, con la vista clavada en la litera de arriba. La habitación, por extraño que parezca, estaba en silencio, aunque nadie dormía aún. Seguro que el miedo se había apoderado de ellos igual que de él. Habían pasado por el Laberinto y sus horrores. Habían visto muy de cerca de lo que era capaz CRUEL. Si el Hombre Rata tenía razón, y todo lo que había ocurrido era parte de un plan magistral, entonces aquella gente había obligado a Gally a matar a Chuck, habían disparado a una mujer a quemarropa, habían contratado a personas para que los rescataran sólo para matarlos cuando la misión se completara… La lista era interminable.

Luego, para colmo, les habían infectado con una enfermedad horrible, cuya cura era el cebo para hacerles continuar. No se sabía qué era verdad y qué era mentira. Y las señales seguían sugiriendo que habían escogido a Thomas por algún motivo. Era triste pensarlo. Chuck era el que había perdido la vida, Teresa la que había desaparecido. Pero al apartar a esas dos personas de él…

Su vida era como un agujero negro. No tenía ni idea de cómo iba a reunir fuerzas para continuar a la mañana siguiente, para enfrentarse a lo que fuera que CRUEL les había preparado. Pero lo haría, y no sólo para obtener la cura. No se detendría, y menos ahora. No después de lo que les habían hecho a él y a sus amigos. Si el único modo de volver a ellos era pasar todas las pruebas, sobrevivir, que así fuera.

Que así fuera.

Con pensamientos de venganza que le consolaban de un modo enfermizo y retorcido, por fin se quedó dormido.

• • •



Todos los clarianos habían puesto las alarmas de sus relojes digitales a las cinco de la mañana. Thomas se despertó antes y no pudo volverse a dormir. Cuando los pitidos empezaron a inundar la habitación, bajó las piernas de la cama y se restregó los ojos. Alguien encendió la luz y una explosión amarilla iluminó su visión. Con los ojos entrecerrados, se levantó y se dirigió a las duchas. A saber cuánto tiempo pasaría antes de que pudiera ducharse otra vez.

Cuando faltaban diez minutos para la hora que había señalado el Hombre Rata, los clarianos se sentaron a esperar, la mayoría con una bolsa de plástico llena de agua y los fardos a los costados. Thomas, como los demás, había decidido llevar el agua en la mano para asegurarse que no se derramaba o goteaba. El escudo invisible había vuelto a aparecer de la noche a la mañana en medio de la zona común; era imposible traspasarlo, y los clarianos se colocaron en el lado del dormitorio de los chicos, delante de donde el desconocido vestido de blanco había dicho que aparecería el Trans Plano.

Aris estaba sentado al lado de Thomas y habló por primera vez desde… bueno, Thomas no recordaba la última vez que había oído la voz del muchacho.

—¿Creías que estabas loco? —preguntó el chico nuevo—. Cuando la oíste por primera vez en tu cabeza, me refiero.

Thomas le miró e hizo una pausa. Por alguna razón, hasta aquella mañana no había querido hablar con aquel chaval; pero de repente aquella sensación se desvaneció completamente. No era culpa de Aris que Teresa hubiera desaparecido.

—Sí. Más tarde, cuando siguió sucediendo le di unas cuantas vueltas, pero empecé a preocuparme de que los demás creyeran que estaba loco, así que no se lo dijimos a nadie durante un buen tiempo.

—Para mí fue muy extraño —comentó Aris. Parecía sumido en sus pensamientos mientras tenía la vista clavada en el suelo—. Estuve en coma unos cuantos días y cuando me desperté, comunicarme con Rachel parecía la cosa más normal del mundo. Si ella no lo hubiera aceptado y no me hubiera respondido, estoy seguro de que lo habría perdido. Las otras chicas del grupo me odiaban, algunas querían matarme. Rachel era la única que…

Dejó de hablar, y Minho se puso de pie para dirigirse a todos antes de que Aris pudiera terminar lo que estaba diciendo. Thomas se alegró, porque oír una versión alternativa de lo que él había vivido sólo le hacía pensar en Teresa, y dolía demasiado. No quería volver a pensar en ella. Por ahora tendría que concentrarse en sobrevivir.

—Tenemos tres minutos —dijo Minho, que por una vez parecía completamente

serio—. ¿Estáis todos seguros de que aún queréis ir?

Thomas asintió y advirtió que los demás hacían lo mismo.

—¿Alguien ha cambiado de opinión esta noche? —preguntó Minho—. Hablad ahora o nunca. Una vez que vayamos adondequiera que vayamos, si algún pingajo decide que es un mariquita e intenta volver atrás, me aseguraré de que lo haga con la nariz rota y sus partes machacadas.

Thomas miró a Newt, que tenía la cabeza apoyada en las manos y estaba refunfuñando en voz alta.

—Newt, ¿tienes algún problema? —inquirió Minho con una voz sorprendentemente severa.

Thomas, impresionado, esperó la reacción de Newt. Este parecía igual de sorprendido.

—Eh… no. Tan sólo estaba admirando tu maldita capacidad de liderazgo.

Minho se retiró la camisa del cuello y se inclinó hacia delante para enseñarles a todos el tatuaje.

—¿Qué pone ahí, gilipullo?

Newt miró a izquierda y derecha, ruborizado.

—Sabemos que eres el jefe, Minho. Corta el rollo.

—No, córtalo tú —replicó Minho, señalando a Newt—. No tenemos tiempo para ese tipo de clonc. Así que calla la boca.

Thomas esperó que Minho estuviera actuando para reafirmar su liderazgo y que Newt lo entendiera. Aunque si Minho estaba actuando, era evidente que había hecho un buen trabajo.

—¡Son las seis en punto! —gritó uno de los clarianos.

Como si aquella proclamación lo hubiera provocado, el escudo invisible se volvió otra vez opaco y se empañó hasta quedar blanco. Una fracción de segundo más tarde desapareció. Thomas advirtió al instante el cambio en la pared que tenían enfrente. Una gran parte se había transformado en una superficie plana y reluciente de un gris oscuro y sombrío.

—¡Vamos! —gritó Minho mientras se colocaba la correa de su fardo al hombro. En la otra mano llevaba una bolsa de agua—. No os entretengáis. Tan sólo tenemos cinco minutos para cruzarlo. Yo iré primero —señaló a Thomas—. Tú serás el último. Asegúrate de que todos me siguen antes de venir.

Thomas asintió al tiempo que intentaba luchar contra el fuego que le quemaba los nervios; levantó el brazo y se secó el sudor de la frente.

Minho se acercó a la pared gris y luego se detuvo justo enfrente. El Trans Plano parecía poco sólido, a Thomas le resultaba imposible concentrarse en él. Sombras y remolinos de oscuras formas cambiantes bailaban por su superficie. Todo en conjunto latía y se desdibujaba, como si pudiera desaparecer en cualquier instante.

Minho se volvió para mirarles.
—Pingajos, nos vemos al otro lado.
Entonces lo atravesó y la pared gris oscuro se lo tragó entero.

Capítulo 14

Nadie se quejó mientras Thomas apiñaba al resto detrás de Minho. Nadie pronunció palabra, tan sólo intercambiaron miradas asustadas y parpadeantes al acercarse al Trans Plano y cruzarlo. Sin excepción, todos los clarianos vacilaron un segundo antes de dar el último paso hacia la oscuridad del cuadrado gris. Thomas los observaba a todos y les daba un manotazo en la espalda antes de que desaparecieran.

Al cabo de dos minutos, tan sólo quedaban Aris, Newt y Thomas.

¿Estás seguro de esto? —le preguntó Aris dentro de su mente.

Thomas se atragantó con la tos, sorprendido por el flujo de palabras que pasaba por su conciencia, aquel habla que no oía pero a la vez podía oír. Pensaba —y esperaba— que Aris hubiera pillado la indirecta de que no quería comunicarse de esa manera. Eso era algo que reservaba para Teresa y no lo hacía con nadie más.

—Rápido —masculló Thomas en voz alta, negándose a contestar por telepatía—. Tenemos que darnos prisa.

Aris lo cruzó con una expresión de dolor en el rostro; Newt le siguió justo detrás. Y así, sin más, Thomas se había quedado solo en la zona común.

Echó un último vistazo y recordó los cadáveres hinchados que habían colgado de allí hacía tan sólo unos días. Pensó en el Laberinto y en toda la clonc por la que habían pasado. Suspiró tan fuerte como pudo, esperando que alguien en algún lugar pudiera oírle, agarró su bolsa de agua y su fardo lleno de comida, y se metió en el Trans Plano.

Una línea gélida le atravesó la piel desde delante hacia atrás, como si la pared gris fuese una superficie plana, vertical, de agua helada. Cerró los ojos en el último segundo y los abrió para no ver nada más que oscuridad. Pero sí oyó voces.

—¡Eh! —llamó, ignorando el repentino estallido de pánico en su propia voz—. Chicos…

Antes de que pudiera terminar, tropezó con algo y se cayó al chocar con la parte superior de un cuerpo que se retorcía.

—¡Ay! —gritó la persona mientras se quitaba a Thomas de encima. Fue todo lo que pudo hacer por agarrar fuerte la bolsa de agua.

—¡Que todo el mundo se esté quieto y se calle! —era Minho, y el alivio que inundó a Thomas casi le hizo gritar de alegría—. Thomas, ¿eres tú? ¿Estás aquí?

—¡Sí! —Thomas se puso de pie y palpó a su alrededor para asegurarse de que no se daba con nadie. Tan sólo notó aire y no distinguió más que penumbra—. He sido el último en cruzar. ¿Ha conseguido pasar todo el mundo?

—Estábamos poniéndonos en fila para contarnos uno a uno hasta que apareciste a trompicones como un toro dopado —respondió Minho—. Vamos a hacerlo de nuevo. ¡Uno!

Cuando nadie dijo nada, Thomas gritó:

—¡Dos!

Entonces los clarianos fueron contando hasta que le tocó a Aris, el último, que dijo:

—Veinte.

—Bien —asintió Minho—. Estamos todos aquí, sea donde sea. No veo una fuca clonc.

Thomas se quedó quieto, sintiendo a los otros chicos, oyendo sus respiraciones, pero con miedo a moverse.

—Qué pena que no tengamos una linterna.

—Gracias por exponer lo obvio, señor Thomas —replicó Minho—. Muy bien, escuchad. Estamos en algún tipo de pasillo. Noto las paredes a ambos lados y, por lo que sé, la mayoría de vosotros estáis a mi derecha. Thomas, donde estás es por donde entramos. Será mejor que no corramos el riesgo de retroceder y atravesar el Trans Plano ese, así que seguid mi voz y venid hacia mí. No nos quedan muchas otras opciones, salvo bajar por este camino y ver lo que encontramos.

Había empezado a alejarse de Thomas cuando pronunció aquellas últimas palabras. El susurro de los pies moviéndose y los fardos rozando la ropa le dijeron que los demás iban detrás. Cuando percibió que era el último que quedaba y que ya no chocaría con nadie, se movió despacio hacia su izquierda y extendió una mano hasta que notó una pared dura y fría. Entonces caminó detrás del resto del grupo y dejó que su mano resbalara por la pared para orientarse.

Nadie habló mientras avanzaban. Thomas odiaba que sus ojos no se acabaran de ajustar a la oscuridad. No había ni el más mínimo rastro de luz. El aire era frío, pero olía como a cuero viejo y polvo. Tropezó un par de veces con el que estaba justo delante de él; ni siquiera sabía quién era porque el chico no dijo nada cuando chocaron.

Siguieron caminando. El túnel se extendía hacia delante sin girar a la izquierda o a la derecha. La mano de Thomas apoyada en la pared y el suelo bajo sus pies eran las únicas cosas que le mantenían atado a la realidad o le daban sentido de movimiento. De otro modo, se habría sentido como si estuviera flotando por un espacio vacío, sin hacer el menor avance.

Los únicos sonidos eran los chirridos de los zapatos sobre el duro suelo de hormigón y los esporádicos murmullos de los clarianos. Thomas sentía cada latido de su corazón mientras marchaban por el interminable túnel de oscuridad. No podía evitar acordarse de la Caja, el cubo sin luz de aire viciado que le había llevado hasta el Claro; era un poco como aquello. Al menos ahora tenía una parte de memoria sólida, tenía amigos y sabía quiénes eran. Al menos ahora entendía lo que estaba en juego: necesitaban una cura y probablemente pasarían por cosas horribles para

conseguirla.

Un repentino estallido de intensos murmullos inundó el túnel; parecía venir de arriba. Thomas se paró en seco. No había sido ninguno de los clarianos, de eso estaba seguro.

Desde delante, Minho le gritó al resto que se detuvieran y luego dijo:

—Tíos, ¿habéis oído eso?

Cuando varios clarianos murmuraron que sí y empezaron a hacer preguntas, Thomas inclinó el oído hacia el techo y se esforzó por oír algo más allá de esas voces. Los susurros fueron tan sólo un instante, unas breves palabras que habían sonado como si vinieran de un hombre muy viejo y enfermo. Pero el mensaje había sido totalmente indescifrable.

Minho mandó callar de nuevo a todos y les ordenó que escucharan.

Aunque estaba a oscuras y, por lo tanto, no tenía sentido, Thomas cerró los ojos para concentrarse en su sentido del oído. Si volvía la voz, quería captar lo que decía.

Pasó menos de un minuto antes de que la misma voz anciana susurrara de nuevo con aspereza y resonara por el aire como si unos enormes altavoces estuvieran instalados en el techo. Thomas oyó a varios chicos dar un grito ahogado como si esta vez lo hubieran entendido y estuvieran impresionados por lo que habían oído; pero él seguía sin ser capaz de aislar ni tan siquiera una o dos palabras. Volvió a abrir los ojos, aunque nada cambió ante él. Completa oscuridad. Todo negro.

—¿Alguien ha entendido lo que ha dicho? —dijo Newt.

—Un par de palabras —respondió Winston—. Sonaba como «volved» justo a la mitad.

—Sí —asintió alguien.

Thomas pensó en lo que había oído y, en retrospectiva, sí parecía como si esa palabra hubiera estado allí, en algún sitio. «Volved».

—Que todo el mundo se calle y escuche con atención esta vez —ordenó Minho, y el oscuro pasillo quedó en silencio.

La próxima vez que se oyó la voz, Thomas entendió cada una de las sílabas:

—Es vuestra única oportunidad. Volved ahora y no os cortarán en rodajas.

A juzgar por las reacciones frente a él, esta vez todos lo habían oído.

—¿«No os cortarán en rodajas»?

—¿Qué se supone que significa eso?

—¡Ha dicho que podemos volver!

—No podemos fiarnos de un pingajo al azar que suspira en la oscuridad.

Thomas intentó no pensar en lo mal que sonaban aquellas últimas palabras. «No os cortarán en rodajas». Sonaba fatal. Y el hecho de no poder ver nada era aún peor. Se estaba poniendo muy nervioso.

—¡Seguid caminando! —le gritó a Minho—. No voy a poder aguantar mucho

más. ¡Seguid adelante!

—Espera un momento —dijo Fritanga—. La voz ha dicho que esta sería nuestra única oportunidad. Al menos tenemos que pensarlo.

—Sí —añadió alguien—, quizá deberíamos volver.

Thomas negó con la cabeza aunque sabía que nadie podía verle.

—Ni hablar. Recordad lo que nos dijo el tipo del escritorio, que todos tendríamos una muerte horrible si regresábamos.

Fritanga insistió:

—Bueno, ¿y acaso es eso peor que lo que susurra este tío? ¿A quién se supone que tenemos que escuchar y a quién tenemos que ignorar?

Thomas sabía que era una buena pregunta, pero volver no le parecía bien.

—Me juego lo que sea a que la voz no es más que una prueba. Tenemos que seguir adelante.

—Tiene razón —dijo Minho desde el frente de la fila—. Venga, vamos.

Apenas había dicho la última palabra cuando la voz susurrante sonó por el aire de nuevo, esta vez marcada con un odio casi infantil:

—Estáis todos muertos. Os van a cortar a todos en rodajas. Muertos y en rodajas. A Thomas se le erizó todo el pelo de la nuca y un escalofrío le recorrió la espalda. Esperaba que los chicos insistieran en que tenían que regresar, pero, una vez más, los clarianos le sorprendieron.

Nadie dijo nada y no tardaron en continuar avanzando. Minho había tenido razón al decir que habían eliminado a todos los pusilánimes.

Se adentraron más en la oscuridad. El aire se calentó un poco y pareció estar más cargado de polvo. Thomas tosió varias veces; se moría por echar un trago, pero no quería arriesgarse a desatar la bolsa de agua sin poder verla. Era lo que le faltaba, verterla toda al suelo.

Adelante.

Más caliente.

Sediento.

Oscuridad.

Caminando. El tiempo pasaba muy despacio.

Thomas no tenía ni idea de cómo ese pasillo podía siquiera existir. Tenían que llevar al menos tres o cuatro kilómetros recorridos desde la última vez que habían oído el espeluznante susurro de advertencia. ¿Dónde estaban? ¿Bajo tierra? ¿En el interior de algún edificio enorme? El Hombre Rata había dicho que tenían que encontrar la salida al exterior, pero ¿cómo…?

Un chico gritó a unos metros por delante. Empezó como un chillido repentino, como una simple sorpresa, pero entonces se intensificó hasta convertirse en puro terror. No sabía quién era, pero ahora el chaval estaba dejándose la garganta, dando

alaridos, chillando como un animal de la antigua Casa de la Sangre en el Claro. Thomas oyó el sonido de un cuerpo golpeando el suelo.

Por instinto, salió corriendo hacia delante y empujó a varios clarianos, que por lo visto se habían quedado paralizados por el miedo, para abrirse paso hacia los sonidos inhumanos. No sabía por qué pensaba que sería capaz de ayudar más que nadie, pero no vaciló, ni siquiera se preocupó de dónde pisaba mientras corría en la oscuridad. Tras la larga locura de caminar a ciegas durante tanto tiempo, era como si su cuerpo tuviera ganas de acción.

Lo consiguió; notaba que el chico ahora estaba tumbado justo enfrente de él, mientras golpeaba con los brazos y las piernas el suelo de cemento para luchar contra quién sabía qué. Thomas dejó a un lado su bolsa de agua y el fardo que llevaba al hombro y entonces, tímidamente, extendió el brazo para intentar agarrarle una de las extremidades. Notó que los otros clarianos se reunían detrás de él y, al oír preguntas y gritos fuertes y caóticos, se obligó a ignorarlos.

—¡Eh! —gritó Thomas al chico que se retorcía—. ¿Qué te pasa?

Sus dedos rozaron los vaqueros del muchacho, luego su camisa, pero el cuerpo del chico se convulsionaba por todos sitios, imposible de sujetar, y sus gritos continuaban atravesando el aire.

Al final, Thomas se lo jugó todo. Se tiró hacia delante para echarse por completo encima del cuerpo del joven que no paraba de sacudirse. Con un golpe que le quitó la respiración, aterrizó sobre el torso que se retorcía; un codo se le clavó en las costillas y después una mano le abofeteó la cara. Levantó una rodilla y casi le dio justo en la entrepierna.

—¡Para! —gritó Thomas—. ¿Qué te pasa?

Los gritos gorjearon hasta cesar, casi como si hubieran hundido a un chico en el agua. Pero las convulsiones no disminuyeron lo más mínimo.

Thomas puso el codo y el antebrazo en el pecho del clariano para sujetarlo y alzó la mano para agarrarle del pelo o de la cara. Pero, cuando sus manos se deslizaron por lo que estaba allí, la confusión le consumió.

No había cabeza. No había pelo ni cara. Ni siquiera cuello. Nada de lo que debería haber estado allí.

En su lugar, Thomas tocó una gran bola de frío metal, perfectamente lisa.

Capítulo 15

Los siguientes segundos fueron de lo más raros. En cuanto la mano de Thomas entró en contacto con la extraña bola de metal, el chico dejó de moverse. Los brazos y las piernas se le calmaron y la rigidez de su torso en movimiento desapareció en un instante. Thomas notó mojada la dura esfera, que rezumaba por donde debería haber estado el cuello del muchacho. Sabía que era sangre; percibía su olor cobrizo.

Entonces la bola se le resbaló de los dedos y salió rodando, emitiendo un sonido hueco y chirriante hasta que chocó con la pared más cercana y se detuvo. El chico que tenía debajo no se movió ni emitió ningún sonido. Los demás clarianos continuaron gritando preguntas en la oscuridad, pero Thomas los ignoró.

El terror inundó su pecho mientras se imaginaba al chico, el aspecto que debía de tener. Nada tenía sentido, pero era evidente que el joven estaba muerto, le habían cortado la cabeza de algún modo. O… ¿se había convertido en metal? ¿Qué demonios había ocurrido? A Thomas le dio vueltas la cabeza y tardó unos instantes en darse cuenta de que un fluido caliente brotaba de la mano que había presionado contra el suelo cuando la bola se escapó de sus dedos. Se asustó.

Se apartó enseguida del cuerpo, se limpió la mano en los pantalones y gritó, pero no fue capaz de formar palabras. Un par de clarianos le agarró por detrás para ayudarle a ponerse de pie. Los apartó y se dio contra la pared. Alguien le cogió del hombro de la camisa y tiró de él para acercárselo.

—¡Thomas! —gritó Minho—. ¡Thomas! ¿Qué ha pasado?

Thomas intentó calmarse para afrontar la situación. El estómago se le revolvió y su pecho se tensó.

—No… no sé. ¿Quién era? ¿Quién estaba ahí abajo gritando?

Winston contestó con una voz temblorosa:

—Creo que era Frankie. Estaba justo a mi lado, haciendo bromas, y luego fue como si algo tirase de él. Sí, era él. Estoy segurísimo.

—¿Qué ha pasado? —repitió Minho.

Thomas se percató de que aún estaba limpiándose las manos en los pantalones.

—Mira —dijo antes de respirar hondo. Hacer todo aquello en la oscuridad era exasperante—, le oí gritar y corrí hasta aquí para ayudarle. Salté sobre él, traté de sujetarle los brazos y averiguar lo que sucedía. Entonces busqué con las manos su cabeza para agarrarle de las mejillas (ni si quiera sé por qué) y lo único que noté fue…

No podía decirlo. Nada podía ser más absurdo que la verdad.

—¿Qué? —gritó Minho.

Thomas rezongó y después lo dijo:

—Su cabeza no era su cabeza. Era como una… una gran… bola de metal. No lo

sé, macho, pero eso fue lo que noté. Como si su fuca cabeza hubiera sido absorbida por… ¡por una gran bola de metal!

—¿De qué estás hablando? —preguntó Minho.

Thomas no sabía cómo podría convencerle a él o a cualquier otro.

—¿No la oíste rodar justo cuando dejó de gritar? Sé que…

—¡Está aquí! —exclamó alguien. Newt. Thomas volvió a oír un fuerte chirrido y luego a Newt, que resoplaba por el esfuerzo—. La he oído rodar por ahí. Y está toda mojada y pegajosa… parece sangre.

—¡Qué clonc! —medio susurró Minho—. ¿Cómo es de grande?

Los demás clarianos se unieron con un coro de preguntas.

—¡Que todo el mundo se calle! —gritó Newt. Cuando se quedaron en silencio, dijo—: No lo sé —Thomas oyó que cogía la bola con cuidado para palparla—. Es más grande que una puñetera cabeza, eso seguro. Es totalmente redonda, una esfera perfecta.

Thomas estaba desconcertado, indignado, pero en lo que único que podía pensar era en salir de aquel sitio. De aquella oscuridad.

—Tenemos que correr —dijo—. Tenemos que marcharnos. Ya.

—Quizá deberíamos retroceder —Thomas no reconoció la voz—. Sea lo que sea esa cosa redonda, le ha cortado la cabeza a Frankie, tal y como nos advirtió el pingajo anciano.

—Ni hablar —respondió Minho, enfadado—. Ni hablar. Thomas tiene razón. Basta de distracciones. Separaos unos centímetros los unos de los otros y echad a correr. Agachaos y, si algo se acerca a vuestras cabezas, quitaos de encima esa mierda.

Nadie se opuso. Thomas enseguida encontró su agua y su comida; entonces una comunicación tácita invadió al grupo y empezaron a correr lo bastante separados para no tropezar unos con otros. Thomas ya no estaba atrás del todo, no quería perder tiempo en volver a su sitio. Corrió, corrió tan rápido como no recordaba haberlo hecho en el Laberinto.

Olía a sudor. Respiró polvo y aire caliente. Sus manos se humedecieron; estaban cada vez más pegajosas por la sangre. La oscuridad era total.

Corrió y no se detuvo.

• • •



Una bola mortal alcanzó a otro más. Esta vez ocurrió cerca de donde estaba Thomas; le pasó a un chico con el que nunca había cruzado una palabra. Thomas oyó el sonido

del metal deslizándose por el metal y un par de clics. Después, los gritos ahogaron el resto.

Nadie se detuvo. Algo terrible, quizás. Probablemente. Pero nadie se detuvo.

Cuando los gritos por fin cesaron con un gorjeo, Thomas oyó un fuerte ruido hueco al caer la bola de metal al suelo. La oyó rodar, repiquetear contra la pared y rodar un poco más.

Continuó corriendo. No disminuyó la velocidad.

Su corazón latía con fuerza; el pecho le dolía de las respiraciones profundas e irregulares mientras engullía desesperado el aire polvoriento. Perdió la noción del tiempo, no tenía ni idea de lo lejos que habían llegado. Pero cuando Minho les dijo a todos que se pararan, el alivio fue casi abrumador. El agotamiento había vencido al terror por lo que había matado a dos chicos.

Los sonidos de los jadeos inundaban el pequeño espacio y olía a mal aliento. Fritanga fue el primero en recuperarse lo suficiente para hablar:

—¿Por qué hemos parado?

—¡Porque casi me rompo las espinillas con algo que hay aquí! —respondió Minho—. Creo que es una escalera.

Thomas sintió que se le levantaba el ánimo, pero enseguida decayó. Había jurado no volver a hacerse ilusiones. No hasta que todo aquello hubiera terminado.

—Bueno, pues ¡subámoslas! —dijo Fritanga demasiado alegremente.

—¿Eso crees? —contestó Minho—. ¡Qué haríamos sin ti, Fritanga! En serio.

Thomas oyó las fuertes pisadas de Minho mientras subía corriendo las escaleras, emitiendo un sonido agudo, como si los peldaños estuvieran hechos de fino metal. Tan sólo pasaron unos segundos antes de que otras pisadas se unieran a las primeras, y pronto todos estaban siguiendo a Minho.

Cuando Thomas alcanzó el primer escalón, tropezó, cayó y se golpeó la rodilla con el siguiente peldaño. Bajó las manos para recuperar el equilibrio —casi reventó su bolsa de agua—después se puso de pie y subió saltándose algún que otro escalón de vez en cuando. ¡Quién sabía cuándo atacaría otra de esas cosas de metal! Y hubiese o no esperanza, estaba más que preparado para pasar a una zona que no estuviera oscura como boca de lobo.

Arriba se oyó un estruendo, un golpazo más fuerte que el del ruido de las pisadas, pero seguía sonando a metal.

—¡Ay! —gritó Minho.

Después se oyeron unos cuantos gruñidos y quejidos cuando los clarianos chocaron unos contra otros antes de poder parar.

—¿Estás bien? —preguntó Newt.

—¿Con qué te has… dado? —dijo Thomas entre jadeos.

Minho sonaba irritado:

—Con la fuca parte de arriba, eso es todo. Hemos llegado al tejado y no hay por dónde… —se calló, y Thomas oyó cómo deslizaba las manos por las paredes y el techo, buscando—. ¡Esperad! Creo que he encontrado…Le interrumpió un clic, y entonces el mundo alrededor de Thomas pareció arder en llamas. Gritó mientras se tapaba los ojos con las manos. Una luz punzante y cegadora brillaba desde arriba. Había dejado caer la bolsa de agua sin poder evitarlo. Después de tanto rato en la oscuridad total, la súbita aparición de la luz le aturdió, incluso a través de la protección de sus manos. Un naranja brillante traspasó sus dedos y sus párpados, y una oleada de calor descendió como viento caliente.

Thomas oyó un fuerte chirrido, luego un golpe seco y la oscuridad regresó. Con cautela, dejó caer las manos y entrecerró los ojos; unas manchas bailaban ante sus ojos.

—¡No me fuques! —exclamó Minho—. Parece que hemos encontrado una salida, pero ¡creo que está en el puñetero sol! Macho, sí que brillaba. ¡Y qué calor!

—Abrámoslo un poco para que se nos acostumbren los ojos —sugirió Newt. Después Thomas oyó que subía las escaleras para reunirse con Minho—. Aquí tienes una camisa, métela por ahí. ¡Que todo el mundo se tape los ojos!

Thomas le hizo caso y se tapó otra vez con las manos. El resplandor naranja volvió y empezó el proceso. Después de un minuto aproximadamente, bajó las manos y abrió poco a poco los ojos. Tuvo que entrecerrarlos y, aun así, parecía que un millón de linternas le estuvieran apuntando, pero se hizo más soportable. Al cabo de unos minutos, todo estaba muy brillante, pero bien.

Ahora podía ver que estaba a unos veinte escalones de donde Minho y Newt se agachaban bajo la trampilla del techo. Tres líneas resplandecientes marcaban los bordes de la puerta, interrumpidos tan sólo por la camisa que había metido por la esquina derecha para mantenerla abierta. Todo a su alrededor —las paredes, las escaleras y la misma puerta— estaba hecho de metal gris apagado. Thomas se dio la vuelta para mirar en la dirección por donde habían venido y vio que las escaleras desaparecían en la oscuridad debajo de ellos. Había subido más de lo que imaginaba.

—¿Alguien está ciego? —preguntó Minho—. Tengo los ojos abrasados.

Thomas se sentía también así. Los ojos le quemaban, le picaban y no dejaban de llorarle. Todos los clarianos a su alrededor se restregaban los ojos.

—¿Y qué hay ahí fuera? —preguntó alguien.

Minho se encogió de hombros mientras echaba un vistazo por la rendija de la puerta abierta con una mano de visera.

—No sabría qué decirte. Lo único que veo es un montón de luz brillante. Quizás estemos en el fuco sol. Pero no creo que haya gente ahí fuera —hizo una pausa—. Ni raros.

—Salgamos de aquí, entonces —propuso Winston, que estaba dos peldaños por

debajo de Thomas—, Prefiero quemarme al sol a que ataque mi cabeza una de esas bolas de acero. ¡Vamos!

—Muy bien, Winston —contestó Minho—. No os quitéis la ropa interior, es mejor que antes se os ajusten los ojos a la luz. Abriré la puerta del todo para asegurarnos de que estamos bien. Preparaos —subió un escalón para poder presionar con el hombro derecho la losa de metal—. Uno. Dos. ¡Tres!

Enderezó las piernas con un gruñido y empujó hacia arriba. La luz y el calor inundaron las escaleras cuando la puerta se abrió con un terrible chirrido metálico. De inmediato, Thomas miró hacia el suelo y entrecerró los ojos. Aquel resplandor parecía imposible, aunque hubieran estado caminando sin rumbo fijo en la oscuridad total durante horas.

Oyó que arrastraban los pies y ruido de empujones; alzó la vista para ver que Newt y Minho avanzaban para salir del cuadrado de luz cegadora que se filtraba por la puerta ahora abierta. Todo el hueco de la escalera parecía un horno.

—¡Jo, tío! —exclamó Minho con un gesto de dolor en la cara—. Algo va mal, macho. ¡Es como si ya me estuviera quemando la piel!

—Tienes razón —dijo Newt, frotándose la nuca—. No sé si podemos salir ahí fuera. Tendremos que esperar a que se vaya el sol.

Se oyeron quejidos de los clarianos, pero entonces fueron asaltados por otro arrebato de Winston:

—¡Eh! ¡Cuidado! ¡Cuidado!

Thomas se dio la vuelta para mirar a Winston, que se hallaba un poco más abajo. Estaba señalando algo justo por encima de él al tiempo que retrocedía un par de peldaños. En el techo, tan sólo a unos centímetros por encima de sus cabezas, un gran pegote de líquido plateado se estaba fusionando, saliendo del metal como si se convirtiera en una gran lágrima. Se hizo cada vez más grande mientras Thomas la miraba fijamente y, en cuestión de segundos, formó una bola de pegote fundido, temblorosa, que poco a poco se tensaba. Entonces, antes de que nadie pudiera reaccionar, se despegó del techo y cayó.

Pero en vez de hacer *paf* en los peldaños a sus pies, la esfera plateada desafió la gravedad y voló en horizontal, directa a la cara de Winston. Sus gritos espantosos inundaron el aire mientras caía por las escaleras.

Capítulo 16

Thomas tenía un horrible presentimiento mientras bajaba por las escaleras detrás de Winston. No sabía si era porque quería ayudarle o porque no podía controlar su curiosidad acerca de la monstruosa bola plateada.

Al final, Winston se paró en seco y apoyó la espalda en uno de los escalones; aún les quedaba bastante para llegar abajo del todo. La luz brillante que entraba por la puerta abierta del techo iluminaba todo con perfecta claridad. Las manos de Winston estaban sobre su cara, tirando del líquido plateado. La bola de metal fundido ya se había empezado a fusionar con la parte superior de su cabeza y le consumía la punta de las orejas. Los bordes se deslizaban hacia abajo como sirope espeso, derramándose por sus oídos y tapándole las cejas.

Thomas saltó sobre el cuerpo del chico y se dio la vuelta para arrodillarse en el peldaño justo debajo de él. Winston estiraba y empujaba el pegote plateado para que no le cayera sobre los ojos. Sorprendentemente, parecía estar funcionando. Pero el muchacho gritaba con todas sus fuerzas al tiempo que se retorcía y daba patadas a la pared.

—¡Quitádmelo! —chilló con una voz tan ahogada que Thomas casi lo dejó y echó a correr. Si aquello dolía tanto…

Parecía un gel plateado muy denso. Persistente y pertinaz, como si estuviera vivo. En cuanto Winston empujaba una parte para quitársela de los ojos, caía un poco entre sus dedos, y otra vez lo intentaba. Cuando hacía eso, Thomas distinguía partes de la piel de su rostro, y no era muy agradable. Estaba roja y con ampollas.

Winston gritó algo tan ininteligible que sus gritos atormentados bien podrían haber estado en otro idioma. Thomas sabía que tenía que hacer algo. El tiempo se estaba agotando.

Se quitó el fardo que llevaba en los hombros y tiró los contenidos; fruta y unos cuantos paquetes se esparcieron y rodaron por las escaleras. Cogió la sábana y se la envolvió en las manos para protegerse. Cuando Winston volvió a intentar sacarse el líquido plateado de encima de los ojos, Thomas le agarró por los lados que habían caído sobre las orejas del chico. Notó el calor por encima de la tela y creyó que iba a ponerse a arder. Clavó bien los pies en el suelo, apretó la cosa lo más fuerte que pudo y tiró.

Con un inquietante sonido de succión, las partes del metal que atacaba se levantaron varios centímetros antes de resbalársele de las manos y volver a pegarse a las orejas de Winston. Imposible, el chico gritaba incluso más alto. Dos clarianos intentaron acercarse para ayudar, pero Thomas les gritó que se apartaran, pues creía que tan sólo se interponían.

—¡Tenemos que hacerlo juntos! —le gritó a Winston, decidido a agarrarlo más

fuerte esta vez—. ¡Escúchame, Winston! ¡Tenemos que hacerlo juntos! ¡Intenta cogerlo y arrancártelo de la cabeza!

El otro chico no mostraba ninguna señal de haberlo entendido, todo su cuerpo se convulsionaba mientras se resistía. Si Thomas no hubiera estado en el peldaño debajo del suyo, ya se hubiera caído rodando por las escaleras.

—¡A la de tres! —gritó Thomas—. ¡Winston! ¡A la de tres!

Seguía sin haber ninguna señal de que le hubiera oído. Gritos. Sacudidas. Patadas. Golpes a la materia plateada.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Thomas, o tal vez era el sudor que le bajaba por la frente. Pero le escocía. Y notó como si el aire se hubiera calentado un millón de grados. Se le tensaron los músculos y unos pinchazos de dolor se dispararon por sus piernas. Eran calambres.

—¡Hazlo! —gritó, ignorándolo todo y apoyándose para intentarlo de nuevo—. ¡Una! ¡Dos! ¡Ya!

Agarró los laterales del líquido que se extendía, notó su extraña combinación de duro y blando, y después volvió a tirar para sacárselo de la cabeza a Winston. Este debía de haberle escuchado, o tal vez fue la suerte, pero empujó el pegote al mismo tiempo con la palma de la mano, como si tratase de arrancarse su propia frente. Todo el revoltijo plateado salió hacia arriba, una capa floja, espesa y pesada. Thomas no vaciló; levantó los brazos, tiró aquella porquería por encima de su cabeza hacia la escalera y se dio la vuelta sobre sus talones para ver lo que había ocurrido.

Mientras volaba por los aires, el líquido volvió a transformarse en una esfera, su superficie se tensó un momento y luego se solidificó. Se detuvo a tan sólo unos pasos de ellos y se mantuvo en el aire un segundo, como si estuviera lanzándole una larga y duradera mirada a su víctima, tal vez considerando detenidamente qué había salido mal. Entonces salió disparado y bajó volando la escalera hasta que desapareció en la oscuridad de allí abajo.

Se había ido. Por alguna razón, no había vuelto a atacar.

Thomas tomaba grandes bocanadas de aire, cada centímetro de su cuerpo parecía empapado de sudor. Apoyó un hombro en la pared, temeroso de mirar a Winston, que gimoteaba detrás de él. Al menos los gritos habían cesado.

Finalmente, Thomas se dio la vuelta para mirarle a la cara.

El chaval estaba hecho un desastre, acurrucado como una bola, temblando. El pelo de su cabeza había desaparecido y en su lugar tenía la piel en carne viva y por algunas partes se filtraba la sangre. Tenía las orejas cortadas e irregulares, pero estaban enteras. Sollozaba debido al dolor y el trauma causados por lo que acababa de pasarle. El acné de su rostro parecía limpio y fresco comparado con las heridas del resto de su cabeza.

—¿Te encuentras bien, tío? —preguntó Thomas, aunque sabía que debía de ser la

pregunta más tonta que había hecho en su vida.

Winston negó con la cabeza con una sacudida rápida y su cuerpo continuó temblando. Thomas alzó la vista para mirar a Minho, Newt, Aris y los demás clarianos que estaban sólo un par de escalones por encima de ellos, todos mirando hacia abajo, horrorizados. La deslumbrante luz de arriba ensombrecía sus rostros, pero, aun así, Thomas les veía los ojos, tan abiertos como los de un gato pasmado ante un foco.

—¿Qué era esa fuca cosa? —murmuró Minho.

Thomas no podía hablar y se limitó a negar con la cabeza de forma cansada. Newt fue el que respondió:

—Un pegote mágico que se come las cabezas de la gente, eso es lo que es.

—Tiene que ser algún tipo de tecnología nueva —sugirió Aris. Era la primera vez que Thomas le veía participar en una discusión. El chico miró a su alrededor; como era lógico, advirtió las caras de sorpresa y luego se encogió de hombros, como si le diera vergüenza continuar—. Tengo unos cuantos recuerdos que me vienen a la memoria. Sé que el mundo tiene algún tipo de tecnología avanzada, pero no recuerdo nada de metal fundido que volara e intentase cortar partes del cuerpo.

Thomas pensó en sus propios recuerdos vagos. Desde luego, tampoco a él le venía a la mente nada así.

Minho señaló distraídamente hacia la parte baja de las escaleras, más allá de Thomas.

—Esa mierda debe de adherirse a tu cara y luego se come la carne de tu cuello hasta que te lo corta de cuajo. Qué bonito. Muy bonito.

—¿Lo viste? ¡La cosa esa salió del techo! —exclamó Fritanga—. Será mejor que salgamos de aquí. Ya.

—No podría estar más de acuerdo —añadió Newt.

Minho miró a Winston con asco y Thomas le imitó. El muchacho había dejado de temblar y sus sollozos se habían calmado hasta convertirse en un gimoteo sofocado. Pero tenía un aspecto horrible y seguro que le quedaban cicatrices. Thomas no podía imaginar cómo iba a volver a crecer el pelo en aquella cabeza roja, en carne viva.

—¡Fritanga, Jack! —les llamó Minho—. Ayudad a Winston a levantarse. Aris, recoge la clonc que ha tirado y que te ayuden un par de chicos a llevarla. Nos vamos. No me importa lo brillante o atroz que sea la luz ahí arriba, no me apetece que conviertan hoy mi cabeza en una bola de bolera.

Se dio la vuelta sin esperar a ver si la gente acataba sus órdenes. Fue un gesto que, por alguna razón, hizo que Thomas pensara que aquel chaval iba a acabar siendo un buen líder después de todo.

—Vamos, Thomas y Newt —dijo por encima del hombro—. Nosotros tres iremos los primeros.

Thomas intercambió una mirada con Newt, que parecía algo asustado, pero sobre todo lleno de curiosidad. Se moría de ganas de continuar. Thomas se sentía igual y odiaba que cualquier cosa fuera mejor que enfrentarse a las repercusiones de lo que le había ocurrido a Winston.

—Vamos —dijo Newt alzando la voz, como si no les quedara más remedio que hacer lo que les habían dicho. Aunque su cara revelaba la verdad: quería alejarse del pobre Winston tanto como Thomas.

Thomas asintió y pasó por encima de Winston, intentando no mirar otra vez la piel de su cabeza herida. Se estaba poniendo enfermo. Se apartó para dejar que Fritanga, Jack y Aris pasaran al lado e hicieran sus trabajos, y luego empezó a subir las escaleras de dos en dos. Siguió a Newt y Minho hasta arriba, donde parecía esperarlos el mismo sol con la puerta abierta.

Capítulo 17

Los otros clarianos se apartaron de su camino, al parecer más que contentos de dejarles a ellos tres la tarea de investigar lo que había allí fuera. Thomas entrecerró los ojos y, conforme se acercaron, se los protegió. Le costaba mucho creer que de verdad pudieran cruzar la puerta hacia aquel horrible resplandor y sobrevivir.

Minho se detuvo en el último escalón, justo antes de la línea de luz directa. Entonces sacó despacio la mano hasta que entró en el cuadrado de resplandor. A pesar de la tez aceitunada del chico, a Thomas le pareció que la piel de Minho brillaba como fuego blanco.

Tras unos pocos segundos, Minho volvió a meter la mano y la sacudió en su costado como si se hubiera golpeado el pulgar con un martillo.

—Está muy caliente. Muy caliente —se volvió para mirar a Thomas y Newt—. Si vamos a hacer esto, será mejor que nos envolvamos con algo o tendremos quemaduras de segundo grado en cinco minutos.

—Vaciemos nuestros fardos —dijo Newt, quitándose ya el suyo del hombro—. Llevaremos estas sábanas como togas mientras comprobamos la situación. Si funciona bien, podemos meter la comida y el agua en la mitad de nuestras sábanas y usar la otra mitad para protegernos.

Thomas ya había soltado su sábana para ayudar a Winston.

—Pareceremos fantasmas y espantaremos a los tipos malos que anden por ahí.

Minho no tuvo el mismo cuidado que Newt; puso en vertical su fardo y dejó que cayera todo. Los clarianos más cerca de ellos echaron mano del instinto para evitar que las cosas se cayeran por las escaleras.

—¡Qué gracioso, este Thomas! Esperemos que no nos dé la bienvenida ninguno de esos raros —dijo mientras empezaba a desatar los nudos que había hecho en la sábana—. No sé cómo alguien podría estar por ahí con este calor. Esperemos que haya árboles o algún tipo de refugio.

—No sé —dijo Newt—. Puede que estén escondidos, esperando para atraparnos o algo así.

Thomas se moría por ir a comprobarlo. Quería dejar de hacer suposiciones y ver por sí mismo a lo que tenían que enfrentarse.

—No lo sabremos hasta que no investiguemos. Vamos —sacudió su sábana, se la echó por encima y se la envolvió bien alrededor de la cara como una anciana con un chal—. ¿Qué pinta tengo?

—La de la pingaja más fea que he visto en mi vida —respondió Minho—. Más vale que les des gracias a los dioses de ahí arriba por haber nacido tío.

—Gracias.

Minho y Newt hicieron lo mismo que Thomas, aunque ambos se encargaron de

agarrar la sábana con ambas manos por debajo para quedar cubiertos del todo. También la sostuvieron de tal manera que sus caras quedaran protegidas. Thomas les imitó.

—¿Estáis preparados, pingajos? —preguntó Minho, y miró a Newt y, luego, a Thomas.

—La verdad es que estoy algo entusiasmado —respondió Newt.

Thomas no sabía si aquella era la palabra adecuada, pero tenía las mismas ganas de actuar.

—Yo también. Vamos.

Los escalones que les quedaban por subir ascendían como la salida de una antigua bodega y los últimos brillaban con el resplandor del sol. Minho vaciló, pero subió corriendo, sin detenerse hasta que desapareció, como absorbido por la luz.

—¡Vamos! —gritó Newt, y le dio una palmada a Thomas en la espalda.

Thomas sintió un torrente de adrenalina. Respiró hondo y salió detrás de Minho al tiempo que oía a Newt pisándole los talones.

En cuanto Thomas salió a la luz, se dio cuenta de que lo mismo habría dado que se hubieran cubierto con plástico transparente. La sábana no hacía nada por bloquear la luz cegadora ni el calor abrasador que caía de lleno sobre sus cabezas. Al abrir la boca para hablar, una vaharada de calor seco se le coló hacia la garganta y borró cualquier rastro de aire o humedad en su camino. Desesperado, intentó atraer oxígeno, pero en cambio parecía como si alguien hubiera encendido un fuego en su pecho.

Aunque sus recuerdos eran pocos y aislados, Thomas no pensaba que el mundo fuera así.

Con los ojos bien cerrados para protegerse del blanco resplandor, se chocó contra Minho y casi se cayó. Recuperó el equilibrio, flexionó las rodillas y se agachó para cubrirse todo el cuerpo con la sábana mientras continuaba esforzándose por respirar. Al final lo captó y absorbió aire para soltarlo enseguida al tiempo que intentaba serenarse. Aquel primer instante tras la salida de la escalera le había aterrorizado. Los otros dos clarianos también respiraban con dificultad.

—¿Estáis bien, tíos? —preguntó Minho por fin.

Thomas lanzó un sí con esfuerzo y Newt dijo:

—Estoy segurísimo de que hemos llegado al puñetero infierno. Siempre pensé que tú terminarías aquí, Minho, pero no yo.

—Qué bueno —contestó Minho—. Me duelen los ojos, pero creo que por fin me estoy empezando a acostumbrar a la luz.

Thomas abrió los suyos un poco y miró al suelo, a tan sólo unos centímetros por debajo de su cara. Tierra y polvo. Unas cuantas rocas marrones grisáceas. La sábana le cubría totalmente, pero brillaba tan blanca que era como una extraña pieza de

futurista tecnología lumínica.

—¿De quién te escondes? —preguntó Minho—. Levántate, pingajo. No veo a nadie.

A Thomas le avergonzó que pensaran que estaba encogido de miedo. Debía de parecer un niño pequeño gimoteando debajo de las sábanas, intentando no ser visto. Se puso de pie y, muy despacio, levantó la sábana hasta que pudo echar un vistazo a su alrededor.

Era una tierra yerma.

Ante él, una plana capa de tierra seca y sin vida se extendía a lo lejos, hasta donde le alcanzaba la vista. No había ni un árbol ni un arbusto. Ni colinas ni valles. Tan sólo un mar naranja amarillento de polvo y rocas; corrientes oscilantes de aire caliente que hervían en el horizonte como vapor, flotando hacia arriba, como si la vida ahí fuera se fundiera con el despejado cielo azul pálido.

Thomas se dio la vuelta y no vio muchos cambios hasta que miró en dirección opuesta. Una fila de montañas áridas e irregulares se alzaba en la distancia. Enfrente de aquellas montañas, tal vez a medio camino entre allí y donde ellos estaban en ese momento, había un grupo de edificios colocados como un montón de cajas abandonadas. Tenía que ser una ciudad, pero era imposible determinar su tamaño por lo lejos que estaba. El aire caliente brillaba delante de él y desdibujaba cualquier cosa cerca del suelo.

El candente sol ya estaba a la izquierda de Thomas y parecía hundirse en aquel horizonte, lo que significaba que aquello era el oeste y, por lo tanto, la ciudad y la franja de roca negra y roja que había detrás tenían que ser el norte, adonde se suponía que tenían que dirigirse. Su sentido de la orientación le sorprendió, como si un trozo de su pasado se hubiera alzado de sus cenizas.

—¿A qué distancia creéis que están esos edificios? —preguntó Newt. Después de los sonidos huecos y retumbantes que había emitido su conversación en el largo y oscuro túnel y las escaleras, su voz era como un susurro apagado.

—¿Tal vez a unos ciento sesenta kilómetros? —le preguntó Thomas a nadie en particular—. Está claro que eso es el norte. ¿Es ahí donde debemos ir?

Minho negó con la cabeza bajo la sábana que le hacía de capucha.

—Ni de coña, tío. Bueno, se supone que tenemos que ir en esa dirección, pero no son ciento sesenta kilómetros. Cincuenta a lo sumo. Y las montañas deben de estar a cien o ciento quince.

—No sabía que supieras calcular la distancia tan bien con nada más que tu maldita vista —dijo Newt.

—Soy un corredor, cara fuco. Te acostumbras a cosas como esa en el Laberinto, incluso si la escala es mucho menor.

—El Hombre Rata no estaba de broma cuando mencionó aquellas erupciones

solares —dijo Thomas mientras trataba de no desanimarse demasiado—. Aquí fuera parece que haya habido un desastre nuclear. Me pregunto si estará así todo el mundo.

—Esperemos que no —respondió Minho—. Me gustaría ver algún árbol por ahí ahora mismo. Tal vez un arroyo.

—Yo me conformaría con un trozo de césped —dijo Newt con un suspiro.

Cuanto más miraba, más cerca le parecía a Thomas la ciudad. Cincuenta kilómetros quizá fueran demasiados. Apartó los ojos y volvió a mirar a los otros.

—¿Acaso esto podría ser más diferente de lo que nos hicieron pasar en el Laberinto? Allí estábamos atrapados entre paredes y teníamos todo lo que necesitábamos para sobrevivir. Ahora no estamos encerrados en ningún sitio, pero no hay forma de sobrevivir a menos que vayamos adonde nos han dicho. ¿No se llama eso ironía o algo parecido?

—Algo parecido —afirmó Minho—. Eres una maravilla filosofando —señaló con la cabeza hacia la salida de las escaleras—. Vamos. Traigamos a esos pingajos aquí fuera y empecemos a caminar. No debemos perder el tiempo y dejar que el sol absorba toda el agua de nuestros cuerpos.

—Quizá deberíamos esperar a que se pusiera —sugirió Newt.

—¿Y quedarnos con esas fucas bolas de metal? Ni de coña.

Thomas estuvo de acuerdo en que deberían seguir moviéndose.

—Creo que estamos bien. Parece que tan sólo quedan unas pocas horas para el atardecer. Podemos resistir un rato, descansar y luego ir lo más rápido posible durante la noche. No puedo aguantar ni un minuto más ahí abajo.

Minho asintió con firmeza.

—Es un plan —dijo Newt—. De momento, vayamos a esa polvorienta y antigua ciudad y esperemos que no esté llena de colegas de esos raros.

A Thomas le dio un pinchazo en el pecho al oír aquel comentario. Minho se acercó de nuevo al agujero y se asomó.

—¡Eh, panda de maricas, no hay pingajos malos! ¡Coged toda la comida y subid!

• • •



Ningún clariano se quejó del plan.

Thomas observó cómo todos ellos hacían lo mismo que él había hecho al salir de las escaleras; se esforzaban por respirar, entrecerraban los ojos y parecían desesperados. Se apostaría cualquier cosa a que al principio habían estado convencidos de que el Hombre Rata les había mentido; que en realidad lo peor había sido el Laberinto. Pero estaba seguro de que después de las cosas aquellas plateadas

que comían cabezas, y tras haber visto esa tierra baldía, nadie volvería a ser tan optimista.

Tuvieron que hacer algunos ajustes mientras se preparaban para el viaje. La comida y las bolsas de agua las guardaron más apretadas en la mitad de los fardos originales. Las sábanas sobrantes las usaron para cubrir a dos personas mientras caminaban. En conjunto funcionó sorprendentemente bien, incluso para Jack y el pobre Winston, y pronto ya estaban atravesando el duro terreno lleno de rocas. Thomas compartió su sábana con Aris, aunque no sabía cómo habían terminado así. Quizá se negaba a reconocer que quería estar con el chico, que tal vez él fuera la única conexión posible para averiguar qué le había sucedido a Teresa.

Thomas sostenía un extremo de la sábana hacia arriba con la mano izquierda y tenía un fardo colocado sobre su hombro derecho. Aris estaba a su derecha; habían acordado llevar cada uno el fardo más pesado cada treinta minutos. Paso a paso, recorrieron el polvoriento camino hacia la ciudad, con un calor a cada cien metros parecía absorber todo un día de sus vidas.

No hablaron durante un buen rato, pero Thomas al final rompió el silencio:

—Así que nunca antes has oído el nombre de Teresa, ¿no?

Aris le miró con dureza y Thomas se dio cuenta de que probablemente su voz tenía un tono de acusación no demasiado sutil. Pero no dio vuelta atrás.

—¿Bueno? ¿Lo has oído antes o no?

Aris volvió a mirar al frente, pero en su actitud había algo sospechoso.

—No. Nunca. No sé quién es ni adonde ha ido. Pero al menos no la viste morir delante de tus narices.

Aquello fue como un puñetazo en el estómago, pero por alguna razón hizo que a Thomas le gustara más Aris.

—Lo sé, perdona —antes de realizar las siguientes preguntas, pensó por un segundo—. ¿Qué relación teníais? ¿Cómo has dicho que se llamaba?

—Rachel —Aris hizo una pausa y, por un segundo, Thomas pensó que la conversación ya se había terminado—. Éramos más que amigos. Pasaron cosas. Recordábamos cosas y creamos nuestros propios recuerdos.

Thomas sabía que Minho se hubiera partido de risa con ese último comentario, pero para él eran las palabras más tristes que había oído en su vida. Sentía que tenía que decir algo, ofrecerle algo.

—Sí. Yo también vi morir a un buen amigo. Cada vez que pienso en Chuck vuelvo a enfadarme. Si le han hecho lo mismo a Teresa, no me podrán parar. Nada lo hará. Morirán todos.

Thomas se detuvo —y obligó a Aris a hacer lo mismo—, impresionado por las palabras que acababan de salir de su boca. Era como si algo se hubiera apoderado de él y hubiera dicho esas cosas. Pero así era cómo se sentía. Era un sentimiento muy

fuerte.

—¿Qué crees…?

Pero antes de que pudiera terminar aquel pensamiento, Fritanga empezó a gritar. Estaba señalando algo.

Thomas tan sólo tardó un segundo en advertir qué había alterado al cocinero.

A lo lejos, en dirección a la ciudad, dos personas corrían hacia ellos; sus cuerpos parecían formas fantasmagóricas de oscuridad en el espejismo del calor, mientras unas columnas de polvo se levantaban a su paso.

Capítulo 18

Thomas se quedó mirando a los corredores. Advirtió que los demás clarianos a su alrededor también se había detenido, como si les hubieran dado la orden tácita de hacerlo. Thomas tembló, algo que parecía completamente imposible con aquel calor sofocante. No sabía por qué sentía un escalofrío de miedo por la espalda —los clarianos sobrepasaban en número a los extraños que se acercaban, casi diez veces más—, pero la sensación era innegable.

—Que todo el mundo se junte más —dijo Minho—. Preparaos para luchar con esos pingajos al primer indicio de problemas.

El borroso espejismo del calor que ascendía ocultó a las dos figuras hasta que estuvieron a tan sólo unos cien metros de distancia. Los músculos de Thomas se tensaron cuando pudo verlos mejor. Recordaba demasiado bien lo que había visto por la ventana con barrotes hacía tan sólo unas pocas mañanas. Los raros. Pero aquellas personas le asustaban de un modo diferente.

Se pararon a unos siete metros delante de los clarianos. Uno era un hombre; la otra, una mujer, aunque Thomas sólo lo supo por su figura ligeramente curvilínea. Aparte de eso, tenían la misma constitución: altos y esqueléticos. Sus cabezas y sus caras estaban casi completamente tapadas, envueltas en una tela *beige* hecha jirones, en la que habían hecho unas pequeñas rendijas para ver y respirar. Sus camisetas y pantalones eran un batiburrillo de ropa sucia cosida, atada con tiras raídas de tela vaquera por algunos lados. Nada quedaba expuesto al fustigador sol, salvo sus manos, que estaban rojas, agrietadas y llenas de costras.

Los dos se quedaron allí, jadeando mientras recuperaban el aliento, emitiendo el ruido de dos perros enfermos.

—¿Quiénes sois? —preguntó Minho.

Los desconocidos no respondieron, no se movieron. Sus pechos se inflaban y se desinflaban. Thomas les observó desde debajo de su capucha improvisada. No se podía imaginar cómo alguien podía correr tan rápido sin que le diera un golpe de calor.

—¿Quiénes sois? —repitió Minho.

En vez de contestar, los dos desconocidos se separaron y empezaron a caminar en círculo alrededor del grupo de clarianos. Sus ojos, ocultos tras las rendijas en aquellas vendas de momia, permanecían fijos en los jóvenes mientras recorrían su amplio arco, como si los estuvieran evaluando para matarlos. Thomas notó cómo empezaba a aumentar la tensión en su interior. Esta se tornó insoportable cuando no pudo verlos a los dos a la vez. Se dio la vuelta para ver cómo volvían a reunirse detrás del grupo y les daban la cara de nuevo para quedarse quietos.

—Somos muchos más nosotros que vosotros —dijo Minho con una voz que

revelaba frustración. Amenazarles tan pronto parecía desesperado—. Empezad a hablar. Decidnos quiénes sois.

—Somos raros.

Aquellas dos palabras salieron de la mujer con un breve estallido de irritación gutural. Sin ninguna razón aparente, señaló más allá de los clarianos, hacia la ciudad de la que habían salido corriendo.

—¿Raros? —repitió Minho, que se había abierto paso entre los del grupo para volver a acercarse a los desconocidos—. ¿Cómo los que intentaron entrar en nuestro edificio hace un par de días?

Thomas se encogió. Aquella gente no tendría ni idea de lo que Minho estaba hablando. De algún modo, los clarianos habían hecho un largo viaje desde donde estuvieran al atravesar el Trans Plano.

—Somos raros —esta vez fue el hombre el que habló, con una voz sorprendentemente más suave y menos ronca que la de la mujer. Pero no era amable. Señaló más allá de los clarianos, al igual que había hecho su compañera—. Hemos venido a ver si erais raros. Hemos venido a ver si tenéis el Destello.

Minho se volvió para mirar a Thomas y luego a otros tantos, con las cejas arqueadas. Nadie dijo nada. Se dio la vuelta.

—Un tío nos dijo que teníamos el Destello, sí. ¿Qué podéis contarnos sobre esta enfermedad?

—No os preocupéis —respondió el hombre; las tiras de tela que le envolvían la cara se movían a cada palabra—. Si lo tenéis, lo sabréis pronto.

—Bien, ¿y qué puñetas queréis? —preguntó Newt, que se acercó a donde estaba Minho—. ¿A vosotros qué os importa si somos raros o no?

Esta vez fue la mujer quien respondió, y actuó como si no hubiera oído las preguntas:

—¿Cómo habéis llegado a la Quemadura? ¿De dónde venís? ¿Cómo habéis llegado aquí?

Thomas estaba sorprendido por la… inteligencia evidente de sus palabras. Los raros que habían visto en el dormitorio parecían dementes, como si fueran animales. Aquella gente estaba lo bastante consciente para darse cuenta de que su grupo había salido de la nada. No se veía ninguna otra cosa en dirección opuesta a la ciudad.

Minho se inclinó para consultarle a Newt, luego se dio la vuelta y se acercó a Thomas.

—¿Qué le decimos a esta gente?

Thomas no tenía ni idea.

—No lo sé. ¿La verdad? No puede hacerle daño a nadie.

—¿La verdad? —repitió Minho con sarcasmo—. ¡Menuda idea, Thomas! Eres la leche de inteligente, como siempre —se volvió para mirar a los raros—. Nos ha

enviado CRUEL. Salimos de un agujero que hay por ahí, tras recorrer un túnel. Se supone que tenemos que caminar ciento sesenta kilómetros al norte, cruzar la Quemadura. ¿Significa eso algo para vosotros?

Una vez más fue como si no hubieran oído ni una palabra de lo que había dicho.

—No se han ido todos los raros —dijo el hombre—. No todos ellos han pasado al Ido —pronunció la última palabra como si se refiriese a un lugar—. Son diferentes con distintos niveles. Será mejor que sepáis de quién haceros amigos y a quién evitar. O matar. Será mejor que aprendáis rápido si venís adonde estamos nosotros.

—¿Dónde estáis vosotros? —preguntó Minho—. Venís de la ciudad, ¿no? ¿Es allí donde viven todos los raros? ¿Hay comida y agua?

Thomas sintió las mismas ganas que Minho de hacer millones de preguntas; estuvo medio tentado de sugerir capturar a aquellos dos raros y obligarles a contestar. Pero por un momento pareció que no pretendían ayudarles: volvieron a separarse para volver a rodear a los clarianos y llegar a la parte más cercana a la ciudad.

En cuanto se reunieron en el sitio donde habían hablado al principio, con la lejana ciudad casi flotando entre ellos, la mujer dijo una última cosa:

—Si no lo tenéis aún, lo tendréis pronto. Lo mismo le pasó al otro grupo. Los que se supone que tienen que mataros.

Los dos desconocidos se dieron la vuelta y echaron a correr hacia el conjunto de edificios en el horizonte, para dejar a Thomas y al resto de clarianos en silencio, atónitos. Pronto, cualquier prueba de los raros se perdió en una masa de calor y polvo.

—¿El otro grupo? —dijo alguien, quizá Fritanga. Thomas estaba demasiado en trance observando cómo desaparecían los raros y preocupado por cómo se notaría el Destello.

—Me pregunto si estarán hablando de mi grupo.

Aquel era sin duda Aris. Thomas por fin se obligó a apartar la mirada.

—¿El grupo B? —le preguntó—. ¿Crees que ya han llegado a la ciudad?

—¡Hola! —soltó Minho—. ¿A quién le importa? Creo que debería atraer más nuestra atención el pequeño detalle de que supuestamente tienen que matarnos. O quizá lo relativo al Destello.

Thomas pensó en el tatuaje que tenía en la nuca, aquellas sencillas palabras que le asustaban.

—A lo mejor cuando dijo eso no se refería a todos nosotros —se señaló con el pulgar la espalda, hacia la amenazante marca—. Quizá se refería a mí en concreto. No sabría decir hacia dónde miraban.

—¿Cómo van a saber quién eres? —replicó Minho—. Además, no importa. Si alguien intenta matarte a ti, a mí o a cualquier otro, tendrán que intentar cogernos a todos. ¿Entendido?

—Eres un sol —dijo Fritanga con un resoplido—. Ve tú delante y muere con Thomas. Creo que yo me escabulliré y disfrutaré viviendo con la culpa.

Le lanzó una mirada especial que significaba que sólo estaba de broma, pero Thomas se preguntó si habría algo de verdad ahí oculta.

—¿Qué opinas? —preguntó Newt, pero entonces le hizo un gesto a Minho con la cabeza.

Minho puso los ojos en blanco.

—Seguimos adelante, eso es lo que opino. Mira, no nos queda otra alternativa. Si no vamos a esa ciudad, moriremos aquí de una insolación o de hambre. Si vamos, tendremos refugio durante un rato, tal vez incluso comida. Haya raros o no, allí es donde vamos a ir.

—¿Y el Grupo B? —preguntó Thomas y miró a Aris—. O de quienquiera que estuviesen hablando. ¿Y si de verdad quieren matarnos? Lo único que tenemos para luchar son nuestras manos.

Minho flexionó su brazo derecho.

—Si esa gente son de verdad las chicas con las que iba Aris, les enseñaré las armas que tengo y saldrán corriendo.

Thomas siguió insistiendo:

—¿Y si esas chicas tienen armas? ¿O saben luchar? ¿Y si no son ellas sino un puñado de cachas de dos metros a los que les gusta comer humanos? ¿O mil raros?

—Thomas…, no, todos vosotros —Minho dejó escapar un suspiro exasperado—, ¿podríais cerrar el pico y cortar el rollo de una vez? No hagáis más preguntas. A menos que se os ocurra una idea que no incluya una muerte segura, dejad de hablar, y aprovechemos la única oportunidad que tenemos. ¿Lo pilláis?

Thomas sonrió, aunque no supo de dónde vino aquel impulso. De alguna manera, con unas pocas frases, Minho le había animado, o al menos le había dado un poco de esperanza. Tenían que marcharse, moverse; hacer algo. Eso era.

—Mucho mejor —dijo Minho con un gesto de satisfacción—. ¿Alguien más quiere mearse en los pantalones y llamar llorando a mamá?

Se oyeron unas cuantas risitas, pero nadie dijo nada.

—Bien. Newt, ve delante, aunque tengas cojera. Thomas: tú, detrás. Jack, busca a alguien que te ayude con Winston para que puedas descansar. Vamos.

Y así lo hicieron. Aris llevó el fardo esta vez y Thomas se sintió muy bien, casi como si flotara sobre el suelo. Lo único que le costaba más era levantar la sábana; el brazo se le estaba debilitando y entumeciendo. Pero seguían avanzando, a veces caminando y otras, trotando.

Por suerte, el sol parecía caer con más rapidez a medida que se acercaba al horizonte. Según el reloj de pulsera que llevaba Thomas, los raros se habían marchado hacía una hora cuando el cielo se volvió de color naranja tirando a violeta y

la intensa luz deslumbradora del sol empezó a fundirse con el horizonte, atrayendo la noche y las estrellas al cielo como una cortina.

Los clarianos continuaron moviéndose en dirección al débil centelleo de las luces que venían de la ciudad. Thomas casi podía disfrutarlo ahora que no sujetaba el fardo y se había quitado la sábana de encima.

Al final, cuando desapareció cualquier rastro del crepúsculo, se estableció la oscuridad total sobre la tierra como una niebla negra.

Capítulo 19

Poco después de que oscureciera, Thomas oyó gritar a una chica.

Al principio, no sabía lo que estaba oyendo o si eran imaginaciones suyas. Con las fuertes pisadas secas, el roce de los fardos y los susurros de las conversaciones entre dificultosos resuellos, costaba saber de qué se trataba. Pero lo que había empezado siendo casi un zumbido dentro de su cabeza, pronto se hizo inconfundible. En alguna parte, delante de ellos, tal vez de camino a la ciudad pero más cerca, los gritos de una chica rasgaron la noche.

Los demás estaba claro que también los habían oído, puesto que no tardaron en dejar de correr. En cuanto todos hubieron recuperado el aliento, fue más fácil oír aquel sonido perturbador.

Era casi como un gato, un gato herido que gemía. El tipo de ruido que le pone a uno los pelos de punta y le induce a taparse los oídos con las manos y rezar para que cese. Había algo antinatural, algo que dejaba a Thomas helado por dentro y por fuera. La oscuridad tan sólo añadía más miedo. Fuera quien fuera la causante, no estaba aún muy cerca, pero sus ensordecedores alaridos rebotaban como ecos vivientes que intentaran sofocar sus atroces sonidos en la tierra hasta su silencio definitivo en este mundo.

—¿Sabéis a lo que me recuerda? —preguntó Minho entre susurros, con una voz que denotaba miedo.

Thomas lo sabía:

—Ben. Alby. Yo, supongo. Los gritos después de la picadura del lacerador, ¿no?

—Has dado en el clavo.

—No, no, no —protestó Fritanga—. No me digáis que van a tener a esos mamones también aquí fuera. ¡No puede ser!

Newt respondió a medio metro a la izquierda de Thomas y Aris:

—No creo. ¿Recordáis lo húmeda y pegajosa que era su piel? Se convertirían en una gran bola de polvo si rodaran por este terreno.

—Bueno —dijo Thomas—, si CRUEL puede crear laceradores, también puede inventar un montón de otros monstruos, quizás aún peores. Odio decirlo, pero aquel tipo con aspecto de rata dijo que las cosas al final se pondrían difíciles.

—Una vez más, Thomas vuelve a dar un discurso de ánimo —anunció Fritanga. Intentaba parecer jovial, pero el comentario sonó malicioso.

—Tan sólo digo las cosas como son.

Fritanga se enfurruñó.

—Lo sé. Ahora sí que la situación es un asco.

—¿Y qué hacemos? —inquirió Thomas.

—Creo que deberíamos descansar —contestó Minho—, llenarnos las panzas y

beber. Después deberíamos aguantar lo máximo posible mientras el sol aún esté oculto. A lo mejor podríamos dormir un par de horas antes de que amanezca.

—¿Y qué hay del grito psicótico de la mujer de ahí fuera? —preguntó Fritanga.

—Parece que está muy ocupada con sus propios problemas.

Por algún motivo, aquella afirmación aterrorizó a Thomas. Tal vez a los demás también, porque nadie dijo ni una palabra mientras se quitaban los fardos de sus hombros, se sentaban y empezaban a comer.

—Macho, ojalá se callara.

Era la quinta vez que Aris decía aquello mientras corrían en la negrura de la más oscura de las noches. La pobre chica, en algún sitio de ahí fuera, que cada vez estaba más cerca, seguía con aquellos agudos chillidos funestos.

La comida fue sombría y tranquila. La conversación se desvió a lo que había dicho el Hombre Rata sobre las Variables, lo de que sus reacciones ante ellas eran todo lo que importaba. Sobre crear un «programa», sobre encontrar unos modelos en la «zona letal». Nadie tenía respuestas, claro, tan sólo especulaciones sin sentido. Era extraño, pensó Thomas. Ahora sabían que les estaban analizando, que tenían que pasar las pruebas de CRUEL. En cierta manera, era como si tuvieran que actuar de modo diferente por eso y, aun así, seguían avanzando, luchando, sobreviviendo hasta poder obtener la cura prometida. Y eso era lo que continuarían haciendo, Thomas estaba seguro.

Sus piernas y articulaciones habían tardado un rato en aflojarse cuando Minho volvió a poner en marcha a todo el grupo. En lo alto, la luna era una rodaja que apenas daba más luz que las estrellas; pero no hacía falta ver demasiado para correr por un terreno llano y árido. Además, a menos que fuera producto de su imaginación, ya estaban llegando a las luces de la ciudad. Ahora veía que parpadeaban, lo que significaba que seguramente fueran hogueras. Y tenía sentido, puesto que las probabilidades de tener electricidad en una tierra yerma eran más bien escasas.

No sabía cuándo había pasado con exactitud, pero de repente el conjunto de edificios hacia el que corrían pareció estar mucho más cerca. Y había muchos más de los que él o los demás habían pensado. También eran más altos, más anchos. Se extendían y organizaban en filas, a la vieja usanza. Por lo que sabían, aquel lugar pudo ser en el pasado una ciudad importante, devastada por lo que fuese que había ocurrido en aquella zona. ¿Las erupciones solares podían ocasionar tanto daño? ¿O lo había provocado otra cosa durante el periodo posterior?

Thomas empezaba a pensar que no llegarían a los primeros edificios hasta algún momento del día siguiente.

Aunque en aquel momento no les hacía falta taparse con las sábanas, Aris seguía corriendo a su lado y a Thomas le apetecía hablar:

—Cuéntame algo más de tu rollo en el Laberinto.

La respiración de Aris era regular; parecía estar en tan buena forma como Thomas.

—¿Mi rollo en el Laberinto? ¿Qué se supone que significa eso?

—Nunca llegaste a darnos detalles. ¿Cómo fue para ti? ¿Cuánto tiempo estuviste? ¿Cómo saliste?

Aris contestó por encima del suave crujido de las pisadas sobre el suelo del desierto:

—He hablado con algunos amigos tuyos y parece que todo ha sido muy parecido a vuestra experiencia. Salvo… que había chicas en vez de chicos. Algunas llevaban allí unos dos años, el resto apareció de una en una, una vez al mes. Entonces llegó Rachel y, al día siguiente, yo, en coma. Apenas me acuerdo de nada, tan sólo de aquellos últimos días locos después de que por fin me despertara.

Continuó explicando lo sucedido y la mayoría era igual que lo que habían vivido Thomas y los clarianos. Era extrañísimo, casi imposible de creer. Aris salió del coma, dijo algo sobre el Final, los muros dejaron de cerrarse por la noche, la Caja dejó de llegar, averiguaron que el Laberinto tenía un código y así hasta que escaparon. Terminó casi igual que la terrible experiencia de los clarianos, excepto por la chica de su grupo que murió. Si eran tan fuertes como Teresa, a Thomas no le sorprendía lo más mínimo.

Al final, cuando Aris y su grupo llegaron a la última cámara, una chica llamada Beth —que había desaparecido el día anterior, igual que Gally— mató a Rachel, justo antes de que entraran los rescatadores y les llevaran enseguida al gimnasio que Aris había mencionado antes. Después, los rescatadores se lo llevaron donde los clarianos finalmente le descubrieron, en la que había sido la habitación de Teresa.

Si es que eso era lo que había sucedido en realidad. ¿Quién sabía cómo funcionaban las cosas después de ver lo que podía pasar en el Precipicio y en el Trans Plano que les había llevado al túnel? Por no mencionar las ventanas tapiadas y el cambio de nombre en la puerta de Aris.

Todo eso le daba un gran dolor de cabeza.

Al intentar pensar en el Grupo B e imaginar sus papeles, se le retorcieron las ideas: a Aris y a él básicamente les habían cambiado y Aris era, en realidad, el homólogo de Teresa. El hecho de que hubieran matado a Chuck en vez de a él… que esa fuera la única diferencia importante entre los paralelismos… ¿Aquel montaje pretendía instigar ciertos conflictos o provocar reacciones para los estudios de CRUEL?

—Es todo muy raro, ¿eh? —dijo Aris después de dejar que Thomas digiriera la historia durante un rato.

—No sé qué palabra es la correcta. Pero alucino con que ambos grupos hayan pasado por estos experimentos paralelos… o controles, pruebas o lo que sea. Bueno,

si están analizando nuestras reacciones, supongo que tiene sentido que las circunstancias sean similares. Aunque es extraño.

Justo cuando Thomas dejó de hablar, la chica soltó un alarido a lo lejos aún más alto que sus gritos de dolor habituales, y Thomas sintió un nuevo torrente de pavor.

—Creo que lo sé —dijo Aris tan bajito que Thomas no estaba seguro de si le había oído bien.

—¿Eh?

—Creo que sé por qué eran dos grupos. Por qué hay dos grupos.

Thomas le miró; a duras penas distinguió la sorprendente expresión de calma en su rostro.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

Aris aún no parecía cansado.

—Bueno, en realidad se me han ocurrido dos ideas. Una es que creo que esta gente (CRUEL, sean quienes sean) está intentando seleccionar a los mejores de ambos grupos para utilizarnos de alguna manera. Quizás incluso quieran que nos reproduzcamos o algo parecido.

—¿Qué? —Thomas estaba tan sorprendido que casi se olvidó de los gritos. No podía creer que alguien estuviera tan enfermo—. ¿Que nos reproduzcamos? ¡Vamos!

—Después de atravesar el Laberinto y de ver lo que ocurrió en aquel túnel, ¿crees que es poco probable? ¡Venga ya!

—Bien —Thomas tuvo que admitir que el muchacho tenía razón—. Vale, ¿y cuál es tu otra teoría? —mientras lo preguntaba, pudo sentir el cansancio provocado por la carrera; tenía la garganta como si alguien le hubiera echado un vaso de arena por el gaznate.

—Pues más bien lo contrario —respondió Aris—. En vez de querer supervivientes de los dos grupos, que sólo quieran que un grupo llegue al final. Así que están eliminando a chicos y chicas, o a un grupo entero. Sea como sea, es la única explicación que se me ocurre.

Thomas reflexionó durante un rato sobre lo que Aris había dicho antes de responder:

—Pero ¿qué hay de lo que dijo el Hombre Rata? ¿Que están analizando nuestras reacciones, construyendo algún tipo de programa? Quizá sea un experimento. Quizá no planeen que ninguno de nosotros sobreviva. Quizás estén estudiando nuestros cerebros, nuestras reacciones, nuestros genes y todo lo demás. Cuando todo termine, estaremos muertos y ellos tendrán un montón de informes que leer.

—Mmm —gruñó Aris mientras lo consideraba—. Puede. Sigo intentando averiguar por qué tienen un miembro del sexo opuesto en cada grupo.

—Tal vez para ver qué tipo de peleas o problemas causaría. Es una especie de situación única para estudiar las reacciones de las personas —Thomas casi quería

reírse—. Me encanta cuando hablamos de esto. Es como si estuviéramos decidiendo cuándo tenemos que parar a hacer clonc.

Aris se echó a reír, una risita seca que logró que Thomas se sintiera mejor; de hecho, hizo que le gustara más el nuevo chico.

—Macho, no digas eso. Hace al menos una hora que debería haber ido al baño.

Esta vez le tocó a Thomas reírse y, justo después, como si hubiera oído a Aris pidiéndolo, Minho les gritó a todos que se detuvieran.

—Descanso para ir al baño —dijo con las manos en las caderas mientras recuperaba el aliento—. Enterrad vuestra clonc y no lo hagáis demasiado cerca. Descansaremos quince minutos y luego andaremos un rato. Pingajos, sé que no podéis mantener el ritmo de corredores como yo o Thomas.

Thomas dejó de prestar atención —no necesitaba instrucciones sobre cómo hacer sus necesidades— y se dio la vuelta para ver dónde habían parado. Respiró hondo y, cuando se relajó, sus ojos captaron algo. Había una sombra oscura a unos cien metros delante de ellos, pero no directamente en el camino de su viaje. Un cuadrado de oscuridad en contraste con el débil resplandor de la ciudad que había más allá. Resaltaba con tal claridad que no podía creer que no lo hubiera notado antes.

—¡Eh! —gritó mientras lo señalaba—. Ahí parece que hay un pequeño edificio, a tan sólo unos minutos de distancia, a la derecha. ¿Lo veis, tíos?

—Sí, lo veo —respondió Minho, que caminó hasta colocarse a su lado—. Me pregunto qué será.

Antes de que Thomas pudiera contestar, sucedieron dos cosas casi simultáneamente: primero, los gritos angustiosos de la chica misteriosa cesaron, se cortaron como si alguien hubiera cerrado una puerta. Entonces, de detrás del edificio que tenían delante, salió la figura de una chica de cabellos largos que caían como seda negra de su cabeza envuelta en sombras.

Capítulo 20

Thomas no pudo evitarlo: su primer instinto fue esperar que fuera ella, llamarla. Tenía la esperanza, contra toda posibilidad, de que estuviera allí, a tan sólo cien metros, aguardándole.

¿Teresa?

Nada.

¿Teresa? ¡Teresa!

Nada. El absceso que había aparecido cuando ella desapareció aún seguía en su cabeza, como una piscina vacía. Pero… pero podía ser ella. Tal vez era ella. Quizás algo le había pasado a su capacidad de comunicarse.

En cuanto la chica salió de detrás del edificio, o más bien de su interior, se quedó allí de pie. A pesar de no poder verla por hallarse oculta entre las sombras, algo en su postura dejaba claro que estaba de cara a ellos, mirándolos fijamente, con los brazos cruzados.

—¿Crees que es Teresa? —preguntó Newt, como si le hubiera leído la mente.

Thomas asintió antes de saber lo que estaba haciendo. Enseguida miró a su alrededor para ver si alguien se había dado cuenta. Por lo visto, no.

—Ni idea —dijo al final.

—¿Crees que era la que estaba gritando? —inquirió Fritanga—. Paró justo cuando ella salió de ahí.

Minho resopló.

—A lo mejor era ella la que estaba torturando a alguien. Probablemente la mató para que no sufriera más cuando nos vio venir —entonces, por alguna razón, dio una palmada—. Vale, ¿quién quiere ir a conocer a esa agradable jovencita?

Thomas no se explicaba cómo Minho podía tener tan buen humor en momentos como ese.

—Iré yo —contestó a voz en grito. No quería que resultara obvio lo mucho que deseaba que fuera Teresa.

—Estaba de broma, cara fuco —repuso Minho—. Vamos a acercarnos todos. Podría tener un ejército de ninjas psicópatas ocultas en esa casucha.

—¿Ninjas psicópatas? —repitió Newt con una voz que revelaba sorpresa, si no molestia, por la actitud de Minho.

—Sí. Vamos.

Minho comenzó a avanzar. Thomas siguió un repentino e inesperado instinto:

—¡No! —bajó la voz—. No. Chicos, quedaos aquí. Yo hablaré con ella. Quizá sea una trampa o algo por el estilo. Seríamos tontos si nos acercáramos y cayéramos todos en el engaño.

—¿Y tú no eres imbécil por ir solo? —espetó Minho.

—Bueno, no podemos pasar de largo sin comprobar quién es. Ya voy yo. Si pasa algo o resulta sospechoso, os pediré ayuda.

Minho hizo una larga pausa.

—Muy bien. Ve, pingajillo valiente —le dio una palmada bastante dolorosa a Thomas en la espalda.

—Es una gilipullez —interrumpió Newt, que dio un paso al frente—. Yo iré con él.

—¡No! —exclamó Thomas—. Es que… dejadme hacer esto. Algo me dice que debemos tener cuidado. Si me pongo a llorar como un bebé, venid a salvarme.

Y antes de que nadie pudiera discutírselo, se alejó caminando rápido hacia la chica y su edificio.

Salvó la distancia enseguida. Sus zapatos crujieron contra el suelo arenoso y las piedras, rompiendo el silencio. Inhaló los olores puros del desierto mezclados con un aroma lejano de algo que se quemaba, y cuando miró fijamente la silueta de la chica que había junto al edificio, de repente lo tuvo claro. Quizá fue por la forma de su cabeza o de su cuerpo. Quizá fue por su postura, por la manera de cruzar los brazos a un lado y sacar la cadera hacia el otro. Pero lo supo: era ella.

Era Teresa.

Cuando llegó a unos pasos de ella, justo antes de que la tenue luz por fin revelase su rostro, la joven se dio la vuelta y atravesó una puerta abierta para desaparecer en el interior del pequeño edificio. Era un rectángulo, con un tejado ligeramente inclinado en el medio, a lo largo. Por lo que veía, no tenía ventanas. Unos grandes cubos negros colgaban de las esquinas; unos altavoces, tal vez. Quizás hubieran emitido el sonido y se tratara de un engaño. Eso explicaría por qué lo había podido oír desde tan lejos.

La puerta, un gran trozo de madera, se abrió del todo y se apoyó en la pared. Dentro estaba incluso más oscuro que fuera.

Thomas se movió. Cruzó la puerta y, al hacerlo, se dio cuenta de lo imprudente y estúpido que podía ser aquello. Pero era ella. No importaba qué había pasado, no importaba el motivo de su desaparición ni que no hubiera querido hablar con él telepáticamente; sabía que no iba a hacerle daño. Ni hablar.

En el interior, el aire estaba más fresco, casi húmedo. Era maravilloso. Al dar tres pasos, se detuvo y escuchó en la oscuridad total. Podía oírla respirar.

—¿Teresa? —preguntó en voz alta, conteniendo la tentación de volvérselo a decir con la mente—. Teresa, ¿qué pasa?

No respondió, pero oyó una inhalación, seguida de un sollozo entrecortado, como si estuviera llorando, pero intentara ocultárselo.

—Teresa, por favor. No sé qué ha pasado o qué te han hecho, pero estoy aquí ahora. Esto es una locura. Dime…

Se calló cuando una luz se encendió con un rápido destello que se apagó hasta

convertirse en una pequeña llama. Thomas clavó la vista en la mano que sostenía la cerilla. Observó cómo bajaba despacio, con cuidado, para encender una vela que había en una mesita. Cuando esta se prendió, y la mano sacudió la cerilla para apagarla, Thomas alzó por fin la mirada y la vio. Comprobó que estaba bien, después de todo. Pero la breve y casi aplastante emoción de ver a Teresa viva enseguida se cortó y fue sustituida por la confusión y el dolor.

Estaba limpia, de arriba abajo. Thomas se había esperado que estuviera sucia después de todo aquel tiempo en un polvoriento desierto. Que tuviera la ropa raída y hecha jirones, el pelo grasiento y la cara emborronada y quemada por el sol. Pero, en cambio, llevaba ropa nueva y el pelo limpio le caía en cascada sobre los hombros. Nada estropeaba la piel pálida de su rostro o sus brazos. Nunca la había visto tan guapa en el Laberinto ni tampoco en los turbios recuerdos que podía arrancar de lo recuperado tras el Cambio.

Pero sus ojos brillaban por las lágrimas; su labio inferior temblaba de miedo; sus manos se agitaban en los costados. Por su mirada supo que le había reconocido, que no se había olvidado de él, pero que detrás de todo aquello había un terror puro y absoluto.

—Teresa —susurró, angustiado en su interior—. ¿Qué pasa?

Ella no respondió, pero sus ojos se movieron hacia un lado y luego volvieron a mirarle. Brotaron un par de lágrimas, que rodaron por sus mejillas y cayeron al suelo. Le temblaron los labios aún más que antes y el pecho se le agitó por lo que únicamente podrían ser sollozos reprimidos.

Thomas dio un paso hacia delante y acercó las manos a ella.

—¡No! —gritó—. ¡Apártate de mí!

Thomas se detuvo; era como si algo enorme le hubiera golpeado las entrañas. Levantó las manos.

—Vale, vale. Teresa, ¿qué…?

No sabía qué decir o preguntar. No sabía qué hacer. Pero la terrible sensación de que algo se rompía en su interior y amenazaba con ahogarlo se intensificó conforme crecía en su garganta.

Se quedó quieto por miedo a alarmarla de nuevo. Lo único que podía hacer era mirarla a los ojos, intentar comunicarle cómo se sentía, suplicarle que le dijera algo. Cualquier cosa.

Pasaron un buen rato en silencio. La manera en que a ella le temblaba el cuerpo, el modo en que casi parecía resistirse a algo oculto… a Thomas le recordaba a… Le recordaba a cómo había actuado Gally justo después de que escaparan del Claro y entrara en la sala con la mujer de la camisa blanca. Justo antes de que todo se convirtiera en una locura. *Justo* antes de matar a Chuck.

Thomas tenía que hablar o iba a explotar:

—Teresa, he pensado en ti cada segundo desde que se te llevaron. Tú…

Ella no le dejó terminar. Con dos grandes zancadas enseguida estuvo delante de él, extendió las manos y le agarró por los hombros para acercárselo. Impresionado, Thomas la abrazó y la apretó contra su cuerpo, tan fuerte que de repente se preocupó por si podría respirar. Las manos de la chica encontraron su nuca, luego los laterales de su cara e hizo que la mirara.

Y entonces se besaron. Algo explotó en el interior de su pecho, algo que consumió la tensión, la confusión y el miedo. Consumió el daño de unos segundos atrás. Por un momento, sintió que ya nada le importaba. Que ya no importaría nada nunca más.

Pero en ese momento la joven se apartó. Retrocedió a trompicones hasta que chocó con la pared. El terror volvió a su rostro y la poseyó como un demonio. Y entonces habló con una voz susurrante, pero con urgencia:

—Apártate de mí, Tom —dijo—. Todos tenéis que apartaros… de mí. No discutas. Tan sólo vete. Corre —su cuello se tensó por el esfuerzo de soltar aquellas últimas palabras.

A Thomas nunca le había dolido tanto algo, pero le impresionó lo que hizo a continuación.

Ahora la conocía, la *recordaba*. Y sabía que estaba diciendo la verdad. Algo iba mal. Algo iba muy mal, peor de lo que él imaginaba al principio. Quedarse, discutir con ella, intentar obligarla a acompañarlo sería una bofetada a la increíble fuerza de voluntad que debía de haberle supuesto separarse de él para avisarle. Tenía que hacer lo que le pedía.

—Teresa —dijo—, te encontraré.

Las lágrimas ahora brotaban de sus ojos. Se dio la vuelta y salió corriendo del edificio.

Capítulo 21

Thomas se alejó a trompicones del edificio que ya no estaba a oscuras, con los ojos entrecerrados por las lágrimas. Volvió con los clarianos y se negó a contestar sus preguntas. Les dijo que tenían que marcharse, salir corriendo y alejarse lo más rápido posible. Que se lo explicaría más tarde. Que sus vidas estaban en peligro.

No los esperó. No se ofreció a coger el fardo que llevaba Aris. Se limitó a empezar a correr hacia la ciudad, hasta que tuvo que aminorar la marcha a un paso razonable y se olvidó de los otros, se olvidó del mundo. Huir de ella fue lo más difícil que había hecho en su vida, sin lugar a dudas. Nada se asemejaba a lo que sentía ahora: ni aparecer en el Claro con la memoria borrada ni adaptarse a la vida allí ni estar atrapado en el Laberinto ni luchar contra los laceradores o ver morir a Chuck.

Ella estaba allí. Había estado en sus brazos, habían vuelto a estar juntos. Se habían besado y había sentido algo que creía imposible. Y ahora estaba huyendo. La dejaba atrás.

Unos sollozos entrecortados salieron de él. Gimió y oyó cómo se quebraba su voz. Sintió un dolor en el corazón que casi le hizo detenerse, desplomarse al suelo y desistir. La pena le consumía y más de una vez le tentó regresar. Pero, de algún modo, se mantuvo fiel a lo que le habían ordenado que hiciera y se aferró a la promesa que había hecho de volver a encontrarla.

Al menos estaba viva. Al menos estaba viva. Era lo que se repetía una y otra vez, lo que le hacía seguir corriendo. Estaba viva.

• • •



Su cuerpo no podía con tanto. En algún momento, quizá dos o tres horas después de dejarla, se paró, seguro de que se le saldría el corazón del pecho si avanzaba un paso más. Se dio la vuelta para mirar detrás de él y vio unas sombras moverse a lo lejos. El resto de clarianos seguían allí atrás. Thomas respiró grandes bocanadas de aire seco, se arrodilló, plantó los antebrazos sobre una rodilla y cerró los ojos para descansar hasta que le alcanzaron.

Minho llegó el primero; no estaba contento. Incluso bajo aquella tenue luz —el alba empezaba a iluminar el cielo por el este— era evidente que echaba chispas mientras daba tres vueltas en torno a Thomas antes de decir nada.

—¿Qué…? ¿Por qué…? ¿Qué clase de fuco idiota eres, Thomas?

Thomas no tenía ganas de hablar sobre eso ni sobre nada. Al no responder, Minho

se arrodilló junto a él.

—¿Cómo puedes hacer eso? ¿Cómo puedes salir de ahí y marcharte de esa manera? ¿Sin explicar nada? ¿Desde cuándo hacemos así las cosas? Gilipullo —dejó escapar un gran suspiro y se sentó al tiempo que negaba con la cabeza.

—Lo siento —masculló al final Thomas—. Fue bastante traumático.

Los otros clarianos ya les habían alcanzado. La mitad estaban doblados para recuperar el aliento y la otra mitad se esforzaba por oír lo que Thomas y Minho decían. Newt estaba ahí, pero parecía contento de dejar a Minho hacer todas las averiguaciones de lo que había pasado.

—¿Traumático? —repitió Minho—. ¿A quién viste ahí dentro? ¿Qué te dijeron?

Thomas sabía que no le quedaba otra opción. Aquello no era algo que pudiera o debiera ocultar a los demás.

—Era… era Teresa.

Esperaba gritos ahogados, exclamaciones de sorpresa, acusaciones de ser un puñetero mentiroso. Pero no hubo más que silencio; podía oírse el viento de la mañana escabulléndose entre el terreno polvoriento que les rodeaba.

—¿Qué? —dijo por fin Minho—. ¿En serio?

Thomas se limitó a asentir y se quedó con la vista fija en una roca triangular que había en el suelo. El aire se había levantado considerablemente en los últimos minutos.

Minho estaba impresionado, algo comprensible.

—¿Y la dejaste ahí? Tío, tienes que empezar a hablar y contarnos lo que ha pasado.

A pesar de lo que le dolía, a pesar de que al acordarse se le partía el corazón, Thomas les contó la historia. Cómo temblaba y lloraba cuando la vio, cómo actuaba como Gally —casi poseído— antes de matar a Chuck y la advertencia que le había hecho. Se lo contó todo. Lo único que omitió fue el beso.

—¡Vaya! —exclamó Minho con una voz cansada, resumiéndolo todo con una simple palabra.

Pasaron varios minutos. El viento seco arañaba el suelo y llenaba el aire de polvo mientras la brillante cúpula naranja del sol alcanzó el horizonte y oficialmente empezó el día. Nadie habló. Thomas oyó que se sorbían la nariz y tosían un poco. Sonidos de gente bebiendo de sus bolsas de agua. La ciudad parecía haber crecido durante la noche y sus edificios se extendían hacia el cielo despejado de color púrpura azulado. Tan sólo tardarían uno o dos días en llegar.

—Era una especie de trampa —dijo al final—. No sé qué hubiera pasado o cuántos de nosotros hubiéramos muerto. Quizá todos. Pero vi que no había duda en sus ojos cuando se separó de lo que la dominaba. Nos salvó y apuesto lo que sea a que… —tragó saliva—… a que le harán pagar por ello.

Minho extendió la mano para apretar el hombro de Thomas.

—Tío, si esos fucos de CRUEL la quisieran muerta, se estaría pudriendo bajo un montón de rocas. Es tan fuerte como cualquiera o incluso más. Sobrevivirá.

Thomas respiró hondo y soltó el aire. Se sentía mejor. Aunque fuera increíble, se sentía mejor. Minho tenía razón.

—Lo sé. De alguna forma, lo sé.

Minho se levantó.

—Deberíamos haber parado hace dos horas para dormir un poco; pero, gracias al señor Corredor del Desierto aquí presente —le golpeó suavemente a Thomas en la cabeza—, nos hemos agotado hasta que ha vuelto a salir el puñetero sol. Sigo pensando que necesitamos descansar un rato. Pongámonos debajo de las sábanas o lo que sea, pero intentémoslo.

Aquello no supuso el menor problema para Thomas. El sol resplandeciente hacía que el dorso de sus párpados se tiñera de un turbio carmesí de manchas negras y se durmió enseguida, con la sábana sobre su cabeza para protegerse de las quemaduras del sol… y de sus problemas.

Capítulo 22

Minho les dejó dormir casi cuatro horas, aunque no tuvo que despertar a muchos. El sol naciente e intenso ardía con furia sobre la tierra y se volvía insoportable, imposible de ignorar. Cuando Thomas se levantó y recogió la comida después del desayuno, el sudor ya empapaba sus ropas. El olor de los cuerpos flotaba entre ellos como una niebla apestosa y esperaba no ser él el más culpable. Las duchas del dormitorio parecían ahora todo un lujo.

Los clarianos permanecieron malhumorados y en silencio mientras se preparaban para el viaje. Cuanto más lo pensaba Thomas, más se daba cuenta de que no había mucho por lo que alegrarse. Aun así, había dos cosas que le hacían seguir adelante, y esperaba que los demás sintieran lo mismo. Primero, una irresistible curiosidad por averiguar qué había en esa estúpida ciudad —conforme se acercaban parecía más una gran ciudad—. Y segundo, la esperanza de que Teresa estuviera viva y bien. Quizás hubiera pasado por uno de esos Trans Planos. Quizás ahora se hallase delante de ellos. En la ciudad, incluso. Thomas sintió una oleada de ánimo.

—Vamos —dijo Minho cuando todo el mundo estuvo preparado. Entonces partieron.

Caminaban por aquel terreno seco y polvoriento. No hacía falta que lo dijera nadie, pero Thomas sabía que todos estaban pensando lo mismo: no tenían energía para correr mientras el sol estuviera en lo alto. Y aunque así fuera, no les quedaba suficiente agua para mantenerse vivos a un ritmo más rápido.

Así que siguieron caminando, con las sábanas sobre sus cabezas. A medida que la comida y el agua fueron disminuyendo, más fardos estuvieron disponibles para protegerse del sol y menos clarianos tenían que andar en pareja. Thomas fue uno de los primeros en ir solo, probablemente porque nadie quería hablar con él después de oír la historia de Teresa. Por supuesto, no iba a quejarse; la soledad de momento era un placer.

Caminaban. Sólo había pausas para comer y beber agua. Caminaban. El calor era como un océano seco por el que tenían que nadar. Aquel viento, que ahora soplaba con más fuerza y traía más polvo y arena en vez de aliviar el calor, azotaba las sábanas y dificultaba mantenerlas en su sitio. Thomas seguía tosiendo y quitándose trozos de mugre acumulada en las comisuras de sus ojos. Notaba como si cada trago de agua tan sólo le hiciera querer más, pero sus provisiones habían descendido a un nivel altamente peligroso. Si no había agua fresca en la ciudad cuando llegaran…

No era bueno para él seguir aquella línea de pensamiento.

Continuaron; cada paso se hacía más angustioso y el silencio se impuso. Nadie hablaba. Thomas tenía la sensación que si decía un par de palabras, gastaría demasiada energía. Era todo lo que podía hacer para poner un pie delante del otro,

una y otra vez, con la vista clavada, sin vida, en su objetivo: la ciudad que cada vez estaba más cerca.

Era como si los edificios estuvieran vivos y crecieran ante sus ojos conforme se acercaban. Thomas no tardó en ver lo que debía de ser piedra y unas ventanas que brillaban a la luz del sol. Algunas parecían estar rotas, pero eran menos de la mitad. Desde su posición estratégica, daba la impresión de que las calles se encontraban vacías. No había hogueras encendidas durante el día. Por lo que veía, en aquel lugar no había árboles ni ningún otro tipo de vegetación. ¿Cómo iba a haber nada con aquel clima? ¿Cómo podía incluso la gente vivir allí? ¿Cómo cultivarían alimentos? ¿Qué encontrarían?

Al día siguiente. Habían tardado más de lo que pensaba, pero Thomas no dudaba de que llegarían a la ciudad al día siguiente. Y aunque seguramente hubiera sido mejor rodearla, no les quedaba otra opción: tenían que reponer provisiones.

Caminaban. Hacían una pausa. Calor.

Cuando por fin se hizo de noche y el sol desapareció por el horizonte del oeste a una lentitud exasperante, se levantó aún más viento y esta vez sí trajo un poco de fresco. Thomas lo disfrutó, agradecido por poder escapar en cierto modo de aquel calor.

A medianoche, no obstante, cuando Minho por fin les dijo que se pararan para dormir un poco, la ciudad y sus fuegos ahora encendidos estaban cada vez más cerca, y el viento soplaba aún más fuerte. Se trataba de un vendaval que se arremolinaba con una fuerza en aumento.

Poco después de pararse, mientras Thomas estaba recostado sobre su espalda, envuelto en su sábana bien estirada hasta la barbilla, levantó la vista hacia el cielo. El viento era casi tranquilizador y le arrullaba para dormirse. Justo cuando la mente se le nubló por el agotamiento, las estrellas parecieron desvanecerse y al cerrar los ojos, volvió a soñar.

• • •

Está sentado en una silla. Tiene diez u once años. Teresa —está muy distinta, mucho más joven, aunque está claro que es ella— se halla sentada delante de él y hay una mesa entre ellos. Ella tiene más o menos su edad. No hay nadie más en la habitación, un lugar oscuro con tan sólo una luz, un cuadrado amarillo mate en el techo, justo encima de sus cabezas.

—Tom, tienes que poner más empeño —dice la niña. Tiene los brazos cruzados y, a pesar de su corta edad, el gesto no le resulta extraño. Es muy familiar, como si la conociera desde hace mucho tiempo.

—Lo intento.

De nuevo habla él, pero no es él de verdad. No tiene sentido.

—Probablemente nos maten si no podemos hacerlo.

—Lo sé.

—¡Pues inténtalo!

—¡Es lo que estoy haciendo!

—Muy bien —espeta ella—, ¿sabes qué? Ya no voy a hablarte más en voz alta. No lo haré nunca más hasta que no lo consigas.

—Pero…

Ni tampoco dentro de tu mente —le está hablando en la cabeza. Ese truco aún le pone nervioso porque él no puede corresponderle—. *A partir de ahora.*

—Teresa, dame unos cuantos días más y lo conseguiré.

No responde.

—Vale, sólo un día más.

Se queda mirándole. Luego, ni tan siquiera eso. Baja la vista hacia la mesa, extiende el brazo y empieza a rascar en la madera con la uña.

—No hay forma de que me hables, ¿no?

No hay respuesta. La conoce, a pesar de lo que acaba de decir. ¡Vaya si la conoce!

—Muy bien —dice.

Cierra los ojos y hace lo que el instructor le ha dicho que haga. Se imagina un mar de negra nada, interrumpido tan sólo por la imagen del rostro de Teresa. Entonces, con la última pizca de voluntad, forma las palabras y se las lanza a la niña: *Hueles como una bolsa de mierda.*

Teresa sonríe y le contesta en su mente: *Pues anda que tú.*

Capítulo 23

Thomas se despertó con el viento dándole en la cara, el pelo y la ropa. Parecía que unas manos invisibles intentaran arrancárselos. Aún era de noche y hacía frío; le temblaba todo el cuerpo. Se incorporó sobre los codos, miró a su alrededor y apenas pudo ver las formas acurrucadas que dormían cerca de él con las sábanas bien apretadas contra sus cuerpos.

Sus sábanas.

Dejó escapar un grito frustrado y se levantó de un salto. En algún momento de la noche su propia sábana se había soltado y había salido volando. Con aquel furioso vendaval, podría estar a quince kilómetros.

—Foder —susurró, pero el aullido del viento robó la palabra incluso antes de que pudiera oírla.

Volvió a su mente el sueño, ¿o era un recuerdo? Tenía que serlo. Aquella breve visión de un tiempo en el que Teresa y él eran más jóvenes y aprendían a usar el truco de la telepatía. Notó que se desanimaba un poco; la echaba de menos, se sentía culpable al comprobar una vez más que había sido parte de CRUEL antes de ir al Laberinto.

Se lo quitó de la cabeza, no quería pensar en eso. Podía apartarlo de su mente si se esforzaba lo bastante.

Alzó la vista hacia el cielo negro y aspiró un instante al recordar fugazmente el sol desapareciendo del Claro. Aquel había sido el principio del final. El principio del terror.

Pero el sentido común pronto calmó su alma. El viento. El aire frío. Una tormenta. Tenía que ser una tormenta.

Nubes.

Avergonzado, se volvió a recostar y luego se tumbó de lado para hacerse una bola mientras se abrazaba. El frío no era insoportable, tan sólo un enorme cambio después del horrible calor del último par de días. Exploró su mente y se preguntó por los recuerdos que había tenido hacía poco. ¿Podrían ser resultados persistentes del Cambio? ¿Estaba recuperando la memoria?

Aquella idea provocó una mezcla de sentimientos. Quería que terminara de una vez por todas su bloqueo mental; quería saber quién era y de dónde venía. Pero aquel deseo estaba atenuado por el miedo a averiguar más cosas sobre sí mismo, sobre el papel que tenía en lo que le había llevado a aquella situación, en lo que les había hecho aquello a sus amigos.

Necesitaba desesperadamente dormir. Con el viento rugiendo sin cesar en sus oídos, por fin se escabulló, esta vez a la nada.

La luz le despertó a un alba apagada y gris que al final reveló una gruesa capa de

nubes por el cielo. Eso hizo que la interminable extensión del desierto a su alrededor pareciera todavía más lóbrega. La ciudad estaba ahora muy cerca, tan sólo a unas pocas horas. Los edificios eran realmente altos; uno de ellos se alzaba incluso hasta desaparecer en una niebla baja. Y los cristales en todas aquellas ventanas rotas eran como los dientes irregulares de unas bocas abiertas para atrapar la comida que arrastrara el viento tormentoso.

El aire racheado todavía tiraba de él y una gruesa capa de tierra parecía habérsele incrustado para siempre en la cara. Se frotó la cabeza y notó el pelo acartonado debido a la mugre reseca por el viento.

Casi todos los demás clarianos estaban levantados y en marcha, asumiendo el inesperado cambio de tiempo, inmersos en conversaciones que él no podía oír; tan sólo había un rugido en sus oídos. Minho advirtió que estaba despierto y se acercó; se inclinó por el viento mientras caminaba con la ropa agitándose a su alrededor.

—¡Ya era hora de que te despertaras! —estaba gritando a pleno pulmón.

Thomas se limpió la tierra de los ojos y se puso en pie.

—¿De dónde viene todo esto? —gritó—. ¡Pensaba que estábamos en medio del desierto!

Minho alzó la vista hacia la turbia masa de nubes grises y luego volvió a centrarse en Thomas. Se inclinó más para hablarle directamente al oído:

—Bueno, supongo que alguna vez tiene que llover en el desierto. Date prisa y come, tenemos que irnos. Quizá lleguemos allí y encontremos un sitio donde escondernos antes de que nos empape la tormenta.

—¿Y si cuando lleguemos un puñado de raros intenta matarnos?

—Entonces, ¡lucharemos contra ellos! —Minho frunció el entrecejo como si le decepcionara que Thomas preguntara tal estupidez—. ¿Qué otra cosa quieres hacer? Casi nos hemos quedado sin agua y sin comida.

Thomas sabía que Minho tenía razón. Además, si pudieron luchar contra un montón de laceradores, un grupo de enfermos medio locos y muertos de hambre no debería suponer un gran problema.

—Muy bien, vale. Vamos. Me comeré una de esas barritas de cereales por el camino.

Unos minutos más tarde, se dirigían de nuevo a la ciudad con el cielo gris sobre sus cabezas, dispuesto a estallar y verter agua en cualquier momento.

Estaban a tan sólo un par de kilómetros del edificio más cercano cuando se cruzaron con un anciano tumbado en la arena boca arriba, envuelto en varias mantas. Jack fue el primero que lo vio y Thomas y el resto no tardaron en reunirse en círculo alrededor de aquel tipo, con los ojos clavados en él.

A Thomas se le revolvió el estómago al estudiar a aquel hombre con más detenimiento, pero no podía apartar la vista. El desconocido debía de tener cien años,

aunque eso era difícil de saber; tal vez lo parecía a causa del deterioro provocado por el sol. Tenía un rostro arrugado y curtido, costras y llagas donde debería haber pelo; y una piel muy, muy oscura.

Estaba vivo, respiraba profundamente, pero miraba al cielo con los ojos vacíos, como si esperara que bajara algún dios y se lo llevara para poner fin a aquella vida miserable. No mostraba signos de haberse percatado del acercamiento de los clarianos.

—¡Eh! ¡Viejo! —gritó Minho, siempre tan diplomático—. ¿Qué estás haciendo aquí fuera?

A Thomas le había costado mucho oír las palabras con aquel viento tan fuerte, así que se imaginaba que el anciano no se enteraría de nada. Pero ¿estaba ciego también? Quizá.

Thomas apartó a Minho de un codazo y se arrodilló junto al rostro del hombre. La melancolía que vio allí le desgarró el corazón. Alargó la mano y la movió justo encima de los ojos del anciano. Nada. Ni un parpadeo ni un movimiento. Fue sólo después de que Thomas retirara la mano cuando los párpados del hombre se cerraron despacio y luego volvieron a abrirse. Tan sólo una vez.

—¿Señor? —preguntó Thomas—. ¿Señor? —le sonó extraña aquella palabra, que salía de los recuerdos turbios de su pasado. Estaba seguro de no haberla usado desde que le enviaron al Claro y al Laberinto—. ¿Puede oírme? ¿Puede hablar?

El hombre volvió a parpadear lentamente, pero no dijo nada. Newt se arrodilló junto a Thomas y habló en voz alta por encima del viento:

—Este tipo sería una maldita mina de oro si consiguiéramos que nos contara cosas de la ciudad. Parece inofensivo; probablemente sepa lo que nos espera al llegar allí.

Thomas suspiró.

—Sí, pero ni siquiera parece ser capaz de oírnos, mucho menos de mantener una larga conversación.

—Sigue intentándolo —ordenó Minho desde detrás—. Eres nuestro embajador oficial en el extranjero, Thomas. Haz que se abra el tío y nos cuente algo de los viejos tiempos.

Por alguna extraña razón, Thomas quería responder con algún comentario gracioso, pero no se le ocurrió nada. Si fue gracioso en su antigua vida, todo rastro de humor desde luego había desaparecido cuando le borraron la memoria.

—Vale —dijo.

Enseguida se acercó lo máximo posible a la cabeza del hombre y se colocó para mirarle a los ojos, a tan sólo medio metro de su rostro.

—¿Señor? ¡Necesitamos su ayuda de verdad! —se sentía mal por gritar, le preocupaba que el anciano se lo tomara como un ataque, pero no tenía otra opción. El

viento soplaba cada vez más fuerte—. ¡Necesitamos que nos diga si es seguro entrar en la ciudad! Podemos llevarle hasta allí si necesita ayuda. ¿Señor? ¡Señor!

Los ojos oscuros del hombre habían estado mirando más allá, hacia el cielo, pero luego se movieron, despacio, para centrarse en él. La conciencia los llenó como un líquido negro vertido lentamente en un vaso. Sus labios se entreabrieron, pero no salió nada de ellos salvo una pequeña tos.

La esperanza de Thomas aumentó.

—Me llamo Thomas. Estos son mis amigos. Llevamos un par de días caminando por el desierto y necesitamos más agua y comida. ¿Qué…? —dejó de hablar cuando los ojos del hombre se movieron de un lado a otro, con un repentino aire de pánico—. No pasa nada, no le haremos daño —aclaró Thomas enseguida—. Somos… somos de los buenos. Pero le agradeceríamos muchísimo que…

El hombre sacó la mano izquierda de debajo de las sábanas que lo envolvían y le agarró la muñeca a Thomas con tal fuerza que parecía imposible. Thomas gritó, sorprendido, y por instinto intentó soltarse, pero no pudo. Estaba impresionado por la fuerza del hombre. Apenas podía moverse con aquel puño a modo de grillete.

—¡Eh! —gritó—. ¡Suéltame!

El hombre negó con la cabeza; tenía los ojos más llenos de miedo que de agresividad. Sus labios volvieron a separarse y un áspero e indescifrable susurro salió de su boca. No le soltó.

Thomas dejó de esforzarse por liberar el brazo, se relajó y se inclinó para colocar la oreja junto a la boca del desconocido.

—¿Qué ha dicho? —gritó.

El hombre volvió a hablar con un sonido áspero, perturbador y espeluznante. Thomas captó las palabras «tormenta», «terror» y «mala gente». Ninguna de ellas sonaba muy inspiradora.

—¡Una vez más! —gritó Thomas, con la cabeza aún ladeada, de modo que su oreja estaba a sólo unos centímetros de la cara del anciano.

Esta vez Thomas lo entendió casi todo y sólo le faltaron pocas palabras:

—Se avecina una tormenta… Mucho terror… Trae…, manteneos alejados… mala gente.

El hombre de pronto se incorporó, con los ojos abiertos de par en par y blancos alrededor del iris.

—¡Tormenta! ¡Tormenta! ¡Tormenta!

No paró de repetirlo una y otra vez; al final, una hebra de saliva, densa y mucosa, se le pegó al labio inferior, y salía y entraba como el péndulo de un hipnotizador. Le soltó el brazo y, de inmediato, Thomas retrocedió para alejarse. Incluso mientras lo hacía, el viento se intensificó y pareció pasar de fuertes ráfagas a un absoluto vendaval con la fuerza de un huracán, que provocaba terror, justo como había dicho

el hombre. El mundo estaba perdido en el sonido de los rugidos y aullidos del aire. Thomas tenía la impresión de que en cualquier instante iba a arrancarle el pelo y la ropa. Casi todas las sábanas de los clarianos habían salido volando, se agitaban sobre el suelo y en el aire como ejércitos de fantasmas. La comida se dispersó por todas partes.

Thomas se puso de pie, una tarea casi imposible con aquel viento tratando de tumbarle. Se tambaleó hacia delante varios pasos hasta que volvió a inclinarse al tiempo que unas manos invisibles le mantenían erguido.

Minho estaba cerca y empezó a agitar los brazos como un desesperado para atraer la atención de todos. La mayoría le vio y se reunió a su alrededor, incluido Thomas, que luchaba por deshacerse del pánico que se arremolinaba en sus entrañas. Tan sólo era una tormenta. Mucho mejor que los laceradores o los raros con cuchillos. O cuerdas.

El anciano había perdido sus mantas por el viento y ahora se acurrucaba en posición fetal, con sus flacas piernas apretadas contra el pecho y los ojos cerrados. Thomas tuvo la fugaz idea de que debían llevarlo a algún lugar seguro, salvarlo porque al menos había tratado de avisarles de la tormenta. Pero algo le decía que el hombre lucharía con uñas y dientes si intentaban tocarlo o cogerle en brazos.

Los clarianos estaban ahora todos juntos. Minho señaló la ciudad. El edificio más cercano se hallaba a una media hora si corrían a buen ritmo. Por la manera en que el viento tiraba de ellos, la manera en que las nubes de arriba se espesaban, se arremolinaban y adquirían un tono morado, casi negro; por la manera en que el polvo y los escombros volaban por el aire, alcanzar aquel edificio parecía la única opción sensata.

Minho empezó a correr. Los otros le siguieron y Thomas esperó hasta el final, pues sabía que Minho así lo quería. Después empezó a correr con energía, contento de no ir contra el viento. Sólo entonces le vinieron a la mente algunas de las palabras que había dicho el anciano. El sudor que le causaron enseguida se evaporó y su piel quedó seca y salada.

«Manteneos alejados. Mala gente».

Capítulo 24

A medida que se acercaban a la ciudad, a Thomas le costaba cada vez más verla. El polvo en el aire se había condensado hasta convertirse en una niebla parduzca y lo notaba en cada respiración. Se le acumulaba en los ojos, que le lloraban, y se le formaba un pegote que debía limpiarse sin parar. El gran edificio que les tranquilizaba se había convertido en una sombra imponente detrás de las nubes, que se hacía más y más alta, como un gigante que no dejaba de crecer.

El viento soplaba amenazante y le arrojaba arena hasta el punto de dolerle. De vez en cuando, objetos más grandes pasaban volando y le daban un susto de muerte. Una rama, algo que parecía un ratón pequeño, un trozo de teja. E innumerables trocitos de papel. Todo se arremolinaba en el aire como copos de nieve.

Entonces llegaron los relámpagos.

Habían reducido a la mitad la distancia hasta el edificio —quizás incluso más— cuando los rayos aparecieron de la nada y el mundo a su alrededor estalló en luces y truenos. Caían del cielo de forma irregular, como barras de luz blanca, golpeaban el suelo y levantaban grandes cantidades de tierra chamuscada. Aquel sonido abrumador era insoportable y a Thomas se le empezaron a entumecer los oídos por el ruido espantoso, transformado en un lejano susurro mientras se quedaba sordo.

Continuó corriendo, casi ciego ahora, incapaz de oír, sin apenas ver el edificio. Los chicos se caían y volvían a levantarse. Thomas tropezó, pero recuperó el equilibrio. Ayudó a Newt a volver a ponerse de pie y luego a Fritanga. Les empujó hacia delante mientras él seguía avanzando. Era sólo cuestión de tiempo que a alguien le alcanzara uno de los relámpagos, similares a gruesas dagas, y lo friera hasta quedar carbonizado. Tenía el pelo de punta, a pesar del viento desgarrador; la electricidad estática en el aire era atroz y pinchaba como agujas voladoras.

Thomas quería gritar, deseaba oír su propia voz, aunque sólo fueran las vibraciones amortiguadas en su cráneo. Pero sabía que el aire lleno de polvo le ahogaría; ya era bastante difícil inspirar breve y rápidamente por la nariz. Sobre todo con la tormenta de relámpagos que se estrellaban contra el suelo a su alrededor, quemando el aire, haciendo que todo oliera a cobre y ceniza.

El cielo se oscureció aún más y la nube de polvo ganó densidad. Thomas se dio cuenta de que ya no veía a nadie, tan sólo a aquellos que estaban justo delante de él. La luz de los rayos destellaba contra ellos y un corto estallido de un blanco radiante les iluminó durante un brevísimo momento. Aquello cegó a Thomas todavía más que antes. Tenían que llegar a aquel edificio. Tenían que llegar o no durarían mucho más.

¿Y dónde estaba la lluvia?, se preguntó. ¿Dónde estaba la lluvia? ¿Qué tipo de tormenta era aquella?

Un relámpago de un blanco puro zigzagueó desde el cielo y cayó en el suelo justo

delante de él. Gritó, pero no pudo oírse y apretó los ojos cuando algo —un arranque de energía o una oleada de aire— le tiró a un lado. Aterrizó sobre su espalda, golpeado desde el pecho, al tiempo que caía sobre él una lluvia de arena y piedras. Escupió, se limpió la cara e intentó respirar a la vez que se incorporaba sobre manos y rodillas para luego ponerse de pie. El aire por fin fluyó y lo atrajo hacia sus pulmones.

Oyó una alarma, un constante y agudo zumbido que notaba como uñas en sus tímpanos. El viento trataba de comerse su ropa, la arena hacía que la piel le picase y la oscuridad giraba a su alrededor como una noche viviente, interrumpida tan sólo por los destellos de los relámpagos. Entonces vio una espantosa escena que le asustó aún más por la luz parpadeante.

Era Jack. Estaba en el suelo, dentro de un pequeño cráter, retorciéndose mientras se agarraba la rodilla. Debajo no había nada: la espinilla, el tobillo y el pie habían desaparecido por el estallido de electricidad pura que había caído del cielo. La sangre, que parecía alquitrán, salía a borbotones de una herida horrible, que se convertía en una pasta horrorosa mezclada con la arena. La ropa se le había quemado y estaba desnudo, con heridas por todo el cuerpo. No tenía pelo. Y parecía que sus ojos tenían…

Thomas se dio la vuelta, se desplomó en el suelo, tosió y vomitó todo lo que llevaba en el estómago. No podía hacer nada por Jack. Ni hablar. Nada. Pero seguía vivo. Aunque le daba vergüenza pensarlo, Thomas se alegraba de no poder oír sus gritos. Ni siquiera sabía si podría soportar volver a mirarlo.

Entonces alguien le agarró y le puso de pie. Minho. Dijo algo y Thomas se concentró para leerle los labios. «Tenemos que irnos. No hay nada que podamos hacer».

«Jack —pensó—. Oh, tío, Jack».

Avanzó a trompicones detrás de Minho, con los músculos del estómago doloridos por vomitar, los oídos pitándole muchísimo e impresionado por la terrible visión de Jack roto en mil pedazos por el rayo. Vio unas sombras a izquierda y derecha: otros clarianos, pero sólo unos pocos. Estaba demasiado oscuro para ver nada más allá y los relámpagos iban y venían demasiado rápido para revelar algo. Tan sólo polvo, escombros y esa amenazante forma del edificio que ahora estaba casi encima de ellos. Habían perdido todo vestigio de organización y toda esperanza de permanecer unidos. Cada clariano iba por su cuenta. Tan sólo esperaban que todos pudieran conseguirlo.

Viento. Explosiones de luz. Viento. Polvo asfixiante. Viento. Pitido de oídos, dolor. Viento. Continuó con la vista clavada en Minho, que caminaba a unos pasos por delante de él. No sentía nada por Jack. No le importaba si se quedaba permanentemente sordo. Ya no le importaban los demás. El caos a su alrededor

parecía haberle arrebatado su humanidad, haberle convertido en un animal. Lo único que quería era sobrevivir, llegar hasta aquel edificio y entrar. Vivir. Ganar un día más.

Una abrasadora luz blanca detonó delante de él y le lanzó por los aires de nuevo. Incluso cuando volaba hacia atrás, gritaba e intentaba ponerse de pie. La explosión había ocurrido justo donde Minho estaba corriendo. ¡Minho! Thomas aterrizó con un golpazo discordante que le hizo sentir como si se le soltara cada articulación de su cuerpo para luego volver a su sitio. Ignoró el dolor, se puso de pie, corrió hacia delante, con la única visión de la oscuridad, mezclada con imágenes remanentes, borrosas, amebas de luz purpúrea. Entonces vio las llamas.

A su cerebro le costó unos segundos comprender lo que estaba viendo. Unas varas de fuego bailaban como por arte de magia, unos zarcillos calientes golpearon a la derecha por el viento. Entonces todo cayó al suelo, un montón de llamas que se agitaban. Thomas alargó el brazo y lo entendió.

Era Minho. Su ropa estaba en llamas.

Con un grito que envió un fuerte dolor a su cabeza, cayó al suelo junto a su amigo. Excavó en la tierra —por suerte, esta se había levantado debido a la explosión de electricidad— y empezó a tirarla encima de Minho con ambas manos, a toda velocidad, como un desesperado. Al apuntar a los sitios donde más ardían las llamas, hizo un avance mientras Minho ayudaba rodando de acá para allá y golpeándose la parte superior del cuerpo con ambas manos.

En cuestión de segundos, el fuego se había apagado y dejado a su paso la ropa chamuscada e innumerables heridas irritadas. Thomas se alegraba de no poder oír los gemidos de agonía que debía de estar emitiendo Minho. Sabía que no tenían tiempo para detenerse, así que agarró a su líder por los hombros y le arrastró hasta ponerlo de pie.

—¡Vamos! —gritó Thomas, aunque la palabra pareció un par de vibraciones silenciosas en su cerebro.

Minho tosió y volvió a hacer un gesto de dolor, pero entonces asintió y rodeó con uno de sus brazos el cuello de Thomas. Juntos avanzaron lo más rápido que pudieron hacía el edificio, aunque Thomas era el que hacía la mayor parte del trabajo.

Los rayos continuaban cayendo como flechas de fuego blanco a su alrededor. Thomas notaba el silencioso impacto de las explosiones; cada una le sacudía el cráneo, le sacudía los huesos. Destellos de luz por todas partes. Más allá del edificio hacia el que avanzaban a trompicones, con grandes esfuerzos, habían surgido otros fuegos; en dos o tres ocasiones vio que los rayos entraban en contacto directo con la parte superior de una estructura y mandaban una lluvia de ladrillos y cristales a las calles de debajo.

La oscuridad empezó a adquirir un tono distinto, más gris que marrón, y Thomas se dio cuenta de que las nubes de tormenta debían de haberse espesado y descendían

hacia el suelo, abriéndose camino entre el polvo y la niebla. El viento había amainado un poco, pero los rayos parecían más fuertes que nunca.

Había clarianos a izquierda y derecha, todos iban en la misma dirección. Parecían haber disminuido en número, pero Thomas seguía sin poder ver lo bastante bien como para estar seguro de ello. Localizó a Newt y, luego, a Fritanga. Y a Aris. Todos parecían igual de aterrorizados que él y corrían, sin quitar los ojos de encima a su objetivo, que ahora estaba a muy poca distancia.

Minho perdió el equilibrio y se cayó al soltarse de Thomas, que se paró, se dio la vuelta, volvió a poner de pie al chico y colocó el brazo de su amigo alrededor de sus hombros. Le agarró por el torso con ambos brazos para medio llevarlo, medio tirar de él. Un arco de luz cegadora pasó por encima de sus cabezas y golpeó la tierra tras ellos; Thomas no miró, siguió avanzando. Un clariano cayó a su izquierda; no supo quién era, no oyó el grito que sabía que vendría a continuación. Otro muchacho cayó a su derecha y volvió a levantarse. Un relámpago, delante y a la derecha. Otro a la izquierda. Uno justo enfrente. Thomas tuvo que pararse y parpadeó desenfrenadamente hasta que recuperó la vista. Se puso en marcha de nuevo, arrastrando a Minho con él.

Y entonces llegaron al primer edificio de la ciudad.

En la absorbente oscuridad de la tormenta, la estructura era gris. Bloques enormes de piedra, un arco de ladrillos más pequeños y ventanas medio rotas. Aris llegó el primero a la puerta y ni se molestó en abrirla. La habían hecho de cristal, pero ahora apenas quedaba nada, así que, cuidadosamente, quitó los fragmentos restantes con el codo. Les hizo una señal a unos clarianos para que pasaran, luego les siguió y fueron tragados por el interior.

Thomas llegó a la vez que Newt y le hizo un gesto para que le ayudara. Newt y otro chico cogieron a Minho de sus brazos, con cuidado le arrastraron de espaldas por la puerta abierta de la entrada y sus pies tocaron el umbral mientras tiraban de él.

Y entonces Thomas, todavía impresionado por la energía de los estallidos de los rayos, siguió a sus amigos para adentrarse en la penumbra. Pero antes se dio la vuelta para ver la lluvia que caía fuera, como si la tormenta por fin hubiera decidido llorar, avergonzada de lo que les había hecho.

Capítulo 25

La lluvia caía en torrentes, como si Dios hubiera absorbido el océano y lo estuviera escupiendo sobre sus cabezas con furia.

Thomas se quedó sentado en el mismo sitio durante al menos dos horas mientras lo observaba. Se acurrucó contra la pared, exhausto y dolorido; quería volver a oír. Parecía estar funcionando. Lo que antes era una vibración silenciosa había disminuido su presión y el pitido había desaparecido. Al toser, notó que sentía algo más que ese zumbido. Oía algo. Y a lo lejos, como al otro lado de un sueño, oyó el constante golpeteo de la lluvia. A lo mejor no se había quedado sordo, después de todo.

La luz gris pálida que entraba por las ventanas no ayudaba a combatir la fría oscuridad del interior del edificio. Los demás clarianos se hallaban sentados, agachados o recostados por la habitación. Minho estaba hecho un ovillo a los pies de Thomas y apenas se movía; parecía como si cualquier cambio de postura enviara ondas de dolor por sus nervios. Newt estaba allí también, cerca, así como Fritanga. Pero ninguno intentaba hablar u organizar las cosas. Nadie se puso a contar a los clarianos ni trató de averiguar quién faltaba. Estaban todos sentados o tumbados, tan muertos como Thomas, probablemente reflexionando sobre lo mismo que él: ¿qué clase de mundo destrozado crearía una tormenta como aquella?

El suave repiqueteo de la lluvia se hizo más fuerte hasta que Thomas no tuvo más dudas; podía oírlo de verdad. Era un sonido tranquilizador, a pesar de todo, y al final se quedó dormido.

• • •

Cuando se despertó, con el cuerpo tan rígido que parecía que tuviera pegamento seco en las venas y los músculos, los oídos y la cabeza volvían a funcionarle por completo. Oía las fuertes respiraciones de los clarianos dormidos, los gemidos de Minho y el diluvio que golpeaba con violencia el pavimento del exterior.

Pero estaba oscuro. Totalmente. En algún momento, se había hecho de noche.

Se deshizo de su sensación de incomodidad, dejó que el agotamiento se apoderara de él, se tumbó en el suelo, apoyó la cabeza en la pierna de otro chico y volvió a quedarse dormido.

• • •



Dos cosas le despertaron para bien: el resplandor del amanecer y un repentino silencio. La tormenta había terminado y Thomas había dormido toda la noche. Pero incluso antes de notar el dolor y el anquilosamiento previsibles, sintió algo mucho más inaguantable: el hambre.

La luz entraba por las ventanas rotas y moteaba el suelo a su alrededor. Alzó la vista para ver un edificio en ruinas, con agujeros enormes en los montones de pisos hasta el tejado, que dejaban ver el cielo; parecía que sólo la infraestructura de acero impedía que se viniera abajo. No se imaginaba qué podría haber causado aquello. Pero trozos de azul brillante parecían cernirse sobre sus cabezas, un panorama que había creído imposible la última vez que estuvo fuera. A pesar de lo horrible que había sido aquella tormenta, fueran cuales fueran las peculiaridades del clima de la Tierra que pudieron provocar tal cosa, ya había desaparecido.

Le dieron unas fuertes punzadas en el estómago, que se quejó, ansioso por comer. Miró a su alrededor y vio que la mayoría de clarianos aún dormía, pero Newt estaba con la espalda apoyada en la pared y la mirada, triste y perdida, clavada en el infinito.

—¿Estás bien? —preguntó Thomas, aunque tenía la mandíbula agarrotada.

Newt se volvió hacia él despacio, con los ojos distantes hasta que pareció salir de sus pensamientos para centrarse en Thomas.

—Estoy bien. Sí, supongo que estoy bien. Estamos vivos. Supongo que eso es todo lo que importa —la amargura en su voz no podía ser mayor.

—A veces me pregunto… —murmuró Thomas.

—¿Qué te preguntas?

—Si importa estar vivo. Si estar muerto no sería muchísimo más fácil.

—Por favor, no me creo ni por un segundo que de verdad pienses eso.

Thomas había bajado la mirada mientras expresaba su deprimente punto de vista y ahora contemplaba a Newt con acritud ante su contestación. Entonces sonrió y se sintió mejor.

—Tienes razón. Tan sólo intentaba sonar tan abatido como tú.

Casi podía convencerse de que era cierto. No sentía que morir fuera la salida más fácil.

Newt señaló cansado a Minho.

—¿Qué puñetas le ha pasado?

—No sé cómo, un rayo prendió fuego a su ropa. No tengo ni idea de cómo ocurrió sin que le friera el cerebro. Pero creo que conseguimos apagarlo antes de que causara demasiados daños.

—¿Antes de que causara demasiados daños? No quiero ni pensar en lo que para ti son daños serios.

Thomas cerró los ojos durante un segundo y apoyó la cabeza en la pared.

—Eh, como has dicho… está vivo, ¿no? Y aún tiene la ropa puesta, lo que

significa que no ha podido quemarle la piel por demasiadas partes. Se pondrá bien.

—Sí, claro —contestó Newt con una risita sarcástica—. Recuérdame que no contrate tus servicios de médico por ahora, ¿vale?

—Ohhhh —se oyó un largo e interminable gemido de Minho. Abrió los ojos con un parpadeo y los entrecerró al ver a Thomas—. Jo, macho. Estoy fucado. Estoy bien fucado.

—¿Estás muy mal? —le preguntó Newt.

En vez de contestar, Minho se incorporó muy despacio hasta sentarse, gruñendo, con gestos de dolor a cada pequeño movimiento. Pero al final lo logró, con las piernas cruzadas debajo de él. Tenía la ropa ennegrecida y andrajosa. En algunos sitios por donde la piel quedaba expuesta, unas ampollas al rojo vivo asomaban como amenazadores y extraños ojos. Pero aunque Thomas no era médico y no tenía ni idea de esas cosas, su instinto le decía que las quemaduras eran controlables y se curarían enseguida. La mayor parte de la cara de Minho se había salvado y todavía tenía todo su pelo, aunque estuviera sucísimo.

—No puedes estar tan mal si haces eso —dijo Thomas con una sonrisa picara.

—¡A la clonc! —replicó Minho—. Soy más duro que una roca. Aún podría romperte tu bonito trasero de poni con el doble del dolor que siento.

Thomas se encogió de hombros.

—Me encantan los ponis. Ojalá pudiera comerme uno ahora —su estómago sonó y se quejó.

—¿Ha sido eso un chiste? —preguntó Minho—. ¿El gilipullo aburrido de Thomas ha hecho de verdad un chiste?

—Creo que sí —fue la respuesta de Newt.

—Soy un tipo gracioso —repuso Thomas y se encogió de hombros.

—Sí, claro —pero era evidente que Minho había perdido el interés en la conversación. Giró la cabeza para mirar al resto de clarianos. Casi todos dormían aún o estaban tumbados, inmóviles, con la mirada perdida—. ¿Cuántos hay?

Thomas los contó. Once. Después de todo por lo que habían pasado, sólo quedaban once. Y eso incluía al chico nuevo, Aris. Había cuarenta o cincuenta viviendo en el Claro cuando Thomas llegó, hacía tan sólo unas semanas. Ahora había once.

Once.

No podía decir nada en voz alta después de darse cuenta de aquello, y aquel momento tranquilo de hacía unos segundos de repente le pareció pura blasfemia. Como una abominación. «¿Cómo podía formar parte de CRUEL? —pensó—. ¿Cómo podía formar parte de esto?». Sabía que debería hablarles de los recuerdos de su memoria, pero no podía hacerlo.

—Tan sólo quedamos once —dijo Newt finalmente.

Ya estaba. Lo había dicho.

—Entonces, ¿qué? ¿Murieron seis en la tormenta? ¿Siete? —Minho sonó con total indiferencia, como si estuvieran contando cuántas manzanas habían perdido cuando los fardos salieron volando.

—Siete —respondió Newt bruscamente, mostrando su desaprobación ante aquella actitud displicente. Entonces, con un tono más suave, añadió—: Siete. A menos que la gente haya corrido hacia otro edificio.

—Tío —dijo Minho—, ¿cómo vamos a atravesar esta ciudad con tan sólo once personas? Por lo que sabemos, podría haber cientos de raros en este lugar. Miles. ¡Y no tenemos ni idea de qué esperar de ellos!

Newt dejó escapar un largo suspiro.

—¿Y es en lo único que se te ocurre pensar? ¿Qué hay de la gente que ha muerto, Minho? Jack no está. Y tampoco Winston; él no tuvo la menor oportunidad. Y —miró a su alrededor— no veo tampoco a Stan ni a Tim. ¿Qué pasa con ellos?

—Eh, eh, eh —Minho alzó las manos, con las palmas en dirección a Newt—. Corta el rollo y cálmate, hermano. No pedí ser el fuco líder. Si quieres llorar todo el día por lo que ha pasado, muy bien. Pero eso no es lo que hace un líder. Un líder resuelve adonde ir y qué hacer tras lo sucedido.

—Bueno, supongo que por eso te dieron este trabajo —espetó Newt. Pero entonces la disculpa se reflejó en su rostro—. Lo que tú digas. En serio, perdona. Yo sólo…

—Sí, yo también lo siento.

Aunque Minho puso los ojos en blanco; Thomas esperó que Newt no lo hubiera visto, puesto que su mirada había caído de nuevo al suelo. Por suerte, Aris se acercó a ellos en aquel momento. Thomas quería que la conversación derivara hacia otra parte.

—¿Habíais visto alguna vez algo parecido a esa tormenta eléctrica? —preguntó el chico nuevo.

Thomas negó con la cabeza porque Aris le estaba mirando a él.

—No parecía natural. Incluso a pesar de mis recuerdos de clonc, estoy segurísimo de que este tipo de cosas no pasan normalmente.

—Pero recuerda lo que dijeron el Hombre Rata y esa señora en el autobús —dijo Minho—. Hubo erupciones solares que hicieron arder todo el mundo como si fuese el mismo infierno. Aquello jorobó el clima lo bastante como para que aparezcan tormentas peligrosas. Tengo la impresión de que tuvimos suerte de que no fuera peor.

—«Suerte» no es precisamente la palabra en la que estoy pensando —replicó Aris.

—Sí, bueno.

Newt señaló hacia la puerta de cristales rotos, donde el resplandor del amanecer se había convertido en el mismo brillo blanquecino al que se habían acostumbrado los

primeros días en la Quemadura.

—Al menos ya ha terminado. Será mejor que pensemos en lo que vamos a hacer ahora.

—¿Ves? —dijo Minho—. Eres igual de cruel que yo. Y tienes razón.

Thomas recordó la imagen de los raros en las ventanas del dormitorio. Eran como pesadillas vivientes a las que sólo les faltaba un certificado de defunción para convertirlos oficialmente en zombis.

—Sí, será mejor que sepamos lo que vamos a hacer antes de que aparezca un puñado de esos locos. Pero antes tenemos que comer. Tenemos que encontrar comida.

Aquella última palabra casi le dolió; tenía muchísima hambre.

—¿Comida?

Thomas soltó un grito ahogado de sorpresa; la voz procedía de arriba. Alzó la vista cuando el resto hizo lo mismo. Un rostro les miró desde lo que quedaba del tercer piso; un joven hispano. Sus ojos parecían revelar algo de locura. Thomas sintió un nudo de tensión en su interior.

—¿Quién eres? —gritó Minho.

Entonces, para sorpresa de Thomas, el chico saltó por el agujero irregular del techo y cayó hacia ellos. En el último segundo, se hizo una bola y dio tres volteretas para levantarse de un salto y aterrizar a sus pies.

—Me llamo Jorge —contestó con los brazos extendidos, como si esperara un aplauso por sus acrobacias—. Y soy el raro que manda en este sitio.

Capítulo 26

Por un instante, a Thomas le costó mucho creer que el chico que se había dejado caer —literalmente— fuera real. No se lo esperaban y había una extraña ridiculez en lo que había dicho y en cómo lo había dicho. Pero allí estaba, sí. Y aunque no daba la impresión de estar tan ido como los otros que habían visto, ya había confesado que era un raro.

—¿Os habéis olvidado de cómo se habla? —preguntó Jorge con una sonrisa en la cara que parecía totalmente fuera de lugar en aquel edificio hecho añicos—. ¿O es que tenéis miedo de los raros? ¿Miedo de que os tiremos al suelo y os comamos los ojos? Mmm, qué ricos. Me encantan unos buenos ojos cuando la manduca escasea. Saben a huevos poco hechos.

Minho se arriesgó a contestar e hizo un gran trabajo al ocultar su dolor:

—¿Admites que eres un raro? ¿Qué eres un puñetero loco?

—Acaba de decir que le gusta cómo saben los ojos —terció Fritanga—. Creo que eso lo convierte en loco.

Jorge se rió con un evidente tono amenazador.

—Venid, venid, mis nuevos amigos. Sólo me comería vuestros ojos si ya estuvierais muertos. Por supuesto, os ayudaría a llegar a ese estado si así lo necesitara. ¿Entendéis lo que digo? —todo el alborozo desapareció de su expresión y fue sustituido por un aire de severa advertencia. Casi como si los estuviera animando a enfrentarse a él.

Nadie habló durante un buen rato. Entonces, Newt preguntó:

—¿Cuántos de vosotros hay aquí?

Jorge miró rápidamente a Newt.

—¿Cuántos? ¿Cuántos raros? Todos somos raros aquí, hermano.

—No me refería a eso y lo sabes —replicó Newt.

Jorge empezó a caminar, pasando por encima y alrededor de los clarianos, mientras hablaba:

—Tenéis que aprender muchas cosas sobre cómo funciona esta ciudad. Sobre los raros y CRUEL, sobre el gobierno, sobre por qué nos dejaron aquí para que nos pudriéramos en nuestra enfermedad, nos matáramos y nos volviéramos totalmente locos. Sobre que hay diferentes niveles del Destello, sobre que es demasiado tarde para vosotros. Os contagiaréis si no lo tenéis ya.

Thomas había seguido al extraño con los ojos mientras caminaba por la estancia pronunciando aquellas horribles palabras. El Destello. Pensaba que se había ido acostumbrando al miedo de tener la enfermedad, pero con aquel raro delante de él, estaba más asustado que nunca. Y se sentía impotente por no poder hacer nada.

Jorge se detuvo cerca de él y sus amigos con los pies casi pegados a los de

Minho. Continuó hablando:

—Pero no es así como funciona, ¿comprendéis? Los menos favorecidos son los que hablan primero. Quiero saber todo de vosotros. De dónde venís, por qué estáis aquí, cuál es vuestra intención, por Dios. Ya.

Minho soltó una risita baja que sonaba peligrosa.

—¿Y nosotros somos los que estamos en desventaja? —Minho miró a su alrededor con sorna—. A menos que la tormenta eléctrica haya frito mis retinas, diría que somos once y tú nada más que uno. Quizá deberías empezar a hablar tú.

Thomas deseó que Minho no hubiera dicho eso. Era estúpido y arrogante, y podría haberlos matado. Estaba claro que aquel tío no se encontraba solo. Podría haber cientos de raros escondidos entre las ruinas de los pisos superiores, espiándolos, esperando con a saber qué tipo de horribles armas. O peor: con la ferocidad de sus propias manos, dientes y locura.

Jorge se quedó mirando a Minho durante un buen rato, con la expresión perdida.

—No acabas de decirme eso, ¿verdad? Por favor, dime que no acabas de hablarme como a un perro. Tienes diez segundos para disculparte.

Minho miró a Thomas con una sonrisita de suficiencia.

—Uno —contó Jorge—. Dos. Tres. Cuatro.

Thomas intentó lanzarle una mirada de advertencia a Minho y le hizo un gesto con la cabeza. «Hazlo».

—Cinco. Seis.

—Hazlo —ordenó al final Thomas en voz alta.

—Siete. Ocho.

La voz de Jorge se elevaba con cada número. Thomas creyó ver un movimiento en algún sitio encima de sus cabezas, una sombra que pasó como un rayo. Quizá Minho la hubiera notado también, puesto que su rostro perdió todo rastro de arrogancia.

—Nueve.

—Lo siento —soltó Minho sin demasiada emoción.

—No creo que lo digas de verdad —espetó Jorge, y le dio una patada a Minho en la pierna.

Thomas apretó los puños cuando su amigo dio un grito de dolor. El raro debía de haberle pegado en una de las quemaduras.

—Dilo de verdad, hermano.

Thomas levantó la vista hacia el raro; le odiaba. Unos pensamientos irracionales comenzaron a nadar por su mente. Quería saltar sobre él y atacarle, golpearle como había golpeado a Gally tras escapar del Laberinto.

Jorge echó atrás la pierna y volvió a golpear a Minho con dos fuertes patadas en el mismo sitio.

—¡Dilo de verdad! —soltó la última palabra con tanta dureza que sonó enloquecido.

Minho gimió, agarrándose la herida con ambas manos.

—Lo… siento —dijo entre fuertes respiraciones, con la voz tensa, llena de dolor.

Pero en cuanto Jorge sonrió y se relajó, satisfecho por la humillación causada, Minho golpeó al raro en plena barbilla. El chico saltó sobre su otro pie y se cayó al suelo con un aullido, en parte de sorpresa y en parte de dolor.

Entonces Minho se echó sobre él, gritando una sarta de aberraciones que Thomas nunca antes le había oído proferir. Luego apretó los muslos para atrapar el cuerpo de Jorge y empezó a darle puñetazos.

—¡Minho! —gritó Thomas—. ¡Para!

Se puso de pie, ignorando el anquilosamiento de sus articulaciones, el dolor de sus músculos. Echó un vistazo rápido arriba mientras se acercaba a Minho, dispuesto a sacarlo de encima de Jorge aunque fuera a golpes. Hubo movimientos en varios puntos de los pisos superiores. Después vio a varias personas mirando hacia abajo, preparándose para saltar, y aparecieron unas cuerdas que colgaban por los costados de los agujeros irregulares.

Thomas se lanzó sobre Minho y le apartó del cuerpo de Jorge hasta que cayeron al suelo. Enseguida se dio la vuelta para agarrar a su amigo, le rodeó el pecho con los brazos y le apretó para contener sus esfuerzos por escapar.

—¡Hay más ahí arriba! —le gritó Thomas al oído desde atrás—. ¡Tienes que parar! ¡Te matarán! ¡Nos matarán a todos!

Jorge se puso de pie tambaleándose y se limpió despacio un hilo de sangre que salía de la comisura de su boca. Su expresión bastó para que el miedo atravesara el corazón de Thomas. No sabía qué podía hacer aquel tipo.

—¡Espera! —gritó Thomas—. ¡Por favor, espera!

Jorge intercambió una mirada con él justo cuando unos cuantos raros cayeron al suelo desde arriba. Algunos dieron el salto y la voltereta como Jorge, otros se deslizaron por las cuerdas y aterrizaron directamente sobre sus pies. Todos se reunieron de inmediato en grupo, detrás de su líder; serían tal vez unos quince. Hombres y mujeres, algunos adolescentes. Todos iban sucios, vestidos con ropa hecha jirones. La mayoría, flacos y de aspecto débil.

Minho había dejado de luchar y Thomas por fin le soltó. Por lo que intuía, le quedaban tan sólo unos segundos antes de que una situación grave se convirtiera en un matadero. Presionó una mano con firmeza sobre la espalda de Minho y alzó la otra hacia Jorge con gesto conciliador.

—Por favor, dame un minuto —pidió Thomas mientras rogaba a su corazón y su voz que se calmaran—. No os beneficiará en nada… hacernos daño.

—¿No nos beneficiará en nada? —repitió el raro, y escupió un montón de

porquería roja—. A mí me beneficiará mucho. Eso te lo puedo garantizar, hermano —cerró las manos hasta convertirlas en dos puños a sus costados.

Después ladeó la cabeza tan poco que apenas se notó. Pero en cuanto lo hizo, los raros de detrás sacaron todo tipo de objetos desagradables de las profundidades de sus ropas andrajosas: cuchillos, machetes oxidados, unos pinchos negros que alguna vez pudieron haber formado parte de un ferrocarril. Fragmentos de vidrio, manchados de rojo en sus puntas afiladísimas. Una chica que no podía tener más de trece años sostenía una pala astillada cuyo extremo de metal acababa en una punta irregular parecida a los dientes de una sierra.

Thomas tuvo la repentina y absoluta certeza de que ahora estaba suplicando por sus vidas. Los clarianos no podían ganar una pelea contra aquella gente. Ni hablar. No había laceradores, pero tampoco un código mágico que los apagara.

—Escucha —dijo Thomas mientras se ponía poco a poco de pie y esperaba que Minho no fuera lo bastante estúpido como para intentar nada—, tenemos algo que contarte. No somos simples pingajos colocados al azar en la puerta de vuestra casa. Somos valiosos… vivos, no muertos.

La ira en el rostro de Jorge disminuyó un poco; quizás apareció una pizca de curiosidad. Pero lo que dijo fue:

—¿Qué es un «pingajo»?

Thomas casi —casi— se rió. Una reacción irracional que de alguna manera habría sido acertada.

—Tú y yo. Diez minutos. A solas. Es lo único que pido. Trae todas las armas que necesites.

Jorge sí se rió al oír aquello, aunque fue más un resoplido que otra cosa.

—Siento si te fastidia, chaval, pero creo que no necesito ninguna —hizo una pausa y fue como si los siguientes segundos duraran una hora entera—. Diez minutos —dijo al final—. El resto quedaos aquí para vigilar a estos gamberros. En cuanto os avise, empezad los juegos de la muerte —extendió una mano hacia un oscuro pasillo que iba desde un lateral de la habitación y atravesaba las puertas rotas—. Diez minutos —repitió.

Thomas asintió. Como Jorge no se movió, él caminó primero hacia su lugar de reunión y, tal vez, la discusión más importante de su vida. Y quizá la última.

Capítulo 27

Thomas percibió a Jorge pisándole los talones cuando entraron en el oscuro pasillo. Olía a moho y podredumbre; del techo caían gotas de agua que emitían unos ecos escalofriantes, algo que, por alguna razón, le hacía pensar en sangre.

—Sigue adelante —ordenó Jorge desde atrás—. Al final hay una sala con sillas. Como hagas el más mínimo movimiento contra mí, morirán todos.

Thomas quería darse la vuelta y gritarle a aquel tipo, pero continuó andando.

—No soy idiota. Puedes dejar de hacerte el duro.

El raro se limitó a reírse por lo bajo como respuesta. Tras varios minutos de silencio, Thomas se acercó a una puerta de madera con un pomo redondo y plateado. Extendió el brazo y la abrió sin vacilar, intentando demostrar a Jorge que aún le quedaba algo de dignidad. Una vez dentro, sin embargo, no supo qué hacer. Estaba negro como boca de lobo.

Notó que Jorge caminaba a su alrededor y entonces se oyó un fuerte sonido, como si sacudieran una tela al aire. Se encendió una caliente luz cegadora y Thomas tuvo que protegerse la vista con sus antebrazos. Al principio sólo pudo entreabrir los ojos, pero luego dejó caer los brazos hasta que pudo ver bien; advirtió que el raro había tirado de una gran lona que había en la ventana. Una ventana que no estaba rota. Fuera no había más que sol y cemento.

—Siéntate —dijo Jorge con un tono de voz menos brusco de lo que Thomas habría esperado.

Esperaba que el raro al fin hubiese aceptado que su nueva visita iba a abordar la situación de forma racional y calmada. Que tal vez hubiera algo en aquella discusión que terminaría siendo beneficioso para los residentes actuales del edificio en ruinas. Por supuesto, aquel tipo era un raro, así que Thomas no tenía ni idea de cómo iba a reaccionar.

La sala no contaba con más muebles que dos sillas pequeñas de madera y una mesa en medio. Thomas cogió la que estaba más cerca de él y tomó asiento. Jorge se sentó al otro lado, inclinado hacia delante y puso los codos sobre la mesa, con las manos juntas. Tenía la expresión perdida y los ojos clavados en Thomas.

—Habla.

Thomas deseó disponer de un segundo para repasar todas las ideas que se le habían pasado por la mente en la otra sala, pero sabía que no tenía tiempo para aquello.

—Vale —vaciló. Una palabra. Hasta ahora, no iba muy bien. Respiró hondo—. Mira, antes te he oído mencionar a CRUEL. Lo sabemos todo sobre esos tíos. Sería muy interesante oír lo que tenéis que decir vosotros de ellos.

Jorge no se movió ni tampoco cambió la expresión de su rostro.

—No soy yo el que va a hablar ahora, sino tú.

—Sí, lo sé —Thomas acercó su silla un poco más a la mesa. Entonces volvió a retirarla y apoyó un pie sobre la rodilla. Necesitaba calmarse y dejar que las palabras fluyeran—. Bueno, esto me cuesta porque no sé lo que sabes. Así que haré como si fueras tonto.

—Te aconsejo que no vuelvas a usar la palabra «tonto» conmigo.

Thomas se obligó a tragar saliva con la garganta tensa por el miedo.

—Es una manera de hablar.

—Continúa.

Volvió a respirar hondo.

—Éramos un grupo de quince chicos. Y… una chica —al decir eso, sintió un fuerte dolor—. Ahora somos once. No conozco todos los detalles, pero CRUEL es una especie de organización que nos está haciendo un montón de cosas desagradables por algún motivo. Empezamos en un lugar llamado el Claro, dentro de un laberinto de piedra, rodeados por unas criaturas llamadas laceradores.

Esperó, buscando en el rostro de Jorge alguna reacción ante su arranque de extraña información. Pero el raro no mostraba ninguna señal de confusión o reconocimiento. Nada en absoluto.

Así que Thomas se lo contó todo. Lo que sucedió en el Laberinto, cómo habían escapado, que pensaban que estaban a salvo, pero acabó siendo otra parte del plan de CRUEL. Le habló del Hombre Rata y la misión que les había impuesto: sobrevivir lo suficiente para llegar a ciento sesenta kilómetros al norte, a un lugar que llamó «refugio seguro». Le contó que habían atravesado un largo túnel, que les había atacado un pegote plateado volador y que habían recorrido los primeros kilómetros de su viaje.

Le relató a Jorge toda la historia. Y mientras hablaba, le parecía cada vez más una locura revelárselo. Aun así, continuó hablando porque no se le ocurría otra cosa que hacer. Lo hizo con la esperanza de que CRUEL fuera un enemigo para los raros al igual que lo era para ellos.

No obstante, no mencionó a Teresa. Fue lo único que se calló.

—Así que debemos de tener algo especial —dijo Thomas, intentando concluir—. No pueden estar haciendo esto sólo por maldad. Porque, si no, ¿cuál sería su intención?

—Hablando de intenciones —respondió Jorge. Era la primera vez que hablaba en al menos diez minutos; el tiempo establecido ya se había agotado—, ¿cuál es la tuya?

Thomas esperó. Ya estaba. Era su única oportunidad.

—¿Y bien? —insistió Jorge.

Thomas no se cortó:

—Si… nos ayudáis… Bueno, si al menos unos cuantos venís con nosotros y nos

ayudáis a llegar al refugio seguro…

—¿Sí?

—A lo mejor también estaréis vosotros a salvo… —y eso era lo que Thomas había planeado todo el rato, ese era su objetivo: propagar la esperanza que les había dado el Hombre Rata—. Nos dijeron que teníamos el Destello y que, si lográbamos llegar al refugio seguro, nos curaríamos. Dicen que tienen un remedio. Si nos ayudáis a llegar allí, quizá también os lo den a vosotros.

Thomas dejó de hablar y miró a Jorge con seriedad. Algo había cambiado —un poco— en la cara del raro al oír esto último, y Thomas supo que había ganado. Aquella expresión fue breve, pero sin duda reflejó esperanza, que pronto fue sustituida por una total indiferencia. Aunque Thomas sabía lo que había visto.

—Una cura —musitó el raro.

—Una cura —repitió Thomas, decidido a decir lo mínimo posible desde aquel momento. Había hecho todo lo que estaba en sus manos.

Jorge se recostó en la silla, provocando que la madera crujiese como si fuera a romperse, y se cruzó de brazos. Frunció el ceño como si reflexionara.

—¿Cómo te llamas?

A Thomas le sorprendió aquella pregunta. En realidad, estaba seguro de que ya se lo había dicho. O al menos le parecía que debería habérselo dicho en algún momento. Pero aquel escenario no era el más propicio para hacer amigos.

—¿Cómo te llamas? —repitió Jorge—. Supongo que tienes nombre, hermano.

—Ah, sí. Perdona. Me llamo Thomas.

Jorge adoptó otra expresión por un instante, esta vez de reconocimiento… mezclado con sorpresa.

—Thomas, ¿eh? ¿Te llaman Tommy? ¿Tom, quizá?

Lo último le dolió, le recordó su sueño con Teresa.

—No —contestó, probablemente demasiado deprisa—. Sólo… Thomas.

—Vale, Thomas. Déjame que te pregunte una cosa: ¿tienes la más mínima idea en ese blando cerebro tuyo de lo que les pasa a los que tienen el Destello? ¿Te parezco alguien que padece una horrible enfermedad?

Aquella pregunta parecía imposible de responder sin recibir a cambio una bofetada, pero Thomas fue a la apuesta más segura:

—No.

—¿No? ¿No a las dos preguntas?

—Sí. Bueno, no. Bueno…, sí; la respuesta a las dos preguntas es no.

Jorge sonrió —nada más que un ligero movimiento en la comisura derecha de su boca— y Thomas pensó que debía de estar disfrutando cada segundo de aquello.

—El Destello funciona por fases, muchacho. Todos los de esta ciudad lo tienen y no me sorprende oír que tú y tus amigos maricas también lo tenéis. Yo estoy

empezando, y sólo soy raro porque me llaman así. Me contagié hace tan sólo unas semanas y di positivo en el control de la cuarentena. El gobierno hace todo lo posible por mantener separados a los enfermos de los que están bien. Pero no está funcionando. He visto todo mi mundo irse directo a un agujero de mierda. Me enviaron aquí y luché para hacerme con este edificio con un puñado de otros novatos.

Al oír aquella palabra, a Thomas se le atascó la respiración en la garganta como una mota de polvo. Le trajo muchos recuerdos del Claro.

—Esos amigos que tengo ahí fuera con armas están todos en mi mismo barco. Pero ve a darte una vuelta por la ciudad y verás lo que ocurre cuando el tiempo pasa. Verás las fases, cómo es pasar al Ido, aunque no vivirás para recordarlo mucho tiempo. Aquí ni siquiera tenemos el agente anestesiante. Ni el Éxtasis. Nada.

—¿Quién te envió aquí? —preguntó Thomas, que decidió guardarse su curiosidad por el agente anestesiante para más tarde.

—CRUEL, igual que a ti. Salvo que no somos especiales como dices que sois vosotros. Los gobiernos supervivientes formaron CRUEL para luchar contra la enfermedad y afirman que esta ciudad tiene algo que ver con eso. No sé mucho más.

Thomas sintió una mezcla de sorpresa y confusión, y luego tuvo la esperanza de recibir respuestas.

—¿Quiénes son CRUEL? ¿Qué es CRUEL?

Jorge parecía tan confundido como Thomas.

—Te he dicho todo lo que sé. De todos modos, ¿por qué me lo preguntas? Creía que vosotros erais especiales para ellos, que estaban detrás de toda la historia que me has contado.

—Mira, todo lo que te he dicho es la pura verdad. Nos han prometido cosas, pero todavía no sabemos mucho sobre ellos. No nos dan detalles. Nos hacen pruebas para ver si podemos pasar por toda esta clonc aunque no tengamos ni idea de lo que está sucediendo.

—¿Y qué te hace pensar que tienen una cura?

Thomas tenía que mantener su voz firme y pensar en lo que le había oído decir al Hombre Rata.

—El tipo del traje blanco del que te he hablado nos dijo que esa es la razón por la que tenemos que llegar al refugio seguro.

—Mmm —murmuró Jorge con el tipo de tono que suena afirmativo, pero que significa exactamente lo contrario—. ¿Y qué te hace pensar que nos dejarán subir a vuestro caballo y obtener también la cura?

Thomas tenía que mantenerse igual de agradable y calmado:

—Es evidente que no tengo ni idea de eso. Pero ¿por qué al menos no lo intentamos? Si nos ayudáis a llegar hasta allí, tendréis una pequeña oportunidad. Si nos matáis, no os quedará ninguna. Tan sólo un raro completamente ido escogería la

segunda opción.

Jorge volvió a dedicarle aquella patética sonrisa y soltó una breve carcajada.

—Tienes algo, Thomas. Hace unos minutos quería sacarle los ojos a tu amigo y haceros lo mismo al resto de vosotros. Pero vaya si no me has medio convencido.

Thomas se encogió de hombros e intentó mantener la expresión relajada.

—Lo único que me importa es sobrevivir un día más. Lo único que quiero es atravesar esta ciudad y luego ya me preocuparé de lo siguiente. ¿Y sabes qué? —se abrazó para parecer más duro de lo que se, sentía.

Jorge arqueó las cejas.

—¿Qué?

—Si sacarte los ojos me permitiera llegar a mañana, lo haría ahora mismo. Pero te necesito. Todos te necesitamos —mientras lo decía, Thomas se preguntó si de verdad podría hacer tal cosa.

Pero funcionó. El raro observó a Thomas durante un interminable momento y luego colocó una mano sobre la mesa.

—Creo que tenemos un trato, hermano. Por muchas razones.

Thomas extendió su mano para estrechar la de Jorge. Y aunque estaba muy aliviado, le costó mucho no mostrarlo.

Pero entonces Jorge hizo que todo se viniera abajo:

—Tengo una única condición. El chaval ese con mala leche, el que me tiró al suelo. Creo que te he oído llamarlo Minho.

—¿Sí? —preguntó Thomas con una voz débil y el corazón a mil por hora.

—Tiene que morir.

Capítulo 28

—No —Thomas lo dijo del modo más tajante y firme que le fue posible.

—¿No? —repitió Jorge con una expresión de sorpresa—. Te ofrezco la oportunidad de ayudarte a atravesar una ciudad llena de raros despiadados, dispuestos a comérsete vivo, ¿y me dices que no? ¿A cambio de una petición tan pequeñita? Eso no me alegra.

—No sería inteligente —respondió Thomas.

No tenía ni idea de cómo iba a ser capaz de mantener el rostro tranquilo ni de dónde salía aquel valor, pero algo le decía que era el único modo de sobrevivir a aquel raro.

Jorge se inclinó de nuevo hacia delante y colocó los codos sobre la mesa. Pero esta vez no juntó las manos, sino que las cerró hasta convertirlas en puños. Le sonaron los nudillos.

—¿Tu objetivo en la vida es cabrearme hasta que te abra las arterias una a una?

—Ya has visto lo que te ha hecho —continuó Thomas— y hay que tener agallas. Si le matas, perderás las habilidades que él pueda aportar. Es nuestro mejor luchador y no le asusta nada. Quizás esté loco, pero le necesitamos.

Thomas estaba intentado sonar muy práctico. Pragmático. Pero si había en el mundo otra persona aparte de Teresa a la que pudiera llamar amigo, ese era Minho. Y no podía soportar perderlo también a él.

—Pero me saca de mis casillas —repuso Jorge, tenso; no había relajado los puños lo más mínimo—. Me hizo parecer una niña delante de mi gente. Y eso no es… aceptable.

Thomas se encogió de hombros como si no le importara, como si fuera algo insignificante y absurdo.

—Pues castígale. Hazle quedar como una niña. Pero matarle no nos ayuda. Cuantos más cuerpos tengamos para luchar, más posibilidades tendremos. ¿En serio hace falta que te lo diga?

Por fin, por fin, Jorge relajó sus puños de nudillos emblanquecidos. También dejó escapar el aire retenido. Thomas no lo había advertido hasta ese instante.

—Vale —respondió el raro—. Vale, pero no tiene nada que ver con tu triste intento de convencerme. Le perdonaré la vida porque he cambiado de opinión sobre una cosa. Por dos motivos, en realidad. Tú también deberías haber pensado en uno de ellos.

—¿Qué?

A Thomas ya no le importaba mostrar alivio, el esfuerzo de reprimirse le estaba agotando. Además, ahora le intrigaba lo que Jorge acababa de decir.

—En primer lugar, no conoces todos los detalles que hay detrás de esas pruebas o

del experimento o lo que sea que CRUEL os esté haciendo pasar. Quizá cuantos más lleguéis al refugio seguro, más posibilidades tengáis de obtener la cura. ¿Os habéis planteado que el Grupo B que has mencionado podría ser vuestra competencia? Creo que uno de mis principales intereses es que lo consigáis los once al completo.

Thomas asintió con la cabeza, pero no dijo nada. No quería arriesgarse a arruinar la victoria conseguida: Jorge había creído su historia sobre el Hombre Rata y la cura.

—Lo que me lleva al segundo motivo —continuó—. La cosa por la que he cambiado de opinión.

—¿Y qué es? —preguntó Thomas.

—No voy a llevar a todos esos raros conmigo. Con nosotros.

—¿Eh? ¿Por qué? Creía que nos ibais a ayudar a atravesar la ciudad.

Jorge negó rotundamente con la cabeza mientras se recostaba en su silla y adoptaba una posición mucho menos amenazante, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—No. Si vamos a hacer esto, el sigilo funcionará mejor que los músculos. Hemos estado moviéndonos a hurtadillas por este infierno desde que llegamos aquí y creo que tendremos más posibilidades de atravesarlo, y coger toda la comida y las provisiones necesarias, si aprovechamos lo que hemos aprendido y lo utilizamos. Pasaremos de puntillas por entre los raros que se han vuelto locos en vez de ir a cuchillazo limpio como aspirantes a guerreros.

—Me cuesta pillar lo que dices —contestó Thomas—. No quisiera ser grosero, pero sí que parece que queráis ser guerreros. Ya sabes, con esos conjuntos tan feos y esas cosas afiladas.

Pasó un largo momento de silencio y Thomas ya estaba empezando a pensar que había cometido un error cuando Jorge estalló en carcajadas.

—Oh, muchacho, eres un mamón con suerte, me gustas. No estoy seguro de por qué, pero es así. De lo contrario, ya te hubiera matado tres veces.

—¿Se puede hacer eso? —preguntó Thomas.

—¿Eh?

—Matar a alguien tres veces.

—Ya habría encontrado la manera.

—Entonces, intentaré ser más simpático.

Jorge dio un manotazo sobre la mesa y se levantó.

—Vale. Este es el trato: tenemos que llevaros a los once gamberros al refugio seguro. Para conseguirlo, me llevaré sólo a una persona. Se llama Brenda y es una genio; necesitamos su mente. Y si lo conseguimos y al final resulta que no hay cura para nosotros, entonces no hace falta que te diga cuáles serán las consecuencias.

—Vamos —dijo Thomas con sarcasmo—, creía que ahora éramos amigos.

—Pshhh. No somos amigos, hermano; somos compañeros. Te entregaré a

CRUEL y recibiré la cura. Ese es el trato o habrá muchas muertes.

Thomas también se levantó y su silla chirrió contra el suelo.

—Ya hemos hecho un trato, ¿no?

—Sí, sí. Escucha, no te atrevas a decir ni una palabra ahí fuera. Escapar de los demás raros va a ser… difícil.

—¿Qué plan tienes?

Jorge pensó un minuto sin apartar la mirada de Thomas y luego rompió el silencio.

—Mantén el pico cerrado y déjame hacer a mí —empezó a moverse hacia la puerta que daba al pasillo, pero se paró en seco—. Ah, y no creo que a tu *compadre* Minho vaya a gustarle mucho.

• • •



Mientras caminaban por el pasillo para reunirse con los demás, Thomas se dio cuenta del hambre atroz que tenía. Los pinchazos en el estómago se le habían extendido al resto del cuerpo, como si sus músculos y órganos internos estuvieran empezando a comerse los unos a los otros.

—¡Muy bien, que me escuche todo el mundo! —anunció Jorge cuando volvieron a entrar en la gran sala hecha pedazos—. Yo y el cara pájaro hemos llegado a una solución.

«¿Cara pájaro?», pensó Thomas.

Los raros se levantaron para prestar atención sin dejar de aferrar aquellas desagradables armas al tiempo que fulminaban con la mirada a los clarianos, que se hallaban sentados en los límites de la estancia, con la espalda apoyada en la pared. La luz brillaba a través de las ventanas rotas y los agujeros de arriba.

Jorge se detuvo en el centro de la sala y se volvió lentamente para dirigirse al grupo entero. Thomas pensó que resultaba ridículo, como si estuviera haciendo demasiados esfuerzos.

—Primero, tenemos que darle de comer a esta gente. Sé que parece una locura compartir la comida que tanto nos ha costado ganar con un puñado de extraños, pero creo que pueden servirnos de ayuda. Dadles el cerdo y las judías. De todas formas, ya me estaba hartado de esa basura —uno de los raros se rió por lo bajo, un mequetrefe delgaducho cuyo ojos iban de un lado a otro—. Segundo, puesto que soy un gran caballero y un santo, he decidido no matar al gamberro que me atacó.

Thomas oyó unos cuantos gruñidos de decepción y se preguntó hasta qué punto le había afectado el Destello a aquella gente. Pero una chica guapa, una de las

adolescentes, con un pelo largo sorprendentemente limpio, puso los ojos en blanco y negó con la cabeza como si pensara que aquel ruido era idiota. Thomas esperó que fuese la Brenda que Jorge había mencionado.

Jorge señaló a Minho, que sonrió y saludó al grupo; aquello no le sorprendió a Thomas en absoluto.

—Estás muy contento, ¿no? —gruñó Jorge—. Es bueno saberlo. Eso es que te has tomado bien la noticia.

—¿Qué noticia? —preguntó Minho con dureza.

Thomas miró a Jorge y se preguntó que estaría a punto de salir de la boca de aquel chico.

El líder de los raros habló con total naturalidad:

—Después de que os demos de comer para que no os muráis de hambre aquí en medio, recibirás tu castigo por atacarme.

—¿Ah, sí? —si Minho estaba asustado, no dio muestras de ello—. ¿Y qué va a ser?

Jorge se limitó a mirarle con una expresión perdida que se extendió de manera inquietante por todo su rostro.

—Me pegaste con los dos puños. Así que te vamos a cortar un dedo de cada mano.

Capítulo 29

Thomas no entendía cómo amenazar con cortarle los dedos a Minho iba a facilitarles escapar del resto de raros. Y, desde luego, no era tan tonto como para confiar en Jorge después de una breve reunión. Empezó a entrarle el pánico: las cosas estaban a punto de ponerse muy, muy mal.

Pero entonces Jorge le miró mientras sus amigos raros comenzaban a silbar y a gritar, y Thomas vio algo allí, en sus ojos. Algo que le tranquilizó.

Minho, en cambio, era otra historia. Se había levantado en cuanto Jorge había pronunciado su castigo y hubiera arremetido contra él si la chica guapa no se le hubiera puesto delante con un cuchillo colocado en su barbilla. Al instante brotó una gota de sangre, de color rojo intenso a la luz del día que se filtraba por las puertas rotas. No podía ni hablar sin arriesgarse a que lo hiriera.

—Este es el plan —dijo Jorge con calma—: Brenda y yo acompañaremos a estos gorrones al alijo y dejaremos que coman. Después nos reuniremos todos en la Torre, digamos dentro de una hora —miró su reloj—. Que sea a las doce en punto. Traeremos comida para vosotros.

—¿Por qué sólo Brenda y tú? —preguntó alguien. Thomas al principio no vio quién era y luego advirtió al hombre que lo había dicho, probablemente el más adulto de la sala—. ¿Y si se os echan encima? Son once contra dos.

Jorge entrecerró los ojos al lanzar una mirada burlona.

—Gracias por la clase de matemáticas, Barkley. La próxima vez que me olvide de cuántos dedos tengo en los pies, me aseguraré de contarlos contigo. Por ahora, cierra el pico y lleva a todo el mundo a la Torre. Si estos gamberros intentan hacer algo, Brenda cortará a trocitos al señor Minho mientras yo les pego una paliza de muerte al resto. Apenas se mantienen en pie, están muy débiles. ¡Vamos!

El alivio inundó a Thomas. Una vez que se separaran del resto, seguro que Jorge echaría a correr. Seguro que no querría seguir con el castigo.

El hombre que se llamaba Barkley era bastante mayor, pero parecía un tipo rudo, con aquellos músculos tirantes y venosos bajo las mangas de su camisa. En una mano sostenía un desagradable puñal y en la otra, un gran martillo.

—Muy bien —dijo tras cruzar una larga mirada con su líder—. Pero si se te echan encima y te cortan el pescuezo, nos las apañaremos bien sin ti.

—Gracias por tus amables palabras, hermano. Ahora vete o será doble la diversión en la Torre.

Barkley se rió como para salvar algo de dignidad y luego se dirigió hacia el mismo pasillo que Thomas y Jorge habían recorrido. Movió el brazo con un gesto de «seguidme» y hasta el último raro se apresuró en ir tras él arrastrando los pies, excepto Jorge y la chica guapa con el pelo largo y castaño. La joven aún tenía el

cuchillo en el cuello de Minho, pero lo bueno era que debía de ser Brenda.

En cuanto el grupo principal de infectados por el Destello abandonó la sala, Jorge intercambió una mirada casi de alivio con Thomas; entonces negó sutilmente con la cabeza, como si los demás todavía pudieran oírles.

Un movimiento de Brenda atrajo la atención de Thomas. La miró para ver cómo apartaba el cuchillo de Minho, se retiraba y, distraídamente, limpiaba el pequeño rastro de sangre que había en sus pantalones.

—Te hubiera matado de verdad, ¿sabes? —espetó con una voz un poco rasposa, casi ronca—. Como vayas a por Jorge otra vez, te cortaré una arteria.

Minho se limpió la pequeña herida con el pulgar y miró la mancha de color rojo intenso.

—Eso sí que es un cuchillo afilado. Ahora me gustas más.

Newt y Fritanga refunfuñaron a la vez.

—Parece que no soy la única rara de aquí —respondió Brenda—. Tú estás incluso más ido que yo.

—Ninguno de nosotros se ha vuelto loco todavía —añadió Jorge, que se acercó a ella—. Pero no tardaremos mucho. Vamos; tenemos que llegar al alijo para que comáis algo, gente. Parecéis un puñado de zombis famélicos.

A Minho no pareció gustarle la idea.

—¿Crees que voy a sentarme tan campante con vosotros, psicópatas, y a dejar que luego me cortéis los puñeteros dedos?

—Cállate por una vez —soltó Thomas, intentando comunicar algo distinto con sus ojos—. Vamos a comer. No me importa lo que les pase a tus bonitas manos después de eso.

Minho entrecerró los ojos, confuso, pero pareció captar que había algo que no sabía.

—Lo que tú digas. Vamos.

De improviso, Brenda se colocó delante de Thomas con la cara a tan sólo unos centímetros de él. Tenía los ojos tan oscuros que el iris parecía brillar con fuerza.

—¿Eres el líder?

Thomas negó con la cabeza.

—No, es el tío al que acabas de pinchar con tu cuchillo.

Brenda miró a Minho y de nuevo a Thomas. Sonrió abiertamente.

—Bueno, pues es una estupidez. Sé que estoy a punto de volverme loca, pero yo te habría elegido a ti. Tienes pinta de líder.

—Um, gracias —Thomas notó que se abochornaba y luego recordó el tatuaje de Minho. Recordó el suyo propio, según el que se suponía que iban a matarle. Trató de decir algo para ocultar su repentino cambio de humor—. Yo, eh…, también te habría elegido a ti en vez de a Jorge.

La chica se inclinó hacia delante y besó a Thomas en la mejilla.

—Eres un cielo. Espero en serio que no acabemos matándote a ti, al menos.

—Muy bien —intervino Jorge, que estaba haciéndole señas para que atravesaran las puertas rotas que llevaban afuera—. Ya basta de pasteladas. Brenda, tenemos mucho de que hablar cuando lleguemos al alijo. Venga, vamos.

Brenda no le quitaba los ojos de encima a Thomas. En cuanto a él, todavía notaba el hormigueo que había sentido en todo el cuerpo cuando sus labios le rozaron.

—Me gustas —le informó ella.

Thomas tragó saliva, sin tener una respuesta. La lengua de Brenda rozó la comisura de su boca cuando sonrió, entonces por fin se apartó de él, se dirigió a las puertas y guardó su cuchillo en el bolsillo de sus pantalones.

—¡Vamos! —gritó sin mirar atrás.

Thomas sabía que hasta el último de los clarianos le estaba mirando, pero se negó a mantener contacto visual con ninguno de ellos. En su lugar, se remangó la camisa y continuó avanzando, sin importarle la ligera sonrisa de su rostro. Los demás no tardaron en seguirle y el grupo abandonó edificio para salir al calor blanco del sol, que pegaba fuerte sobre el pavimento resquebrajado del exterior.

• • •



Brenda iba delante y Jorge se quedó al final. A Thomas le costó mucho adaptarse al resplandor; se tapaba los ojos y los entrecerraba mientras caminaba cerca de la pared para mantenerse bajo la escasa sombra. Los otros edificios y las calles a su alrededor parecían brillar con una luminiscencia sobrenatural, como si estuvieran hechos de alguna especie de piedra mágica.

Brenda se movió por las paredes de la estructura que acababan de dejar hasta que alcanzaron lo que Thomas supuso que sería la parte trasera. Allí, unas escaleras que desaparecían bajo el pavimento le recordaron a algo de su vida pasada: la entrada de un tipo de sistema ferroviario subterráneo, tal vez.

La joven no vaciló. Sin esperar a asegurarse de si los demás estaban detrás de ella, bajó brincando las escaleras. Pero Thomas advirtió que su cuchillo había reaparecido en su mano derecha y lo agarraba con fuerza, a unos centímetros de su costado, en un sigiloso intento de estar preparada para atacar o defenderse de un momento a otro.

La siguió, con ganas de alejarse del sol y, lo que era más importante, de llegar a la comida. Sus entrañas ansiaban alimento a cada paso que daba. De hecho, le sorprendía que aún pudiera moverse; la debilidad era como un veneno creciendo en

su interior y apoderándose de sus partes vitales como un doloroso cáncer.

La oscuridad se los tragó al final, fresca y bien recibida. Thomas siguió el sonido de las pisadas de Brenda hasta que llegaron a una puertecita por la que se filtraba un resplandor naranja. La chica entró y Thomas vaciló en el umbral. Era una pequeña habitación húmeda, llena de cajas y latas, con una única bombilla colgando en medio del techo. No parecía haber demasiado espacio para que cupiesen todos. Brenda debió de adivinar lo que estaba pensando:

—Tú y los demás podéis quedaros ahí, en el pasillo; encontrad una pared y sentaos. Ahora os llevaré algunas sabrosas delicias.

Thomas asintió, aunque la muchacha no estaba mirando, y volvió a trompicones hacia el pasillo. Se desplomó al lado de una pared, lejos del resto de los clarianos, sumido en la oscuridad del túnel. Y supo con certeza que no podría volver a levantarse a menos que comiera algo.

• • •



Las «sabrosas delicias» acabaron siendo unas judías de lata con algún tipo de salchicha. Según Brenda, las palabras de la etiqueta estaban en español. Se lo comieron frío, pero a Thomas le supo a la mejor comida que jamás había probado, por lo que devoró cada bocado. Ya habían aprendido que no era buena idea comer rápido tras un periodo de ayuno, pero no le importó. Si lo vomitaba, disfrutaría comiendo otra vez. Con un poco de suerte, le tocaría un lote diferente.

Después de que Brenda distribuyera la comida entre los hambrientos clarianos, se acercó para sentarse junto a Thomas. La suave luz de la habitación iluminaba los finos mechones de pelo oscuro que rodeaban su cabeza. Dejó a un lado un par de mochilas, llenas de más latas.

—Una de estas es para ti —dijo.

—Gracias.

Thomas ya había llegado a la mitad de su lata y sacaba una cucharada tras otra. Nadie hablaba en el pasillo; los únicos sonidos que se oían eran sorbos y tragos.

—¿Está bueno? —preguntó ella mientras atacaba su propia comida.

—Por favor. Empujaría a mi madre escaleras abajo para comer esto. Si es que aún tengo madre.

No pudo evitar pensar en su sueño y en el breve instante en que la había visto, pero se esforzó por olvidarlo; era demasiado deprimente.

—Te hartarás pronto —replicó Brenda, que atrajo de nuevo la atención de Thomas. Advirtió el modo en que estaba sentada, con la rodilla derecha apoyada en

su espinilla, y se le pasó por la cabeza la absurda idea de que la chica había colocado así la pierna adrede—. Tan sólo tenemos cuatro o cinco opciones.

Thomas se concentró en aclararse la mente, en devolver sus pensamientos al presente.

—¿De dónde sacáis la comida? ¿Y cuánta queda?

—Antes de que las erupciones solares quemaran esta zona, la ciudad tenía varias instalaciones de comida procesada, además de un montón de almacenes donde guardar su producción. A veces creo que ese es el motivo por el que CRUEL envió aquí a los raros. Al menos, puede decirse que no moriremos de hambre mientras poco a poco nos vamos volviendo locos y nos matamos los unos a los otros.

Thomas cogió la última cucharada de salsa del fondo de su lata y la dejó limpia.

—Si hay bastante, ¿por qué sólo tenéis unas cuantas opciones?

Se le pasó por la cabeza que tal vez había confiado en ella demasiado rápido, que podría estar ingiriendo veneno. Pero la chica estaba comiendo lo mismo, así que sus preocupaciones probablemente fuesen exageradas.

Brenda señaló el techo con el pulgar.

—Tan sólo hemos registrado las que están más cerca. Algunas empresas estaban especializadas, no tenían mucha variedad. Mataría a tu madre por algo fresco sacado de un huerto. Por una buena ensalada.

—Supongo que mi madre no se salvaría si estuviera entre nosotros y el supermercado.

—Supongo que no.

Entonces Brenda sonrió, aunque una sombra ocultaba la mayor parte de su rostro. La sonrisa seguía resplandeciendo y Thomas se dio cuenta de que le gustaba aquella chica. Acababa hacer sangrar a su mejor amigo, pero le gustaba. Quizás, en parte, por eso mismo.

—¿Aún quedan supermercados en el mundo? —preguntó—. Quiero decir, ¿qué pasó ahí fuera después de todo el jaleo del Destello? ¿Con todo ese calor y un puñado de locos corriendo por todas partes?

—No. Bueno, no lo sé. Las erupciones solares mataron a mucha gente antes de que pudiera escapar al norte o al sur. Mi familia vivía al norte de Canadá. Mis padres fueron de los primeros en llegar a los campamentos organizados por la coalición entre gobiernos. La gente que después terminó formando CRUEL.

Thomas se quedó con la mirada fija y la boca abierta durante un segundo. Acababa de revelarle más sobre el estado del mundo con aquellas pocas frases que nada de lo que había oído desde que le borraron la memoria.

—Espera… espera un segundo —dijo—. Tengo que oír esto. ¿Puedes empezar desde el principio?

Brenda se encogió de hombros.

—No hay mucho que decir, pasó hace mucho tiempo. Las erupciones solares fueron totalmente inesperadas e impredecibles, y cuando los científicos intentaron avisar a la gente, ya era demasiado tarde. Acabaron con medio planeta, mataron todo lo que había en las zonas ecuatoriales. Cambiaron el clima en el resto de la Tierra. Los supervivientes se unieron y algunos gobiernos se fusionaron. No tardaron mucho en descubrir que un virus asqueroso se había desatado desde algún lugar donde controlaban las enfermedades. Lo llamaron el Destello desde el principio.

—Jo, macho —masculló Thomas. Miró por el pasillo hacia los demás clarianos y se preguntó si habrían oído algo de aquello, pero ninguno parecía estar escuchando; estaban absortos comiendo. Además, seguramente se hallaban demasiado lejos—. ¿Cuándo…?

La chica le hizo callar al levantar una mano.

—Espera —dijo—, algo va mal. Creo que tenemos visita.

Thomas no había oído nada y los demás clarianos tampoco daban la impresión de haberlo notado. Pero Jorge ya se encontraba al lado de Brenda y le susurraba algo al oído. Estaba moviéndose para levantarse cuando se oyó un estrépito al final del pasillo, en las escaleras que habían usado para llegar al alijo. Era un sonido terriblemente alto, los chasquidos de una estructura que se chafaba al venirse abajo, al romperse el cemento, al arrancarse el metal. Una nube de polvo empañó su camino y se interpuso entre ellos y la escasa luz de la despensa.

Thomas se quedó sentado con la vista fija, paralizado por el miedo. Vio cómo Minho, Newt y los demás corrían hacia las escaleras destruidas y doblaban por una ramificación del pasillo que no había advertido antes. Brenda le agarró de la camisa y le levantó de un tirón.

—¡Corre! —gritó, y empezó a arrastrarle desde la destrucción hacia las profundidades del subterráneo.

Thomas salió de repente de su estupor y le dio un manotazo, aunque ella no le soltó.

—¡No! Tenemos que seguir a mis…

Antes de que pudiera terminar la frase, una enorme parte del techo se cayó al suelo delante de él y los bloques de cemento aterrizaron unos encima de otros con golpes atronadores. Aquello le aislaba de la dirección que habían tomado sus amigos. Oyó que más rocas se partían sobre él y se dio cuenta de que no le quedaba alternativa… ni tiempo.

A regañadientes, se dio la vuelta y corrió con Brenda, cuya mano aún le aferraba la camisa mientras iban a toda velocidad hacia la oscuridad.

Capítulo 30

Thomas no tuvo tiempo de notar los fuertes latidos de su corazón ni de indagar qué había podido causar aquella explosión. Lo único en lo que podía pensar era en los otros clarianos, que ahora estaban separados de él. A ciegas, corrió con Brenda, obligado a confiarle su vida por completo.

—¡Por aquí! —gritó la chica. Dieron un giro brusco a la derecha y él casi perdió el equilibrio y se cayó, pero ella le ayudó a mantenerse en pie. En cuanto consiguió un buen ritmo, la joven soltó su camisa—. Mantente pegado a mí.

Los sonidos de destrucción que se oían detrás perdieron intensidad al alejarse por aquel nuevo camino y el pánico se encendió en el interior de Thomas.

—¿Qué hay de mis amigos? ¿Y si…?

—¡Sigue corriendo! Además, es mejor para todos que nos hayamos separado.

El aire se enfrió cuando continuaron avanzando por el pasillo. Y cada vez estaban más a oscuras. Thomas sintió cómo las fuerzas le volvían poco a poco y recuperó el aliento rápidamente. Detrás de ellos, los ruidos casi habían cesado. Se preocupó por los clarianos, pero el instinto le dijo que estaba bien que se hubiera quedado con Brenda, que sus amigos se las arreglarían solos si lograban salir. Pero ¿y si el que había provocado la explosión había capturado a alguno de ellos? ¿O lo había matado? ¿Y quién les había atacado? La preocupación parecía dejar exangüe a su corazón mientras seguían corriendo.

Brenda giró tres veces más; Thomas no tenía ni idea de cómo sabía a dónde iban. Estaba a punto de preguntárselo cuando ella se detuvo y le puso una mano en el pecho para retenerlo.

—¿Has oído algo? —preguntó entre jadeos.

Thomas escuchó, pero lo único que oyó fueron sus propias respiraciones. El resto estaba a oscuras y en silencio.

—No —respondió—. ¿Dónde estamos?

—Un montón de túneles y pasadizos conectan los edificios de este lado de la ciudad, tal vez los de toda la ciudad; aún no hemos explorado tan lejos. Lo llaman Abajo.

Thomas no podía ver su cara, pero estaba lo bastante cerca para notar y oler su aliento. No olía mal, lo que le sorprendió, considerando sus condiciones de vida. Era como si no oliese a nada y a la vez fuera agradable.

—¿Abajo? —repitió—. Suena estúpido.

—Bueno, yo no le puse el nombre.

—¿Cuánto habéis explorado? —no le gustaba la idea de correr por allí sin saber qué les esperaba.

—No mucho. Siempre nos encontramos a algún raro. A los que son malos de

verdad y ya han traspasado la barrera del Ido.

Al oír aquello, Thomas se dio la vuelta para buscar en la oscuridad no sabía qué. Todo su cuerpo se tensó de miedo como si acabara de saltar a un agua helada.

—Bueno… ¿estamos a salvo? ¿Y qué era esa explosión? Tenemos que volver y encontrar a mis amigos.

—¿Y Jorge?

—¿Eh?

—¿No deberíamos buscar también a Jorge?

Thomas no había pretendido ofenderla.

—Sí, a Jorge, a mis amigos, a todos esos pingajos. No podemos dejarles atrás.

—¿Qué es un pingajo?

—No importa. ¿Qué… qué crees que ha pasado ahí atrás?

Brenda suspiró y se le acercó aún más para apretarse contra su pecho. Thomas notó que sus labios le rozaban la oreja mientras hablaba:

—Quiero que me hagas una promesa —le dijo en voz baja, casi entre susurros.

A Thomas le dieron escalofríos por todo el cuerpo.

—Mmm… ¿qué?

Ella no se apartó y le siguió hablando al oído:

—No importa lo que pase; incluso si tenemos que seguir solos, me llevarás hasta allí, hasta CRUEL, hasta la cura que le prometiste a Jorge. Me lo contó en el almacén. No puedo quedarme aquí y volverme loca poco a poco. No puedo. Preferiría morir.

Brenda le agarró ambas manos y se las apretó. Después le apoyó la cabeza en el hombro y hundió la nariz en su cuello. Tenía que estar de puntillas. Cada vez que la chica respiraba, enviaba una nueva oleada de escalofríos por toda su piel.

Thomas estaba disfrutando de su cercanía, pero todo parecía muy extraño y repentino. Entonces se sintió culpable al pensar en Teresa. Todo aquello era una estupidez. Estaba en medio del intento brutal e inexorable de atravesar una tierra baldía, con la vida pendiente de un hilo y sus amigos tal vez muertos. Hasta Teresa podía estar muerta. Estar allí sentado, abrazado en la oscuridad a una chica extraña, era lo más absurdo que se lo ocurría.

—Eh —dijo. Movió las manos para soltarse de ella, la agarró de los brazos y la apartó. Seguía sin ver nada, pero se la imaginaba allí, mirándole—. ¿No crees que deberíamos solucionar esto?

—Todavía no me lo has prometido —respondió.

Thomas quería gritar, no podía creer lo extraño de su comportamiento.

—Muy bien, lo prometo. ¿Jorge te lo contó todo?

—La mayoría, creo. Aunque ya lo había supuesto en cuanto le dijo a nuestro grupo que se fueran sin nosotros y se reunieran en la Torre.

—¿Qué es lo que habías supuesto?

—Que íbamos a ayudaros a atravesar la ciudad a cambio de que nos devolvierais a la civilización.

Aquello hizo que Thomas se preocupase.

—Si se te ocurrió tan rápido, ¿no crees que algunos de tus amigos pueden haber pensado lo mismo?

—Exacto.

—¿Qué quieres decir con «exacto»? Parece que has averiguado algo.

La joven le colocó las manos en el pecho.

—Creo que es eso lo que ha pasado. Al principio me preocupó que fuera un grupo de raros muy idos, pero, puesto que nadie nos perseguía, creo que Barkley y un par de colegas suyos improvisaron una explosión en la entrada de Abajo para matarnos. Saben que pueden conseguir mucha comida en otros sitios y hay otras maneras de bajar aquí.

Thomas seguía sin entender por qué era tan delicada con él.

—No tiene sentido. ¿Por qué iban a matarnos? ¿No querrían utilizarnos también? ¿Acompañarnos?

—No, no, no. Barkley y los demás son felices aquí. Creo que están un poco más idos que nosotros y ya han empezado a perder su parte racional. Dudo que se les haya ocurrido esa idea. Me apuesto lo que sea a que han pensado que íbamos a confabularnos y… eliminarlos. Que estábamos haciendo planes aquí abajo.

Thomas la soltó y apoyó la cabeza en la pared. La chica volvió a acercarse y le abrazó por la cintura.

—Eh… ¿Brenda? —farfulló. Algo le pasaba a aquella chica.

—¿Sí? —masculló contra su pecho.

—¿Qué estás haciendo?

—¿A qué te refieres?

—¿No crees que es algo extraña la forma en que estás actuando?

La chica se rió; fue un sonido tan inesperado para Thomas que por un segundo pensó que había sucumbido al Destello, que se había convertido en una auténtica rara o algo parecido. Brenda le apartó, aún riéndose.

—¿Qué? —preguntó Thomas.

—Nada —contestó entre risas de colegiala—. Supongo que venimos de sitios distintos, eso es todo. Perdona.

—¿Qué quieres decir? —de repente, deseó que le abrazara de nuevo.

—No te preocupes —respondió, dejando por fin de reírse a su costa—. Perdona por ser tan impulsiva. Es que… de donde vengo es bastante normal.

—No… no pasa nada. Bueno, bien. Estoy bien —se alegraba de que no pudiera verle la cara, porque debía de estar tan roja que Brenda hubiera empezado a reírse de

nuevo. Entonces pensó en Teresa. Pensó en Minho y en los demás. Tenía que tomar el control. Ya—. Mira, tú misma lo has dicho —dijo, tratando de atraer la confianza a su voz—. Nadie nos perseguía. Tenemos que volver.

—¿Estás seguro? —tenía un tono suspicaz.

—¿Qué quieres decir?

—Puedo llevarte por la ciudad. Podríamos llevarnos bastante comida para el camino. ¿Por qué no los dejamos a todos y llegamos al refugio seguro los dos solos?

Thomas no iba a entrar en aquella conversación.

—Si no vuelves conmigo, bien. Pero yo sí voy.

Puso la mano en la pared para guiarse y empezó a caminar en la dirección por la que habían huido.

—¡Espera! —le llamó para alcanzarlo. Le agarró de la mano y entrelazó los dedos con los suyos. Caminaron juntos, de la mano, como dos viejos amantes—. Lo siento. De verdad. Es que… creo que sería más fácil hacerlo con menos gente. No soy muy amiga de ninguno de esos raros. No es lo mismo que tú y tus… clarianos.

¿Había pronunciado esa palabra delante de ella? No se acordaba, pero alguien podría haberlo hecho en algún momento sin que se diera cuenta.

—Creo que deberíamos llegar al refugio seguro el máximo número de personas posible. Incluso si conseguimos atravesar la ciudad, quién sabe qué vendrá después. Entonces tal vez sí necesitemos gente.

Pensó en lo que acababa de decir. ¿De verdad tan sólo le preocupaba reunir a un buen número de personas al final para tener más posibilidades de salvarse? ¿Realmente era tan insensible?

—Vale —fue todo lo que respondió la chica. Algo había cambiado en ella; parecía menos segura de sí misma. Menos al mando.

Thomas le soltó la mano para taparse la boca y fingir que tosía, pero no volvió a cogérsela cuando terminó.

No hablaron en los siguientes minutos. Él la siguió, sintiendo su presencia aunque continuaba sin poder verla. Después de girar varias veces, una luz apareció delante de ellos y se hizo más brillante en cuanto se acercaron.

Resultó ser la luz del sol que se filtraba por unos agujeros irregulares del techo como consecuencia de la explosión. Unos pedazos enormes de roca, trozos retorcidos de acero y cañerías rotas bloqueaban el paso hacia las escaleras, y trepar por los escombros habría sido peligroso. Una nube de polvo lo enturbiaba todo y daba la impresión de que los rayos de sol eran gruesos y estaban vivos, que las motas de polvo danzaban como mosquitos. El aire olía a yeso y a quemado.

También tenían el paso al alijo de comida cortado, pero Brenda encontró las dos mochilas que había sacado antes.

—No parece que haya nadie aquí —dijo—. No han vuelto. Jorge y tus amigos

han debido de subir a la superficie de alguna manera.

Thomas no sabía qué había esperado encontrar, pero al menos una buena noticia era obvia:

—Aunque no hay cadáveres, ¿verdad? ¿No ha muerto nadie en la explosión?

Brenda se encogió de hombros.

—Los raros podrían haber sacado los cuerpos a rastras. Pero lo dudo. No hay motivo.

Thomas asintió, como si apuntalara su afirmación, aferrándose a ella. Pero no tenía ni idea de qué hacer a continuación. ¿Atravesarían los túneles —Abajo— en busca de los clarianos? ¿Saldrían a la calle? ¿Volverían al edificio donde habían plantado a Barkley y los demás? Todas esas ideas le parecían horribles. Miró a su alrededor, como si la respuesta fuera a presentársele por arte de magia.

—Tenemos que ir por Abajo —anunció Brenda tras un largo momento; probablemente había estado considerando sus opciones, al igual que él—. Si los demás han subido, ya hará mucho rato que se fueron. Además, atraerán cualquier atención hacia ellos, lejos de nosotros.

—Y si están aquí abajo los encontraremos, ¿verdad? —preguntó Thomas—. Estos túneles al final confluyen en algún sitio, ¿no?

—Sí. De una manera u otra, sé que Jorge los llevará al otro lado de la ciudad, hacia las montañas. Tenemos que conseguirlo para reunirnos con ellos y seguir adelante.

Thomas miró a Brenda mientras pensaba. Quizá sólo fingiera pensar, porque no le quedaba otro remedio que mantenerse pegado a ella. Lo más seguro era que fuese su mejor opción —si no la única— para conseguir algo aparte de una horrible muerte rápida a manos de raros, idos hacía ya mucho tiempo. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Vale —asintió—. Vamos.

La chica esbozó una dulce sonrisa que brilló entre la suciedad de su rostro y Thomas, cuando menos se lo esperaba, echó de menos aquel momento que habían compartido en la oscuridad. Aunque casi tan rápido como se formó aquel pensamiento, desapareció. Brenda le dio una de las mochilas, luego rebuscó en la suya y sacó una linterna, que encendió. El haz de luz atravesó el polvo mientras apuntaba con ella a un lado y a otro, y al final señaló un largo túnel por el que seguramente habían pasado ya un par de veces.

—¿Vamos? —preguntó.

—Vamos —masculló Thomas.

Seguía sintiéndose mal por sus amigos y se preguntó si hacía bien al quedarse con Brenda. Pero cuando ella empezó a caminar, la siguió.

Capítulo 31

Abajo era un lugar frío, húmedo y espantoso. Thomas casi prefería la completa oscuridad a poder ver lo que le rodeaba. Las paredes y los suelos eran de un tono gris apagado, de cemento sin pintar, y unos hilos de agua caían por los laterales aquí y allá. Pasaron por delante de una puerta cada tres metros, pero comprobaron que la mayoría estaban cerradas con llave cuando intentaron abrirlas. El polvo cubría las lámparas del techo hacía mucho tiempo apagadas. Al menos la mitad de ellas estaban rotas y los cristales irregulares se incrustaban en los agujeros oxidados.

En conjunto, aquel lugar tenía el aspecto de una tumba embrujada. Abajo era un nombre tan bueno como cualquier otro. Se preguntó para qué habrían construido aquella estructura subterránea en un principio. ¿Para qué serían aquellos pasillos y oficinas? ¿Una forma de pasar de un edificio a otro los días de lluvia? ¿Rutas de emergencia? ¿Vías de escape para situaciones tales como erupciones solares o ataques de locos?

No habló mucho mientras seguía a Brenda por los túneles, a veces girando a la izquierda en intersecciones o bifurcaciones, a veces doblando a la derecha. Su cuerpo enseguida consumió cualquier atisbo de energía que le hubiera proporcionado su reciente comilona y, después de caminar lo que parecieron varias horas, al final la convenció para detenerse y volver a comer.

—Supongo que sabes a dónde vamos —le dijo cuando se pusieron en marcha de nuevo.

Todos los sitios por donde pasaban se le antojaban iguales. Monótonos y oscuros. Polvoriento, donde no estaba mojado. Los túneles se hallaban en silencio, salvo por las distantes gotas de agua, el roce de sus ropas al caminar y sus pisadas, golpes sordos sobre el cemento.

De repente, la chica se detuvo y se volvió hacia él, alumbrándose la cara desde abajo.

—¡Bu! —susurró.

Thomas dio un bote y luego la empujó.

—¡Deja esa mierda! —gritó. Se sentía como un idiota, estaba a punto de explotarle el corazón por el susto—. Pareces una…

Brenda dejó caer la luz de la linterna a su lado, pero siguió con los ojos clavados en Thomas.

—¿Qué parezco?

—Nada.

—¿Una rara?

Aquella palabra hirió a Thomas. No quería pensar en ella de ese modo.

—Bueno… sí—murmuró—. Perdona.

La chica se dio la vuelta otra vez y comenzó a caminar con la linterna apuntando al frente.

—Soy una rara, Thomas. Tengo el Destello y soy una rara. Y tú también lo eres.

Tuvo que correr un poco para alcanzarla.

—Sí, pero aún no te has ido del todo. Y… yo tampoco, ¿verdad? Obtendremos la cura antes de volvernos dementes.

Ya podía ser verdad lo que había dicho el Hombre Rata.

—No puedo esperar. Ah, sí, por cierto. Sí, sé a dónde vamos. Gracias por preguntar.

Siguieron avanzando, giro tras giro, túnel largo tras túnel largo. El lento pero constante ejercicio hizo que Thomas dejara de pensar en Brenda y se sintió mejor de lo que se había sentido en días. Su mente se medio aturdió al pensar en el Laberinto, en sus turbios recuerdos y en Teresa.

Al final entraron en una gran sala con bastantes salidas a derecha e izquierda, más de las que había visto antes. Casi parecía el lugar donde confluían los túneles de todos los edificios.

—¿Es esto el centro de la ciudad o algo parecido? —preguntó.

Brenda paró a descansar y se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la pared. Thomas se unió a ella.

—Más o menos —respondió—. ¿Lo ves? Ya hemos atravesado la mitad de la ciudad.

A Thomas le gustaba cómo sonaba aquello, pero no soportaba pensar en los otros, en Minho, Newt y los demás clarianos. ¿Dónde estaban? Se sentía como un cara fuco por no estar buscándolos y ver si tenían problemas. ¿Ya habrían salido de la ciudad?

Un golpe fuerte, como de una bombilla rompiéndose, sobresaltó a Thomas.

Brenda enfocó con su linterna en dirección al ruido y el pasillo quedó a oscuras, vacío, salvo por unos cuantos chorros de agua con mal aspecto que bajaban por las paredes, negros sobre el gris.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Thomas.

—Una vieja lámpara que se ha roto, supongo —su voz no mostraba preocupación. Dejó la linterna en el suelo de modo que iluminó la pared de enfrente.

—¿Por qué iba una lámpara a romperse espontáneamente?

—No lo sé. ¿Una rata?

—No he visto ninguna rata. Además, ¿cómo iba una rata a caminar por el techo?

Ella le miró con un gesto burlón en su cara.

—Tienes razón. Debe de ser una rata voladora. Deberíamos salir pitando de aquí.

Una risita nerviosa se le escapó a Thomas antes de que pudiera contenerla.

—¡Qué graciosa!

Se oyó otro *plaf*, esta vez seguido del tintineo del cristal al caer al suelo. Estaba

clarísimo que venía de detrás de ellos. Thomas estaba seguro esta vez: alguien tenía que estar siguiéndoles. Y no podían ser los clarianos. Sonaba más bien como si alguien estuviera intentando hacerles perder los estribos. Como si quisiera asustarles.

Ni siquiera Brenda pudo ocultar su reacción; sus ojos se encontraron y los de ella estaban llenos de preocupación.

—Levántate —susurró.

Ambos lo hicieron juntos y cerraron sus mochilas en silencio. Brenda volvió a enfocar con su linterna el lugar de donde procedía aquel ruido. Allí no había nada.

—¿Deberíamos ir a comprobarlo? —preguntó en voz baja.

Estaba susurrando, pero en el silencio del túnel sonaba demasiado alto. Si alguien estaba cerca, podría oír lo que decían.

—¿Ir a comprobarlo? —Thomas pensó que era la peor idea que había oído en mucho tiempo—. No, deberíamos salir de aquí, tal y como acabas de decir.

—¿Qué, vas a dejar que nos siga quienquiera que sea? ¿Y que reúna quizás a algunos de sus colegas para tendernos una emboscada? Será mejor que nos ocupemos de este asunto ahora.

Thomas la agarró de la mano que sujetaba la linterna y enfocó al suelo. Después se inclinó más hacia ella para susurrarle al oído.

—Podría ser una trampa. Ahí atrás no hay cristales en el suelo. Han tenido que romper adrede una de esas viejas lámparas. ¿Por qué haría alguien tal cosa? Debe de ser alguien que intenta que retrocedamos.

—Si tienen suficiente gente para atacar —replicó—, ¿por qué iban a acosarnos? Es una estupidez. ¿Por qué no acercarse hasta aquí y terminar de una vez?

Thomas lo pensó. Tenía razón.

—Bueno, lo que sí es una estupidez es quedarse aquí sentados hablando todo el día. ¿Qué hacemos?

—Vamos a… —empezó a subir la linterna mientras hablaba, pero en ese momento se interrumpió y los ojos se le abrieron de par en par por el terror.

Thomas giró enseguida la cabeza para conocer la causa.

Había un hombre allí, en el límite del alcance de la linterna. Era como una aparición, había algo irreal en él. Se inclinó a la derecha y sacudió ligeramente la pierna y el pie izquierdo, como si tuviera un tic. El brazo izquierdo también le tembló y cerró y abrió la mano. Llevaba un traje oscuro, que seguramente alguna vez fue bonito, aunque ahora estaba sucio y hecho jirones. El agua, o algo más asqueroso, le empapaba las rodillas de los pantalones.

Pero Thomas lo asimiló todo de inmediato. La mayoría de su atención se centraba en la cabeza del hombre. Thomas no podía evitar mirarla fijamente, hipnotizado. Parecía que le habían arrancado el pelo del cuero cabelludo; en su lugar había costras sangrantes. Tenía la cara pálida y húmeda, con cicatrices y llagas por todas partes. Le

faltaba un ojo y en la cuenca había una masa roja y gomosa. Tampoco tenía nariz; de hecho, Thomas veía rastros de sus conductos nasales en su cráneo, debajo de la piel terriblemente destrozada.

Y su boca. Los labios se le habían enrollado hacia atrás para dejar al descubierto unos relucientes dientes blancos, muy apretados. Su ojo bueno les fulminaba atrozmente con la mirada mientras iba de Brenda a Thomas como una flecha.

Entonces el hombre dijo algo con su voz húmeda y gorjeante que hizo estremecerse a Thomas. Dijo tan sólo unas pocas palabras, pero fueron tan ridículas y estuvieron tan fuera de lugar que hicieron que todo fuera incluso más aterrador:

—Beatriz me quitó la nariz de raíz.

Capítulo 32

Un gritito se escapó del pecho de Thomas y no supo si se oyó o fue algo que sintió en su interior, algo imaginario. Brenda estaba a su lado, callada —petrificada, quizás—, con la luz todavía fija en el horroroso desconocido.

El hombre dio un paso torpe hacia ellos y tuvo que agitar su brazo bueno para mantener el equilibrio sobre la pierna no dañada.

—Beatriz me quitó la nariz de raíz —repitió, y una burbuja de flema en su garganta hizo un desagradable crujido—. ¡Reventó mi variz!

Thomas aguantó la respiración y esperó a que Brenda hiciera el primer movimiento.

—¿Lo pilláis? —dijo el hombre y su boca intentó transformarse en una sonrisa de complicidad. Parecía un animal a punto de saltar sobre su presa—. Reventó mi variz. Mi nariz. Me la quitó Beatriz. De raíz.

Entonces se rió con una húmeda carcajada de satisfacción que hizo que Thomas se preguntara si alguna vez volvería a dormir en paz.

—Sí, lo pillo —respondió Brenda—. Es gracioso.

Thomas percibió un movimiento y la miró. Con astucia, había sacado una lata de su bolsa y ahora la agarraba firmemente con la mano derecha. Antes de que pudiera preguntarse si era buena idea o si debería intentar detenerla, la chica echó el brazo hacia atrás y le tiró la lata al raro. Thomas la contempló mientras volaba y chocaba contra la cara del hombre. Este soltó un grito que le dejó helado.

Y entonces aparecieron otros. Una pareja. Luego tres. Después, cuatro más. Hombres y mujeres. Todos se arrastraban en la oscuridad para colocarse junto al primer raro. Todos estaban igual de idos. Horribles, consumidos del todo por el Destello, absolutamente locos y heridos de los pies a la cabeza. Y Thomas se dio cuenta de que a todos les faltaba la nariz.

—No me ha dolido tanto —dijo el raro al frente—. Tienes una nariz muy bonita. Me gustaría mucho volver a tener nariz —se calló y alargó la lengua lo bastante para lamerse los labios; luego volvió a guardarla. Era una horripilante cosa lila, llena de cicatrices como si se la mordiera cuando se aburría—. Y a mis amigos también.

El miedo subió y atravesó el pecho de Thomas como un gas tóxico rechazado por su estómago. Ahora sabía mejor que nunca lo que el Destello le hacía a la gente. Lo había visto en las ventanas del dormitorio, pero ahora se enfrentaba a una visión más cercana. Estaban justo delante de él, sin barrotes que los mantuvieran alejados. Las caras de los raros eran primitivas y salvajes. El hombre a la cabeza dio otro paso torpe y, luego, otro.

Había llegado la hora de irse.

Brenda no dijo nada. No tuvo que hacerlo. Tras sacar otra lata y lanzarla contra

los raros, Thomas se dio la vuelta con ella y echaron a correr. Los estridentes gritos psicóticos de sus perseguidores se elevaron tras ellos como la llamada a la batalla de un ejército demoníaco.

La luz de la linterna de Brenda cruzaba temblorosamente a izquierda y derecha, rebotando mientras pasaban a toda velocidad el montón de giros en ambas direcciones. Thomas sabía que tenía una ventaja: los raros parecían medio rotos, llenos de heridas. Seguramente no podrían mantener su ritmo. Pero la idea de que quizás había más raros allí abajo, de que tal vez les estuvieran esperando más adelante…

Brenda se detuvo y dobló a la derecha al tiempo que cogía a Thomas del brazo para arrastrarle con ella. El chico avanzó a trompicones los primeros pasos, pero mantuvo el equilibrio y continuó a toda velocidad. Los gritos de enfado y los silbidos de los raros disminuyeron un poco.

Entonces Brenda giró a la izquierda. Luego, a la derecha. Tras su segundo giro, apagó la linterna, pero no redujo el ritmo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Thomas.

Extendió una mano al frente porque estaba seguro de que se chocaría con una pared en cualquier instante. La única respuesta que recibió fue un «¡silencio!». Se preguntó hasta qué punto confiaba en Brenda. Había puesto la vida en sus manos, pero no veía qué otras opciones tenía, sobre todo en aquel momento.

Se detuvo de nuevo unos segundos más tarde y no continuó. Se quedaron en la oscuridad para recuperar el aliento. Los raros estaban lejos, pero, aun así, se les oía lo bastante para saber que se acercaban.

—Vale —susurró la chica—. Ahora… aquí.

—¿Qué? —preguntó.

—Entra conmigo aquí. Hay un escondite perfecto. Lo encontré mientras exploraba un día. No hay manera de que se topen con él. Vamos.

Su mano apretó la suya y tiró de él hacia la derecha. Thomas notó que atravesaban una puerta estrecha y entonces Brenda le bajó al suelo.

—Por aquí hay una vieja mesa —anunció la chica—. ¿La notas?

Palpó con la mano hasta que tocó la madera dura y lisa.

—Sí —contestó.

—Cuidado con la cabeza. Vamos a meternos debajo y luego por un agujero que hay en la pared que lleva al compartimento oculto. No sé para qué sirve, pero esos raros no lo encontrarán. Incluso aunque tuviesen luz, dudo mucho que lo consiguieran.

Thomas se preguntó cómo habían llegado hasta allí sin la linterna encendida, pero se guardó la duda para más adelante. Brenda ya se había agachado y no quería perderla. Se mantuvo cerca, los dedos rozaron sus pies mientras ella avanzaba a

cuatro patas debajo de la mesa hacia la pared. Entonces entraron a gatas por una pequeña abertura cuadrada que conducía a un largo y estrecho compartimento. Thomas lo palpó, dando unos golpecitos por la superficie para saber dónde estaba. El techo se hallaba a tan sólo medio metro del suelo, así que continuó arrastrándose hacia la grieta.

Brenda estaba tumbada con la espalda apoyada en la otra pared del escondite cuando Thomas entró con torpeza. No les quedaba más remedio que permanecer estirados, de costado. Estaban apretados, pero cabían de frente en la misma dirección, con la espalda de Thomas apretada contra el pecho de la chica. Notaba su aliento en la nuca.

—Esto es muy confortable —susurró.

—Cállate.

Thomas se movió un poco para poder apoyar la cabeza en la pared y se relajó. Se acomodó, respiró lenta y profundamente y escuchó cualquier señal de los raros.

Al principio había tanto silencio que hasta sonaba un zumbido, un pitido en los oídos. Pero entonces se oyeron los primeros ruidos de los raros. Unas toses, gritos esporádicos y risas lunáticas. Se acercaban por segundos y Thomas tuvo un momento de pánico, preocupado por que hubieran sido tan estúpidos de atraparse ellos mismos de aquella manera. Pero entonces lo pensó: las posibilidades de que los raros encontraran aquel pequeño escondite eran más bien escasas, sobre todo en la oscuridad. Seguirían avanzando y, con un poco de suerte, se alejarían mucho. Quizás hasta se olvidaran de Brenda y de él, lo que era mejor que una persecución prolongada.

Y si las cosas se ponían muy feas, Brenda y él podrían defenderse con facilidad a través de la minúscula abertura del compartimento. Tal vez.

Los raros estaban cerca. Thomas tuvo que contener las ganas de aguantar la respiración. Lo único que necesitaban para delatarse era una inesperada bocanada de aire. A pesar de la oscuridad, cerró los ojos para concentrarse en escuchar.

Un ruido de pies arrastrándose, gruñidos y respiraciones forzadas. Alguien se golpeó contra una pared y hubo una serie de choques amortiguados contra el cemento. Empezaron las discusiones y los desesperados intercambios de incoherencias. Oyó un «¡por aquí!» y otro «¡por allá!». Más toses. Uno de ellos tuvo náuseas y escupió de forma violenta, como si estuviera intentando deshacerse de uno o dos órganos. Una mujer se rió con tanta demencia que aquel sonido hizo estremecerse a Thomas.

Brenda encontró su mano y la apretó. Una vez más, Thomas sintió una ridícula oleada de culpa, como si estuviera engañando a Teresa. No podía evitar que aquella chica fuera tan tocona. ¡Y menuda estupidez pensar en aquello cuando tenía…!

Un raro entró en la habitación justo fuera del compartimento. Luego, otro.

Thomas oyó sus jadeantes inhalaciones, el roce de sus pies rascando el suelo. Entró otro. Las pisadas se deslizaban y golpeaban, se deslizaban y golpeaban. Thomas pensó que podía tratarse del primer hombre que habían visto, el único que les había hablado; el que sacudía un brazo y una pierna inútiles.

—Niñoooooo —dijo el hombre de forma burlona y espeluznante. Estaba claro que era él, Thomas no podía olvidar su voz—. Niñaaaaaa. Salid, salid, haced ruido. Quiero vuestras narices.

—No hay nada aquí —soltó una mujer—. No hay nada más que una mesa vieja.

El chirrido de la madera rascando el suelo cortó el aire; después terminó de repente.

—A lo mejor están escondiendo la nariz debajo —respondió el hombre—. Quizá todavía se sienten apegados a sus bonitas caritas.

Thomas retrocedió contra Brenda cuando oyó una mano o un zapato moverse por el suelo, justo al otro lado de la entrada de su pequeño escondite. A tan sólo unos centímetros de distancia.

—¡Aquí abajo no hay nada! —repitió la mujer.

Thomas oyó que se alejaba. Se dio cuenta de que se le había tensado todo el cuerpo hasta convertirse en un montón de nervios tirantes; se obligó a relajarse, aunque con cuidado de controlar su respiración.

Más arrastre de pies. Después, unos cuantos susurros inquietantes, como si el trío se hubiera reunido en medio de la habitación para planificar una estrategia. ¿Sus mentes aún estaban lo bastante sanas para poder hacer tal cosa?, se preguntó Thomas. Se esforzó por oír, por captar alguna palabra, pero las duras ráfagas de discurso seguían siendo indescifrables.

—¡No! —gritó uno de ellos. Un hombre, pero Thomas no supo si era «el hombre»—. ¡No! No, no, no, no, no, no, no, no.

Las palabras se transformaron en un tartamudeo murmurado. La mujer le interrumpió con su propia retahíla:

—Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí.

—¡Callaos! —ordenó el líder. Estaba claro que era el líder—. ¡Callaos, callaos, callaos!

Thomas notó un frío interior, aunque tenía la piel cubierta de sudor. No sabía si aquel intercambio tenía mucho sentido o si era otra prueba de su locura.

—Me voy —dijo la mujer, y sus palabras se interrumpieron con un sollozo. Parecía un niño al que habían dejado fuera del juego.

—Yo también, yo también —aquello lo dijo el otro hombre.

—¡Callaos, callaos, callaos, callaos! —gritó el líder, esta vez mucho más alto—. ¡Marchaos, marchaos, marchaos, marchaos!

La súbita repetición intimidó a Thomas, como si alguien estuviera controlando su

habla.

Brenda le estaba apretando la mano tan fuerte que le dolía. Su aliento era fresco contra el sudor de su nuca.

En el exterior, pies arrastrándose y el sonido del roce de la ropa. ¿Se estaban yendo?

Los ruidos disminuyeron claramente el volumen cuando entraron en el pasillo, el túnel o lo que fuera aquello. Los demás raros de su grupo parecía que ya se habían ido. No tardó en reinar el silencio otra vez. Thomas tan sólo oía los débiles sonidos de su respiración y la de Brenda.

Esperaron en la oscuridad, tumbados sobre el duro suelo, de cara a la pequeña entrada. Pegados, sudando. El silencio se extendió y volvió a ser un zumbido por la ausencia de ruido. Thomas siguió escuchando, pues sabía que tenían que asegurarse del todo. A pesar de lo mucho que quería abandonar aquel pequeño compartimento, por lo incómodo que era, tenían que esperar.

Pasaron varios minutos. Varios más. No había nada más que silencio y oscuridad.

—Creo que se han ido —susurró finalmente Brenda, y encendió la linterna.

—¡Hola, narices! —gritó una horrible voz desde la habitación.

Entonces una mano ensangrentada se metió por la abertura y agarró a Thomas por la camisa.

Capítulo 33

Thomas chilló e intentó quitarse de encima la mano con cicatrices y moratones. Los ojos aún se le estaban adaptando al resplandor de la linterna de Brenda y los entrecerró para ver lo fuerte que le agarraba el hombre por la camisa. El raro tiró y golpeó el cuerpo de Thomas contra la pared. Su cara se aplastó en el duro cemento y un estallido de dolor explotó alrededor de su nariz. Notó que la sangre caía.

El hombre le empujó unos centímetros y volvió a tirar de él. Empujaba y volvía a tirar. Y cada vez estrellaba de nuevo la cara de Thomas contra la pared. El chico no se podía creer la fuerza de aquel raro, parecía imposible por el aspecto que tenía. Débil y terriblemente herido.

Brenda había sacado su cuchillo y trataba de arrastrarse hasta él para apuñalarle la mano.

—¡Cuidado! —gritó Thomas.

Aquel cuchillo estaba demasiado cerca. Cogió al hombre de la muñeca y la retorció para intentar desprenderse del férreo agarre. Nada funcionaba y el hombre seguía tirando y empujando, aporreando el cuerpo de Thomas cada vez que tocaba la pared.

Brenda gritó y fue a por él. Pasó por encima de Thomas y su hoja brilló al clavarse en el antebrazo del raro. El hombre dejó escapar un alarido demoníaco y soltó la camisa de Thomas. Su mano desapareció por la abertura y dejó un rastro de sangre en el suelo. Los gritos de dolor continuaron, ecos altos y persistentes.

—¡No podemos dejar que se marche! —chilló Brenda—. ¡Rápido, sal de aquí!

Thomas, con dolores por todo el cuerpo, sabía que tenía razón y ya estaba colocándose para salir. Si el hombre alcanzaba a los otros raros, volverían todos. Tal vez incluso hubieran oído el alboroto y ya estuvieran de vuelta.

Por fin logró sacar los brazos y la cabeza del agujero; después fue más fácil. Usó la pared como palanca y se impulsó para sacar el resto del cuerpo, con los ojos clavados en el raro, que esperaba otro ataque. El hombre estaba a tan sólo unos pasos, sosteniéndose el brazo herido contra el pecho. Se miraron a los ojos, el raro gruñó como un animal herido y lanzó una dentellada al aire.

Thomas empezó a levantarse, pero se golpeó la cabeza con la parte baja de la mesa.

—¡Foder! —gritó, y salió apresuradamente de debajo de la vieja tabla de madera. Brenda estaba justo detrás de él y pronto estuvieron ambos sobre el raro, que yacía en el suelo en posición fetal, gimoteando. La sangre que brotaba de la herida caía al suelo y ya se había formado un charco.

Brenda sostenía la linterna con una mano y el cuchillo con la otra, con el que apuntó al raro.

—Debería haberse ido con sus amigos psicópatas, viejo, en vez de meterse con nosotros.

El hombre no respondió, sino que de repente giró sobre su hombro y dio una patada con la pierna buena a una velocidad sorprendente y con mucha fuerza. Primero le dio a Brenda, la arrojó contra Thomas y ambos cayeron al suelo. Thomas oyó el cuchillo y la linterna repiquetear sobre el cemento. Las sombras danzaron por las paredes.

El raro se puso de pie tambaleándose y corrió a coger el cuchillo, que había ido a parar junto a la puerta del pasillo. Thomas se levantó y se abalanzó sobre la parte trasera de las rodillas del hombre para tirarle al suelo. El hombre giró al tiempo que movía un codo, con el que le dio a Thomas en la mandíbula. El joven sintió otra explosión de dolor mientras caía e instintivamente se llevó la mano a la cara.

Entonces apareció Brenda. Saltó sobre el raro, le golpeó dos veces en la cara y pareció dejarle atónito. Se aprovechó de aquel breve instante y, de algún modo, volvió a tumbar al hombre en el suelo, sobre su estómago. Le agarró los brazos y se los inmovilizó a la espalda, empujándole de una forma que parecía muy dolorosa. El raro se retorció para intentar soltarse, pero Brenda le tenía inmovilizado también con las piernas. Empezó a gritar, un desgarrador alarido espantoso de puro terror.

—¡Tenemos que matarle! —gritó la chica por encima.

Thomas se había puesto de rodillas y se quedó con la vista clavada, paralizado.

—¿Qué? —preguntó, drogado por el agotamiento, demasiado pasmado para procesar sus palabras.

—¡Coge el cuchillo! ¡Tenemos que matarle!

El raro seguía gritando, un sonido que hacía que Thomas quisiera correr lo más lejos posible de allí. No era natural. Ni humano.

—¡Thomas! —exclamó Brenda.

Thomas se arrastró hasta el cuchillo, lo cogió y miró el pringue carmesí que manchaba la hoja afilada. Se volvió hacia Brenda.

—¡Date prisa! —dijo ella, con los ojos iluminados por el enfado. Algo le decía que aquella furia ya no estaba dirigida sólo al raro: estaba enfadada con él por tardar tanto.

Pero ¿podía hacerlo? ¿Podría matar a un hombre? ¿Incluso a un lunático demente que lo quería muerto? ¿Que quería su fuca nariz, porque gritaba muy alto?

Volvió arrastrando los pies, sujetando el cuchillo como si tuviera veneno en la punta. Como si tan sólo por cogerlo pudiera contagiarse de cien enfermedades y padecer una muerte lenta y angustiosa.

El raro, con los brazos hacia atrás, inmovilizado en el suelo, continuó gritando. Brenda atrajo la mirada de Thomas y le habló con determinación:

—Voy a darle la vuelta. ¡Tienes que clavárselo en el corazón!

Thomas empezó a negar con la cabeza y luego paró. No le quedaba otra opción; tenía que hacerlo. Así que asintió.

Brenda soltó un grito de esfuerzo y cayó al costado derecho del raro, utilizando su cuerpo y sus brazos para girar al hombre a un lado. Por imposible que parezca, los alaridos se hicieron aún más fuertes. Ahora tenía el pecho al descubierto, arqueado, levantado hacia Thomas, a tan sólo unos centímetros delante de él.

—¡Ahora! —gritó Brenda.

Thomas agarró el cuchillo con más fuerza. Después, lo cogió con la otra mano para tener más apoyo y los diez dedos apretaron bien el mango, con la hoja apuntando al suelo. Tenía que hacerlo. Tenía que hacerlo.

—¡Ahora! —repitió Brenda.

El raro gritaba.

El sudor caía a chorros por la cara de Thomas. Su corazón bombeaba, latía con fuerza, golpeaba. Tenía los ojos empapados en sudor; le dolía todo el cuerpo. Aquellos terribles gritos inhumanos…

—¡Ahora!

Thomas usó todas sus fuerzas y hundió el cuchillo en el pecho del raro.

Capítulo 34

Los siguientes treinta segundos fueron horribles para Thomas.

El raro forcejeó, tuvo espasmos, se ahogó y escupió. Brenda le sujetó mientras Thomas retorcía el cuchillo y lo hundía más. La vida se tomó su tiempo para salir del hombre mientras la luz de sus ojos enloquecidos se apagaba, mientras los gruñidos y el esfuerzo físico por resistirse poco a poco se calmaban y cesaban.

Pero, al final, el hombre infectado con el Destello murió, y Thomas cayó hacia atrás, con todo el cuerpo tenso como un rollo de cable oxidado. Tomó aire y luchó contra la fuerte oleada escalofriante de su pecho. Acababa de matar a un hombre. Le había arrebatado la vida a otra persona. Notaba las entrañas llenas de veneno.

—Tenemos que irnos —dijo Brenda, que se puso de pie de un salto—. Seguro que han oído todo el jaleo. Vamos.

Thomas no podía creer lo poco afectada que estaba, lo rápido que había superado lo que habían hecho. Pero tampoco les quedaba más remedio. La primera señal del resto de raros retumbó por el pasillo, como los sonidos de unas hienas rebotando por un cañón.

Thomas se obligó a levantarse y se despojó de la culpa que amenazaba con consumirle.

—Muy bien, pero ya basta.

Primero fueron las bolas plateadas que comían cabezas y ahora luchar con raros en la oscuridad.

—¿A qué te refieres?

Ya estaba harto de tanto túnel negro. Harto de que durara como toda una vida.

—Quiero ver la luz del día. No me importa lo que cueste. Quiero la luz del día. Ya.

• • •

Brenda no discutió. Le guió por varios giros y pronto encontraron una larga escalera de hierro que llevaba al cielo, fuera de Abajo. Los desagradables ruidos de los raros persistían en la distancia. Carcajadas, gritos y risitas. Algún que otro alarido ocasional.

Les costó bastante mover la tapa de la boca de alcantarilla, pero al final cedió y salieron. Se encontraron en un gris atardecer, rodeados por edificios altísimos en todas las direcciones. Ventanas rotas, basura esparcida por las calles. Varios cadáveres yacían por allí. Olor a podrido y polvo. Calor. Pero no había gente. Al menos, viva. Thomas sintió un instante de alarma al pensar que algunos de los muertos podían ser sus amigos, pero no era el caso. Los cuerpos desperdigados eran

hombres y mujeres mayores, que habían empezado a descomponerse.

Brenda se dio despacio la vuelta mientras se orientaba.

—Vale, las montañas deberían de estar bajando esa calle.

Señaló, pero era imposible saberlo con certeza porque no se veía bien y los edificios ocultaban el sol poniente.

—¿Estás segura? —preguntó Thomas.

—Sí, vamos.

Mientras avanzaban por la larga y solitaria calle, Thomas mantuvo los ojos atentos y examinó todas las ventanas rotas, los callejones y las puertas desmoronadas. Tenía la esperanza de ver alguna señal de Minho y los clarianos. Y de no ver a ningún raro.

• • •



Viajaron hasta que se hizo de noche, evitando el contacto con nadie. Oyeron algunos gritos ocasionales a lo lejos o, de vez en cuando, cosas que hacían ruido dentro de un edificio. En una ocasión, Thomas vio a un grupo de gente correteando por una calle varias manzanas más allá, pero no parecieron advertir su presencia.

Justo antes de que desapareciera el sol por completo, doblaron una esquina y se toparon de frente con los límites de la ciudad, a tan sólo un par de kilómetros. Los edificios terminaban de repente y detrás de ellos las montañas se elevaban con gran majestuosidad. Eran mucho mayores de lo que Thomas hubiera imaginado la primera vez que las vio días atrás, y eran áridas y rocosas. No había maravillas coronadas de nieve —un vago recuerdo del pasado— en aquella parte del mundo.

—¿Deberíamos recorrer lo que nos queda de camino? —preguntó Thomas.

Brenda estaba ocupada buscando un lugar donde esconderse.

—Tentador, pero no. Primero, porque tenemos que salir de aquí, es demasiado peligroso estar en esta zona de noche. Segundo, porque aunque lo consiguiéramos, no tendríamos con qué cubrirnos a menos que recorriéramos todo el camino hasta las montañas, y no creo que podamos.

A pesar de lo mucho que le horrorizaba a Thomas pasar otra noche en aquella espantosa ciudad, estuvo de acuerdo. Pero la frustración y la preocupación por los clarianos le consumían por dentro.

—Vale ¿Adónde vamos, entonces? —contestó con voz débil.

—Sígueme.

• • •



Se metieron en un callejón que terminaba en una gran pared de ladrillos. Al principio Thomas pensó que era una idea terrible dormir en un sitio que tan sólo tenía una salida, pero Brenda le convenció de lo contrario. Los raros no tendrían motivos para entrar en el callejón, puesto que no llevaba a ninguna parte. Además, señaló, había varios camiones grandes y oxidados en los que podían esconderse.

Acabaron dentro de uno que parecía haber sido destrozado para convertirlo en algo útil. Los asientos estaban hechos jirones, pero eran blandos y la cabina, grande. Thomas se sentó detrás del volante y retiró el asiento todo lo que pudo. Sorprendentemente, se sintió a gusto una vez colocado. Brenda estaba a medio metro a su derecha, acomodándose. Fuera, oscureció del todo y los sonidos distantes de los raros en activo atravesaron las ventanas rotas.

Thomas estaba agotado. Dolorido. Tenía sangre seca por toda la ropa. Antes se había limpiado las manos, restregándoselas hasta que Brenda le gritó que dejara de malgastar el agua. Pero el hecho de tener la sangre de aquel raro en los dedos, en las palmas… no lo soportaba. Se le caía el alma a los pies cada vez que lo pensaba, pero no podía seguir negando una terrible verdad: si antes no había tenido el Destello —aún le quedaba una pequeña esperanza de que el Hombre Rata hubiera mentido—, ahora sí que se había contagiado.

Y sentado en la oscuridad, con la cabeza apoyada en la puerta del camión, irrumpieron en su mente los recuerdos de lo que había hecho.

—He matado a ese tío —susurró.

—Sí —respondió Brenda en voz baja—. De lo contrario, él te habría matado a ti. Estoy segura de que has hecho lo correcto.

Quería creerla. Aquel tipo estaba completamente ido, consumido por el Destello. Hubiera muerto pronto de todas formas. Por no mencionar que estaba haciendo todo lo posible por hacerles daño, por matarles. Thomas había hecho lo correcto. Pero aún seguía atormentándole la culpa, arrastrándose por sus huesos. Matar a otro ser humano no era fácil de aceptar.

—Lo sé —respondió al final—. Pero fue tan… salvaje. Tan brutal. Ojalá pudiera haberle disparado desde lejos con una pistola o algo parecido.

—Sí. Perdona que fuera de esa manera.

—¿Y si veo su repugnante cara cada noche cuando me vaya a dormir? ¿Y si sobrevive en mis sueños?

Sintió que le invadía la rabia hacia Brenda por haberle obligado a apuñalar al raro, una rabia tal vez injustificada, se dijo al recordar lo desesperados que estaban.

Brenda cambió de postura en el asiento para mirarlo. La luz de la luna la

iluminaba lo justo para que él pudiera ver sus ojos oscuros y su cara sucia pero bonita. Quizás estaba mal, quizás era un capullo, pero, al mirarla, quiso que volviera Teresa.

Brenda extendió el brazo, le cogió la mano y se la apretó. Thomas se lo permitió, pero no le devolvió el gesto.

—¿Thomas? —le llamó aunque la estaba mirando a los ojos.

—¿Sí?

—No has salvado tu propio pellejo, ¿sabes? También me has salvado a mí. No creo que hubiera podido con ese raro yo sola.

Thomas asintió con la cabeza, pero no dijo nada. Sentía dolor por varios motivos: no estaba con sus amigos, que podían estar muertos; Chuck sí que estaba muerto; Teresa estaba perdida. Él estaba a mitad de camino del refugio seguro, durmiendo en un camión con una chica que al final se volvería loca, y les rodeaba una ciudad llena de raros sedientos de sangre.

—¿Duermes con los ojos abiertos? —le preguntó.

Thomas intentó sonreír.

—No. Tan sólo estoy pensando en lo mucho que apesta mi vida.

—La mía también. Apesta de lo lindo. Pero me alegro de estar contigo.

La afirmación fue tan simple y tan dulce que Thomas cerró los ojos y los apretó con fuerza. Todo el dolor de su interior se transformó en algo hacia Brenda, casi como lo que había sentido por Chuck. Odiaba a la gente que le había hecho aquello, odiaba la enfermedad que había provocado aquella situación y quería hacer las cosas bien.

Al final volvió a mirarla.

—Yo también me alegro. Estar solo hubiera sido muchísimo peor.

—Mataron a mi padre.

Thomas levantó una mano, sorprendido por el repentino cambio en la conversación.

—¿Qué?

Brenda asintió despacio.

—CRUEL. Intentó evitar que se me llevaran, gritaba como un lunático mientras les atacaba con… Creo que era un rodillo de madera —dejó escapar una risita—. Entonces le dispararon a la cabeza —las lágrimas empañaron sus ojos, que brillaron bajo la tenue luz.

—¿En serio?

—Sí, vi cómo ocurría. Vi cómo la vida le abandonaba antes incluso de que cayera al suelo.

—Jo, macho —Thomas buscó qué palabras decir—. Lo siento… mucho. Yo vi cómo apuñalaban al que era, quizá, mi mejor amigo. Murió en mis brazos —hizo una

pausa—. ¿Y tu madre?

—Hacía mucho tiempo que no la veía.

No se explayó y Thomas no quiso insistir. En realidad, no quería saberlo.

—Tengo miedo de volverme loca —musitó tras un largo minuto de silencio—. Ya noto que está sucediendo. Las cosas me parecen extrañas, suenan extrañas. De repente, he empezado a pensar cosas que no tienen sentido. A veces el aire a mi alrededor está… duro. Ni siquiera sé qué significa eso, pero da miedo. Es evidente que estoy empezando. El Destello se lleva mi cerebro al infierno.

Thomas no soportaba el brillo de sus ojos y bajó la vista al suelo.

—No te rindas todavía. Llegaremos al refugio seguro y obtendremos la cura.

—Falsas esperanzas —replicó—. Aunque supongo que es mejor que no tener esperanza alguna.

Le apretó la mano. Esta vez, Thomas le devolvió el gesto. Y entonces, aunque parezca imposible, se durmieron.

Capítulo 35

Una pesadilla despertó a Thomas, algo sobre un puñado de raros pasados al Ido que acorralaban a Minho y Newt. Los raros llevaban cuchillos y estaban enfadados. Al final, el primer derramamiento de sangre le despertó bruscamente.

Miró a su alrededor, asustado por si había gritado o dicho algo. La cabina del camión seguía invadida por la oscuridad de la noche. Apenas veía a Brenda y menos aún sabía si tenía los ojos abiertos. Pero entonces la chica habló:

—¿Un mal sueño?

Thomas se acomodó y cerró los ojos.

—Sí. No puedo dejar de preocuparme por mis amigos. No me gusta nada que nos hayamos separado.

—Siento que ocurriera. De verdad —cambió de posición en su asiento—. Pero no creo que debas preocuparte, en serio. Tus colegas clarianos parecen bastante competentes, pero, aunque no lo fueran, Jorge es un hueso duro de roer. Cruzarán la ciudad sin problemas. No pongas más estrés en tu corazón. Por nosotros sí deberías preocuparte.

—No se te está dando muy bien hacerme sentir mejor.

Brenda se rió.

—Perdona; estaba sonriendo cuando he dicho la última parte, pero supongo que no puedes verme.

Thomas miró la pantalla iluminada de su reloj y dijo:

—Todavía disponemos de unas horas hasta que salga el sol.

Tras un corto silencio, volvió a hablar:

—Cuéntame un poco más sobre cómo es la vida ahora. Nos quitaron la mayoría de nuestros recuerdos. Algunos me han vuelto, pero son vagos y no sé si puedo fiarme. Además, tampoco aportan mucha información sobre el mundo exterior.

Brenda suspiró hondo.

—El mundo exterior, ¿eh? Bueno, es un asco. Las temperaturas por fin están comenzando a bajar, pero pasará una eternidad hasta que los niveles del mar hagan lo mismo. Ha pasado mucho tiempo desde las erupciones solares, pero han muerto muchas personas, Thomas. Muchísimas. Es increíble cómo los supervivientes se estabilizaron y organizaron tan rápido. Si no fuera por el estúpido Destello, creo que el mundo a la larga se hubiera recuperado. Pero si los deseos fueran peces… oh, no me acuerdo. Era algo que solía decir mi padre.

Thomas apenas podía contener la curiosidad que ahora corría en su interior:

—¿Qué pasó? ¿Hay nuevos países o sólo un gran gobierno? ¿Y cómo encaja CRUEL en todo esto? ¿Son ellos el gobierno?

—Todavía hay países, pero están más… unidos. En cuanto el Destello empezó a

extenderse a lo loco, combinaron todas sus fuerzas, tecnología y recursos, todo lo necesario para montar CRUEL. Crearon este sistema de pruebas tan elaborado y se han esforzado mucho por tener zonas de cuarentena. Redujeron la propagación del Destello, pero no han podido detenerlo. Creo que la única esperanza es encontrar una cura. Espero que tengas razón y dispongan de una, pero, si es así, seguro que aún no lo han hecho público.

—¿Y dónde estamos? —preguntó Thomas—. ¿Dónde estamos ahora?

—En un camión —al ver que Thomas no se reía, continuó—. Perdona, no es momento para bromas. A juzgar por las etiquetas de la comida, creo que estamos en México. O lo que antes era México. Tiene mucho sentido. Ahora se llama la Quemadura. Básicamente, cualquier zona entre los dos Trópicos (Cáncer y Capricornio) es todo tierra yerma. Sudamérica y América Central, la mayor parte de África, Oriente Medio y el sur de Asia. Mucho terreno muerto, muchas personas muertas. Así que bienvenido a la Quemadura. ¿No es un detalle por su parte que nos hayan enviado aquí a los raros?

—¡Vaya! —varias ideas se le pasaron a Thomas por la cabeza, la mayoría relacionadas con cómo sabía que él era parte de CRUEL (una gran parte) y cómo el Laberinto y los Grupos A y B, y toda la basura por la que estaban pasando también eran parte de ella. Pero no podía recordar lo suficiente para que tuviera sentido.

—¿Vaya? —repitió Brenda—. ¿Eso es lo mejor que se te ocurre?

—Tengo demasiadas preguntas, no puedo reducirlas a una.

—¿Sabes lo del agente anestesiante?

Thomas la miró y deseó distinguir más su cara.

—Creo que Jorge lo mencionó. ¿Qué es?

—¡Ja! —gritó Brenda con desprecio—. ¿Crees que nos dan algo? Tan sólo la gente importante, los ricos, puede echarle mano a esa porquería. Lo llaman Éxtasis. Te adormece las emociones, los procesos de tu cerebro, te sume en un sopor etílico para que no sientas demasiado. Mantiene el Destello a raya porque el virus se desarrolla en tu cerebro. Se lo come, lo destruye. Si no hay mucha actividad, el virus se debilita.

Thomas se cruzó de brazos. Había algo muy importante, pero no sabía concretamente el qué.

—Entonces…, ¿no es una cura? ¿Aunque ralentice el virus?

—Ni se acerca. Tan sólo retrasa lo inevitable. El Destello siempre gana al final. Pierdes cualquier oportunidad de ser racional, de tener sentido común o compasión. Pierdes la humanidad.

Thomas se quedó callado. Tal vez con más fuerza que antes, notaba que un recuerdo —uno importante— estaba intentando abrirse camino a través de las grietas del muro que bloqueaba su pasado. El Destello. El cerebro. Volverse loco. El agente

anestesiante, el Éxtasis. CRUEL. Las pruebas. Lo que el Hombre Rata había dicho acerca de que sus reacciones a las Variables eran de lo que trataba aquello.

—¿Te has quedado dormido? —preguntó Brenda tras varios minutos de silencio.

—No. Es sólo que es demasiada información —se sentía un tanto alarmado por lo que ella había dicho, pero seguía sin poder sacar nada en claro—. Me cuesta procesarlo todo.

—Bueno, me callo, entonces —la chica se dio la vuelta y apoyó la cabeza en la puerta—. Sácatelo de la cabeza. No te hará ningún bien. Te hace falta descansar.

—Ajá —masculló Thomas, frustrado al tener tantas pistas, pero no auténticas respuestas.

Pero Brenda tenía razón: debía aprovechar una buena noche de sueño. Se puso lo más cómodo posible, pero pasó un buen rato antes de quedarse dormido. Y soñó.

• • •



Esta vez es mayor, probablemente tenga unos catorce años. Teresa y él están arrodillados en el suelo, con las orejas pegadas a la rendija de una puerta, escuchando a escondidas. Un hombre y una mujer están hablando dentro y Thomas puede oírles bien.

El hombre dice primero:

—¿Te llegaron los añadidos a las listas de las Variables?

—Ayer por la noche —responde la mujer—. Me gusta lo que incluyó Teresa para el final de las Pruebas del Laberinto. Brutal, pero es necesario que suceda. Debería crear algunos patrones interesantes.

—Por supuesto. Lo mismo con el escenario de la traición, si es que tiene que interpretarse.

La mujer hace un ruido que debe de ser una risa, pero suena forzada y sin ganas.

—Sí, he pensado lo mismo. Bueno, Dios mío, ¿cuánto aguantarán esos chicos antes de volverse locos?

—No es sólo eso, es arriesgado. ¿Y si muere? Todos habíamos acordado que para entonces debería ser uno de los principales candidatos.

—No morirá. No le dejaremos.

—Aun así, no somos Dios. Podría morir.

Hay una larga pausa. Entonces el hombre dice:

—Tal vez no llegue a suceder, pero lo dudo. Los psicólogos dicen que estimulará muchos de los patrones que necesitamos.

—Bueno, eso implica muchas emociones —responde la mujer—. Y según Trent,

es uno de los patrones más difíciles de crear. Creo que el plan de las Variables es lo único que puede funcionar.

—¿De verdad crees que las Pruebas van a funcionar? —pregunta el hombre—. En serio, la escala y la logística de esta cosa es increíble. ¡Piensa en lo mucho que podría salir mal!

—Podría pasar, tienes razón. Pero ¿cuál es la alternativa? Lo probaremos y, si fracasamos, estaremos en el mismo lugar que si no hubiéramos intentado nada.

—Supongo.

Teresa tira de la camisa de Thomas. Él la mira y ve que está señalando hacia el pasillo. Ha llegado el momento de marcharse. El asiente, pero vuelve a inclinarse por si puede captar una o dos últimas frases. Y así es. La mujer habla:

—Qué lástima que no podamos ver el final de las Pruebas.

—Lo sé —responde el hombre—. Pero el futuro nos lo agradecerá.

• • •

Los primeros trazos púrpuras del alba despertaron a Thomas la segunda vez. No recordaba haberse despertado desde la conversación en mitad de la noche con Brenda, ni siquiera después del sueño.

El sueño. Había sido el más extraño, se habían dicho muchas cosas que ahora se desvanecían, demasiado difíciles de comprender y encajar en las piezas de su pasado que, poco a poco, muy poco a poco, empezaban a unirse de nuevo. Se permitió sentir una pizca de esperanza porque tal vez no tenía tanto que ver con las Pruebas como había empezado a pensar. Aunque no entendía mucho del sueño, el hecho de que Teresa y él estuvieran espiando significaba que no estaban involucrados en todos los aspectos de las Pruebas. Pero ¿cuál era el propósito de todo aquello? ¿Por qué el futuro se lo agradecería a aquella gente?

Se restregó los ojos, se estiró y miró a Brenda. Tenía los ojos todavía cerrados, la boca ligeramente abierta y el pecho se le movía por la respiración lenta, pero regular. Aunque tenía el cuerpo más entumecido que el día anterior, el sueño reparador había obrado maravillas con sus ánimos. Se sentía renovado, lleno de energía. Un tanto perplejo e idiotizado por su sueño-recuerdo y todas las cosas que Brenda le había contado, pero con vitalidad.

Volvió a estirarse, y estaba en mitad de un largo bostezo cuando vio algo en la pared del callejón. Una gran placa de metal clavada en el muro. Un letrero que le resultaba muy familiar.

Abrió la puerta y salió a trompicones a la calle, hacia la pared. Era idéntico al cartel del Laberinto que decía Catástrofe Radical: Unidad de Experimentos Letales. El mismo metal sin brillo, las mismas letras. Excepto porque en este ponía algo distinto. Y se quedó mirándolo al menos cinco minutos seguidos antes de moverse un

ápice.

Ponía:

THOMAS, ERES EL AUTÉNTICO LÍDER

Capítulo 36

Thomas podría haberse quedado mirando la placa todo el día si Brenda no hubiera salido del camión.

—Estaba esperando a decírtelo en el momento adecuado —habló al final, sacándole totalmente de su aturdimiento.

Sacudió la cabeza para mirarla.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

Ella no le devolvió la mirada, sino que siguió con los ojos clavados en el cartel.

—Desde que me enteré de cuál era tu nombre. A Jorge le pasó lo mismo; probablemente por eso decidió arriesgarse y atravesar contigo la ciudad para llegar a ese refugio seguro tuyo.

—Brenda, ¿de qué estás hablando? —repitió Thomas.

Al final le miró a los ojos.

—Esos carteles están por toda la ciudad. Todos dicen lo mismo. Exactamente lo mismo.

Thomas sintió que le fallaban las rodillas. Se dio la vuelta y se dejó caer al suelo, con la espalda apoyada en la pared.

—¿Cómo… cómo es posible? Bueno, parece que lleve ahí un tiempo… —no sabía qué otra cosa decir.

—No sé —respondió Brenda, y se sentó con él en el suelo—. Ninguno de nosotros sabía lo que significaba; pero cuando aparecisteis y nos dijiste tu nombre… bueno, supusimos que no era una coincidencia.

Thomas la miró con dureza mientras la ira luchaba por salir de su interior.

—¿Por qué no me lo habías contado? Me coges de la mano y me dices que asesinaron a tu padre, pero ¿no esto?

—No te lo conté porque me preocupaba tu reacción. Me imaginé que echarías a correr en busca de los carteles y te olvidarías de mí.

Thomas suspiró. Estaba harto de todo aquello. Se deshizo del enfado y respiró hondo.

—Supongo que forma parte de toda esta pesadilla sin sentido.

Brenda se dio la vuelta para mirar el letrero.

—¿Cómo podrías no saber lo que significa? ¿Acaso no podría ser más simple? Se supone que eres el líder, asúmelo. Te ayudaré, pero tengo que entrar, ganarme un lugar en el refugio seguro.

Thomas se rió.

—Aquí estoy, en una ciudad llena de raros chalados, hay un grupo de chicas que quiere matarme y ¿tengo que preocuparme de quién es el auténtico líder de mi grupo? Es ridículo.

Brenda frunció el ceño por la confusión.

—¿Hay unas chicas que quieren matarte? ¿De qué estás hablando?

Thomas no respondió mientras se preguntaba si debería contarle toda la historia de cabo a rabo. Mientras se preguntaba si le quedaban fuerzas para repasarla de nuevo.

—¿Y bien? —insistió.

Decidió que estaría bien sacársela del pecho y, como se había ganado su confianza, cedió y le contó todo. Le había insinuado cosas y ella conocía algunas partes, pero ahora se tomó tiempo para los detalles. Sobre el Laberinto, el rescate y el hecho de que al despertar se dieron cuenta de que todo volvía a ser un asco. Sobre Aris y el Grupo B. No se entretuvo con Teresa, pero supo que ella había notado algo cuando la mencionó. Quizás en sus ojos.

—¿Y esa Teresa y tú tenéis algo? —preguntó cuando hubo acabado.

Thomas no sabía qué responder. ¿Tenían algo? Eran amigos íntimos, eso sí lo sabía. Aunque tan sólo había recuperado parte de sus recuerdos, percibía que él y ella tal vez habían sido algo más que amigos antes del Laberinto. Durante aquel horrible periodo en el que ayudó a diseñar aquella estúpida cosa.

Y entonces se habían besado…

—¿Tom? —preguntó Brenda.

Él la miró con dureza.

—No me llames así.

—¿Eh? —preguntó, sin duda sobresaltada, tal vez incluso herida—. ¿Por qué?

—Es que… no sé.

Se sintió fatal al decirlo, pero no podía retirarlo. Así era como le llamaba Teresa.

—Muy bien, ¿debo llamarte señor Thomas? ¿O rey Thomas, quizá? ¿O mejor aún, tan sólo Su Majestad?

Thomas suspiró.

—Lo siento. Llámame como quieras.

Brenda soltó una carcajada sarcástica y ambos se quedaron callados.

• • •



Thomas y Brenda se hallaban sentados con la espalda apoyada en la pared; los minutos pasaban. Casi estaba todo tranquilo hasta que Thomas oyó un golpeteo extraño que le alarmó.

—¿Oyes eso? —preguntó, ahora centrando su atención.

Brenda estaba callada, con la cabeza inclinada a un lado, esforzándose por

escuchar.

—Sí. Suena como si alguien estuviera tocando un tambor.

—Supongo que se han terminado los juegos y la diversión —se puso de pie y ayudó a Brenda a levantarse—. ¿Tú qué crees que es?

—No hay muchas opciones.

—Pero ¿y si son nuestros amigos?

El bajo *pom-pom-pom.* de pronto pareció llegar de todas las direcciones a la vez y retumbaba entre las paredes del callejón. Pero, tras unos largos segundos, Thomas estuvo seguro de que el sonido provenía de un rincón del callejón sin salida. A pesar del riesgo, corrió en esa dirección para echar un vistazo.

—¡Qué haces! —le soltó Brenda, pero cuando la ignoró, fue detrás de él.

Al final del callejón, Thomas llegó a una pared de ladrillos agrietados, desvaídos, donde cuatro escalones daban a una puerta de madera arañada y desgastada. Justo encima de la puerta, había una diminuta ventana rectangular a la que le faltaba el cristal. Un fragmento roto aún colgaba de la parte superior, como un diente irregular.

Thomas oía cómo tocaban música, ahora más fuerte. Era intenso y rápido: el bajo potente, el estallido de la batería y los gritos de las guitarras. Mezclado con eso, se oían risas, gritos y gente cantando. Y ninguno sonaba muy… cuerdo. Había algo escalofriante en todo aquello.

Era como si los raros no buscaran tan sólo morder las narices de otras personas, y aquello le daba a Thomas muy mala espina; aquel sonido no tenía nada que ver con sus amigos.

—Será mejor que nos marchemos de aquí —murmuró Thomas.

—¿Tú crees? —respondió Brenda, que estaba a la altura de su hombro.

—Vamos.

Thomas se volvió para marcharse a la vez que ella, pero ambos se quedaron petrificados. Tres personas habían aparecido en el callejón mientras se habían distraído. Dos hombres y una mujer, y ahora estaban a tan sólo unos pasos de ellos.

A Thomas le dio un vuelco el corazón cuando observó a los recién llegados. Tenían la ropa hecha jirones, el pelo enmarañado y la cara sucia. Pero cuando los miró con más detenimiento, comprobó que no tenían heridas perceptibles y sus ojos revelaban un brillo de inteligencia. Eran raros, pero no estaban idos del todo.

—Hola —dijo la mujer. Tenía el pelo largo y rojo, recogido en una coleta. Su falda era tan corta que Thomas tuvo que esforzarse por mantener los ojos fijos en los suyos—. ¿Venís a nuestra fiesta? Hay mucho baile. Mucho amor. Muchas bebidas.

Su voz tenía un tono que puso nervioso a Thomas. No sabía lo que significaba, pero aquella mujer no estaba siendo agradable. Se estaba burlando de ellos.

—Mmm, no, gracias —contestó Thomas—. Nosotros, eh…, sólo estábamos…

Brenda le interrumpió:

—Sólo intentamos encontrar a nuestros amigos. Somos nuevos aquí y nos estamos adaptando.

—Bienvenidos a la Tierra de los Raros de CRUEL —aquello lo dijo uno de los hombres, un tipo alto y feo, con el pelo graso—. No os preocupéis, la mayoría de los que están ahí abajo —señaló con la cabeza las escaleras— están como mucho medio idos. Puede que te den un codazo en la cara o una patada en los huevos, pero nadie intentará comerte.

—¿En los huevos? —repitió Brenda—. ¿Perdona?

El hombre señaló a Thomas.

—Estaba hablando con el chico. Las cosas pueden ponerse peor para ti si no te pegas a nosotros. Al ser una chica y todo eso.

Aquella conversación estaba poniendo enfermo a Thomas.

—Parece divertido, pero tenemos que irnos para encontrar a nuestros amigos. A lo mejor volvemos luego.

El otro hombre dio un paso adelante. Era bajo, pero guapo; tenía el pelo rubio, rapado.

—Vosotros dos no sois más que unos chavales. Ha llegado la hora de que aprendáis de la vida. De que os divirtáis. Os estamos invitando oficialmente a la fiesta —pronunció cada palabra de la última frase con cuidado y sin la menor amabilidad.

—Gracias, pero no, gracias —repuso Brenda.

Rubiales sacó un arma del bolsillo de su chaquetón. Era una pistola, plateada, pero sucia y sin brillo. Aun así, parecía más amenazadora y mortífera que cualquier cosa que hubiera visto Thomas.

—Creo que no me habéis entendido —dijo el hombre—. Estáis invitados a nuestra fiesta. No es algo que podáis rechazar.

Alto y Feo sacó un cuchillo. Coleta tenía un destornillador con la punta manchada de negro; tenía que tratarse de sangre seca.

—¿Qué decís? —preguntó Rubiales—. ¿Queréis venir a nuestra fiesta?

Thomas observó a Brenda, pero ella no le devolvió la mirada. Tenía los ojos clavados en el rubio y su rostro revelaba que estaba a punto de cometer una estupidez muy grande.

—Vale —respondió Thomas enseguida—. Iremos. Vamos.

Brenda giró de repente la cabeza.

—¿Qué?

—Tiene una pistola. El otro, un cuchillo. ¡Y ella tiene un fuco destornillador! No me apetece que me chafen un ojo en el cráneo.

—Por lo visto, tu novio no es imbécil —dijo Rubiales—. Ahora vamos a divertirnos un poco —señaló las escaleras con la pistola y sonrió—. Podéis ir en

cabeza.

Era evidente que Brenda estaba enfadada, pero sus ojos reflejaban también que sabía que no les quedaba más remedio.

—Muy bien.

Rubiales sonrió de nuevo, una expresión que habría parecido natural en una serpiente.

—Así me gusta. Estupendo, no hay nada por qué preocuparse.

—Nadie os va a hacer daño —añadió Alto y Feo—. A menos que nos lo pongáis difícil. A menos que actuéis como unos mocosos. Al final de la fiesta, os uniréis a nuestro grupo. Fiaos de mí.

Thomas tuvo que contener el pánico que inundaba todo su ser.

—Vamos —le dijo a Rubiales.

—Te estamos esperando.

El hombre volvió a señalar hacia las escaleras. Thomas extendió el brazo y le cogió la mano a Brenda para acercarla a él.

—Vamos a la fiesta, cariño —puso tanto sarcasmo como pudo—. ¡Esto va a ser genial!

—¡Qué bonito! —dijo Coleta—. Me entran ganas de llorar cuando veo a dos enamorados —fingió secarse las lágrimas de las mejillas.

Con Brenda a su lado, Thomas se volvió hacia las escaleras, consciente todo el tiempo de la pistola que le apuntaba a la espalda. Bajaron los peldaños hacia la vieja tabla que hacía de puerta; el espacio era lo bastante amplio para que pudieran ir el uno junto al otro. Cuando llegaron al fondo, Thomas no vio un pomo. Enarcó las cejas y miró a Rubiales, que estaba dos escalones detrás de ellos.

—Tienes que llamar de un modo especial —explicó el hombre—. Tres golpes de puño lentos, tres rápidos y dos toques de nudillos.

Thomas odiaba a aquella gente. No soportaba su manera de hablar tan calmada, con esas palabras tan amables, todas ellas llenas de burla. En cierto modo, aquellos raros eran peores que el tipo sin nariz al que había apuñalado el día anterior. Al menos, con él sabía a lo que se estaban enfrentando.

—Hazlo —susurró Brenda.

Thomas cerró la mano en un puño y asestó los golpes lentos y luego los rápidos. Después, dio dos veces a la madera con los nudillos. La puerta se abrió al instante y la música atronadora se escapó como una ráfaga de viento.

El tío que les dio la bienvenida era enorme, llevaba las orejas y el rostro agujereados en varios lugares y tenía tatuajes por todas partes. Su pelo, largo y blanco, le llegaba por debajo de los hombros. Pero a Thomas apenas le dio tiempo a darse cuenta de todo ello antes de que el hombre hablara:

—Eh, Thomas. Te estábamos esperando.

Capítulo 37

El siguiente minuto, o el tiempo que durase aquello, fue una mezcla borrosa de los cinco sentidos.

El saludo de bienvenida había sorprendido a Thomas, pero, antes de que pudiera responder, el hombre de pelo largo prácticamente les había metido dentro y les conducía a Brenda y a él a través de una multitud de cuerpos danzantes que giraban, saltaban y se abrazaban. La música era ensordecedora, cada golpe de la batería resonaba como un martillazo en el cráneo de Thomas. Varias linternas colgaban del techo y se balanceaban de un lado a otro mientras la gente les daba manotazos para enviar rayos de luz a un lado y a otro.

Pelo Largo se inclinó para hablar con Thomas mientras avanzaban despacio entre los bailarines. Thomas apenas podía oírle aunque estaba gritando.

—¡Gracias a Dios por las pilas! ¡La vida será una mierda cuando se nos acaben!

—¿Cómo sabes mi nombre? —le preguntó Thomas—. ¿Por qué me estabais esperando?

El hombre se rió.

—¡Os hemos estado observando toda la noche! ¡Entonces, por la mañana vimos por la ventana tu reacción ante el letrero y nos imaginamos que debías de ser el famoso Thomas!

Brenda abrazaba a Thomas por la cintura, se aferraba a él, probablemente para no perderse. Probablemente. Pero cuando oyó aquello, le apretó aún más.

Thomas miró hacia atrás y vio que Rubiales y sus dos amigos les seguían de cerca. Él había apartado la pistola, pero Thomas sabía que podía volver a sacarla en cualquier momento.

La música estaba a todo volumen. El bajo aporreaba con fuerza y sacudía la sala. La gente bailaba y saltaba a su alrededor, espadas de luz se entrecruzaban en el aire oscuro. Los raros estaban resbaladizos y brillantes por el sudor, y toda aquella temperatura corporal hacía que la sala desprendiera un calor molesto.

Hacia la mitad de la pista, Pelo Largo se detuvo y se dio la vuelta para mirarlos, sacudiendo su melena blanca.

—¡Queremos unirnos a vosotros! —gritó—. ¡Tienes que tener algo! ¡Os protegeremos de los raros malos!

Thomas se alegraba de que no supieran más. Quizás aquello no estuviera tan mal después de todo. Les seguiría el juego, fingiría ser un raro especial y tal vez Brenda y él aguantarían lo suficiente para escabullirse sin ser vistos, en el momento adecuado.

—¡Voy a buscarte una bebida! —bramó Pelo Largo—. ¡Que os divirtáis!

Entonces se marchó rápidamente y desapareció entre la densa muchedumbre que se contorsionaba.

Thomas se volvió para ver que Rubiales y sus dos amigos seguían allí, no bailando, sino observando. Coleta atrajo su atención con un gesto de la mano.

—¡Podéis bailar también! —gritó, pero no siguió su propio consejo.

Thomas se dio la vuelta hasta situarse de cara a Brenda. Tenían que hablar.

Como si pudiera leerle la mente, la chica alzó los brazos y le abrazó por el cuello, atrayéndole hacia ella hasta que su boca quedó a la altura de su oído; a Thomas su aliento caliente, en contacto con su sudor, le produjo un cosquilleo.

—¿Cómo nos hemos metido en esta mierda? —preguntó ella.

Thomas no supo qué hacer, aparte de abrazarla por la cintura. Notó su calor a través de sus ropas húmedas. Algo se agitó en su interior, una mezcla de culpa y anhelo por Teresa.

—Hace una hora no me hubiera imaginado esto —contestó al final, hablando a través del pelo de la chica. Era lo único que se le había ocurrido.

Ahora sonaba otra canción, una oscura e inquietante. El ritmo había disminuido un poco, pero la batería era más intensa. Thomas no entendía las palabras; era como si el cantante llorara por una horrible tragedia. La voz gemía con un tono agudo y afligido.

—Quizá deberíamos quedarnos con esta gente un tiempo —musitó Brenda.

Thomas se dio cuenta entonces de que ambos estaban bailando, sin pretenderlo ni pararse a pensarlo. Se movían con la música, giraban despacio, con los cuerpos muy pegados, agarrados el uno al otro.

—¿Qué dices? —exclamó, sorprendido—. ¿Ya te estás rindiendo?

—No. Estoy cansada. A lo mejor aquí es más seguro.

Quería confiar en ella y sentía que podía hacerlo, pero algo de todo aquello le preocupaba. ¿Le había llevado hasta allí a propósito? Era un buen trecho.

—Brenda, no me abandones todavía. Nuestra única oportunidad es llegar hasta el refugio seguro. Hay una cura para esto.

Brenda negó un poco con la cabeza.

—Me cuesta mucho creer que sea verdad. Es difícil tener esperanza.

—No digas eso.

No quería pensarlo y no quería oírlo.

—¿Por qué habrían enviado aquí a todos estos raros si hubiera una cura? No tiene sentido.

Thomas se apartó para mirarla, preocupado por el repentino cambio de actitud. La chica tenía los ojos empañados por las lágrimas.

—Estás diciendo tonterías —dijo, e hizo una pausa. Tenía sus propias dudas, por supuesto, pero no quería desanimarla—. La cura es real. Tenemos que… —se calló y miró a Rubiales, que no le quitaba los ojos de encima. El tío seguramente no podía oírles, pero más valía prevenir que curar. Thomas volvió a inclinarse para hablarle a

Brenda directamente al oído—. Tenemos que salir de aquí. ¿Quieres quedarte con gente que te amenaza con pistolas y destornilladores?

Antes de que pudiera responder, Pelo Largo ya había vuelto con un vaso en cada mano, y el líquido marrón de dentro se agitaba mientras chocaba con los bailarines en todas direcciones.

—¡Bebéoslo! —gritó.

Entonces algo pareció despertar en Thomas. Beber algo ofrecido por aquellos extraños de repente le pareció una muy mala idea. Aquel lugar y aquella situación se habían vuelto aún más incómodos.

Pero Brenda ya había alargado la mano para coger la bebida.

—¡No! —gritó Thomas antes de poder contenerse, y entonces se apresuró a remediar su error—. Bueno, no creo que debamos beber esto. Tenemos mucha sed y será mejor que bebamos agua antes. Nos gustaría, ummm, bailar un rato.

Intentó actuar de forma despreocupada, pero se moría de vergüenza por dentro porque sabía que sonaba como un idiota, sobre todo cuando Brenda le miró extrañada. Algo pequeño y duro se le clavó en el costado. No tuvo que darse la vuelta para ver lo que era: la pistola de Rubiales.

—Te he ofrecido una bebida —repitió Pelo Largo; esta vez no había ningún rastro de amabilidad en su cara tatuada—. Sería muy grosero por tu parte rechazarla —volvió a pasarles los vasos.

El pánico inundó a Thomas. Cualquier duda había desaparecido: algo les pasaba a aquellas bebidas.

Rubiales apretó la pistola un poco más.

—Voy a contar hasta uno —le dijo el hombre al oído—. Tan sólo hasta uno.

Thomas no tenía que pensar. Alargó la mano y cogió el vaso, vertió el líquido en su boca y se lo tragó todo de golpe. Quemaba como fuego, le achicharró la garganta y el pecho cuando bajó; empezó a toser de forma convulsiva.

—Ahora tú —ordenó Pelo Largo, pasándole el otro vaso a Brenda.

La chica miró a Thomas, cogió la bebida y se la tragó. No pareció perturbarla lo más mínimo; tan sólo apretó un poco los ojos mientras bajaba. Pelo Largo cogió los vasos vacíos y una enorme sonrisa se expandió por su cara.

—¡Perfecto! ¡Volved a bailar, ya!

Thomas ya sentía algo extraño en su barriga. Un calor relajante, una calma que crecía y se extendía por todo su cuerpo. Volvió a coger a Brenda entre sus brazos y la agarró bien fuerte mientras se dejaban llevar por la música. La boca de la chica estaba apoyada en su cuello. Cada vez que sus labios rozaban su piel, una oleada de placer le recorría entero.

—¿Qué era eso? —preguntó. Sintió más que oyó cómo arrastraba las palabras.

—Algo que no era bueno —contestó Brenda, aunque apenas podía oírla—.

Llevaba droga. Me está haciendo cosas extrañas.

«Sí —pensó Thomas—, algo extraño».

La sala había empezado a dar vueltas mucho más rápido de lo normal al realizar un simple giro. Las caras de la gente parecían estirarse cuando se reían y sus bocas eran enormes agujeros negros. La música se ralentizó y se espesó, la voz que cantaba era más profunda y cada vez más interminable.

Brenda apartó la cabeza de él y se agarró la cara con ambas manos. Se le quedó mirando, aunque sus ojos parecían moverse. Estaba preciosa. Más guapa que nunca. Todo a su alrededor quedó a oscuras. La mente se le estaba adormeciendo, lo sabía.

—Quizá sea mejor así—musitó Brenda. Sus palabras no cuadraban con sus labios. Su cara se movía en círculos, parecía separada del cuello—. Quizá podamos estar con ellos. Quizá podamos ser felices hasta que pasemos al Ido —entonces sonrió de forma escalofriante y perturbadora—. Entonces podrás matarme.

—No, Brenda —dijo, pero su voz parecía a miles de kilómetros de distancia, como si procediera de un túnel infinito—. No…

—Bésame —contestó—. Tom, bésame —sus manos le apretaron la cara y empezó a tirar de él hacia ella.

—No —replicó, resistiéndose.

Brenda paró y una expresión de dolor atravesó su rostro. Su rostro borroso, que se movía.

—¿Por qué? —preguntó.

La oscuridad casi se había apoderado de él.

—No eres… ella —su voz era distante. Un mero eco—. Nunca podrás ser ella.

Y entonces la joven se desprendió y la mente de Thomas hizo lo mismo.

Capítulo 38

Thomas despertó en la oscuridad y tuvo la sensación de que le habían colocado en algún tipo de aparato de tortura antiguo, donde unos clavos se hundían lentamente en su cráneo desde todas las direcciones.

Gruñó con un terrible y entrecortado sonido que sólo le intensificó el dolor de cabeza. Se obligó a permanecer en silencio e intentó levantar la mano para frotar…

No podía mover las manos. Algo las mantenía bajadas, algo pegajoso que le apretaba las muñecas. Cinta adhesiva. Intentó dar patadas, pero también las tenía atadas. El esfuerzo le envió otra oleada de dolor que retumbó en su cabeza y todo su cuerpo; relajó los músculos al tiempo que gemía en voz baja. Se preguntó cuánto tiempo llevaría allí.

—¿Brenda? —susurró.

No hubo respuesta.

Se encendió una luz brillante y punzante. Cerró con fuerza los ojos y luego abrió uno lo suficiente para poder ver. Delante de él había tres personas, pero sus rostros estaban en sombras, pues la luz venía de atrás.

—¡Vamos, despierta! —exclamó una voz ronca.

Alguien se rió por lo bajo.

—¿Quieres más zumo de ese que quema? —dijo una mujer.

La misma persona volvió a reírse.

Thomas acabó por acostumbrarse a la luz y abrió los ojos del todo. Se hallaba en una silla de madera; unas anchas bandas de cinta adhesiva gris le sujetaban las muñecas a los apoyabrazos y los tobillos a las patas de la silla. Dos hombres y una mujer estaban de pie delante de él: Rubiales, Alto y Feo, Coleta.

—¿Por qué no me habéis dado una paliza en el callejón? —preguntó Thomas.

—¿Darte una paliza? —respondió Rubiales. Antes no le había parecido que tuviera la voz ronca; parecía como si hubiera pasado las últimas horas gritando en la pista de baile—. ¿Qué crees que somos, un clan de la mafia del siglo XX? Si quisiéramos darte una paliza, ya estarías muerto, sangrando por las calles.

—No te queremos muerto —interrumpió Coleta—. Eso estropearía la carne. Nos gusta comernos a nuestras víctimas mientras siguen respirando. Nos comemos todo lo que podemos antes de que se desangren. No te creerías lo jugosas y… dulces que saben.

Alto y Feo se rió, pero Thomas no supo si Coleta lo decía en serio o no. Fuera como fuera, le sacó de quicio.

—Está de broma —dijo Rubiales—. Tan sólo hemos comido hombres cuando la situación era muy desesperada. La carne humana sabe a boñiga de cerdo.

Se oyeron otras risitas de Alto y Feo. No se reía por lo bajo ni a carcajadas, se

trataba de una risita tonta. Thomas no creía que hablaran en serio. Le preocupaba más que sus mentes parecieran… apagadas.

Rubiales sonrió por primera vez desde que Thomas le había visto.

—Era otra broma. No somos tan raros todavía. Pero me apuesto lo que sea a que la gente no sabe muy bien.

Alto y Feo y Coleta asintieron.

«Estos tíos están empezando a perder la chaveta», pensó Thomas.

Oyó un gemido apagado a su izquierda y miró en aquella dirección. Brenda estaba en un rincón de la habitación, atada igual que él. Pero también le habían tapado la boca con cinta adhesiva, lo que le hizo preguntarse si se habría resistido mucho más antes de desmayarse. Parecía como si estuviera despertando y, cuando advirtió la presencia de los tres raros, se movió y agitó en la silla, gimiendo a través de la mordaza. Tenía los ojos encendidos de ira.

Rubiales la señaló. Su pistola había aparecido como por arte de magia.

—¡Cállate! ¡Cállate o salpicaré la pared con tu cerebro!

Brenda paró. Thomas esperaba que empezara a gimotear o a llorar o algo; pero no lo hizo, y enseguida se sintió estúpido por haberlo pensado. La chica ya había demostrado lo fuerte que era.

Rubiales bajó el arma a su costado.

—Mejor. Dios mío, teníamos que haberla matado cuando empezó a gritar allí arriba. Y a morder.

Se miró el antebrazo, donde había un verdugón al rojo vivo que describía un largo arco.

—Está con él —dijo Coleta—. No podemos matarla.

Rubiales cogió una silla de la pared del otro lado para sentarse delante de Thomas. Los otros hicieron lo mismo, aliviados, como si llevaran horas esperando su permiso. Rubiales apoyó el arma sobre el muslo, con el cañón apuntando directo a Thomas.

—Vale —asintió el hombre—, tenemos mucho de que hablar. No voy a andarme con tonterías contigo. Si me fastidias o te niegas a contestar u otra cosa, te disparo a una pierna. Luego a la otra. A la tercera, la bala atravesará la cara de tu novia. Creo que por algún sitio entre los ojos. Y me apuesto lo que quieras a que sabes lo que ocurrirá la cuarta vez que me cabrees.

Thomas asintió. Quería pensar que era fuerte, que podía hacer frente a aquellos raros. Pero venció el sentido común. Estaba atado a una silla, no tenía armas ni aliados, nada. Aunque, francamente, no tenía nada que ocultar. Respondería a todo lo que le preguntara aquel tío. Pasara lo que pasara, no quería terminar con una bala en la pierna. Y dudaba que el tipo estuviera tirándose un farol.

—Primera pregunta —dijo Rubiales—: ¿quién eres y por qué está tu nombre en

los carteles de esta ciudad de mierda?

—Me llamo Thomas —en cuanto lo dijo, Rubiales torció el gesto, enfadado. Thomas se dio cuenta de su estúpido error y se apresuró a continuar—. Eso ya lo sabéis. Bueno, cómo llegué aquí es una historia muy extraña y dudo que os la creáis. Pero juro que digo la verdad.

—¿No llegaste en un iceberg como la mayoría de nosotros? —preguntó Coleta.

—¿En un iceberg? —Thomas no sabía qué significaba aquello, pero negó con la cabeza y prosiguió—. No. Salimos de un túnel subterráneo a unos cincuenta kilómetros al sur de aquí. Antes de eso atravesamos algo llamado Trans Plano. Antes de eso…

—Espera, espera, espera —le interrumpió Rubiales, con una mano alzada—. ¿Un Trans Plano? Te dispararía ahora mismo, pero no es posible que te hayas inventado eso.

Thomas frunció el ceño por la confusión.

—¿Por qué?

—Serías estúpido si intentaras zafarte con una mentira tan obvia como esa. ¿Llegaste por un Trans Plano?

La sorpresa de aquel hombre era evidente. Thomas miró a los otros raros; ambos tenían la misma expresión atónita.

—Sí. ¿Por qué es tan difícil de creer?

—¿Sabes lo caro que es el Transporte Plano? Lo acababan de hacer público justo antes de las erupciones solares. Tan sólo los gobiernos y los multimillonarios podían permitirse usarlo.

Thomas se encogió de hombros.

—Bueno, sé que tienen mucho dinero y así lo llamó aquel tío. Un Trans Plano. Una especie de pared gris que arde como el hielo cuando la atraviesas.

—¿Qué tío? —preguntó Coleta.

Thomas apenas había comenzado y ya le daba vueltas la cabeza. ¿Cómo se contaba una historia como aquella?

—Creo que era de CRUEL. Nos están haciendo pasar por un experimento o una prueba. No conozco los detalles. Nos… nos borraron los recuerdos. Algunos vuelven a mi mente, pero no todos.

Rubiales no reaccionó durante un segundo, tan sólo se quedó allí mirándole fijamente. Casi como si le atravesara y clavara los ojos en la pared de atrás. Al final, dijo:

—Era abogado. Antes de que las erupciones y esta enfermedad lo arruinaran todo. Sé cuándo alguien está mintiendo. Era muy bueno en mi trabajo.

Curiosamente, Thomas se relajó.

—Entonces sabes que no estoy…

—Sí, lo sé. Quiero oírlo todo. Empieza a hablar.

Así lo hizo Thomas. No supo por qué, pero le parecía bien. Su instinto le decía que aquellos raros eran como todos los demás, que les habían enviado allí para pasar el resto de sus últimos horribles años sometidos al Destello. Tan sólo intentaban tener una oportunidad para salir, como cualquiera. Y el hecho de conocer a un chico que tenía carteles especiales por toda la ciudad era un primer paso excelente. Si Thomas hubiera estado en su piel, probablemente habría hecho lo mismo. Sin apuntar con una pistola ni atar a nadie… o eso esperaba.

Le había contado a Brenda la mayor parte de la historia el día anterior y así la relataba ahora. El Laberinto, la huida, los dormitorios. La misión de cruzar la Quemadura. Puso especial énfasis en que sonara muy importante, haciendo hincapié en la cura que les esperaba al final. Puesto que había perdido la ocasión de que Jorge le ayudara a atravesar la ciudad, quizá podría empezar de nuevo con esa gente. También expresó su preocupación por los demás clarianos, pero cuando les preguntó si los habían visto, a ellos o a un grupo grande de chicas, la respuesta fue negativa.

Una vez más, no habló mucho de Teresa. No quería arriesgarse a ponerla en peligro de ninguna manera, aunque no tenía ni idea de cómo podría provocar esa situación. También mintió un poco sobre Brenda. Bueno, no mintió directamente. Tan sólo hizo como si llevara con él desde el principio.

Cuando terminó, justo en el momento en que se encontraron con aquellos tres en el callejón, respiró hondo y se colocó bien en la silla.

—Por favor, ¿podéis quitarme ahora esta cinta adhesiva?

Un movimiento en la mano de Alto y Feo atrajo su atención y vio un cuchillo muy afilado y brillante.

—¿Qué opinas? —le preguntó a Rubiales.

—Sí, por qué no.

Había mantenido una expresión estoica durante la narración, sin darle ninguna pista acerca de si se la creía o no.

Alto y Feo se encogió de hombros y se levantó para acercarse a Thomas. Se estaba agachando, con el cuchillo extendido, cuando arriba se oyó un alboroto. Unos fuertes golpes en el techo, seguidos de un par de gritos. Entonces sonó como si un centenar de personas echara a correr. Pasos desesperados, saltos, más golpes. Más gritos.

—Debe de habernos encontrado otro grupo —dijo Rubiales, de pronto muy pálido.

Se levantó y les hizo una señal a los otros dos para que le siguieran. Unos segundos más tarde, ya no estaban, habían desaparecido por las escaleras hacia las sombras. Una puerta se abrió y se cerró. El caos continuaba arriba.

Todo aquello le dio a Thomas un susto de muerte. Miró a Brenda, que estaba

sentada, totalmente quieta, escuchando. Sus ojos por fin se encontraron con los suyos. Aún llevaba la mordaza, así que lo único que pudo hacer fue enarcar las cejas.

No le gustaba que las cosas hubieran terminado así, atado a una silla. Los raros que habían conocido aquella noche no tenían nada que hacer contra el señor Nariz.

—¿Y si ahí arriba hay un grupo de raros totalmente idos? —preguntó.

Brenda farfulló algo a través de la cinta adhesiva.

Thomas tensó todos los músculos de su cuerpo y empezó a saltar en la silla para avanzar poco a poco hacia donde ella estaba sentada. Había recorrido un metro cuando de pronto cesaron los ruidos de la pelea. Se quedó helado, mirando al techo.

No sonó nada durante varios segundos. Luego se oyeron unos pasos, tal vez dos, de pies arrastrándose en la planta de arriba. Un golpazo. Otro. Luego, otro más. Thomas imaginó que lanzaban cuerpos al suelo.

La puerta del final de las escaleras se abrió. Se oyeron unos pasos, fuertes y pesados, que corrían hacia abajo. Todavía estaba todo en penumbra y un frío pánico invadió el cuerpo de Thomas mientras esperaba a ver quién bajaba.

Por fin, alguien entró en la zona iluminada.

Minho. Sucio y ensangrentado, con marcas de quemaduras en la cara y cuchillos en ambas manos. Minho.

—Tíos, parecéis muy cómodos —dijo.

Capítulo 39

A pesar de todo por lo que habían pasado, Thomas no recordaba la última vez que se había quedado sin palabras.

—¿Qué… cómo…? —tartamudeó, tratando de expresar algo.

Minho sonrió, una grata visión, sobre todo teniendo en cuenta su horrible aspecto.

—Os acabábamos de encontrar. ¿Creías que íbamos a permitir que un puñado de cara fucos os hiciera nada? Me la debes. Esta es muy gorda —se adelantó y empezó a cortar la cinta adhesiva de Thomas.

—¿A qué te refieres con que acababais de encontrarnos? —Thomas estaba tan contento que quería reír como un tonto. No sólo les había rescatado, sino que sus amigos estaban vivos. ¡Estaban vivos!

Minho siguió cortando.

—Jorge nos ha estado guiando por la ciudad, evitando a los raros, buscando comida —al terminar con Thomas fue a liberar a Brenda, aunque continuaba hablando por encima del hombro—. Ayer por la mañana nos desplegamos para espiar aquí y allá. Fritanga estaba asomado por una esquina que daba al callejón de ahí arriba justo cuando esos pingajos te apuntaron con la pistola. Regresó, nos pusimos como locos y empezamos a planificar nuestra emboscada. La mayoría de esos fucos estaban agotados o dormidos.

Brenda se levantó de la silla y pasó junto a Minho en cuanto este terminó de cortar la cinta adhesiva. Se acercó a Thomas, pero vaciló; el chico no supo si estaba enfadada o sólo preocupada. Entonces recorrió el resto del camino y se arrancó la cinta de la boca al llegar a su lado. Thomas se levantó, pero la cabeza volvió a estallarle; la habitación se tambaleaba y él se mareaba. Cayó de nuevo en la silla.

—Jo, macho. ¿Alguien tiene una aspirina?

Minho se limitó a reírse. Brenda había ido hasta el principio de las escaleras, donde estaba cruzada de brazos. Algo en sus gestos le hacía parecer enfadada. Entonces Thomas recordó lo que le había dicho justo antes de desmayarse por la droga. «Oh, mierda», pensó. Le había dicho que nunca podría ser Teresa.

—¿Brenda? —preguntó tímidamente—. ¿Estás bien?

No iba a sacar el tema de su extraño baile y aquella conversación delante de Minho.

La chica asintió, pero se volvió para mirarle.

—Estoy bien. Vamos. Quiero ver a Jorge.

Breves palabras. Sin emociones.

Thomas emitió un quejido, contento de tener el dolor de cabeza como excusa. Sí, estaba enfadada con él. De hecho, «enfadada» no era la palabra. Parecía más bien dolida. O quizás estaba suponiendo demasiado y a ella en realidad no le importaba en

absoluto.

Minho se acercó a él y le ofreció la mano.

—Vamos, tío. Tengas dolor de cabeza o no, debemos marcharnos. No sé cuánto tiempo podremos mantener quietos y callados a esos fucos prisioneros de ahí arriba.

—¿Prisioneros? —repitió Thomas.

—Llámalos como quieras, no podemos arriesgarnos a que se vayan antes de que salgamos nosotros. Tenemos a una docena vigilando a más de veinte. Y no están muy contentos. A lo mejor empiezan a pensar que pueden con nosotros… en cuanto se les pase la resaca.

Thomas volvió a ponerse de pie, esta vez mucho más despacio. El dolor sacudía y hacía vibrar su cabeza como un tambor constante, como si le empujara los globos oculares desde atrás con cada golpe. Cerró los ojos hasta que todo dejó de dar vueltas a su alrededor. Respiró hondo y miró a Minho.

—Me pondré bien.

Minho le dedicó una sonrisa.

—Estás hecho un hombretón. Vamos.

Thomas siguió a su amigo hacia las escaleras y se detuvo junto a Brenda, pero no dijo nada. Minho le echó un vistazo con una expresión que decía: «¿Qué le pasa a esta tía?». Thomas se limitó a negar ligeramente con la cabeza.

Minho se encogió de hombros y subió a zancadas para salir de la habitación, pero Thomas se quedó con Brenda un segundo. La chica no parecía querer moverse y se negaba a mirarle a los ojos.

—Lo siento —se disculpó. Lamentaba las duras palabras justo antes de desmayarse—. Creo que te dije algo un poco mezquino…

De pronto, ella le miró a los ojos.

—¿Crees que me importáis una mierda tú y tu novia? Tan sólo estaba bailando, intentando divertirme un poco antes de que la situación empeorara. ¿Qué, piensas que estoy enamorada de ti o algo parecido? ¿Que me muero por que me pidas ser tu novia rara? Creído.

Sus palabras estaban tan llenas de rabia que Thomas retrocedió un paso, como si le hubiera dado una bofetada. Antes de que pudiera responder, la chica desapareció escaleras arriba, con pisotones y suspiros. Nunca había echado de menos a Teresa con tanta intensidad como en aquel momento. La llamó con la mente, pero seguía sin estar allí.

• • •



El olor le llegó antes incluso de entrar en la sala donde habían bailado. A sudor y vómito.

Los cuerpos llenaban el suelo; algunos dormían, otros se agazapaban juntos, acurrucados, temblorosos; unos cuantos incluso parecían muertos. Jorge, Newt y Aris estaban allí, vigilando, y giraban en círculo, apuntándoles con cuchillos. Thomas también vio a Fritanga y a otros clarianos. Aunque aún le martilleaba la cabeza, sintió alivio y entusiasmo.

—¿Qué os ha pasado, tíos? ¿Dónde habéis estado?

—¡Eh, es Thomas! —rugió Fritanga—. ¡Tan feo y vivo como siempre!

Newt se acercó a él y le dedicó una sonrisa sincera.

—Me alegro de que no seas un maldito cadáver, Tommy. Estoy muy, muy contento.

—Yo también —Thomas se dio cuenta con una extraña insensibilidad de que en aquello se había convertido su vida. Así se saludaba a la gente después de uno o dos días separados—. ¿Seguís todos vivos? ¿Adónde vais? ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

Newt asintió.

—Todavía seguimos siendo siete. Aparte de Jorge.

Thomas hacía tan rápido las preguntas que a los demás no les daba tiempo a contestarlas:

—¿Ha habido señal de Barkley y los otros? ¿Fueron ellos los que provocaron la explosión?

Jorge contestó. Thomas vio que estaba cerca de la puerta, sujetando una espada con muy mal aspecto que en aquel instante se hallaba apoyada en el hombro del propio Alto y Feo. Coleta estaba junto a él y ambos se acurrucaban en el suelo.

—No los he visto desde entonces. Salimos bastante rápido y les da demasiado miedo adentrarse en la ciudad.

A Thomas se le disparó una alarma en su interior al ver a Alto y Feo. Rubiales. ¿Dónde estaba Rubiales? ¿Cómo habían podido enfrentarse Minho y los otros a su pistola? Miró a su alrededor, pero no le encontró por ninguna parte de la sala.

—Minho —susurró Thomas y le hizo una señal para que se acercara. Cuando Newt y él estuvieron a su lado, se inclinó—. El tipo del pelo rubio y muy corto parecía ser el líder. ¿Qué ha pasado con él?

Minho se encogió de hombros y miró a Newt buscando una respuesta.

—Debe de haberse largado —contestó Newt—. Un puñado se escapó. No podíamos con todos.

—¿Por qué? —preguntó Minho—. ¿Te preocupa?

Thomas echó un vistazo y bajó un poco más la voz.

—Tiene una pistola. Es el único al que he visto con algo peor que un cuchillo. Y

no era muy amable.

—¿A quién le importa una clonc? —exclamó Minho—. Estaremos fuera de esta ciudad en una hora. Y deberíamos marcharnos ya.

Aquello le sonó a Thomas como la mejor idea que había oído en días.

—Vale, quiero largarme de aquí antes de que vuelva.

—¡Escuchad! —gritó Minho mientras se apartaba para dirigirse a la multitud—. Nos vamos ya. Si no nos seguís, estaréis bien. Si lo hacéis, os mataremos. Es una fácil elección, ¿no creéis?

Thomas se preguntó cuándo y cómo Minho había relevado a Jorge de su cargo de líder. Miró al hombre y advirtió que Brenda estaba sentada en silencio junto a una pared, con la vista clavada en el suelo. Se sentía muy mal por lo sucedido la noche anterior. Había querido besarla de verdad, pero por algún motivo se había sentido indignado al mismo tiempo. Quizás era la droga. Quizás era Teresa. Quizás era…

—¡Eh, Thomas! —Minho le estaba gritando—. ¡Tío, despierta! ¡Nos piramos!

Varios clarianos ya habían cruzado la puerta hacia la luz del sol. ¿Cuánto tiempo le había dejado sin sentido la droga? ¿Un día entero? ¿O tan sólo unas horas, desde la mañana? Se movió para seguirles, aunque antes se paró al lado de Brenda y le dio un empujoncito. Por un segundo, le preocupó que no quisiera acompañarles, pero ella tan sólo dudó un momento antes de dirigirse hacia la puerta.

Minho, Newt y Jorge esperaron, haciendo guardia con sus armas, hasta que todos, salvo Thomas y Brenda, estuvieron fuera. Thomas vigiló la puerta mientras los tres clarianos retrocedían al tiempo que movían de un lado a otro sus cuchillos y espadas. Pero no parecía que nadie fuese a montar un escándalo. Seguramente estaban dispuestos a seguir adelante, contentos de estar vivos.

Todos se reunieron en el callejón, lejos de las escaleras. Thomas se quedó junto al último peldaño, pero Brenda se colocó al otro lado del grupo. Se juró tener una larga charla con ella a solas en cuanto estuvieran lejos y a salvo. Le gustaba, quería ser su amigo por lo menos. Y lo más importante: ahora sentía por ella algo muy similar a lo que sentía por Chuck. Por alguna razón, una sensación de responsabilidad hacia ella le había embargado.

—… corred.

Thomas sacudió la cabeza al darse cuenta de que Minho había estado hablando. Unas punzadas de dolor le atravesaron el cráneo, pero se centró.

—Tan sólo quedan un par kilómetros —continuó Minho—. Después de todo, estos raros no son tan duros como para luchar. Así que vamos a…

—¡Eh!

El grito vino de detrás de Thomas, estridente y demencial. Thomas se dio la vuelta para ver a Rubiales en el último peldaño de las escaleras, junto a la puerta abierta, con el brazo extendido. Sus dedos de blancos nudillos sujetaban la pistola,

firmes y sorprendentemente calmos. Apuntaba directo a Thomas.

Antes de que nadie pudiera moverse, disparó, una explosión que sacudió todo el estrecho callejón con un atronador estruendo.

Un intenso dolor desgarró el hombro izquierdo de Thomas.

Capítulo 40

El impacto echó a Thomas hacia atrás y lo volteó de tal modo que cayó de bruces, aplastándose la nariz contra el suelo. De alguna manera, a través del dolor y el zumbido sordo en sus oídos, oyó otro disparo y luego unos gruñidos y puñetazos, seguidos del repiqueteo del metal sobre el cemento.

Rodó sobre su espalda, con una mano apretada sobre el sitio donde había recibido el disparo, y reunió el valor para mirar la herida. El pitido en sus oídos se hizo más fuerte y apenas advirtió por el rabillo del ojo que habían inmovilizado a Rubiales en el suelo. Alguien le estaba dando una paliza de muerte.

Minho.

Thomas bajó la vista hacia la herida. Lo que vio hizo que el corazón se le acelerara. Un agujerito en su camisa revelaba una mancha roja pegajosa en la parte carnosa de su axila, y la sangre manaba de la herida. Dolía. Dolía mucho. Si pensaba que el dolor de cabeza allí abajo era fuerte, aquello era tres o cuatro veces peor, una espiral de dolor justo en el hombro. Y se le extendía al resto del cuerpo.

Newt estaba a su lado y le miraba con ojos de preocupación.

—Me ha disparado —le salió así, otro número que añadir a la lista de las mayores tonterías que había dicho. El dolor era como grapas metálicas vivientes recorriendo sus entrañas, que le pinchaban y arañaban con sus puntitas afiladas. Notó que la mente se le oscurecía por segunda vez aquel día.

Alguien le pasó una camisa a Newt, que la apretó con fuerza sobre su herida. Aquello le mandó otra oleada de agonía por todo el cuerpo; gritó, sin importarle si lo tomaban por un llorica. Le dolía como nunca antes le había dolido nada. El mundo a su alrededor perdió otros tantos grados de intensidad.

«Desmáyate —se rogó—. Por favor, desmáyate para que se termine».

A lo lejos volvieron a oírse voces, tan distantes como la suya en la pista de baile después de que lo drogaran.

—Puedo sacarle esa mamona —reconoció a Jorge entre los demás—. Pero necesitaré fuego.

—No podemos hacerlo aquí —¿era Newt?

—Salgamos de esta fuca ciudad —definitivamente, Minho.

—Muy bien. Ayudadme a llevarlo —ni idea.

Unas manos le cogieron por debajo y le agarraron de las piernas. El dolor. Alguien dijo algo sobre contar hasta tres. El dolor. Le dolía muchísimo. Uno. El dolor. Dos. ¡Ay! ¡Tres!

Se elevó hacia el cielo y el dolor explotó de nuevo, fresco y terrible. Entonces su deseo de desmayarse se hizo realidad y la oscuridad se llevó sus problemas.

Se despertó con la mente aturdida.

La luz le cegaba, no podía abrir los ojos del todo. Su cuerpo se zarandeaba y sacudía mientras las manos aún le sujetaban fuerte. Oyó el sonido de una respiración rápida y dificultosa. Unos pies golpeando el pavimento. Alguien gritando, aunque no podía entender las palabras. A lo lejos, los enloquecidos gritos de los raros… lo bastante cerca como para que les estuvieran persiguiendo. Calor. El aire ardía.

Su hombro estaba en llamas. El dolor le atravesó como una serie de explosiones tóxicas y volvió a huir hacia la oscuridad.

• • •

Entreabrió los ojos.

Esta vez la luz era menos intensa, el dorado resplandor del crepúsculo. Estaba tumbado boca arriba con el suelo duro debajo de él. Tenía una piedra clavada en la parte inferior de la espalda, pero aquello era como estar en el cielo, comparado con el daño de su hombro. La gente se arremolinaba junto a él y hablaba en susurros breves y tensos.

Las risas estridentes de los raros se habían hecho más distantes. No veía más que el cielo sobre él, no había edificios. Le dolía el hombro. ¡Oh, el dolor!

Una hoguera chisporroteaba y crepitaba en algún lugar cercano. Sentía el calor flotando por su cuerpo entre el viento caliente.

Alguien dijo:

—Será mejor que lo sujetes. De piernas y brazos.

Aunque su mente aún estaba nublaba, aquellas palabras no le sonaron bien. Alcanzó a ver un destello de luz sobre algo plateado, el reflejo del sol que perdía intensidad sobre… ¿un cuchillo? ¿Estaba al rojo vivo?

—Esto va a dolerte bastante.

No tenía ni idea de quién lo había dicho.

Oyó el silbido justo antes de que mil millones de explosivos estallaran en su hombro. Su mente se despidió por tercera vez.

• • •



Sintió como si un largo periodo de tiempo hubiera pasado en esta ocasión. Cuando volvió a abrir los ojos, estrellas como resquicios de luz diurna brillaban en el cielo oscuro. Alguien le cogía de la mano. Intentó girar la cabeza para mirar a esa persona, pero una nueva oleada de agonía descendió por su columna.

No le hacía falta mirar; era Brenda. ¿Quién más podría ser? Además, la mano era

pequeña y suave. Era Brenda, seguro.

Algo había sustituido el dolor intenso de antes. En cierto modo, ahora se sentía peor. Algo parecido a una enfermedad reptaba por su cuerpo. Una porquería que le remordía y le picaba. Algo repugnante, como gusanos retorciéndose por sus venas, los huecos de sus huesos y entre sus músculos. Comiéndoselo entero. Dolía, pero ahora era peor que el daño. Profundo e intenso. El estómago gorjeaba, inestable, y sentía fuego en sus venas.

No sabía cómo lo sabía, pero estaba seguro. Algo iba mal. La palabra *infección* le vino a la mente y se quedó allí.

Se quedó dormido.

• • •



El amanecer despertó a Thomas. La primera cosa que advirtió fue que Brenda ya no le sujetaba la mano. Notaba en su piel el aire fresco del alba, lo que le ofreció un breve instante de placer.

Entonces fue totalmente consciente del dolor punzante que consumía su cuerpo, que habitaba hasta la última de sus moléculas. Ya no tenía nada que ver con el hombro y la herida de bala. Algo terrible pasaba en todo su organismo.

Infección. De nuevo aquella palabra. No supo cómo sobrevivió a los siguientes cinco minutos. O a la siguiente hora. ¿Cómo pudo resistir todo aquel día? ¿Dormirse y que todo volviera a empezar de nuevo? La desesperación lo absorbía hacia un vacío enorme que amenazaba con tirarlo a un abismo espantoso. Le acometió una locura llena de pánico, que lo sumergió en el dolor.

Entonces fue cuando las cosas se pusieron raras.

Los demás lo oyeron antes que él. Minho y el resto empezaron de repente a buscar algo. Muchos examinaban el cielo. ¿El cielo? ¿Por qué iban a hacer algo así?

Alguien —Jorge, pensó— gritó la palabra «iceberg».

En ese momento, Thomas lo oyó: un fuerte repiqueteo acompañado de golpazos. Se hizo más intenso antes de que se percatara siquiera de lo que estaba ocurriendo y pronto pareció como si el ruido estuviera dentro de su cráneo, haciendo que le vibraran la mandíbula y el tímpano, escurriéndose por su columna. Un constante y continuo golpeteo, como los tambores más grandes del mundo; y detrás, el enorme zumbido de la maquinaria pesada. Se levantó viento, y al principio a Thomas le preocupó que estuviera empezando otra tormenta, pero el cielo se hallaba totalmente azul. No se veía ni una nube.

El ruido empeoró su dolor y su mente empezó a adormecerse de nuevo. Pero se

resistió, desesperado por saber cuál era la fuente de aquellos sonidos. Minho gritó algo y señaló al norte. A Thomas le dolía demasiado para darse la vuelta y mirar. El viento sopló con más fuerza, le pasó rozando y tiró de sus ropas. El polvo volaba y enturbiaba el aire. De repente, Brenda estaba a su lado otra vez y le apretaba la mano.

La chica se inclinó hasta que su cara estuvo a tan sólo unos centímetros de la suya. Sus cabellos se agitaban a su alrededor.

—Lo siento —dijo, aunque apenas la oía—. No quería… Bueno, sé que tú… —intentaba buscar las palabras adecuadas, pero apartó la vista.

¿De qué estaba hablando? ¿Por qué no le decía qué era lo que provocaba ese horrible ruido? Le dolía muchísimo…

Una curiosa expresión de terror se extendió por su cara, y los ojos y la boca se le abrieron de par en par. Y entonces la empujaron dos…

El pánico se apoderó de Thomas. Había dos personas, vestidas con los trajes más extraños que había visto en su vida. De una sola pieza, anchos y de color verde oscuro, con unas letras que no podía leer, garabateadas en el pecho. Unas gafas de aviador les tapaban los ojos. No, no eran gafas, sino una especie de máscaras antigás. Tenían un aspecto extraño y horrible. Parecían malignos, como enormes insectos enloquecidos, tal vez comedores de humanos, envueltos en plástico.

Uno de ellos le agarró las piernas por los tobillos. El otro colocó las manos debajo de él para sujetarle por las axilas, y Thomas gritó. Lo levantaron, y el dolor recorrió todo su cuerpo; casi se había acostumbrado a aquella angustia, pero ahora era incluso peor. Le dolía demasiado para resistirse, así que se relajó.

Entonces empezaron a moverse, se lo estaban llevando y, por primera vez, los ojos de Thomas enfocaron lo suficiente para leer las letras en el pecho de la persona que estaba a sus pies. CRUEL.

La oscuridad amenazaba con llevárselo de nuevo. Lo permitió, pero el dolor le acompañó.

Capítulo 41

Una vez más, se despertó con una luz blanca cegadora. Esta vez brillaba directamente hacia sus ojos desde arriba. Supo al instante que no se trataba del sol, era distinta. Además, resplandecía a corta distancia. Incluso mientras tenía los ojos cerrados, la imagen remanente de la bombilla flotaba en la oscuridad.

Oyó voces, más bien susurros. No podía entender ni una sola palabra; hablaban demasiado bajo, estaban lo bastante lejos para que le fuera imposible descifrar nada. Después oyó los chasquidos del metal contra el metal. Pequeños sonidos, y lo primero que le vino a la cabeza fueron instrumentos médicos. Escalpelos y esas varillas con un espejo en el extremo. Aquellas imágenes salían de la oscuridad de su memoria y, al combinarlas con la luz, lo supo: le habían llevado a un hospital, a un hospital. Lo último que se habría imaginado que existiera en la Quemadura. ¿O se lo habían llevado a otro sitio? ¿Muy lejos? ¿A través de un Trans Plano, tal vez?

Una sombra cruzó por delante de la luz y Thomas abrió los ojos. Alguien le estaba mirando, vestido con el mismo traje ridículo que llevaban los que le habían transportado hasta allí. La máscara antigás o lo que fuese aquello. Unas grandes gafas de aviador. Detrás de los posibles cristales, vio unos ojos oscuros fijos en él. Unos ojos de mujer, si bien no sabía cómo los distinguía.

—¿Puedes oírme? —le preguntó.

Sí, era una mujer, aunque la máscara amortiguara la voz.

Thomas intentó asentir con la cabeza, pero no supo si al final lo consiguió o no.

—Se suponía que esto no tenía que pasar —apartó un poco la cabeza y la mirada, lo que le hizo pensar que ese comentario no iba dirigido a él—. ¿Cómo entró en la ciudad una pistola cargada? ¿Tienes idea de la cantidad de óxido y porquería que debía de haber en esa bala? Por no mencionar los gérmenes —sonaba muy enfadada.

Un hombre contestó:

—Continúa. Tenemos que enviarle de vuelta. Enseguida.

Thomas apenas tuvo tiempo de procesar lo que decían, dado que un nuevo dolor insoportable floreció en su hombro. Se desmayó por enésima vez.

• • •



Volvió a despertarse.

Algo ya no estaba, no sabía el qué. La misma luz brillaba desde el mismo sitio de arriba; en esta ocasión miró al lado en vez de cerrar los ojos. Veía mejor, enfocaba

mejor. Unos cuadrados plateados en el techo, un artilugio de acero con todo tipo de esferas, interruptores y monitores. Nada tenía sentido.

No sentía dolor. Nada. Nada en absoluto.

Tampoco había gente a su alrededor. Ningún traje extraño y verde, ningunas gafas de aviador, nadie metiéndole escalpelos por el hombro. Al parecer, estaba solo, y la ausencia de dolor era puro éxtasis. No sabía que fuera posible sentirse tan bien.

No. Tenía que estar drogado.

Se quedó dormido.

• • •



Se tensó al oír unas voces bajas, aunque llegaban a través del aturdimiento causado por el estupor de la droga.

De algún modo, sabía lo suficiente para mantener los ojos cerrados y ver si podía averiguar algo de la gente que se lo había llevado. La gente que, sin duda, le había curado y librado de la infección.

Un hombre estaba hablando:

—¿Estamos seguros de que esto no fastidiará nada?

—Estoy segura —esto lo dijo la mujer—. Bueno, tan segura como es posible. En todo caso, estimulará un patrón en la zona letal que no habíamos esperado. Un extra, a lo mejor. No me imagino que le lleve a él o a cualquier otro en una dirección que evite los otros patrones que estamos buscando.

—Por Dios, espero que tengas razón —respondió el hombre.

Otra mujer habló con una voz aguda, casi cristalina:

—¿Cuántos de los que quedan crees que son candidatos viables?

Thomas intuyó que aquella palabra era muy importante: candidatos. Confundido, intentó mantenerse quieto para escuchar.

—Han caído cuatro o cinco —contestó la primera mujer—. Thomas es nuestra mayor esperanza. Reacciona estupendamente ante las Variables. Espera, creo que he visto moverse sus ojos.

Thomas se quedó paralizado e intentó clavar la vista al frente bajo la oscuridad de sus párpados. Era difícil, pero se obligó a respirar acompasadamente, como si estuviera durmiendo. No sabía exactamente de lo que estaban hablando aquellas personas, pero estaba desesperado por oír más. Sabía que debía oír más.

—¿A quién le importa si está escuchando? —preguntó el hombre—. No va a entender lo suficiente como para que afecte a sus reacciones de un modo u otro. Le beneficiará saber que hemos hecho una gran excepción para eliminar esa infección de

su organismo. Que CRUEL hará lo que sea necesario.

La mujer de la voz aguda se rió, uno de los sonidos más agradables que jamás había oído.

—Si estás escuchando, Thomas, no te entusiasmes demasiado. Estamos a punto de tirarte donde te recogimos.

Las drogas que recorrían las venas de Thomas parecieron aumentar y se descubrió sumiéndose en el éxtasis. Intentó abrir los ojos, pero no pudo. Antes de quedarse dormido, oyó una última cosa proveniente de la primera mujer. Algo muy extraño:

—Es lo que habrías querido que hiciéramos.

Capítulo 42

La gente misteriosa cumplió su palabra.

La siguiente vez que Thomas se despertó, estaba suspendido en el aire, bien atado a una camilla de lona con asas, balanceándose de un lado a otro. Una larga cuerda sujeta a un aro de metal azul le sostenía mientras bajaba desde algo enorme, todo el tiempo acompañado por la misma explosión de zumbidos y fuertes golpes que había oído cuando vinieron a llevárselo. Se agarró fuerte a los laterales de la camilla, aterrorizado.

Al final notó una suave sacudida e innumerables rostros aparecieron a su alrededor. Minho, Newt, Jorge, Brenda, Fritanga, Aris y otros clarianos. La cuerda que le sujetaba se separó y saltó hacia arriba, al aire. Entonces, casi al instante, la nave de la que le habían bajado dio un salto y desapareció en el resplandor del sol, que caía de pleno. Los sonidos de sus motores dejaron de sonar en cuanto se marchó.

En ese momento, todos empezaron a hablar a la vez:

—¿De qué va todo esto?

—;Estás bien?

—¿Qué te han hecho?

—¿Quiénes eran?

—¿Te has divertido en el iceberg?

—¿Cómo está tu hombro?

Thomas lo ignoró todo e intentó levantarse, pero se dio cuenta de que las cuerdas que lo sujetaban a la camilla todavía estaban atadas con fuerza. Buscó a Minho con la mirada.

—¿Me ayudas un poco?

Mientras Minho y un par más le desataban, a Thomas se le ocurrió una idea inquietante: la gente de CRUEL había demostrado poder salvarle bastante rápido. Según lo que habían dicho, no era algo que hubieran planeado, pero lo habían hecho de todas formas. Eso significaba que les estaban observando y podían aparecer para salvarles cada vez que quisieran.

Pero no lo habían hecho hasta entonces. ¿Cuánta gente había muerto durante los últimos días mientras CRUEL observaba sin hacer nada? ¿Y por qué habían obrado así con Thomas? ¿Sólo porque le habían disparado con una bala oxidada? Era demasiado en lo que pensar.

Una vez liberado, se puso de pie, estiró los músculos y se negó a responder a la segunda tanda de preguntas que le lanzaron. Hacía calor, muchísimo calor, y mientras se estiraba, se dio cuenta de que no le dolía nada, salvo una molestia mínima en el hombro. Bajó la vista para ver que llevaba ropa limpia y que el vendaje formaba un bulto debajo de la manga izquierda de su camisa. Pero sus pensamientos fueron

inmediatamente a otra cosa:

—¿Qué hacéis a la intemperie? ¡Se os va a cocer la piel!

Minho no respondió, tan sólo señaló algo detrás de él y Thomas vio una casucha. Estaba hecha de madera seca y parecía que fuera a desmoronarse en cualquier momento, pero era lo bastante grande para cobijarles a todos.

—Será mejor que volvamos a meternos ahí dentro —dijo Minho.

Thomas se dio cuenta de que debían de haber salido corriendo sólo para ver cómo le bajaban del… ¿iceberg volador? Jorge lo había llamado iceberg.

El grupo caminó hasta el refugio; Thomas les dijo un millón de veces que se lo explicaría todo desde el principio al final en cuanto estuvieran acomodados. Brenda le encontró y se acercó a él. Pero no le ofreció la mano, y Thomas sintió un alivio incómodo. La chica no le dijo nada, pero tampoco él le habló.

La miserable ciudad de los raros estaba a unos cuantos kilómetros de distancia; todo su deterioro y su locura se apiñaban al sur. No había ni rastro de la gente infectada. Al norte, las montañas, imponentes, a tan sólo un día o poco más de distancia. Escarpadas y sin vida, ascendían muy alto para culminar en picos marrones y recortados. Unos duros cortes en la roca hacían que toda la cordillera pareciera como si un gigante la hubiese emprendido contra ella durante días con una enorme hacha, liberando su gigantesca frustración.

Llegaron al refugio de madera, tan seca como un hueso podrido. Parecía que llevase allí cien años; quizá lo hubiera construido un granjero antes de que el mundo quedara devastado. Aunque era un misterio cómo había aguantado. Probablemente aquella cosa se consumiría en tres segundos al mínimo roce de una cerilla.

—Muy bien —dijo Minho, señalando un sitio en la otra punta de las sombras—. Siéntate ahí, ponte cómodo y empieza a hablar.

Thomas no se podía creer lo bien que se sentía, sólo notaba la molestia del hombro. Fuera lo que fuera lo que le habían hecho los médicos de CRUEL, había sido brillante. Tomó asiento y esperó a que todos estuvieran delante de él, con las piernas cruzadas sobre el caliente y polvoriento suelo. Se sentía como un profesor a punto de dar la clase, un recuerdo borroso del pasado.

Minho fue el último en sentarse, junto a Brenda.

—Vale, cuéntanos tus aventuras con los extraterrestres en esa gran nave maligna.

—¿De verdad quieres oírlo? —preguntó Thomas—. ¿Cuántos días nos quedan para cruzar las montañas hasta llegar al refugio seguro?

—Cinco días, tío. Pero ya sabes que no podemos ir por ahí con este sol sin nada que nos proteja. Vas a hablar, luego dormiremos y después nos partiremos la espalda caminando toda la noche. Adelante.

—Bien —respondió Thomas, y se preguntó qué habrían hecho mientras estaba fuera, pero se dio cuenta de que no importaba demasiado—. Las preguntas al final,

niños —nadie se rió ni tan siquiera sonrió, así que tosió y se dio prisa en continuar—. Los de CRUEL fueron los que vinieron y se me llevaron. Seguí desmayándome, pero me condujeron a unos médicos que me curaron del todo. Les oí que decían algo de que se suponía que no tenía que haber pasado, que la pistola era un factor que no se esperaban. La bala me produjo una infección grave y supongo que consideraron que no había llegado mi hora.

Unos rostros inexpresivos se le quedaron mirando. Thomas sabía que para ellos sería difícil aceptarlo, incluso tras relatarles la historia entera.

—Me limito a contaros lo que oí.

Continuó explicando más cosas con todos los detalles que podía recordar, y también la conversación que oyó desde la cama. Los patrones de la zona letal y los candidatos. Más cosas sobre las Variables. Nada había tenido demasiado sentido la primera vez y menos aún ahora que intentaba recordarlo palabra por palabra. Los clarianos, Jorge y Brenda, parecían tan frustrados como él mismo.

—Bueno, eso aclara mucho las cosas —dijo Minho al final—. Debe de tener algo que ver con todos esos carteles sobre ti en la ciudad.

Thomas se encogió de hombros.

—Me alegro de que estés tan contento de verme vivo.

—Eh, si quieres ser el líder, a mí me trae sin cuidado. Y sí que estoy contento de verte vivo.

—No, gracias. Quédate tú el puesto.

Minho no respondió. Thomas no podía negar que los letreros eran una carga para él. ¿Qué significaba que CRUEL quisiera que él fuese el líder? ¿Y qué debía hacer al respecto?

Newt se puso de pie, frunciendo el ceño por la concentración.

—Entonces, todos somos candidatos potenciales para algo. Y quizá el propósito de toda esta puñetera clonc por la hemos pasado sea deshacerse de los no aptos. Pero, por alguna razón, todo el rollo de la pistola y la bala oxidada no formaba parte de las… pruebas normales. Las Variables o como se llamen. Si Thomas tiene que estirar la pata, se supone que no será de una maldita infección.

Thomas frunció los labios y asintió. Le parecía un buen resumen.

—Lo que significa que nos están observando —añadió Minho—, como en el Laberinto. ¿Alguien ha visto una cuchilla escarabajo corriendo por aquí?

Varios clarianos negaron con la cabeza.

—¿Qué coño es una cuchilla escarabajo? —preguntó Jorge.

Thomas respondió:

—Un pequeño lagarto mecánico que nos espiaba con unas cámaras en el Laberinto.

Jorge puso los ojos en blanco.

—Por supuesto. Perdona la pregunta.

—El Laberinto, sin duda, era algún tipo de instalación cubierta —dijo Aris—. Pero ahora no estamos dentro de nada. Aunque puede que usen satélites o cámaras de largo alcance, supongo.

Jorge se aclaró la garganta.

—¿Qué tiene Thomas que le hace tan especial? Primero esos carteles de la ciudad donde pone que es el auténtico líder y luego bajan hasta aquí para salvarle el culo cuando se pone malito —miró a Thomas—. No quiero ser mezquino, muchacho, tan sólo tengo curiosidad. ¿Qué te hace mejor que el resto de tus colegas?

—No soy especial —contestó Thomas, aunque sabía que estaba ocultando algo, pero desconocía el qué—. Ya has oído lo que han dicho. Tenemos muchas formas de morir aquí fuera, pero por un tiro no era una de ellas. Creo que habrían salvado a cualquiera al que hubieran herido de bala. No se trataba de mí, fue la pistola la que lo lió todo.

—Aun así —replicó Jorge con una sonrisita—, creo que me pegaré a ti a partir de ahora.

Empezaron unas cuantas discusiones más, pero Minho no dejó que duraran mucho. Insistió en que todos necesitaban dormir si planeaban caminar de noche. Thomas no protestó. Estaba más cansado a cada segundo que pasaba sentado con aquel aire caliente, sobre aquel suelo caliente. Quizá fuera su cuerpo curándose, quizás el calor. Fuera como fuera, el sueño le llamaba.

No tenían mantas ni almohadas, así que Thomas se acurrucó en el suelo, en el mismo sitio en que estaba sentado, y apoyó la cabeza sobre sus brazos cruzados. Brenda, de algún modo, acabó junto a él, aunque no dijo nada ni tampoco le tocó. Thomas no sabía si alguna vez llegaría a comprenderla.

Respiró profunda y lentamente, cerró los ojos y se entregó al descanso, a la pesada sensación de somnolencia que empezaba a tirar de él hacia las profundidades. Los sonidos a su alrededor parecieron apagarse y el aire se volvió más denso. La calma le invadió y luego vino el sueño.

• • •

El sol todavía resplandecía en el cielo cuando una voz sonó en su mente y le despertó; la voz de una chica. Teresa.

Después de días y días de completo silencio, Teresa empezó a hablarle telepáticamente, de repente, con una descarga de palabras:

Tom, no intentes responderme, tan sólo escucha. Algo terrible va a pasarte

mañana, algo espantoso. Te van a hacer daño y vas a asustarte mucho. Pero tienes que confiar en mí. No importa lo que ocurra, no importa lo que veas, no importa lo que oigas, no importa lo que pienses. Tienes que confiar en mí. No podré hablar contigo.

Hizo una pausa, pero Thomas estaba tan asombrado y se esforzaba tanto por comprender lo que le había dicho —por asegurarse de recordarlo— que no pudo pronunciar palabra antes de que empezara de nuevo:

Tengo que irme. No sabrás nada de mí durante un tiempo.

Otra pausa.

No hasta que volvamos a estar juntos.

Thomas trató de encontrar algo que decir, pero la voz de la chica y su presencia se escabulleron y le dejaron vacío una vez más.

Capítulo 43

A Thomas le costó un buen rato volver a dormirse.

No le cabía duda de que había sido Teresa. Ninguna duda. Justo como antes, cuando hablaban entre ellos, había percibido su presencia, sentido sus emociones. Había estado con él, aunque fuera por poco tiempo. Y al marcharse, había sido como volver a abrir una vez más aquel enorme vacío interior. Como si durante los días que estuvo desaparecida, un líquido espeso se hubiera filtrado lentamente y llenado esa cámara tan sólo para ser absorbido de nuevo al venir ella y marcharse.

Además, ¿a qué se refería con que le iba a pasar algo espantoso, pero que tenía que confiar en ella? No lo entendía lo suficiente para encontrarle sentido. Y a pesar de lo terrible que era su advertencia, sus pensamientos seguían centrándose en la última parte, en el hecho de poder estar juntos de nuevo. ¿Era una sarta de falsas esperanzas? ¿O acaso ella pensaba que lo conseguiría y todo acabaría bien? ¿Que se reunirían? Las posibilidades pasaban a gran velocidad por su cabeza, pero todas parecían estrellarse contra un deprimente callejón sin salida.

El día se hacía cada vez más caluroso mientras Thomas no paraba de dar vueltas, perseguido por sus pensamientos. Casi se había acostumbrado a que Teresa no estuviera, lo que le ponía enfermo. Para colmo, creía que la había traicionado al dejar que Brenda fuera su amiga, al acercarse a ella.

Irónicamente, su primer impulso fue extender el brazo y despertar a Brenda para contárselo. ¿Estaría mal aquello? Se sentía tan frustrado y estúpido que quería gritar, algo estupendo para alguien que intentaba volver a dormirse con aquel calor espantoso.

El sol había recorrido medio camino hasta el horizonte antes de que por fin lo consiguiera.

• • •

Se sentía un poco mejor a última hora de la tarde cuando Newt le despertó. La breve visita de Teresa a su mente le parecía ahora un sueño. Casi podía creerse que nunca había sucedido.

—¿Has dormido bien, Tommy? —preguntó Newt—. ¿Cómo va ese hombro?

Thomas se incorporó y se restregó los ojos. Aunque no podía haber dormido más de tres o cuatro horas, su sueño fue profundo y tranquilo. Se frotó el hombro para comprobarlo y volvió a sorprenderse una vez más.

—La verdad es que parece bastante bien. Me duele un poco, pero no mucho. Cuesta creer que antes me doliese tanto.

Newt echó un vistazo a los clarianos, que se preparaban para marcharse, y volvió

a mirar a Thomas.

—No hemos hablado mucho desde que nos fuimos del maldito dormitorio. No hemos tenido tiempo de sentarnos a tomar un té, supongo.

—Sí.

Por alguna razón, aquello hizo que Thomas pensara en Chuck y todo el dolor causado por su muerte reapareció enseguida. Eso le hizo volver a odiar a aquella gente y a su mente acudió la frase que le había dicho Teresa: «No sé cómo CRUEL puede ser buena».

—¿Eh?

—¿Recuerdas lo que escribió Teresa en su brazo cuando despertó? ¿O no te enteraste? Ponía «CRUEL es buena». Me cuesta creerlo —el sarcasmo en su voz no fue sutil.

Newt tenía una extraña sonrisa en la cara.

—Bueno, te acaban de salvar la puñetera vida.

—Sí, son unos santos.

Thomas no podía negar que estaba confundido. Le habían salvado la vida; también sabía que había trabajado para ellos. Pero no tenía ni idea de lo que significaba todo aquello.

Brenda, que había estado agitándose mientras dormía, se incorporó por fin y emitió un gran bostezo.

—Buenos días. O noches. Lo que sea.

—Otro día vivos —respondió Thomas, y luego se percató de que Newt tal vez no estaba al tanto de quién era Brenda. No tenía ni idea de lo que había ocurrido en el grupo desde que le dispararon—. Supongo que habéis tenido tiempo de presentaros, ¿no? Si no, Brenda este es Newt. Newt, Brenda.

—Sí, ya nos conocemos —Newt extendió el brazo hacia Brenda y le estrechó la mano con sorna —. Pero gracias otra vez por asegurarte de que no le pasara nada al culo de este mariquita mientras estabais de fiesta.

Un amago de sonrisa se reflejó en la cara de la chica.

—De fiesta. Sí. Sobre todo me gustó la parte en la que unas personas intentaron cortarnos las narices —una expresión de vergüenza mezclada con desesperación cruzó su rostro—. Supongo que no tardaré mucho en ser uno de esos psicópatas.

Thomas no sabía cómo responder a eso.

—Seguramente no te quede mucho más que a nosotros. Recuerda que…

Brenda no le dejó terminar:

—Sí, lo sé. Me vais a llevar a la cura mágica. Lo sé —a continuación se levantó. Era evidente que la conversación había terminado.

Thomas miró a Newt y se encogió de hombros. Entonces Newt se puso de rodillas y se inclinó para susurrarle:

—¿Es tu nueva novia? Se lo voy a contar a Teresa —se rió por lo bajo y se marchó.

Thomas se quedó allí sentado un minuto, abrumado por toda la situación. Teresa, Brenda, sus amigos. La advertencia que había recibido. El Destello. El hecho de que tan sólo tenían unos pocos días para atravesar aquellas montañas. CRUEL. Lo que fuera que les esperara en el refugio seguro y en el futuro.

Demasiado. Todo era demasiado. Debía dejar de pensar. Tenía hambre, y eso podía resolverlo; así que se levantó y fue a buscar algo de comer. No decepcionó a Fritanga.

• • •



Partieron justo cuando el sol se ocultó bajo el horizonte, tiñendo de púrpura la polvorienta tierra naranja. Thomas estaba agarrotado y exhausto, se moría por retirarse un rato a relajar los músculos.

Poco a poco, las montañas se convirtieron en sombras de picos recortados que se hacían cada vez más altos a medida que se acercaban. No había una falda en la cordillera; el valle se extendía hasta un punto en que el suelo subía hacia los cielos en riscos y pendientes empinadas. Todo era marrón y feo, sin vida. Thomas esperaba encontrar un sendero después de haber llegado tan lejos.

Nadie habló mucho mientras avanzaban. Brenda se mantuvo cerca, pero callada; ni siquiera hablaba con Jorge. A Thomas no le gustaba nada cómo estaban ahora, lo incómoda que era la situación entre Brenda y él. La chica le caía bien, probablemente mejor que nadie, aparte de Newt y Minho. Y de Teresa, por supuesto.

Newt se le acercó tras caer la oscuridad, con las estrellas y la luna como únicas guías. Su luz era suficiente. No se necesitaba mucho más cuando el terrero era llano y tan sólo se tenía que caminar hacia la pared de roca que se erguía delante. El *crac crac crac* de sus pisadas sobre la tierra inundaba el aire.

—He estado pensando —dijo Newt.

—¿En qué?

A Thomas en realidad no le importaba, tan sólo estaba contento de tener a alguien con quien hablar para quitarse preocupaciones de la cabeza.

—En CRUEL. Rompieron sus malditas reglas contigo, ¿sabes?

—¿Y?

—Dijeron que no había reglas. Dijeron que teníamos mucho tiempo para llegar al maldito refugio seguro y eso era todo. Sin reglas. La gente muriéndose a diestro y siniestro, y entonces vienen en un puñetero monstruo volador y te salvan el culo. No

tiene sentido —hizo una pausa—. No es que me esté quejando… Me alegro de que estés vivo y todo eso.

—Vaya, gracias.

Thomas sabía que era un buen comentario, pero estaba harto de pensar en aquello.

—Y luego están todos esos carteles de la ciudad. Es raro.

Thomas miró a Newt, sin poder apenas ver la cara de su amigo.

—¿Qué pasa, estás celoso o qué? —preguntó, intentando reírse de la situación. Trataba de ignorar que aquellos carteles tenían que ser importantes.

Newt se rió.

—No, pingajo. Tan sólo me muero por saber qué es lo que está pasando. De qué va todo esto.

—Sí —Thomas asintió. No podía estar más de acuerdo—. La mujer dijo que sólo unos cuantos éramos buenos candidatos. Y sí, dijo que yo era el mejor candidato y que no quería que muriera por algo que ellos no habían planeado; pero no sé qué significa todo eso. Tiene que ver con toda la clonc de los patrones de las zonas letales.

Siguieron caminando alrededor de un minuto antes de que Newt volviera a hablar:

—No vale la pena devanarnos los sesos, supongo. Lo que tenga que pasar, pasará.

Thomas estuvo a punto de contarle lo que Teresa le había dicho mentalmente, pero, por algún motivo, no le pareció correcto. Se quedó en silencio y, al final, Newt se alejó; de nuevo, Thomas continuó caminando solo en la oscuridad.

• • •



Pasaron un par de horas antes de que surgiera otra conversación, esta vez con Minho. Intercambiaron muchas palabras, pero sin decir demasiado. Pasaba el tiempo y repetían las mismas preguntas que habían pasado por sus cabezas millones de veces.

Thomas sentía las piernas un poco cansadas, pero no demasiado. Las montañas se hallaban cada vez más cerca. El aire se enfrió considerablemente; se volvió maravilloso. Brenda seguía callada y distante.

Y continuaban avanzando.

• • •



Cuando los primeros indicios del alba le dieron al cielo un tono azul oscuro y las estrellas empezaron a titilar para dar paso a un nuevo día, Thomas por fin tuvo el valor de acercarse a Brenda para hablar. Los riscos se alzaban ahora; árboles muertos y trozos de rocas desperdigadas se veían con claridad. Llegarían al pie de la cordillera cuando el sol asomara por el horizonte, Thomas estaba seguro.

—Eh —le dijo—, ¿qué tal van tus pies?

—Muy bien —respondió ella sucintamente, pero enseguida volvió a hablar, quizá para intentar compensar su parquedad—: ¿Y tú? Parece que ya tienes bien el hombro.

—No puedo creer lo bien que está. Apenas me duele.

—Estupendo.

—Sí —se quebró la cabeza tratando de pensar en algo que añadir—. Bueno, eh… Perdona por todo lo raro que pasó. Y… por todo lo que dije. Tengo la cabeza hecha un lío.

La muchacha le miró y Thomas distinguió un poco de ternura en sus ojos.

—Por favor, Thomas; lo último que te hace falta es pedir disculpas —volvió a mirar al frente—. Tan sólo somos diferentes. Además, tienes a esa novia tuya. No debería haber intentado besarte y toda esa mierda.

—En realidad, no es mi novia —se arrepintió de haberlo dicho en cuanto salió de sus labios; ni siquiera sabía de dónde lo había sacado.

Brenda resopló.

—No seas tonto. Y no me insultes. Si te vas a resistir a esto —hizo una pausa y se señaló con la mano desde la cabeza a los pies, con una sonrisa burlona—, será mejor que sea por un buen motivo.

Thomas se rió, y toda la tensión y la incomodidad que sentía desaparecieron por completo.

—Ya lo pillo. Además, seguro que besas de pena.

La chica le dio un puñetazo en el brazo, por suerte, en el sano.

—No podrías estar más equivocado. Te lo digo yo.

Thomas estaba a punto de replicar algo estúpido cuando se paró en seco. Alguien que por poco chocó con él desde atrás le rodeó con paso ligero, pero no supo quién. Tenía los ojos clavados delante y se le había paralizado el corazón.

El cielo se había aclarado considerablemente y la cuesta de las montañas se hallaba a tan sólo unos metros de distancia. A medio camino entre aquí y allí, una chica había aparecido de la nada, como si hubiese ascendido del suelo. Y caminaba hacia ellos a paso rápido. En las manos llevaba una larga vara de madera con una hoja de aspecto desagradable atada en el extremo.

Era Teresa.

Capítulo 44

Thomas no sabía cómo tomarse lo que veía. No sintió sorpresa o alegría al ver que Teresa estaba viva; ya sabía que lo estaba: le había hablado mentalmente justo el día anterior. Pero verla en persona le animó. Hasta que recordó su advertencia de que algo malo iba a suceder. Hasta que pensó en el hecho de que la chica estaba sujetando una lanza afilada.

Los demás clarianos la vieron a continuación y no tardaron en detenerse, boquiabiertos, para observar cómo Teresa marchaba hacia ellos, con las manos aferradas al arma y la expresión dura como una piedra. Parecía estar dispuesta a acuchillar lo primero que se moviera.

Thomas dio un paso al frente sin estar muy seguro de lo que planeaba hacer. Pero entonces le detuvieron más movimientos.

A ambos lados de Teresa, aparecieron chicas; ellas también parecían haber salido de la nada. Thomas se volvió para mirar a sus espaldas. Estaban rodeados por al menos veinte chicas. Y todas llevaban armas, desde cuchillos a espadas oxidadas, pasando por machetes mellados. Varias de las chicas tenían arcos y flechas, cuyas puntas amenazantes ya estaban apuntando al grupo de clarianos. Thomas sintió un inquietante temor. A pesar de lo que Teresa había dicho sobre que iba a suceder algo malo, estaba seguro de que no iba a dejar que aquella gente le hiciera daño. ¿Verdad?

De repente, el Grupo B le vino a la cabeza. Y el tatuaje en el que ponía que supuestamente tenían que matarle.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando Teresa se detuvo a unos diez metros del grupo. Sus compañeras hicieron lo mismo y formaron un círculo completo alrededor de los clarianos. Thomas se dio la vuelta otra vez para asimilarlo todo. Cada una de sus nuevas visitantes estaba rígida, con los ojos entrecerrados y el arma delante, preparada. Los arcos eran lo que más le asustaba; él y los demás no tendrían posibilidad de actuar antes de que esas flechas volaran y le dieran a alguien en el pecho.

Se paró de cara a Teresa, que tenía los ojos fijos en él.

Minho habló primero:

—¿De qué va esta mierda, Teresa? Bonita forma de saludar a unos viejos amigos.

Al mencionar el nombre de Teresa, Brenda se dio la vuelta y miró a Thomas, que la señaló con un gesto rápido de la cabeza, y la sorpresa en su rostro le entristeció por algún motivo.

Teresa no respondió a la pregunta y un silencio inquietante se adueñó del grupo. El sol continuaba saliendo, avanzando lentamente hacia el punto donde les abrasaría su calor insoportable.

Teresa volvió a caminar hacia ellos y se detuvo a unos tres metros de donde

Minho y Newt estaban uno junto otro.

—¿Teresa? —preguntó Newt—. ¿Qué demonios…?

—Cállate —respondió. No fue brusca ni le gritó. Lo dijo de forma calmada y con convicción, lo que asustó aún más a Thomas—. Y si cualquiera de vosotros se mueve, los arcos empezarán a disparar.

Teresa levantó su lanza hasta una mejor posición de lucha, la movió adelante y atrás al pasar junto a Newt y Minho y entre los clarianos, como si estuviera buscando algo. Llegó hasta Brenda y se paró. No mediaron palabra, pero el odio entre ellas era patente. Teresa la pasó de largo sin abandonar su mirada glacial.

Y entonces se colocó enfrente de Thomas. El joven intentó convencerse de que ella nunca usaría su arma contra él, pero no era fácil cuando tenía la punta afilada delante.

—Teresa —susurró antes de poder contenerse.

A pesar de la lanza, a pesar de la dura expresión en su rostro, a pesar de sus músculos en tensión como si estuviera a punto de rajarle, lo único que quería era extender la mano hacia ella. No podía evitar recordar el beso que le había dado. En cómo le había dejado.

La chica no se movió; siguió clavándole la mirada con una expresión indescifrable, salvo por el evidente enfado.

—Teresa, ¿qué…?

—Calla.

La misma voz calmada, una orden rotunda. No sonaba como ella.

—Pero ¿qué…?

Teresa retrocedió, movió el extremo de su lanza y le dio en la mejilla derecha. Una explosión de dolor le recorrió el cráneo y el cuello; cayó de rodillas con una mano sobre la cara, donde le había dado.

—He dicho que te calles —extendió el brazo, lo agarró de la camisa y tiró hasta que estuvo otra vez de pie. Recolocó las manos en la vara de madera y le apuntó—. ¿Te llamas Thomas?

Se la quedó mirando boquiabierto. El mundo se derrumbaba sobre él, aunque se decía a sí mismo que ella le había advertido; le había dicho que confiara en ella a pesar de las circunstancias.

—Ya sabes quién…

La chica movió la lanza con aún más violencia y el extremo que no tenía hoja chocó contra su cabeza, justo en la oreja. El dolor fue el doble de fuerte que en el primer golpe; gritó, agarrándose la cabeza. Pero esta vez no se cayó.

—¡Ya sabes quién soy! —gritó.

—Sí, antes lo sabía —repuso con un tono suave y a la vez asqueado—. Te lo preguntaré una vez más: ¿te llamas Thomas?

—¡Sí! —le contestó chillando—. ¡Me llamo Thomas!

Teresa asintió y empezó a apartarse de él con la punta de la hoja todavía apuntándole al pecho. La gente se apartó de su camino mientras pasaba por el grupo y se reunía con el círculo de chicas que los rodeaba.

—Te vienes con nosotras —dijo—, Thomas. Vamos. Recordad: si alguien intenta algo, las flechas volarán.

—¡Ni hablar! —gritó Minho—. No os lo vais a llevar a ninguna parte.

Teresa actuó como si no le hubiera oído, con los ojos clavados en Thomas y aquella extraña mirada entrecerrada.

—Esto no es una broma. Voy a empezar a contar; cada vez que diga un múltiplo de cinco, mataremos a uno de vosotros con una flecha. Lo haremos hasta que Thomas sea el último que quede y después nos lo llevaremos de todos modos. Depende de vosotros.

Por primera vez, Thomas advirtió que Aris actuaba de manera extraña. Estaba a unos pasos a la derecha de Thomas y seguía girándose, despacio y en círculo, mirando a las chicas una a una, como si las conociera muy bien. Pero mantuvo la boca cerrada.

«Claro», pensó Thomas. Si aquel era de verdad el Grupo B, Aris había estado con ellas. Las conocía bien.

—¡Uno! —gritó Teresa.

Thomas no quería arriesgarse. Avanzó entre la gente hasta que llegó al espacio abierto y fue directo hacia Teresa. Ignoró los comentarios de Minho y el resto, lo ignoró todo. Con los ojos clavados en Teresa, tratando de no mostrar emoción, caminó hasta que sus narices casi se rozaron.

Era lo que deseaba de todas formas, ¿no? Quería estar con ella. Incluso si se había vuelto contra él. Incluso si CRUEL la había manipulado, como a Alby o a Gally. Por lo que sabía, le habían vuelto a borrar la memoria. No importaba. Parecía que la chica hablaba en serio y no podía arriesgarse a que alguien disparara una flecha a uno de sus amigos.

—Muy bien —dijo—. Aquí me tienes.

—Sólo he contado hasta uno.

—Sí, soy así de valiente.

Le golpeó con la lanza tan fuerte que Thomas no pudo evitar caerse de nuevo al suelo. La mandíbula y la cabeza le ardían. Escupió y vio que la sangre salpicaba la tierra.

—Traed la bolsa —ordenó Teresa desde arriba.

De reojo, vio a dos chicas caminando hacia él, con las armas escondidas en algún sitio. Una de ellas, una joven de piel morena con el pelo casi rapado al cero, sostenía un gran saco deshilachado, de arpillera. Se detuvieron a medio metro de distancia y

Thomas retrocedió a gatas, temiendo hacer algo más por miedo a que le dieran otra paliza.

—¡Nos lo llevamos! —gritó Teresa—. Si alguien nos sigue, le golpearé de nuevo y empezaremos a dispararos. No nos molestaremos en apuntar. Dejaremos que las flechas vuelen como ellas quieran.

—¡Teresa! —exclamó Minho—. ¿Has cogido el Destello tan rápido? Está claro que se te ha ido la cabeza.

El extremo de la lanza chocó contra la parte trasera de la cabeza de Thomas; este cayó de bruces y unas estrellas negras nadaron en el suelo a unos centímetros de su rostro. ¿Cómo podía hacerle algo así?

—¿Quieres decir algo más? —preguntó Teresa. Tras un momento de silencio, añadió—: Ya decía yo. Cubridle con el saco.

Unas manos le agarraron por los hombros con violencia y le dieron la vuelta para ponerlo de espaldas. Al cogerle le clavaron los dedos en la herida de bala, lo que le hizo sentir un gran dolor por primera vez desde que CRUEL le curó.

Gimió. Unas caras que ni siquiera parecían enfadadas se cernieron sobre él cuando las dos chicas colocaron el extremo abierto del saco directamente sobre su cabeza.

—No te resistas —dijo la chica morena con la cara brillante por el sudor— o será peor.

Thomas estaba perplejo. Sus ojos y su voz irradiaban auténtica compasión por él. Pero sus siguientes palabras no podían haber sido más diferentes:

—Será mejor que cooperes y nos dejes matarte. No te beneficiará en nada sufrir por el camino.

El saco se deslizó sobre su cabeza y lo único que pudo ver fue una desagradable luz marrón.

Capítulo 45

Lo movieron sobre el suelo hasta que el saco se deslizó y cubrió todo su cuerpo. Después ataron el extremo abierto en la parte de sus pies con una cuerda, anudándola bien fuerte y envolviendo los extremos alrededor de su cuerpo; para mayor seguridad, hicieron otro nudo justo encima de su cabeza.

Thomas notó que el saco se tensaba y que tiraban de su cabeza hacia arriba. Se imaginó a las chicas sujetando los extremos de aquella cuerda larguísima. Aquello sólo podía significar una cosa: iban a arrastrarlo. No podía soportarlo más y empezó a retorcerse, aunque sabía lo que le esperaba.

—¡Teresa! ¡No me hagas esto!

Esta vez, un puño le dio en pleno estómago y le hizo soltar un alarido. Intentó doblarse en dos, sujetarse la cintura, pero el maldito saco se lo impidió. Le entraron náuseas; las contuvo e intentó conservar la comida.

—Puesto que no te importa lo que te suceda —dijo Teresa—, vuelve a hablar y empezaremos a disparar a tus amigos. ¿Te parece bien?

Thomas no respondió; emitió un sollozo, desesperado por el dolor. ¿De verdad había pensado el día anterior que las cosas iban a mejorar? Con la infección y la herida curadas, lejos de la ciudad de los raros, con tan sólo una rápida aunque dura caminata a través de las montañas que había entre ellos y el refugio seguro… Ya tenía que habérselo figurado después de todo por lo que había pasado.

—¡Lo he dicho en serio! —gritó Teresa a los clarianos—. No avisaremos. Si nos seguís, las flechas empezarán a volar.

Thomas la vio de perfil, arrodillada junto a él, y oyó cómo crujían sus rodillas sobre la tierra. Entonces la chica le agarró por la tela del saco y pegó su cabeza a la suya, con la boca a tan sólo un par de centímetros de su oído. Empezó a susurrar, tan débilmente que Thomas tuvo que esforzarse por oírla, tuvo que concentrarse para separar sus palabras de la brisa:

—Ya no puedo hablarte telepáticamente. Recuerda que debes confiar en mí.

Thomas, sorprendido, se obligó a mantener la boca cerrada.

—¿Qué le estás diciendo?

Aquello lo preguntó una de las chicas que sujetaba la cuerda pegada a la bolsa.

—Le informo de lo mucho que estoy disfrutando de esto. De lo mucho que disfruto de mi venganza. ¿Te importa?

Thomas jamás había sentido tal arrogancia en ella. O era muy buena actriz o había empezado a volverse loca, puesto que hacía gala de doble personalidad.

—Bueno —respondió la otra chica—, me alegra que te estés divirtiendo tanto, pero tenemos que darnos prisa.

—Lo sé —asintió Teresa. Agarró a Thomas de los laterales de su cabeza con

todavía más fuerza y le zarandeó. Después, apretó la boca contra el áspero tejido, empujándola hacia su oreja. Cuando habló, de nuevo con aquel cálido susurro, sintió su aliento caliente a través de la tela del saco—: Aguanta. Acabará pronto.

Aquellas palabras adormecieron el cerebro de Thomas; no tenía ni idea de qué pensar. ¿Estaba siendo sarcástica?

Le soltó y se retiró.

—Vale, salgamos de aquí. Aseguraos de chocar con todas las piedras que podáis por el camino.

Sus captoras empezaron a caminar, arrastrándole tras ellas. Notaba el terreno lleno de baches conforme tiraban de él; el gran saco no le proporcionaba ninguna protección. Dolía. Arqueó la espalda y apoyó todo el peso sobre los pies para que sus zapatos fueran la zona más castigada por los impactos. Pero sabía que no resistiría eternamente.

Teresa caminaba a su lado mientras tiraban de su cuerpo. Podía distinguirla a través de la arpillera.

Entonces Minho empezó a gritar, pero su voz se perdía en la distancia porque el sonido del arrastre sobre la tierra le dificultaba entenderlo. Pero lo que sí oyó Thomas, sin embargo, le dio un poco de esperanza. Entre nombres confusos y no muy halagüeños, Thomas oyó las palabras «os encontraremos», «el momento adecuado» y «armas».

Teresa volvió a darle un puñetazo en el estómago y Minho se calló.

Y avanzaron por el desierto, mientras Thomas rebotaba sobre la tierra como un saco de ropa sucia.

• • •

Thomas se imaginó cosas horribles mientras se desplazaban. Sus piernas se debilitaban a cada segundo y sabía que en cualquier momento tendría que bajar el cuerpo al suelo. Imaginó las heridas sangrantes, las cicatrices permanentes.

Pero quizá no importaba. Planeaban matarle de todas formas.

Teresa le había pedido que confiara en ella. Y aunque le costaba mucho hacerlo, estaba intentando creerla. ¿Acaso todo lo que le había hecho desde que reapareció con las armas y el Grupo B era, en realidad, una actuación? Si ese no era el caso, ¿por qué seguía susurrándole que confiara en ella?

Thomas le dio vueltas en la cabeza al asunto hasta que ya no pudo concentrarse más. Le estaban dejando el cuerpo en carne viva y sabía que debía encontrar el modo de evitar que cada centímetro de su piel quedara arañado.

Las montañas le salvaron.

Cuando empezaron a subir la empinada cuesta, sin duda les resultó difícil arrastrar el cuerpo por el suelo como antes. Intentaron moverlo a tirones, dejándolo

caer un par de metros para luego volver a tirar de él. Finalmente, Teresa dijo que sería más fácil llevarlo de los hombros y los tobillos. Y que lo harían por turnos.

A Thomas se le ocurrió una idea tan obvia que pensó que tal vez estaba pasando algo por alto:

—¿Por qué no me dejáis que vaya andando? —preguntó a través de la arpillera con la voz amortiguada y áspera por la sed—. Bueno, tenéis armas. ¿Qué voy a hacer?

Teresa le dio una patada en el costado.

—Cállate, Thomas. No somos idiotas. Estamos esperando a que tus amigos clarianos no nos vean.

Hizo lo que pudo por reprimir su quejido cuando le asestó una patada en la caja torácica.

—¿Eh? ¿Por qué?

—Porque eso es lo que nos han ordenado. ¡Ahora cállate!

—¿Por qué le cuentas eso? —susurró una de las otras chicas con dureza.

—¿Qué importa? —respondió Teresa, sin ni siquiera tratar de ocultar lo que estaba diciendo—. Vamos a matarle de todos modos. ¿A quién le importa si sabe que es lo que nos dijeron que hiciéramos?

«Nos dijeron que hiciéramos —pensó Thomas—. CRUEL».

Una chica distinta intervino:

—Bueno, ya apenas puedo verlos. En cuanto lleguemos a esa grieta de ahí, estaremos fuera de su vista y nunca nos encontrarán. Incluso aunque nos sigan.

—Muy bien —contestó Teresa—, llevémosle hasta ahí.

Unas manos agarraron a Thomas y le izaron al aire. Por lo que veía a través del saco, Teresa y tres de sus nuevas amigas le estaban llevando. Caminaron con cuidado entre las rocas, rodeando árboles muertos, sin dejar de subir. Las oía respirar con dificultad, olía su sudor y las odiaba cada vez más a cada nueva sacudida que daban. Incluso a Teresa. Intentó de nuevo llegar hasta su mente, para salvar su confianza en ella, pero no estaba allí.

La caminata montaña arriba continuó por lo menos una hora, con algunas paradas aquí y allá para que las chicas cambiaran de sitio. Como mínimo, habían doblado la distancia desde que dejaron a los clarianos. El sol estaba alcanzando un punto en el que resultaría peligroso, el calor era sofocante. Pero entonces rodearon una enorme pared, el suelo se aplanó un poco y hubo sombra. El aire más fresco era un alivio.

—Muy bien —dijo Teresa—, soltadlo.

Sin más ceremonia, la obedecieron y Thomas se golpeó contra el suelo con un fuerte gruñido. Aquello le dejó sin respiración y se quedó allí, intentando recuperar el aliento mientras comenzaban a desatar las cuerdas. Cuando consiguió respirar con normalidad, ya le habían quitado el saco.

Parpadeó, mirando a Teresa y sus amigas. Todas le apuntaban con sus armas, lo que parecía ridículo. De algún rincón, sacó un poco de valentía:

—Chicas, debéis de tener un alto concepto de mí, las veinte con cuchillos y machetes y yo sin nada; me siento muy especial.

Teresa retrocedió con su lanza.

—¡Espera! —gritó Thomas, y ella se detuvo. Alzó las manos para defenderse y, despacio, se puso de pie—. Mira, no voy a intentar nada. Llevadme a donde sea que vayamos y entonces dejaré que me matéis como un chico bueno. De todos modos, no tengo una fuca cosa por la que vivir.

Miró directamente a Teresa al decir aquello y trató de poner el máximo rencor posible en sus palabras. Todavía se aferraba a la pequeña esperanza de que aquello terminara teniendo sentido, pero, fuera como fuera, después de cómo le habían tratado, no estaba de muy buen humor.

—Vamos —replicó Teresa—, estoy harta. Entremos en el Paso para poder dormir lo que queda de día. Esta noche empezaremos a cruzarlo.

La chica de piel oscura que había ayudado a meterlo en el saco fue la siguiente en hablar:

—¿Y qué hacemos con este tío, al que hemos estado arrastrando las últimas horas?

—No te preocupes, le mataremos —contestó Teresa—. Le mataremos tal y como nos dijeron que hiciéramos. Es su castigo por lo que me hizo.

Capítulo 46

Thomas no podía imaginarse lo que Teresa pretendía decir con su última afirmación. ¿Qué le había hecho? Pero su mente se entumeció mientras caminaban y caminaban y caminaban, por lo visto de vuelta al campamento del Grupo B. Un ascenso continuo cuesta arriba, el esfuerzo le quemaba las piernas. Un risco escarpado a la izquierda les mantenía a la sombra mientras avanzaban, pero todo seguía siendo rojo, marrón y caliente. Seco. Polvoriento. Las chicas le dieron unos sorbos de agua, pero estaba seguro de que cada gota se evaporaba antes de llegarle al estómago.

Alcanzaron una gran hendidura en la pared este justo cuando el sol del mediodía estallaba sobre sus cabezas, una gran bola de fuego dorada que se cernía sobre ellos, abrasándolos hasta casi convertirlos en cenizas. La cueva, poco profunda, entraba unos doce metros en la pared de la montaña; aquel era obviamente su campamento y parecía como si llevaran allí uno o dos días. Había mantas esparcidas, los restos de un fuego y algo de basura amontonada en un rincón. Tan sólo había tres personas —chicas, como el resto— cuando llegaron, lo que significaba que habían creído que necesitaban a casi todo el grupo para secuestrar a Thomas.

¿Con sus arcos y flechas, sus cuchillos y machetes? Menuda tontería. Con tan sólo unas cuantas se hubieran apañado.

Por el camino, Thomas se había enterado de algunas cosas. La chica de piel oscura se llamaba Harriet, y la que siempre la acompañaba, de pelo rubio rojizo y una piel muy blanca, era Sonya. Aunque no estaba seguro, supuso que aquellas dos habían estado al mando la mayor parte del tiempo hasta que llegó Teresa. Actuaban con cierta autoridad, pero al final siempre la respetaban a ella.

—Vale —dijo Teresa—, atémosle a ese árbol feo —señaló el esqueleto, blanco como un hueso, de un roble cuyas raíces aún se aferraban al suelo rocoso aunque, debía de llevar muerto años y años—. Y podríamos también darle de comer para que no proteste y se queje durante todo el día, manteniéndonos despiertas.

«Está pasándose un poco, ¿no?», pensó Thomas. Fueran cuales fueran sus auténticas razones, sus palabras comenzaban a resultarle un poco ridículas. Ya no podía negarlo más: estaba empezando a odiarla de verdad, sin importar lo que hubiera dicho al principio.

No se resistió mientras le ataban el torso al tronco y le dejaban las manos libres. En cuanto lo tuvieron bien atado, le dieron algunas barras de cereales y una botella de agua. Nadie le hablaba ni le miraba a los ojos. Y, por extraño que parezca, le dio la impresión, de que todas se sentían un poco culpables. Empezó a comer y, mientras lo hacía, se fijó en lo que le rodeaba. Sus pensamientos vagaron por todo aquel lugar mientras las demás empezaban a prepararse para dormir durante el resto del día. Algo no estaba bien en todo aquello.

La actitud de Teresa no le parecía teatral. Nunca se lo había parecido. ¿Sería posible que estuviese haciendo exactamente lo contrario de lo que había dicho? ¿Pretendía hacerle creer que podía confiar en ella cuando su verdadero plan había sido y era…?

Sobresaltado, recordó el cartel que había en la puerta del dormitorio de la chica. La Traidora. Se había olvidado completamente hasta aquel momento. Las cosas empezaban a tener más sentido.

CRUEL era quien mandaba. Ellos eran los supervivientes de ambos grupos. Si le ordenaran que le matase, ¿lo haría? ¿Para salvarse a sí misma? ¿Y qué era aquella frase que había soltado sobre que Thomas le había hecho algo? ¿Estaban manipulando sus pensamientos? ¿Estaban acaso haciendo que ya no le gustara?

Además estaban su tatuaje y los letreros de la ciudad. El tatuaje le había avisado; los carteles proclamaban que él era el auténtico líder. La etiqueta junto a la puerta de Teresa había sido otro aviso. Aun así, no tenía armas y estaba atado a un árbol. El Grupo B le superaba en número, eran más de veinte y todas tenían armas. Era facilísimo.

Suspiró al terminar su comida y se sintió un poco mejor físicamente. Y aunque no sabía muy bien de qué iba todo aquello, confiaba en estar a punto de comprenderlo. No podía abandonar.

Harriet y Sonya tenían sus camastros cerca, no dejaban de mirarle con disimulo mientras se preparaban para dormir. De nuevo, Thomas se percató de las expresiones de vergüenza o culpa y lo consideró una oportunidad para luchar por su vida mediante palabras.

—Vosotras en realidad no queréis matarme, ¿verdad? —preguntó en un tono que insinuaba que las había pillado mintiendo—. ¿Alguna vez habéis matado a alguien?

Harriet le lanzó una mirada asesina justo cuando iba apoyar la cabeza sobre un montón de mantas. Se incorporó sobre un hombro.

—Según lo que nos contó Teresa, escapamos de nuestro Laberinto tres días antes que tu grupo. Hemos perdido menos gente y matado más laceradores para conseguirlo. Creo que acabar con un adolescente del montón no nos costará demasiado.

—Piensa en la culpa que sentirás.

Tan sólo le quedaba esperar que aquella idea profundizara en ellas.

—Lo superaremos.

Le sacó la lengua —¡sí, le sacó la lengua!—, luego recostó la cabeza y cerró los ojos.

Sonya se sentó con las piernas cruzadas; no parecía que fuera a dormirse pronto.

—No nos queda más remedio. CRUEL nos dijo que ese era nuestro único cometido. Si no lo hacemos, no nos dejarán entrar en el refugio seguro. Moriremos

aquí, en la Quemadura.

Thomas se encogió de hombros.

—Eh, lo entiendo. Me sacrificáis por vosotras. Muy noble.

Se lo quedó mirando un buen rato y él tuvo que luchar por no bajar la mirada. Al final, ella apartó la suya y se tumbó de espaldas a Thomas.

Teresa se acercó con el ceño fruncido por el enfado.

—¿De qué estáis hablando?

—De nada —masculló Harriet—. Le he dicho que se calle.

—Cállate —ordenó Teresa.

Thomas soltó una risotada sarcástica.

—¿Qué vas a hacer si no lo hago, matarme?

No dijo nada, se limitó a mirarle con el rostro inexpresivo.

—¿Por qué me odias de repente? —preguntó Thomas—. ¿Qué es lo que te he hecho?

Sonya y Harriet se dieron la vuelta para escuchar mientras miraban a uno y a otro.

—Ya sabes lo que hiciste —espetó Teresa—. Igual que todas aquí. Se lo he contado. Pero aun así, no me rebajaría a tu nivel para intentar matarte. Tan sólo lo hacemos porque no nos queda más remedio. Lo siento, la vida es dura.

¿Había visto algo en sus ojos?, se preguntó Thomas. ¿Qué trataba de decirle?

—¿De qué estás hablando, rebajarte a mi nivel? Nunca he matado a un amigo para salvarme el culo. Nunca.

—Ni yo tampoco. Por eso me alegro de que no seamos amigos —empezó a darse la vuelta.

—¿Y qué es lo que te he hecho? —preguntó Thomas enseguida—. Perdona, creo que tengo un lapsus mental. Bueno, ya sabes que tenemos muchos problemas de memoria por aquí. Recuérdamelo.

Teresa se dio la vuelta y le fulminó con la mirada.

—No me insultes. No te atrevas a sentarte ahí y hacer como que no ha pasado nada. Ahora cállate o te partiré esa bonita cara tuya.

Se fue a zancadas y Thomas se quedó callado. Después se movió hasta que estuvo cómodo, con la cabeza apoyada en la madera muerta del árbol. La situación actual apestaba, pero estaba decidido a resolverla y sobrevivir.

Al final se durmió.

Capítulo 47

Thomas durmió de manera irregular, dando vueltas de un lado a otro, intentando encontrar una postura cómoda sobre la dura roca. Finalmente, cayó en un profundo letargo y entonces vino el sueño.

• • •



Thomas tiene quince años. No sabe cómo lo sabe, pero tiene algo que ver con la sincronización del recuerdo. ¿Es un recuerdo?

Teresa y él están frente a un enorme panel de pantallas que muestran imágenes distintas del Claro y del Laberinto. Algunas secuencias se mueven y él sabe por qué: esas tomas vienen de las cuchillas escarabajo y, de vez en cuando, tienen que cambiar de posición. Cuando lo hacen, es como mirar a través de los ojos de una rata.

—No puedo creer que estén todos muertos —dice Teresa.

Thomas está confundido. Una vez más, no entiende muy bien lo que está sucediendo. Está dentro de ese chico que se supone que es él, pero no sabe de lo que está hablando Teresa. Es evidente que no se refiere a los clarianos. En una pantalla ve a Minho y Newt caminando hacia el bosque; en otra, Gally está sentado en un banco. Entonces Alby grita a alguien que Thomas no reconoce.

—Sabíamos que pasaría —responde al final, sin estar seguro de por qué lo dice.

—Aun así, cuesta aceptarlo —no se miran, tan sólo analizan las pantallas—. Ahora depende de nosotros. Y de la gente del cuartel.

—Eso es bueno —contesta Thomas.

—Casi lo siento tanto por ellos como por los clarianos. Casi.

Thomas se pregunta qué significa aquello mientras su versión más joven del sueño se aclara la garganta.

—¿Crees que hemos aprendido suficiente? ¿Crees que podremos lograrlo ahora que han muerto los creadores originales?

—Tenemos que hacerlo, Tom —Teresa se acerca a él y le coge de la mano. Él la mira, pero no comprende su expresión—. Todo está en su lugar. Tenemos un año para enseñar a los sustitutos y prepararnos.

—Pero no está bien. ¿Cómo podremos pedirles que…?

Teresa pone los ojos en blanco y le aprieta la mano hasta que le duele.

—Ya saben en lo que se están metiendo. No hables más así.

—Sí —de alguna manera, Thomas sabe que esa versión de sí mismo en la visión

que está teniendo se siente muerto por dentro. Sus palabras no significan nada—. Lo único que importa ahora son los patrones. La zona letal. Nada más.

Teresa asiente.

—No importa los que mueran o salgan heridos. Si las Variables no funcionan, acabarán del mismo modo. Todos terminarán igual.

—Los patrones… —dice Thomas.

Teresa le aprieta la mano.

—Los patrones.

• • •



Cuando se despertó, bajo una luz de un gris apagado mientras el sol se hundía en un horizonte que no alcanzaba a ver, Harriet y Sonya estaban sentadas a un par de metros de él. Ambas le miraban de un modo extraño.

—Buenas noches —dijo con falso entusiasmo y el sueño perturbador todavía fresco en su mente—. ¿Puedo ayudarles en algo, señoritas?

—Queremos saber lo que sabes —respondió Harriet en voz baja.

La niebla del sueño persistente desapareció enseguida.

—¿Por qué debería ayudaros?

Quería sentarse y pensar en lo que había soñado, pero notaba que algo había cambiado, lo veía en los ojos de Harriet, y no podía desaprovechar la oportunidad de salvarse.

—No creo que te queden muchas más opciones —repuso Harriet—. Pero si compartes lo que más o menos sabes o lo que has averiguado, quizá podamos ayudarte nosotras a ti.

Thomas miró a su alrededor en busca de Teresa, pero no la vio.

—¿Dónde está…?

Sonya le interrumpió:

—Dijo que quería explorar el terreno para ver si tus amigos nos habían seguido. Se fue hace una hora.

En su cabeza, Thomas podía ver a la Teresa del sueño. Observando aquellos monitores, hablándoles de creadores muertos y de la zona letal. Hablando de patrones. ¿Cómo encajaba todo aquello?

—¿Te has olvidado de cómo hablar?

Sus ojos se centraron en Sonya.

—No, ummm… ¿Significa esto que os habéis pensado mejor lo de matarme?

Aquellas palabras le sonaron ridículas y se preguntó cuánta gente a lo largo de la

historia habría hecho una pregunta como aquella.

Harriet sonrió con suficiencia.

—No saques conclusiones precipitadas. Y no pienses que nos hemos vuelto honradas. Digamos que tenemos nuestras dudas y queremos hablar, pero no tienes muchas posibilidades.

Sonya continuó su línea de pensamiento:

—La posición más inteligente ahora mismo parece que es hacer lo que nos ordenaron. Nosotras somos más que tú. Vamos, hombre. Si tuvieras que escoger, ¿qué harías?

—Estoy segurísimo de que no me mataría.

—No seas capullo. No tiene gracia. Si pudieras elegir y las opciones fueran morir tú o morir todas nosotras, ¿con cuál te quedarías? Es tú o nosotras.

Su expresión reflejaba mucha seriedad y la pregunta le llegó a Thomas como un golpazo en el pecho. Tenía razón, en cierto modo. Si eso fuera cierto —que todas morirían si no se deshacían de él—, ¿cómo iba a esperar que no le mataran?

—¿Vas a contestar? —insistió Sonya.

—Estoy pensando —hizo una pausa y se secó un poco el sudor de la frente. Una vez más, el sueño trató de arrastrarse hasta su mente y tuvo que apartarlo—. Vale, voy a seros sincero; lo prometo. Si estuviera en vuestro lugar, elegiría no matarme.

Harriet puso los ojos en blanco.

—Para ti es muy fácil decirlo, puesto que tu vida pende de un hilo.

—No es sólo eso. Creo que es algún tipo de prueba y quizá no deberíais hacerlo —a Thomas se le aceleró el ritmo del corazón. Lo que acababa de decir iba en serio, pero dudaba que le creyeran aunque intentara explicarlo—. A lo mejor deberíamos compartir lo que sabemos e intentar comprenderlo.

Harriet y Sonya intercambiaron una larga mirada. Finalmente, Sonya asintió y luego Harriet dijo:

—Tuvimos nuestras dudas sobre todo este rollo desde el principio. Hay algo que no está bien; así que será mejor que hables. Pero antes reunamos aquí a todo el mundo.

Se levantaron para despertar a las otras.

—Daos prisa —pidió Thomas mientras se preguntaba si en serio tendría posibilidades de salir de aquel lío—. Será mejor que lo hagamos antes de que vuelva Teresa.

Capítulo 48

No tardaron mucho en reuniríàs a todas. Thomas se imaginaba que la intriga por lo que el chico casi muerto tenía que decir era demasiada para dejarla pasar. Las chicas se colocaron en un grupo compacto delante de él y él continuó atado al árbol feo y sin vida.

—Muy bien —dijo Harriet—. Habla tú primero y luego seguiremos nosotras.

Thomas asintió y se aclaró la garganta. Empezó a hablar, aunque no había planeado aún lo que iba a decir:

—Todo lo que sé de vuestro grupo es lo que me ha contado Aris; por lo visto, pasamos más o menos por lo mismo dentro del Laberinto. Pero desde que escapamos, muchas cosas han sido diferentes. Y no estoy seguro de lo que sabéis sobre CRUEL.

Sonya intervino:

—No mucho.

Aquello animó a Thomas, le hizo sentir que tenía ventaja. Y le parecía un gran error por parte de Sonya haberlo admitido.

—Bueno, me he enterado de muchas cosas sobre ellos. Todos nosotros somos especiales de alguna manera. Nos han hecho pruebas porque tienen planes para nosotros —hizo una pausa, pero nadie tuvo ninguna reacción especial, así que continuó—: Muchas de las cosas que nos hacen no tienen sentido para nosotros porque son parte de las pruebas, lo que CRUEL llama las Variables. Para ver cómo reaccionamos en ciertas situaciones. No lo entiendo todo, ni siquiera un poco, pero creo que todo esto de matarme es otra treta. Otra mentira. Así que… creo que no es más que otra Variable para ver cómo reaccionaremos.

—En otras palabras —le interrumpió Harriet—, quieres que arriesguemos nuestras vidas por esta deducción brillante.

—¿No lo veis? Matarme no tiene ningún propósito. Quizá sea una prueba para vosotras, no lo sé. Pero sí sé que os puedo servir de ayuda si estoy vivo, no si estoy muerto.

—O —replicó Harriet— nos están poniendo a prueba para ver si tenemos las agallas de matar al líder de nuestra competencia. ¿Será ese el propósito? ¿Ver qué grupo vence? ¿Eliminar a los débiles y dejar a los fuertes?

—Ni siquiera he sido el líder, ese es Minho —Thomas negó con la cabeza firmemente—. No, pensadlo. ¿Cómo vais a demostrar fuerza al matarme? Me superáis en número y tenéis un montón de armas. ¿Cómo prueba eso quién es el más fuerte?

—Entonces, ¿con qué tiene que ver? —preguntó una chica del fondo.

Thomas hizo una pausa para escoger con cuidado las palabras.

—Creo que es una prueba para ver si pensáis por vosotras mismas, si cambiáis los

planes y tomáis decisiones racionales. Y cuantos más seamos, más posibilidades tendremos de llegar al refugio seguro. Matarme no tiene sentido, no beneficia a nadie. No habéis demostrado ninguna fuerza al capturarme. Demostradles que no lo aceptaréis todo a ciegas.

Se calló y se apoyó, relajado, en el árbol. No se le ocurría nada más. Ahora dependía de ellas. Lo había hecho lo mejor posible.

—Interesante —opinó Sonya—. Me suena mucho a lo que diría una persona desesperada que va a morir.

Thomas se encogió de hombros.

—Creo que es la verdad, en serio. Si me matáis, habréis suspendido una prueba real que CRUEL os ha lanzado.

—Sí, me apuesto lo que sea a que te lo crees —replicó Harriet, y se levantó—. Mira, para serte sincera, hemos estado pensando el mismo tipo de cosas. Pero queríamos saber lo que tenías que decir. El sol no tardará en ponerse y estoy segura de que Teresa volverá en cualquier momento. Lo hablaremos cuando llegue.

Thomas volvió a hablar enseguida, preocupado porque Teresa no estuviese convencida:

—¡No! Bueno, ella es la que parece tener más ganas de matarme —lo dijo, aunque en el fondo esperaba que no fuese verdad. A pesar de lo mal que le había tratado, estaba seguro de que no iba a cometer un asesinato—. Creo que vosotras deberíais tomar la decisión.

—Tranquilo —contestó Harriet con media sonrisa en su rostro—, si decidimos no matarte, no habrá nada que pueda hacer. Pero si… —se calló y una extraña expresión le cruzó el rostro. ¿Estaba preocupada por haber dicho demasiado?—. Ya veremos.

Thomas intentó no mostrar su alivio. Tal vez hubiera apelado un poco a su orgullo, pero intentaba que sus esperanzas no aumentaran demasiado.

Thomas observó mientras las chicas recogían sus pertenencias y guardaban las cosas en mochilas —¿de dónde las habrían sacado?, se preguntó— para preparar el viaje nocturno, adondequiera que este fuese. Conversaciones entre murmullos y susurros flotaban en el aire mientras seguían mirando en su dirección, sin duda discutiendo sus palabras.

La oscuridad aumentaba por momentos y Teresa por fin apareció en el lugar por donde se había ido antes. Enseguida se percató de que había algo diferente, quizá por la forma en que todas no dejaban de mirarlos a ella y a Thomas.

—¿Qué? —preguntó con la misma expresión dura del día anterior.

Fue Harriet la que contestó:

—Tenemos que hablar.

Teresa parecía confundida, pero fue al otro lado del hueco en el risco con el resto del grupo. Unos susurros furiosos resonaron de inmediato, pero Thomas no distinguió

ni una palabra de lo que dijeron. Su estómago se contrajo anticipando el veredicto.

Desde donde estaba, observó que la conversación se enardecía y Teresa se mostraba más irritada que nadie. Contempló cómo se intensificaba su expresión mientras trataba de defender su postura. Parecía que era ella contra el resto, lo que a Thomas le ponía muy nervioso.

Al final, justo cuando se había hecho casi totalmente de noche, Teresa se volvió, se alejó a zancadas del grupo de chicas y se marchó del campamento, hacia el norte. Se había echado la lanza por encima de un hombro y la mochila colgaba del otro. Thomas contempló cómo se marchaba hasta que desapareció entre las estrechas paredes del Paso.

Volvió a mirar al grupo, en el que muchas parecían aliviadas, y Harriet se acercó a él. Sin mediar palabra, se arrodilló y desató la cuerda que le sujetaba al árbol.

—¿Y bien? —preguntó al final Thomas—. ¿Habéis decidido algo, chicas?

Harriet no contestó hasta que estuvo liberado por completo; luego se sentó sobre sus talones y le miró mientras sus oscuros ojos reflejaban la débil luz de las estrellas y la luna.

—Es tu día de suerte. Hemos decidido no matar tu culo raquítico después de todo. No puede ser una coincidencia que todas hayamos estado pensando lo mismo.

Thomas no sintió la ráfaga de alivio esperada. En aquel momento se dio cuenta de que ya sabía que aquella iba ser su decisión.

—Pero te digo una cosa —añadió Harriet al levantarse, y le ofreció la mano para que él hiciera lo mismo—: a Teresa no le gustas. Yo me vigilaría las espaldas si estuviera en tu lugar.

Thomas dejó que Harriet le ayudara a ponerse de pie, mientras la confusión y el dolor luchaban en su interior. Teresa de verdad quería verlo muerto.

Capítulo 49

Thomas estuvo callado mientras comía con el Grupo B y se preparaba para marcharse. No tardaron en comenzar a atravesar el oscuro paso de las montañas, en dirección al refugio seguro que se suponía que les esperaba al otro lado. Se le hacía extraño de repente mostrarse simpático con aquella gente después de lo que le habían hecho, pero actuaban como si no hubiera ocurrido nada fuera de lo normal. Le trataban, bueno, como a una de las chicas.

Pero sí mantuvo un poco la distancia y se quedó rezagado, preguntándose si podía confiar plenamente en aquel cambio de opinión respecto a él. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? Aunque Harriet y el resto le dejaran marchar, ¿debía intentar encontrar a su propio grupo, a Minho y Newt y todos los demás? Estaba desesperado por volver con sus amigos y con Brenda. Pero sabía que el tiempo se agotaba y no tenía agua ni comida para conseguirlo él solo. Tenía que esperar que hallaran ellos mismos el camino al refugio seguro.

Así que siguió caminando, cerca del Grupo B, pero a cierta distancia.

Pasaron un par de horas y no le acompañaban más que altos riscos y el crujir de la tierra y las piedras bajo sus pies. Era bueno estar otra vez en movimiento, estirar las piernas y los músculos. Aunque la fecha límite se acercaba y quién sabía qué obstáculos podrían surgir a continuación. ¿O las chicas tenían planeado algo distinto para él? Pensó mucho en los sueños que había estado teniendo, pero aún no podía encajarlo todo para entender de verdad lo que sucedía.

Harriet empezó a caminar más despacio hasta que ambos estuvieron al lado.

—Perdona por arrastrarte por el desierto en una bolsa —dijo.

No podía ver muy bien la cara de la chica con aquella luz tan tenue, pero se imaginaba que estaría sonriendo con complicidad.

—Ah, no pasa nada, estuvo bien que me llevaran un rato —Thomas sabía que tenía que poner de su parte, mostrar algo de humor. No podía confiar en las chicas totalmente, pero no le quedaba más remedio.

Harriet se rió, un sonido que le tranquilizó un poco.

—Sí, bueno, el hombre de CRUEL nos dio unas instrucciones muy específicas sobre ti. Pero fue Teresa la que se obsesionó. Matarte fue casi idea suya.

Aquello le dolió, pero por fin tenía la oportunidad de averiguar alguna cosa y no iba a dejarla escapar.

—¿Ese tipo iba vestido con un traje blanco y parecía una especie de rata humana?

—Sí —contestó sin vacilar—. ¿Es el mismo tío que habló con vuestro grupo?

Thomas asintió.

—¿Cuáles fueron… las instrucciones específicas que os dio?

—Bueno, la mayoría de nuestro viaje ha sido por túneles subterráneos. Por eso no

nos visteis en el desierto. Lo primero que se suponía que teníamos que hacer fue aquella cosa extraña, cuando Teresa y tú hablasteis en aquel edificio en la parte sur de la ciudad. ¿Te acuerdas?

A Thomas se le cayó el alma a los pies. ¿Ya estaba con el grupo entonces?

—Eh… sí, me acuerdo.

—Bueno, seguramente ya lo sabes, pero todo fue teatro. Una especie de ensayo para daros una falsa seguridad. Incluso nos dijo que de algún modo… la controlaron el tiempo suficiente para que te besara. ¿Es cierto?

Thomas dejó de caminar, se inclinó y apoyó las manos en las rodillas. Se había quedado sin aliento. Ya estaba. Oficialmente ya no tenía ninguna duda: Teresa se había vuelto contra él. O quizá nunca había estado de su lado.

—Sé que esto apesta —dijo Harriet en voz baja—. Parece que te han usado para que creas estar muy unido a ella.

Thomas se incorporó y respiró lenta y profundamente.

—Es… que… esperaba que fuera al revés. Que la estuvieran obligando a hacernos daño y que hubiera conseguido separarse lo suficiente… para besarme.

Harriet le puso una mano en el brazo.

—Desde que se unió a nosotras, te ha descrito como a un monstruo que le hizo algo terrible, aunque nunca nos contó el qué. Pero tengo que decirte que no eres para nada como te describió. Seguramente ese es el verdadero motivo por el que cambiamos de opinión.

Thomas cerró los ojos e intentó calmar su corazón. Entonces se lo sacudió de encima y continuó caminando.

—Vale, cuéntame el resto. Necesito oírlo. Todo.

Harriet empezó a caminar a su mismo ritmo.

—Todo lo demás sobre las instrucciones de matarte tiene que ver con capturarte en el desierto como lo hicimos y traerte hasta aquí. Incluso nos dijeron que te dejáramos en la bolsa hasta que perdiéramos de vista al Grupo A. Después… bueno, el gran día se supone que es pasado mañana. Se supone que hay un lugar construido en la montaña, en la parte norte. Un lugar especial para… matarte.

Thomas quiso detenerse de nuevo, pero siguió avanzando.

—¿Un lugar? ¿Qué significa eso?

—No lo sé. Tan sólo nos dijo que sabríamos qué hacer cuando llegáramos allí —hizo una pausa y chasqueó los dedos como si se le hubiera ocurrido algo—. Me apuesto lo que sea a que allí es donde fue antes Teresa.

—¿Por qué? ¿A qué distancia estamos del otro lado?

—La verdad es que no tengo ni idea.

Se quedaron callados y continuaron caminando.

• • •



Tardaron más de lo que Thomas había supuesto. Mediaba su segunda noche de marcha cuando unos gritos delante anunciaron que habían llegado al final del Paso. Thomas, que iba a la zaga del grupo, echó a correr para alcanzarlas; estaba desesperado por ver qué había en la parte norte de la cordillera. De un modo u otro, su destino le aguardaba allí.

El grupo de chicas se había apiñado en una banda ancha de roca irregular que se abría en abanico desde el estrecho cañón del Paso antes de caer en una pronunciada pendiente hasta el pie de la montaña. La luna en tres cuartos brillaba sobre el valle delante de ellos, tiñéndolo de púrpura oscuro y dándole un aspecto misterioso. Y muy llano. No había nada en muchos kilómetros a la redonda, salvo un paisaje yermo y muerto. Absolutamente nada. Ni rastro de algo que pudiera ser un refugio seguro. Y se suponía que estaban a pocos kilómetros.

—A lo mejor es que no podemos verlo.

Thomas no distinguió quién lo dijo, pero sabía que todas las que estaban allí entendían exactamente por qué lo había dicho: intentaba mantener la esperanza.

—Sí —añadió Harriet con aire optimista—. Puede que haya otra entrada a sus túneles subterráneos. Estoy segura de que está ahí.

—¿Cuántos kilómetros más crees que faltan? —preguntó Sonya.

—No pueden quedar más de quince según donde empezamos y lo lejos que nos dijo el hombre que estaba —contestó Harriet—. Probablemente a unos diez o doce kilómetros. Creía que al salir aquí, veríamos un bonito edificio grande con una cara sonriente.

Thomas había estado buscando en la oscuridad todo el tiempo, pero tampoco podía ver nada. Tan sólo un mar de negrura que se extendía hacia el horizonte, cubierto por una cortina de estrellas. Y no había ni rastro de Teresa por ninguna parte.

—Bueno —anunció Sonya—, no nos queda más alternativa que dirigirnos al norte. Deberíamos haber esperado que no fuera fácil. Quizá consigamos llegar al pie de la montaña al amanecer. Y dormir en suelo llano.

Las demás estuvieron de acuerdo con ella, y estaban a punto de continuar por un sendero apenas visible que salía del abanico rocoso cuando Thomas habló:

—¿Dónde está Teresa?

Harriet se volvió para mirarlo y la luz de la luna le bañó la cara con una pálida luminiscencia.

—A estas alturas, la verdad es que no me importa. Si es lo bastante mayor para salir corriendo cuando no consigue lo que quiere, también lo es para alcanzarnos y

encontrarnos cuando se le pase. Vamos.

Siguieron avanzando por el sendero de curvas pronunciadas, con la tierra suelta y las piedras crujiendo bajo sus pies. Thomas no pudo evitar darse la vuelta hacia la pared de la montaña y la estrecha entrada al Paso en busca de algún rastro de Teresa. Estaba muy confundido por todo, pero aun así tenía muchísimas ganas de verla. Miró a través de las oscuras pendientes, pero tan sólo vio sombras borrosas y reflejos del resplandor de la luna.

Se dio la vuelta y empezó a caminar, casi aliviado por no haberla visto.

• • •



El grupo bajó por la montaña, zigzagueando por el sendero, en silencio. Thomas iba a la zaga de nuevo, sorprendido por lo en blanco que estaba su mente. Lo adormecida. No tenía ni idea de dónde estaban sus amigos ni de los peligros que podían estar esperándole.

Tras más o menos una hora de viaje, las piernas empezaron a arderle por la difícil caminata cuesta abajo. El grupo se topó con un foco de árboles muertos que señalaba hacia la montaña en una gran franja. Era como si alguna vez una cascada hubiera regado la zona hasta moldear aquella extraña formación de árboles. Aunque, si así lo hubiera hecho, hasta la última gota se la había tragado la Quemadura.

Thomas, que seguía el último de la fila, estaba pasando junto a los árboles cuando una voz dijo su nombre y se sobresaltó de tal manera que casi se tropezó. Se dio la vuelta para de repente descubrir a Teresa detrás de un grueso nudo de madera blanca, agarrando la lanza con la mano derecha y el rostro oculto entre las sombras. Las demás no debían de haberla oído porque seguían caminando.

—Teresa —susurró—. ¿Qué…? —ni siquiera sabía qué decir.

—Tom, tenemos que hablar —respondió y casi sonó como la chica a la que él creía conocer—. No te preocupes por ellas, ven conmigo —señaló a sus espaldas, hacia los árboles, con una rápida sacudida de cabeza.

Thomas miró a las chicas del Grupo B, que seguían alejándose de él, y se centró de nuevo en Teresa.

—Tal vez deberíamos…

—Vamos. Se ha acabado el teatro.

La chica se dio la vuelta sin esperar una respuesta y entró en el bosque sin vida.

Thomas reflexionó durante un par de segundos; la cabeza le daba vueltas por la confusión y el instinto le gritaba que no lo hiciera. Pero la siguió.

Capítulo 50

Puede que los árboles estuvieran muertos, pero sus ramas tiraban de la ropa de Thomas y le arañaban la piel. La madera blanca resplandecía a la luz de la luna y las rayas y charcos de sombra por el suelo conferían un aire embrujado a todo el lugar. Teresa siguió caminando en silencio. Parecía flotar por la ladera de la montaña como una aparición.

Al fin, Thomas encontró el valor para hablar:

—¿Adónde vamos? ¿De verdad esperas que me crea que todo ha sido puro teatro? ¿Por qué no paraste cuando todas las demás estaban de acuerdo en no matarme?

Pero su respuesta fue extraña. Sin apenas girar la cabeza, le preguntó:

—Has conocido a Aris, ¿no?

No dejó de caminar, siguió avanzando; pero Thomas se detuvo un segundo, totalmente perplejo.

—¿Aris? ¿Cómo le conoces? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

Se apresuró a alcanzarla de nuevo, curioso, pero, por algún motivo, temiendo la respuesta.

Teresa no respondió enseguida y continuó avanzando a través de un peculiar grupo de ramas apretadas; una salió disparada hacia atrás y le dio a Thomas en la cara después de que ella la soltara. En cuanto las dejaron atrás, Teresa se detuvo y se volvió hacia él, justo allí donde un rayo de luna iluminaba su rostro. No parecía contenta.

—Da la casualidad de que conozco a Aris muy bien —dijo con voz tensa—. Mucho más de lo que te va a gustar. No sólo formaba una parte muy importante de mi vida antes del Laberinto, sino que él y yo hablábamos mentalmente, igual que lo hacíamos nosotros. Incluso cuando estaba en el Claro, nos comunicábamos todo el rato. Y sabíamos que al final volverían a reunimos.

Thomas buscó una respuesta. Lo que Teresa acababa de decir era tan inesperado que pensó que debía de ser una broma. Otro truco de CRUEL.

Teresa esperó de brazos cruzados, como si disfrutara al ver cómo se esforzaba el chico por hablar.

—Estás mintiendo —replicó al final—. Lo único que haces es mentir. No entiendo por qué ni lo que ocurre, pero…

—Oh, vamos, Tom —espetó—. ¿Cómo puedes ser tan estúpido? Después de todo lo que te ha pasado, ¿cómo puedes seguir sorprendiéndote? Todo lo nuestro formó parte de una ridícula prueba. Y ya se ha acabado. Aris y yo vamos a hacer lo que nos dijeron, y la vida continuará. CRUEL es todo lo que importa ahora. Ya está.

—¿De qué estás hablando?

No podía sentirse más vacío. Teresa miró más allá de él, por encima de su

hombro. Oyó el chasquido de unas ramitas al romperse en el suelo y tuvo que recurrir a toda su dignidad para no girarse y ver quién aparecía de improviso.

—Tom —dijo Teresa—, Aris está justo detrás de ti y tiene un cuchillo muy grande. Si intentas algo, te cortará el cuello. Vas a venir con nosotros y vas a hacer exactamente lo que te digamos. ¿Comprendes?

Thomas se la quedó mirando y esperó que la rabia que sentía se reflejara claramente en su cara. No había estado tan enfadado en su vida… o en lo que podía recordar de ella.

—Di hola, Aris —ordenó Teresa, y luego hizo lo peor que podía haber hecho: sonrió.

—Hola, Tommy —habló el chico desde atrás. Sin duda era él, aunque no parecía tan simpático como antes—. ¡Qué emoción volver a estar contigo!

La punta de su cuchillo rozó su espalda. Thomas se quedó callado.

—Bueno —dijo Teresa—, al menos estás actuando como un adulto. Sígueme, ya casi hemos llegado.

—¿Adónde vamos? —preguntó Thomas con voz dura.

—Lo sabrás muy pronto.

La chica se dio la vuelta y volvió a caminar entre los árboles, usando su lanza como un bastón.

Thomas se apresuró a seguirla antes de que Aris tuviera la satisfacción de empujarlo. Los árboles se adensaron y el fulgor de la luna *se* alejó. La oscuridad le oprimía, absorbiendo la luz y su vitalidad.

• • •

Llegaron a una cueva cuya entrada tapaba el espeso bosquecillo de árboles como un muro compacto. No avisaron a Thomas. Estaban caminando entre unas ramas espinosas y de pronto se hallaban dentro de un alto y estrecho agujero en la falda de la montaña. Una fuente de luz pálida brillaba al fondo, un rectángulo de horrible luz verde que hizo que Teresa pareciera un zombi cuando se apartó para que entraran ellos dos.

Aris rodeó a Thomas al pasar, con la hoja apuntándole al pecho como una pistola, mientras retrocedía hasta la pared frente a Teresa, en la que se apoyó. Thomas no dejaba de mirarlos. Eran dos personas a las que su instinto había tenido por amistosas. Hasta ahora.

—Bueno, ya hemos llegado —dijo Teresa, mirando a Aris.

El muchacho no apartaba los ojos de Thomas.

—Sí, estamos aquí, muy bien. ¿De verdad consiguió convencer a las otras para que le perdonaran la vida? ¿Qué es, una especie de superpsicólogo?

—En realidad, eso nos ha ayudado. Ha sido más fácil traerle hasta aquí —Teresa

lanzó una mirada condescendiente a Thomas y luego cruzó la cueva hasta Aris. Mientras Thomas observaba, se puso de puntillas, le dio un beso a Aris en la mejilla y sonrió abiertamente—. Estoy muy contenta de que por fin estemos juntos.

Aris sonrió. Le dirigió a Thomas una mirada de advertencia y después se arriesgó a apartar la vista lo bastante para inclinar la cabeza hacia Teresa. Y la besó en los labios.

Thomas apartó los ojos y los cerró. Las veces que le había pedido que confiara en ella, el rápido susurro indicándole que se quedara… todo había sido para llevarlo hasta allí. Para que le costara menos atraerlo a aquel punto. Para que ella pudiera cumplir algún malvado propósito preparado por CRUEL.

—Acabad ya —dijo al final, sin atreverse a abrir los ojos de nuevo. No quería saber lo que estaban haciendo, porque se encontraban callados. Pero quería que supieran que se había rendido—. Acabad ya.

Al no responder, no pudo evitar echar un vistazo. Susurraban entre sí, robándose besos entre palabra y palabra. Algo parecido al aceite hirviendo inundó el estómago de Thomas.

Volvió a apartar la mirada, centrándose en la extraña fuente de luz al fondo de la cueva. Un gran rectángulo de color verde pálido, incrustado en la oscura piedra, latía con un resplandor etéreo. Era tan alto como un hombre y, tal vez, de un metro de ancho. Unas manchas surcaban su superficie desvaída; era una ventana sucia que daba a algo que parecía lodo radiactivo, resplandeciente y peligroso.

Por el rabillo del ojo, vio que Teresa se apartaba de Aris; parecía que habían dejado de besuquearse. La miró, preguntándose si sus ojos mostrarían lo mucho que le había hundido.

—Tom —dijo—, si te sirve de algo, siento mucho haberte hecho daño. Hice lo que tenía que hacer en el Laberinto. Ser colegas me pareció la mejor manera de conseguir los recuerdos que necesitábamos para descifrar el código y escapar. Y aquí en la Quemadura no he tenido muchas opciones. Lo único que teníamos que hacer era traerte hasta aquí para superar las Pruebas. Es tú o nosotros —Teresa se calló un momento y hubo una extraña chispa en su mirada—. Aris es mi mejor amigo, Tom —añadió con calma, sin alterarse.

Y eso fue lo que le hizo estallar.

—¡No… me… importa! —gritó, aunque no había nada más lejos de la verdad.

—Tan sólo digo que si te importo, entonces deberías entender por qué haría todo lo necesario para superar esto y mantenerlo a salvo. ¿No habrías hecho tú lo mismo por mí?

Thomas no podía creer lo lejos que se sentía de la chica a la que una vez consideró su mejor amiga. Incluso en todos sus recuerdos, siempre estaban los dos juntos.

—¿Qué es esto? ¿Estás intentando herirme de todas las formas posibles? ¡Cierra el fuco pico y haz lo que sea que tengas que hacer!

El pecho se le hinchaba por la respiración agitada que había provocado su enfado y su corazón latía a un ritmo mortal.

—Muy bien —respondió Teresa—. Aris, abramos la puerta. Es hora de que Tom se marche.

Capítulo 51

Thomas había terminado de hablar con cualquiera de los dos, pero no iba a hundirse sin luchar. Decidió esperar y ver cuándo se presentaba la mejor oportunidad.

Aris seguía apuntándole con el cuchillo mientras Teresa se dirigía al gran rectángulo de cristal verde iluminado. Thomas no podía negar la curiosidad que le despertaba aquella puerta.

La joven alcanzó un punto donde el resplandor perfilaba su cuerpo entero. Difuminaba su contorno como si estuviera desvaneciéndose. Cruzó la cueva hasta que se apartó completamente de la luz, llegó hasta la pared de piedra y empezó a pulsar con el dedo; probablemente fuera algún tipo de teclado que Thomas no alcanzaba a ver.

Terminó y retrocedió hasta él.

—Veamos si funciona —dijo Aris.

—Seguro que sí —respondió Teresa.

Sonó un fuerte golpe, seguido de un intenso silbido. Thomas observó cómo el borde derecho del cristal empezaba a deslizarse hacia fuera como una puerta. Al abrirse, unas débiles corrientes de bruma blanca se arremolinaron por la ancha abertura y casi de inmediato se evaporaron hasta desaparecer. Era como si un congelador, abandonado durante mucho tiempo, soltara su aire frío en el calor de la noche. La oscuridad acechaba en el interior a pesar de que el rectángulo de cristal continuaba emitiendo su extraño resplandor verde.

Así que la puerta no era una ventana, pensó Thomas. Tan sólo una puerta verde. A lo mejor los residuos tóxicos no eran su futuro inminente. O eso esperaba.

La puerta se paró y golpeó con un chirrido helado la pared de roca mellada. En su lugar, ahora veían un pozo de negrura; no había suficiente luz para revelar lo que le esperaba dentro. La niebla había parado también por completo. Thomas sintió que un abismo de ansiedad se abría bajo sus pies.

—¿Tienes una linterna? —preguntó Aris.

Teresa dejó la lanza en el suelo, se quitó la mochila y rebuscó entre sus contenidos. Al cabo de unos instantes, sacó una linterna y la encendió. Aris señaló con la cabeza la abertura.

—Echa un vistazo mientras le vigilo. No intentes nada, Thomas. Estoy seguro de que lo que han planeado para ti es más fácil que morir acuchillado.

Thomas no respondió, decidido a mantener su patética promesa de permanecer en silencio. Pensó en el cuchillo y en si podría quitárselo a Aris.

Teresa había avanzado hasta el lateral del agujero rectangular abierto e iluminaba el interior con su linterna. La movió arriba y abajo, a izquierda y derecha. Cruzó una fina nube de niebla al hacerlo, pero la escasa bruma era lo bastante clara para revelar

el interior.

Era una habitación pequeña, de tan sólo dos metros de largo. Las paredes parecían estar hechas de algún tipo de metal plateado; sus superficies se veían interrumpidas por minúsculas protuberancias de unos dos centímetros de alto, que terminaban en un negro agujero. Los pequeños nudos o picos estaban separados entre sí unos doce centímetros, formando una rejilla cuadrada por las paredes.

Teresa se volvió hacia Aris mientras apagaba la linterna.

—Parece que está bien —comentó.

Aris giró la cabeza para mirar a Thomas, que había estado tan concentrado en la extraña habitación que había perdido cualquier oportunidad de hacer algo.

—Es exactamente como dijeron que sería.

—Bueno… supongo que esto es todo —dijo Teresa.

Aris asintió, luego se cambió el cuchillo de mano y lo agarró con más fuerza.

—Ya está. Thomas, sé buen chico y entra. Quién sabe, a lo mejor es una gran prueba y en cuanto entres, te dejan marchar y todos podemos volver a reunimos.

—Cállate, Aris —soltó Teresa. Era la primera vez en bastante tiempo que Thomas no tenía ganas de darle un puñetazo al oírla. Entonces se volvió hacia él, sin mirarle a los ojos—. Acabemos ya con esto.

Aris movió su cuchillo para indicarle a Thomas que empezase a caminar.

—Vamos. No me hagas arrastrarte.

Thomas le miró y se esforzó por mantener el rostro impasible mientras su cabeza daba vueltas en muchas direcciones. Una oleada de pánico hirvió en su interior. Era ahora o nunca. Luchar o morir.

Volvió la mirada hacia la puerta abierta y comenzó a andar. A los tres pasos ya estaba a mitad de camino. Teresa se había erguido, con los brazos tensos por si causaba problemas. Aris mantenía su arma apuntando al cuello de Thomas.

Otro paso. Otro. Aris estaba justo a su izquierda, a tan sólo medio metro de distancia. Teresa se hallaba detrás de él, fuera de su vista; y, justo delante de él, la puerta abierta y la extraña habitación plateada con paredes cubiertas de agujeros.

Se detuvo y miró a Aris de reojo.

—¿Qué aspecto tenía Rachel mientras sangraba hasta morir?

Se había arriesgado a lanzárselo por si surtía efecto.

Asombrado y dolido, Aris se quedó helado y le dio a Thomas la fracción de segundo que necesitaba. Saltó hacia el chico y arqueó su brazo izquierdo para quitarle el cuchillo de la mano con un golpe. El arma repiqueteó en las rocas. Thomas le dio un puñetazo a Aris en el estómago, que le hizo caer al suelo mientras, desesperado, intentaba recuperar el aliento.

El sonido del metal contra la roca impidió que Thomas pateara al chico que tenía a sus pies. Alzó la vista y vio que Teresa había cogido su lanza. Se miraron a los ojos

un instante y luego la joven se abalanzó sobre él. Thomas levantó las manos para protegerse, pero era demasiado tarde: la parte trasera del arma giró en el aire y le dio en el lateral de la cabeza. Las estrellas flotaron en sus ojos mientras caía, luchando por mantenerse consciente. En cuanto tocó el suelo, se colocó a gatas para alejarse.

Pero oyó el grito de Teresa y, un segundo después, la madera chocó contra su cabeza. Thomas volvió a derrumbarse de nuevo con un golpazo; algo rezumaba por su pelo y le caía por ambas sienes. El dolor le destrozó la cabeza; era como si le hubieran clavado un hacha en el cerebro. Se extendió al resto de su cuerpo y le entraron náuseas. Consiguió de algún modo despegarse del suelo y se dejó caer sobre la espalda para ver a Teresa levantando su arma hacia él de nuevo.

—Entra en la habitación, Thomas —ordenó la chica entre jadeos—. Entra en la habitación o te golpearé otra vez. Te juro que seguiré haciéndolo hasta que pierdas el conocimiento o te desangres.

Aris se había recuperado y había vuelto a ponerse de pie; estaba justo al lado de ella.

Thomas echó las piernas hacia atrás y dio una patada que acertó en las rodillas de ambos. Gritaron, se doblaron y cayeron el uno encima del otro. El esfuerzo físico le envió un horrible torrente de dolor que le atravesó el cuerpo entero. Unos destellos blancos le cegaron; el mundo daba vueltas. Gimió mientras se esforzaba por moverse, colocarse bocabajo e impulsarse con las manos para ponerse de pie. Apenas se había levantado unos centímetros cuando Aris aterrizó sobre su espalda para aplastarle contra el suelo. De inmediato, el brazo del chico rodeó el cuello de Thomas y apretó.

—Vas a entrar en esa habitación —le soltó al oído—. ¡Ayúdame, Teresa!

Thomas no consiguió reunir fuerzas para quitárselos de encima. El golpe doble en la cabeza le había debilitado, como si los músculos se le hubieran aletargado porque su cerebro no tenía bastante energía para mandarles órdenes. Teresa no tardó en agarrarle de ambos brazos y empezó a arrastrarle hacia la puerta abierta mientras Aris le empujaba. Thomas daba patadas débiles. Las rocas se clavaban en su piel.

—No me hagáis esto —susurró, cediendo ante la desesperación. Con cada palabra que pronunciaba le dolían todos los nervios del cuerpo—. Por favor…

Lo único que veía ahora eran destellos blancos y negros. Se dio cuenta de que era una conmoción cerebral. Tenía una terrible conmoción cerebral.

Apenas estaba consciente cuando cruzó el umbral. Teresa apoyó los brazos de Thomas en el frío metal de la pared del fondo, pasó por encima de él y ayudó a Aris a levantarle las piernas, de modo que quedó desplomado, de cara al lateral. Thomas ni siquiera tenía fuerzas para mirarlos.

—No —dijo, pero fue sólo un susurro.

La imagen del chico enfermo, Ben, al que desterraron del Claro le vino a la mente. Un momento extraño para pensar en eso, pero ahora sabía cómo debió de

sentirse el muchacho en aquellos últimos segundos antes de que las paredes se cerraran de golpe, atrapándole en el Laberinto para siempre.

—No —repitió tan bajo que imaginó que no podrían oírle. Le dolía todo el cuerpo, de la cabeza a los pies.

—Qué cabezota eres —oyó decir a Teresa—. ¡Tenías que ponértelo más difícil! ¡Tenías que ponérnoslo más difícil a nosotros!

—Teresa —susurró Thomas.

Atravesó el dolor e intentó llamarla telepáticamente, aunque llevaba mucho tiempo sin lograrlo.

Lo siento, Tom —le contestó ella—. *Pero gracias por ser nuestro sacrificio.*

No se había dado cuenta de que la puerta se estaba entornando, pero se cerró de golpe justo cuando aquella última palabra flotó hacia sus neblinosos pensamientos.

Capítulo 52

El dorso de la puerta que habían cerrado emitía un brillo verde y convertía la habitación en una terrible y escalofriante prisión. Habría llorado a mares, moqueado y gimoteado como un bebé si no le hubiera dolido tanto la cabeza. El dolor le perforaba el cráneo y tenía los ojos como si estuvieran hirviendo en lava. Pero incluso entonces, y tras pasar por todo aquello, el dolor aún más terrible de perder a Teresa le consumía. No podía quedarse allí llorando.

Perdió la noción del tiempo mientras estuvo allí tumbado. Era como si quienquiera que fuese el que estaba detrás de aquello quisiera darle la oportunidad de reflexionar sobre lo sucedido mientras esperaba el final. Sobre que el mensaje de Teresa de que confiara en ella había terminado siendo un truco cruel que tan sólo aumentaba su falsa traición.

Pasó una hora. Quizá dos o tres. Quizá sólo treinta minutos. No tenía ni idea.

Y entonces empezó el silbido.

La luz débil de la puerta resplandeciente reveló una niebla que salía de los agujeros que salpicaban las paredes metálicas delante de él. Giró la cabeza, lo que le provocó una nueva oleada de dolor en el cráneo, y vio que todas las aberturas expulsaban chorros similares de niebla. Y silbaban como un nido de víboras venenosas retorciéndose.

«¿Y ya está?», pensó.

¿Después de todo por lo que había pasado, después de todos los misterios, las luchas y los breves instantes de esperanza, iban a matarle con algún tipo de gas venenoso? Ridículo, eso era. Ridículo. Se había enfrentado a los laceradores y a los raros, había sobrevivido a un disparo y una infección. CRUEL. ¡Ellos eran los que le habían salvado! ¿Y ahora iban a matarle con un gas?

Se sentó y gritó por el dolor que le provocó. Miró a su alrededor para buscar algo que le permitiera…

Estaba cansado. Muy cansado.

Algo en su pecho iba mal. Se encontraba mal.

El gas.

Cansado. Herido. El cuerpo agotado.

Respiró el gas.

No pudo evitarlo.

Tan… cansado…

Dentro de él. Algo iba mal.

Teresa. ¿Por qué tenía que acabar así?

Cansado…

En algún lugar del límite de su conciencia, supo cuándo su cabeza golpeó contra

el suelo.

Traición.

Tan…

Cansado…

Capítulo 53

Thomas no sabía si estaba muerto o vivo, pero parecía hallarse dormido. Consciente de sí mismo, pero aturdido, se deslizó en otro sueño-recuerdo.

Thomas tiene dieciséis años. Está delante de Teresa y de otra chica que no reconoce.

Y Aris.

¿Aris?

Los tres le están mirando con expresión adusta. Teresa está llorando.

—Tengo que irme —dice Thomas.

Aris asiente.

—Al Golpe y luego al Laberinto.

Teresa no hace más que secarse algunas lágrimas. Thomas extiende una mano y Aris se la estrecha. Luego Thomas hace lo mismo con la chica que no conoce. Entonces Teresa se acerca a él corriendo y le da un abrazo. Está sollozando y Thomas se da cuenta de que también él llora. Sus lágrimas le humedecen el pelo mientras la abraza con fuerza.

—Tienes que irte ya —dice Aris.

Thomas le mira. Espera. Intenta disfrutar de aquel momento con Teresa, su último instante de plena memoria. Nada volverá a ser igual en mucho tiempo.

Teresa le observa.

—Va a funcionar. Todo va a funcionar.

—Lo sé —asiente Thomas. Siente una tristeza que le afecta hasta el último rincón de su ser.

Aris abre la puerta para que Thomas le siga. Thomas así lo hace, pero se las arregla para mirar a Teresa una última vez. Intenta parecer optimista.

—Hasta mañana —dice.

Lo que es cierto, y duele.

• • •



Capítulo 54

Susurros en la oscuridad.

Eso fue lo que Thomas oyó cuando empezó a recuperar el conocimiento. Bajos, pero ásperos, como un papel de lija rozando sus tímpanos. No entendía nada. Estaba tan oscuro que tardó un segundo en darse cuenta de que tenía los ojos abiertos.

Algo frío y duro le apretaba la cara. El suelo. No se había movido desde que el gas le había dejado sin sentido. Parecía increíble, pero ya no le dolía la cabeza. De hecho, no le dolía nada. En su lugar, le invadió una sensación de renovada euforia, que casi le mareaba. A lo mejor tan sólo estaba contento de estar vivo.

Se apoyó sobre las manos y se sentó. Mirar a su alrededor no le sirvió de nada, ni siquiera el más mínimo destello de luz rompía la oscuridad total. Se preguntó qué habría pasado con el resplandor verde de la puerta que Teresa había cerrado.

Teresa.

La exaltación mermó al recordar lo que le había hecho. Pero entonces…

No estaba muerto. A menos que la vida después de la muerte fuera una porquería de habitación oscura.

Descansó unos minutos, dejó que su mente se despertara y se asentara antes de ponerse de pie y empezar a andar a tientas. Tres paredes metálicas con agujeros a la misma distancia unos de otros, en la parte superior. Una pared lisa que parecía estar hecha de plástico. Sin duda, estaba en la misma habitación.

Golpeó la puerta.

—¡Eh! ¿Hay alguien ahí fuera?

Su mente empezó a divagar. Ya había tenido varios sueños-recuerdos. Tenía mucho que procesar, muchas preguntas. Lo primero que le había vuelto a la memoria al pasar por el Cambio en el Laberinto empezaba a verse con claridad, a solidificarse. Había sido parte de los planes de CRUEL, parte de todo aquello. Teresa y él habían estado unidos, incluso eran muy amigos. Todo aquello le parecía bien. Hacerlo por el bien supremo.

Aunque Thomas no se sentía tan bien ahora. Lo único que sentía era rabia y vergüenza. ¿Cómo podía justificarse lo que habían hecho? ¿Lo que CRUEL —ellos mismos— estaba haciendo? Aunque era evidente que no pensaba eso de sí mismo, él y los demás eran unos críos. ¡Críos! Había empezado a detestarse a sí mismo. No estaba seguro de cuándo había llegado a aquel extremo, pero algo se había roto en su interior.

Y luego estaba Teresa. ¿Cómo podía haber tenido aquellos sentimientos por ella?

Algo se partió, silbó e interrumpió el curso de sus pensamientos.

La puerta empezó a abrirse despacio, hacia fuera. Teresa estaba allí, bajo la pálida luz de la primera hora de la mañana, con la cara surcada de lágrimas. En cuanto hubo

suficiente espacio, se lanzó sobre él para rodearle con los brazos, apretando el rostro contra su cuello.

—Lo siento muchísimo, Tom —dijo mientras las lágrimas le mojaban el rostro—. Lo siento tanto… Dijeron que te matarían si no hacíamos todo lo que nos habían ordenado, sin importar lo horrible que fuera. ¡Lo siento, Tom!

Thomas no podía responder, no pudo devolverle el abrazo. Traición. El letrero en la puerta de Teresa, la conversación entre las personas de sus sueños. Las piezas comenzaban a encajar. Por lo que sabía, tan sólo estaba intentando engañarle de nuevo. La traición significaba que ya no podía confiar en ella y su corazón le decía que no podía perdonarla.

En cierto modo, se dio cuenta de que Teresa había mantenido su promesa inicial después de todo. Había hecho aquellas cosas horribles en contra de su voluntad. Lo que le había dicho en la choza era verdad. Pero también sabía que nada volvería a ser igual entre ellos.

Finalmente, apartó a la chica. La sinceridad en sus ojos azules no ayudó mucho a reducir su duda persistente.

—Eh… quizá deberías contarme qué ha pasado.

—Te dije que confiaras en mí —respondió—. Te dije que iban a ocurrirte cosas muy malas. Pero lo malo no era más que un engaño.

Entonces esbozó una sonrisa tan bonita que Thomas deseó encontrar un modo de olvidar lo que había hecho.

—Sí, pero no pareciste contenerte demasiado cuando me pegaste aquella paliza con la lanza y me arrojaste a la cámara de gas.

No podía ocultar la desconfianza que ardía en su corazón. Miró a Aris, que parecía avergonzado, como si se hubiera metido en una conversación privada.

—Lo siento —dijo el chico.

—¿Por qué no me habías dicho que ya nos conocíamos? ¿Qué…? —no sabía qué decir.

—Era todo falso, Tom —insistió Teresa—; tienes que creernos. Nos prometieron desde el principio que no morirías. Que esa cámara tenía un propósito y luego todo terminaría. Lo siento mucho.

Thomas se dio la vuelta hacia la puerta, que seguía abierta.

—Creo que necesito un tiempo para procesar todo esto.

Teresa quería que la perdonara para que todo volviera a ser como antes de inmediato. Y el instinto le decía que ocultara sus amargos sentimientos, pero le costaba mucho.

—¿Qué es lo que ha pasado ahí dentro? —preguntó Teresa.

Thomas volvió a mirarla.

—¿Y si hablas tú primero? Luego hablaré yo. Creo que me lo he ganado.

Teresa intentó cogerle de la mano, pero él la movió, fingiendo que le picaba el cuello. Al ver que una expresión de dolor atravesaba su rostro, sintió unas ligeras ganas de justificarse.

—Mira —dijo ella—, tienes razón. Te mereces una explicación. Creo que podemos contártelo todo ahora, aunque no sabemos muy bien por qué.

Aris se aclaró la garganta, una obvia interjección.

—Pero, ummm, será mejor que lo hagamos mientras caminamos. O corremos. Tan sólo nos quedan unas horas. Hoy es el día.

Aquellas palabras sacaron a Thomas por completo de su estupor. Bajó la vista hacia su reloj. Tan sólo quedaban cinco horas y media si Aris tenía razón en que habían llegado al final de las dos semanas. Thomas había perdido la noción del tiempo, no sabía cuánto rato había estado en la cámara. Nada de aquello importaba si no conseguía llegar al refugio seguro. Tenía la esperanza de que Minho y los demás ya lo hubieran encontrado.

—Muy bien. Olvidémonos de esto por ahora —dijo, y cambió de tema—. ¿Hay algo distinto ahí fuera? Bueno, lo he visto a oscuras, pero…

—Lo sabemos —interrumpió Teresa—. No se ve ningún edificio. Nada. A la luz del día es incluso peor. La tierra yerma se extiende hasta el infinito. No hay ni un árbol ni una colina, y mucho menos un refugio seguro.

Thomas observó a Aris y luego volvió a mirar a Teresa.

—Entonces, ¿qué se supone que debemos hacer? ¿Adónde vamos? —pensó en Minho y Newt, en los clarianos, en Brenda y Jorge—. ¿Habéis visto a alguno de los otros?

Aris respondió:

—Todas las chicas de mi grupo están ahí abajo, caminando hacia el norte como se suponía que debíamos hacer; ya llevan unos tres kilómetros. Vimos a tus amigos al pie de la montaña a dos o tres kilómetros al oeste de aquí. No lo sé seguro, pero me parece que no falta nadie y se dirigen en la misma dirección que las chicas.

El alivio inundó a Thomas. Sus amigos lo habían conseguido, esperaba que todos ellos.

—Tenemos que marcharnos —dijo Teresa—. Que no lo veamos no significa nada. ¿Quién sabe lo que trama CRUEL? Tenemos que limitarnos a hacer lo que nos han dicho. Vamos.

Thomas experimentó un breve instante de rendición; quería sentarse y olvidarlo todo, que pasara lo que tuviera que pasar. Pero casi tan rápido como vino, desapareció.

—Vale, vamos. Pero será mejor que me cuentes todo lo que sabes.

—Sí —respondió Teresa—. Chicos, ¿estáis listos para empezar a correr en cuanto salgamos de estos árboles muertos?

Aris asintió, pero Thomas puso los ojos en blanco.

—Por favor, soy un corredor.

Ella enarcó las cejas.

—Bueno, entonces tan sólo nos queda ver quién se para antes.

Como respuesta, Thomas salió el primero del pequeño claro hacia el bosque sin vida y se negó a pensar demasiado en la tormenta de recuerdos y emociones que intentaba agobiarle.

• • •

El cielo apenas se iluminó cuando llegó la mañana. Aparecieron unas nubes grises y espesas, tan densas que Thomas no habría tenido ni idea de la hora que era de no ser por su reloj.

Nubes. La última vez que había ocurrido…

A lo mejor aquella tormenta no era tan mala. A lo mejor.

En cuanto dejaron el compacto grupo de árboles muertos, no se detuvieron. Un sendero les llevaba hacia el valle, zigzagueaba como una cicatriz irregular en la pared de la montaña. Thomas calculaba que tardarían un par de horas en llegar al final. Correr por las empinadas cuestas resbaladizas parecía una buena manera de romperse un tobillo o una pierna. Y si eso ocurría, nunca lo conseguirían.

Los tres estuvieron de acuerdo en bajar rápido pero seguros y en correr una vez que llegaran a suelo llano. Empezaron a avanzar. Aris, luego Thomas y después Teresa. Las oscuras nubes se arremolinaban sobre sus cabezas mientras el viento soplaba en todas las direcciones. Justo como Aris había dicho, Thomas veía dos grupos de personas separados, abajo, en el desierto. Sus amigos clarianos, no muy lejos de la base de la montaña; y luego el Grupo B, tal vez dos o tres kilómetros más adelante.

Una vez más, Thomas se sintió aliviado y sus pasos parecieron más ligeros al moverse.

Tras la tercera curva pronunciada, Teresa dijo desde atrás:

—Bueno, supongo que empezaré la historia por donde nos quedamos.

Thomas asintió. No podía creer lo bien que se sentía físicamente. Tenía el estómago milagrosamente lleno, el dolor de la paliza se le había quitado y el aire y el viento fresco le hacían sentirse vivo. No tenía ni idea de lo que llevaba el gas que había respirado, pero estaba seguro de que no era venenoso. Aun así, seguía desconfiando de Teresa; no quería mostrarse demasiado simpático.

—Todo empezó cuando estábamos hablando en mitad de la noche, justo después

de que nos rescataran del Laberinto. Estaba medio dormida y, de repente, esa gente entró en mi habitación, vestida de forma extraña. Espeluznante. Con monos anchos y gafas de aviador.

—¿En serio? —preguntó Thomas por encima de su hombro. Parecían los mismos que vio después del disparo.

—Me puse histérica e intenté llamarte, pero la comunicación se cortó. La telepatía, quiero decir. No sé cómo lo supe, pero desapareció. Desde entonces hasta hoy sólo ha vuelto a rachas.

Entonces le habló en la mente:

Ahora me oyes perfectamente, ¿verdad?

Sí. ¿De verdad Aris y tú hablabais cuando estábamos en el Laberinto?

Bueno…

Dejó de hablar y, cuando Thomas volvió a mirarla, tenía una expresión preocupada.

¿Qué pasa?—preguntó, y volvió a centrarse en el sendero antes de que cometiera alguna tontería como tropezarse o caer rodando por la montaña.

No quiero hablar de eso todavía.

—¿De…?

Se calló antes de decirlo en voz alta.

¿Hablar de qué?

Teresa no respondió.

Thomas intentó con todas sus fuerzas gritar dentro de su mente:

¡¿Hablar de qué?!

La chica permaneció en silencio unos segundos más antes de contestar finalmente:

Sí, él y yo estuvimos hablando desde que aparecí en el Claro. Sobre todo cuando estuve en ese estúpido coma.

Capítulo 55

Thomas necesitó hasta la última pizca de su fuerza de voluntad para no parar y volverse hacia ella.

¿Qué? ¿Por qué no me hablaste de él en el Laberinto?

Como si necesitara otro motivo para que no le gustara ninguno de los dos.

—¿Por qué no dejáis de hablar? —preguntó Aris de repente—. Todo el rato cotorreando sobre mí en esas bonitas cabezas vuestras.

Increíblemente, ya no parecía siniestro en absoluto. Era casi como si todo lo ocurrido en el bosque muerto fuera producto de la imaginación de Thomas.

Thomas soltó un resoplido.

—No me lo puedo creer. Vosotros dos habéis estado…

Se calló al darse cuenta de que tal vez no le sorprendía tanto después de todo. Había visto a Aris en los turbios recuerdos de sus más recientes sueños. Era parte de aquello, fuera lo que fuera. Y por el modo en que actuaban entre ellos en aquella breve escena, parecía que estaban en el mismo bando. Al menos, lo estuvieron antes.

—A la clonc —dijo al final Thomas—. Sigue hablando.

—Vale —asintió Teresa—. Hay muchas cosas que explicar, así que a partir de ahora quédate callado y escucha. ¿Lo pillas?

Las piernas de Thomas empezaron a arderle debido al ritmo constante que llevaban por la pendiente.

—De acuerdo, pero… ¿cómo sabes cuándo me estás hablando a mí y cuándo le estás hablando a él? ¿Cómo funciona?

—Funciona y punto. Eso es como si yo te pregunto cómo sabes cuándo le dices a tu pierna derecha que se mueva y cuándo se lo dices a la izquierda. Yo… lo sé. Está incorporado en mi cerebro de algún modo.

—Nosotros también lo hemos hecho, macho —dijo Aris—. ¿No te acuerdas?

—Claro que me acuerdo —masculló Thomas, molesto y frustrado a muchos niveles.

Ojalá se acordara de todo, hasta el último recuerdo; sabía que las piezas encajarían y podría seguir adelante. No entendía por qué CRUEL pensaba que era tan importante borrarles la memoria. ¿Y por qué últimamente algunos recuerdos aislados estaban regresando? ¿Era a propósito o un mero accidente? ¿Un efecto prolongado del Cambio?

Demasiadas preguntas. Demasiadas fucas preguntas, todas ellas sin respuesta.

—Muy bien —dijo al cabo—. Mantendré la boca y el cerebro cerrados. Seguid adelante.

—Podemos hablar de Aris y de mí más tarde. Ya ni me acuerdo de nuestras conversaciones, lo perdí casi todo cuando me desperté. Nuestros comas tenían que ser parte de las Variables, así que quizá podíamos comunicarnos para no volvernos locos. Bueno, colaboramos en montarlo todo, ¿no?

—¿Montarlo todo? —repitió Thomas—. Yo no…

Teresa extendió el brazo y le dio un manotazo en la espalda.

—Creía que ibas a quedarte callado.

—Sí —refunfuñó Thomas.

—Total, esas personas entraron en mi habitación vestidas con aquellos trajes espeluznantes y mi telepatía contigo se cortó. Estaba asustada y tan sólo medio despierta. En parte creía que era sólo una pesadilla. Lo siguiente que supe fue que me pusieron algo sobre la boca que olía fatal y me desmayé. Cuando desperté, estaba tumbada en una cama, en otra habitación, y había gente sentada en sillas al otro lado de esa pared extraña de cristal. No pude verla hasta que la toqué. Era como un campo de fuerza o algo por el estilo.

—Sí —afirmó Thomas—, nosotros tuvimos algo como eso.

—Luego empezaron a hablarme. Fue cuando me contaron todo el plan que Aris y yo teníamos que llevar a cabo, y esperaban que yo se lo dijera. Ya sabes, por telepatía, aunque él estaba en tu grupo. En nuestro grupo, el Grupo A. Me sacaron de mi habitación y me llevaron con el Grupo B; después nos informaron sobre la misión de ir al refugio seguro y dijeron que teníamos el Destello. Estábamos asustadas, confundidas, pero no teníamos alternativa. Fuimos por esos túneles subterráneos hasta que llegamos a las montañas. Evitamos la ciudad. Aquella vez que nos encontramos en aquel pequeño edificio y lo que ocurrió después de que nos topáramos con vosotros en el valle con todas aquellas armas, todo eso estaba planificado.

Thomas pensó en los vagos recuerdos que habían aparecido en sus sueños. Algo le decía que sabía que un escenario como aquel podía ocurrir incluso antes de ir al Claro y al Laberinto. Tenía cientos de preguntas que hacerle a Teresa, pero decidió aguantar un poco más.

Giraron en otra curva prominente y Teresa continuó:

—Sólo sé seguro dos cosas. Me dijeron que si hacía algo en contra de sus planes, te matarían. Dijeron que tenían otras opciones, sea lo que sea lo que signifique eso. Lo segundo que sé es que la razón por la que teníamos que hacerlo era porque debías sentirte totalmente traicionado. El propósito de hacer lo que te hicimos era asegurarnos de que eso ocurría.

De nuevo, Thomas pensó en aquellos recuerdos. Teresa y él habían usado la palabra *patrones* justo antes de que él la dejara. ¿Qué significaba?

—¿Y bien? —preguntó Teresa después de un rato caminando en silencio.

—¿Y bien… qué? —respondió Thomas.

—¿Qué opinas?

—¿Eso es todo? ¿Esa es toda tu explicación? ¿Se supone que ahora tengo que ponerme contento?

—Tom, no podía arriesgarme. Estaba convencida de que te matarían a menos que siguiéramos adelante. Pasara lo que pasara, al final tenías que sentirte totalmente traicionado. Por eso me ensañé tanto contigo. Pero no tengo ni idea de por qué esto era tan importante.

De repente, Thomas se dio cuenta de que toda aquella información le había provocado un nuevo dolor de cabeza.

—Bueno, pues se te dio muy bien. ¿Y qué hay de lo ocurrido en el edificio, cuando me besaste? Y… ¿por qué tenía que estar Aris involucrado en todo esto?

Teresa le agarró del brazo para detenerlo y que se volviera hacia ella.

—Tenían todo calculado. Todo para las Variables. No sé qué tiene que ver.

Thomas negó con la cabeza despacio.

—Bueno, para mí no tiene sentido nada de toda esta mierda. Y perdona si estoy un poco harto.

—¿Funcionó?

—¿Eh?

—Por algún motivo, querían que te sintieras traicionado y ha funcionado. ¿No?

Thomas hizo una pausa y se quedó mirando sus ojos azules durante un buen rato.

—Sí, ha funcionado.

—Perdona por lo que hice. Pero estás vivo y yo también. Y también Aris.

—Sí —repitió. Ya no le apetecía hablar más con ella.

—CRUEL consiguió lo que quería y yo conseguí lo que quería —Teresa miró a Aris, que había seguido caminando un poco y ahora estaba en el siguiente nivel del sendero—. Aris, date la vuelta y mira al valle.

—¿Qué? —respondió. Parecía confundido—. ¿Por qué?

—Tú hazlo.

Teresa ya no tenía aquel deje mezquino en su voz, no lo había tenido desde la cámara de gas, pero había algo que le infundía sospechas. ¿Qué estaba tramando ahora?

Aris suspiró y puso los ojos en blanco, pero le hizo caso y se dio la vuelta.

Teresa no vaciló. Rodeó el cuello de Thomas con los brazos y lo atrajo hacia ella, y él no tuvo la suficiente fuerza de voluntad para resistirse.

Se besaron, pero nada se agitó en el interior de Thomas. No sintió nada.

Capítulo 56

El viento se intensificó, agitándose y arremolinándose.

Un trueno retumbó en el cielo, cada vez más oscuro, y le dio la excusa a Thomas para apartarse de Teresa. Decidió una vez más ocultar sus duros sentimientos. El tiempo se agotaba y todavía les quedaba mucho camino por delante.

Haciendo su mejor actuación, le dedicó una sonrisa a Teresa y dijo:

—Creo que lo pillo. Hiciste un montón de cosas raras, pero te obligaron y ahora estoy vivo. Es eso, ¿no?

—Eso es.

—Entonces, dejaré de pensar en ello. Tenemos que alcanzar a los demás.

La mejor manera para conseguir llegar hasta el refugio seguro era colaborar con Teresa y Aris, y así lo haría. Ya pensaría más tarde en Teresa y en todo lo que había hecho.

—Si tú lo dices… —replicó ella con una sonrisa forzada, como si percibiera que algo no iba bien. O quizá no le gustara la posibilidad de enfrentarse a los clarianos después de lo que había pasado.

—¿Habéis acabado ahí arriba? —gritó Aris, con la vista todavía en la otra dirección.

—¡Sí! —respondió Teresa—. Y no esperes que te bese ni en la mejilla otra vez. Creo que tengo un hongo en el labio.

Thomas casi sintió náuseas al oír aquello. Volvió a bajar por la montaña, moviéndose antes de que Teresa intentara cogerle de la mano.

• • •

Tardaron una hora más en llegar al pie de la montaña. La pendiente se niveló un poco mientras se acercaban, lo que les permitió acelerar el paso. Finalmente, las curvas cesaron y trotaron el último kilómetro hasta llegar a la tierra yerma, plana y desierta que se extendía hasta el horizonte. El aire era caliente, pero el cielo nublado y el viento lo hacían soportable.

Thomas seguía sin distinguir si se habían reunido los Grupos A y B más adelante, sobre todo ahora que había perdido la vista de pájaro y el polvo enturbiaba el aire. Pero tanto los chicos como las chicas seguían caminando en grupos apiñados, en dirección norte. Incluso desde su posición estratégica, parecían reclinarse contra el viento que aumentaba según avanzaban.

A Thomas le picaban los ojos por culpa de la tierra que levantaba el aire. No dejaba de limpiárselos, pero tan sólo lo empeoraba al irritarse la piel de las comisuras. El mundo continuó oscureciéndose conforme las nubes se espesaban en el

cielo sobre sus cabezas.

Tras una breve pausa para comer y beber —las provisiones que les quedaban eran cada vez más limitadas—, los tres se tomaron un momento para observar a los otros grupos.

—Acaban de empezar a subir —dijo Teresa, señalando hacia delante con una mano mientras con la otra se protegía los ojos del viento—. ¿Por qué no corren?

—Porque aún nos quedan tres horas más hasta el plazo máximo —respondió Aris, mirando su reloj—. A menos que lo hayamos calculado mal, el refugio seguro debería de estar a pocos kilómetros a este lado de las montañas. Pero no veo nada.

Thomas odiaba admitirlo, pero la esperanza de que no lo hubieran visto a causa de la distancia se había desvanecido.

—Por cómo se están arrastrando, está claro que ellas tampoco lo ven. No debe de estar ahí. No tienen nada hacia lo que correr más que el desierto.

Aris miró el cielo gris negruzco.

—Tiene mala pinta ahí arriba. ¿Y si recibimos otra de esas bonitas tormentas eléctricas?

—Será mejor que no estemos en las montañas si eso pasa —repuso Thomas. ¿No sería una manera perfecta de acabar todo aquello?, pensó. Carbonizados por unos rayos de electricidad mientras buscaban un refugio seguro que nunca estuvo allí.

—Vamos a alcanzarlos —dijo Teresa—. Después ya pensaremos qué hacer —se dio la vuelta para mirar a los chicos y se puso las manos en las caderas—. ¿Estáis preparados?

—Sí —respondió Thomas. Intentaba no hundirse en el abismo del pánico y la preocupación que amenazaba con tragárselo. Tenía que haber una explicación. Tenía que haberla.

Aris se encogió de hombros como respuesta.

—Pues corramos —contestó Teresa, y antes de que Thomas pudiera responder, la chica ya se había ido, con Aris pegado a sus talones.

Thomas respiró hondo. Por alguna razón, todo aquello le recordaba a la primera vez que salió a correr por el Laberinto con Minho. Y aquello le preocupaba. Exhaló y fue detrás de los otros dos.

• • •



Después de unos veinte minutos corriendo, con un viento que le hacía esforzarse el doble de lo que jamás tuvo que hacer en el Laberinto, Thomas le habló a Teresa en su cabeza:

Creo que últimamente me han venido más recuerdos. En mis sueños.

Había querido decírselo, pero no delante de Aris. Una prueba, más que nada, para ver cómo reaccionaba a lo que él recordaba. Para ver si podía encontrar alguna pista de sus verdaderas intenciones.

¿En serio? —respondió ella. Podía percibir su sorpresa.

Sí. Cosas raras y aleatorias. De cuando era pequeño… Y… tú también estabas ahí. Tuve visiones de cómo nos trataba CRUEL. También vi algo de antes de que fuéramos al Claro.

La joven hizo una pausa antes de contestar, quizá temerosa de hacer las preguntas que al final se le habían ocurrido a él.

¿Nos ayuda en algo? ¿Recuerdas la mayoría?

Casi todo. Pero no bastaba para revelar demasiado.

¿Qué viste?

Thomas le contó cada uno de los pequeños segmentos de memoria —o de sueño— que entrevió en el último par de semanas. Que había visto a su madre, las conversaciones que oyó en la operación, que ella y él espiaban a los miembros de CRUEL, que había oído cosas que no acababan de tener sentido. Que les hacían pruebas y practicaban la telepatía. Y, al final, la despedida antes de irse al Claro.

¿Y Aris estaba allí?—preguntó; pero, antes de que pudiera contestar, continuó—: *Pues claro, ya lo sabía. Los tres formamos parte de esto. Pero es extraño que todo el mundo muera, lo de las sustituciones y eso. ¿Qué crees que significa?*

No lo sé —respondió—, *pero creo que si tuviéramos tiempo de sentarnos y hablar sobre el tema, nos volvería todo a la memoria.*

Yo también. Tom, lo siento mucho. Sé que te cuesta mucho perdonarme.

¿Habría alguna diferencia?

No; en cierto modo, lo he aceptado. Salvarte nos ha hecho perder lo que puede que tuviéramos.

Thomas no tenía ni idea de cómo responder a aquello. Tampoco podrían haber hablado mucho más de haberlo querido. Con el viento aullando, el polvo y los escombros volando por el aire, las nubes agitándose y ennegreciéndose, y cada vez más cerca de los demás…

No había tiempo.

Y por eso continuaron corriendo.

• • •



Finalmente, los dos grupos delante de ellos se encontraron a lo lejos. Aunque lo que

más interesante le resultó a Thomas fue que no parecía haber sido accidental. Las chicas del Grupo B habían llegado a un punto y se detuvieron; entonces Minho —ahora Thomas podía distinguirle y le alivió verle vivo y bien— y los clarianos cambiaron de dirección para ir hacia el este y reunirse con ellas.

Y ahora, a un kilómetro de distancia, todos estaban alrededor de algo que Thomas no podía ver. Se apiñaban en un círculo compacto para mirar lo que fuese aquello.

¿Qué pasa ahí delante? —le preguntó Teresa a Thomas en su mente.

No lo sé —respondió.

Los dos, junto con Aris, aceleraron el paso.

Tardaron tan sólo unos pocos minutos en alcanzar a los Grupos A y B, cruzando la polvorienta llanura azotada por el viento.

Minho se había apartado del grupo grande de gente y estaba frente a ellos cuando por fin lo consiguieron. Tenía los brazos cruzados, la ropa sucia, el pelo grasiento y su rostro aún mostraba señales de quemaduras. Pero estaba sonriendo. Thomas no podía creerse lo bien que se sentía al ver otra vez aquella sonrisita.

—¡Ya era hora de que nos alcanzarais, tortugas! —les gritó Minho.

Thomas se paró justo delante de él y se inclinó para recuperar el aliento unos segundos antes de volver a enderezarse.

—Creía que estaríais luchando con uñas y dientes con estas chicas después de lo que nos hicieron. Bueno, a mí.

Minho se volvió hacia el grupo ahora mezclado de chicos y chicas, y después miró a Thomas.

—Bueno, antes que nada, tienen armas con peor pinta, por no mencionar los arcos y las flechas. Además, una tía que se llama Harriet nos lo contó todo. Nosotros somos lo que deberíamos estar sorprendidos de que tú sigas con ellos —fulminó con la mirada a Teresa y a Aris—. Nunca confié en ninguno de esos dos fucos traidores.

Thomas intentó ocultar su mezcla de emociones.

—Están de nuestra parte. Confía en mí —de algún modo retorcido y retrasado, estaba empezando a creérselo de verdad. Y le ponía enfermo.

Minho se rió con amargura.

—Me figuré que dirías algo parecido. Déjame adivinar: ¿es una larga historia?

—Sí, una historia muy larga —respondió Thomas, y luego cambió de tema—. ¿Por qué os habéis parado todos aquí? ¿Qué está mirando todo el mundo?

Minho se apartó y le pasó el brazo por detrás.

—Echa una ojeadita tú mismo —entonces gritó a los dos grupos—: ¡Tíos, dejad sitio!

Varios clarianos y algunas chicas se dieron la vuelta y, despacio, se echaron a un lado, arrastrando los pies, hasta que se formó un estrecho pasillo entre la multitud. Al instante, Thomas vio que el objeto que atraía la atención de todos era un simple palo

que sobresalía del terreno árido. Una cinta naranja colgaba de la punta, agitándose al viento. Había unas letras impresas en el estrecho estandarte.

Thomas y Teresa intercambiaron una mirada y Thomas se abrió camino entre la gente para mirarlo más de cerca. Antes de llegar allí, ya pudo leer las palabras impresas en la cinta, negro sobre naranja:

EL REFUGIO SEGURO.

Capítulo 57

A pesar del viento y el alboroto de la gente, el mundo quedó en silencio alrededor de Thomas por un momento, como si le hubieran metido algodón en los oídos. Cayó de rodillas y, aturdido, extendió la mano para tocar la cinta naranja que ondeaba. ¿Era aquello el refugio seguro? ¿No era un edificio, un albergue, algo?

Entonces, tan rápido como había desaparecido, el sonido volvió, llevándolo de nuevo a la realidad. La mayoría era el viento y el cacareo de la conversación.

Se dio la vuelta hacia Teresa y Minho, que estaban juntos con Aris atrás asomándose por encima de sus hombros. Miró su reloj.

—Nos queda una hora. ¿Nuestro refugio seguro es un palo clavado en el suelo? —tenía la cabeza hecha un lío, no estaba seguro de qué pensar o decir.

—No es tan malo si lo piensas —contestó Minho—. Más de la mitad hemos conseguido llegar hasta aquí. Parece que aún más en el grupo de las chicas.

Thomas se levantó, intentando contener su enfado.

—¿El Destello ya te ha vuelto loco? Sí, hemos llegado. Sanos y salvos. A un palo.

Minho se mofó de él:

—Tío, no nos habrían mandado aquí si no hubiera ningún motivo. Lo logramos en el tiempo que nos marcaron. Ahora tan sólo debemos esperar hasta que el reloj señale la hora y algo pasará.

—Eso es lo que me preocupa —replicó Thomas.

—Odio decirlo —añadió Teresa—, pero estoy de acuerdo con Thomas. Después de todo lo que nos han hecho, sería demasiado fácil tener aquí una pequeña señal y que viniesen a buscarnos en helicóptero como recompensa. Va a pasar algo malo.

—Lo que tú digas, traidora —respondió Minho con una expresión que no ocultaba todo el odio que sentía por Teresa—. No quiero oír ni una palabra más de tu boca.

Se alejó, más enfadado de lo que Thomas le había visto nunca.

Thomas miró a Teresa, que se había quedado sorprendida.

—No debería chocarte.

La joven se encogió de hombros.

—Estoy harta de pedir disculpas. Hice lo que tuve que hacer.

Thomas no se podía creer que hablara en serio.

—Da igual. Tengo que encontrar a Newt. Quiero…

Antes de que le diera tiempo a terminar, Brenda apareció entre el grupo y empezó a mirarles. El viento agitaba sus largos cabellos, sacudiéndolos con fuerza. La chica no dejaba de metérselos detrás de las orejas sólo para que salieran despedidos de nuevo.

—Brenda —la saludó Thomas. Por alguna razón, se sentía culpable.

—Hola —dijo Brenda, acercándose hasta que estuvo justo delante de él y de Teresa—. ¿Esta es la chica de la que me hablaste? ¿Cuando nos acurrucamos en aquel camión?

—Sí —la palabra salió de la boca de Thomas antes de que pudiera detenerla—. No. Bueno…, sí.

Teresa le ofreció la mano a Brenda y se la estrechó.

—Soy Teresa.

—Encantada de conocerte —respondió Brenda—. Soy una rara. Poco a poco me vuelvo loca. Quiero morderme los dedos a bocados y matar gente al azar. Thomas me ha prometido que me salvará —aunque era evidente que estaba de broma, ni siquiera sonrió.

Thomas tuvo que reprimir un respingo.

—Qué graciosa, Brenda.

—Me alegra ver que os lo tomáis con humor —comentó Teresa, pero su rostro podría haber transformado el agua en hielo.

Thomas bajó la vista hasta su reloj. Quedaban cincuenta y cinco minutos.

—Tengo que… hablar con Newt.

Se dio la vuelta y se alejó rápidamente antes de que ninguna de las chicas pudiera decir algo. Quería estar lo más lejos posible de cualquiera de las dos.

• • •

Newt estaba sentado en el suelo con Fritanga y Minho; parecía como si los tres esperaran el fin del mundo.

El fuerte viento había ganado humedad y las nubes, que se agitaban sobre sus cabezas, habían descendido considerablemente, como una oscura niebla que cayera para tragarse la tierra. Unas luces brillaban aquí y allá en el cielo, quemando parches púrpuras y naranjas sobre el gris. Thomas no había visto todavía ningún relámpago, pero sabía que se acercaban. La primera gran tormenta había empezado igual.

—Eh, Tommy—le saludó Newt cuando Thomas se unió a ellos.

Se sentó al lado de su amigo con los brazos alrededor de las rodillas. Eran dos simples palabras sin nada especial. Parecía que Thomas se hubiese ido a dar un paseo en vez de que le hubieran secuestrado y casi matado.

—Me alegra ver que habéis logrado llegar hasta aquí —dijo Thomas.

Fritanga soltó su habitual risotada, que más bien parecía el rugido de un animal.

—Lo mismo digo. Por lo visto, te has divertido mucho yendo por ahí con tu diosa del amor. Supongo que os habéis besado y reconciliado, ¿no?

—No exactamente —contestó Thomas—. No ha sido divertido.

—Bueno, ¿qué ha pasado? —inquirió Minho—. ¿Cómo puedes confiar en ella después de todo eso?

Thomas vaciló al principio, pero sabía que debía contárselo todo. Y no había mejor momento que el presente. Respiró hondo y empezó a hablar. Les habló del plan que tenía CRUEL para él, del campamento, de su charla con el Grupo B, de la cámara de gas. Todo seguía sin tener sentido, pero se sentía un poco mejor al contárselo a sus amigos.

—¿Y has perdonado a esa bruja? —preguntó Minho cuando Thomas terminó por fin—. Yo no lo hubiera hecho. Lo que quieran hacer esos fucos de CRUEL, me va bien. Lo que quieras hacer tú, también. Pero no me fío de ella ni de Aris, no me gusta ninguno de los dos.

Newt pareció considerarlo con más detenimiento.

—Pasaron por todo eso, por el plan y el teatro, ¿sólo para que te sintieras traicionado? No tiene ningún maldito sentido.

—Dímelo a mí —masculló Thomas—. Y no, no la he perdonado. Pero, de momento, creo que estamos en el mismo barco —miró a su alrededor. La mayoría de la gente estaba sentada, con la vista perdida en la distancia. No había mucha conversación y ambos grupos no se relacionaban demasiado—. ¿Y vosotros, tíos? ¿Cómo habéis llegado aquí?

—Encontramos una brecha en las montañas —respondió Minho—. Tuvimos que luchar contra unos raros que estaban acampados en una cueva, pero, aparte de eso, no hemos tenido problemas. Aunque casi nos hemos quedado sin comida y agua. Y me duelen los pies. Y estoy segurísimo de que va a caer otra fuca tormenta eléctrica que me va a dejar como un trozo de *bacon* de Fritanga.

—Sí —asintió Thomas. Se volvió hacia las montañas y supuso que en total estarían a seis kilómetros de la base—. Quizá deberíamos dejar todo esto del refugio seguro e intentar encontrar algún sitio donde guarecernos —pero mientras lo decía, sabía que no era una opción. Al menos hasta que no hubiera pasado la hora marcada.

—Ni hablar —respondió Newt—. No hemos llegado hasta aquí para dar la vuelta ahora. Esperemos que la puñetera tormenta aguante un poco más —alzó la vista a las nubes casi negras con una mueca.

Los otros tres clarianos se quedaron callados. De todos modos, el viento había continuado levantándose, y con sus azotes y rugidos en aumento era difícil que se oyeran los unos a los otros. Thomas miró su reloj. Treinta y cinco minutos. No había forma de que aquella tormenta aguantara…

—¿Qué es eso? —gritó Minho, poniéndose de pie con un salto; apuntó a un sitio por encima del hombro de Thomas.

Thomas se dio la vuelta para mirar mientras se levantaba y una alarma se encendió en su interior. El terror en la cara de Minho era inconfundible.

A unos diez metros del grupo, una gran parte del suelo del desierto se estaba… abriendo. Un cuadrado perfecto —de unos cinco metros de ancho— giraba sobre un

eje diagonal mientras la zona de tierra poco a poco se apartaba de ellos y lo que había debajo se elevaba para sustituirlo. El chirrido del acero retorciéndose perforó el aire, más alto que el rugido del viento. El cuadrado rotatorio no tardó en completar su recorrido y donde había estado antes el suelo del desierto ahora había un material negro con un extraño objeto encima.

Era oblongo y blanco con los bordes redondeados. Thomas había visto algo parecido antes. De hecho, varios. Tras escapar del Laberinto y entrar en la enorme cámara de la que salían los laceradores, habían visto varios de aquellos contenedores con aspecto de ataúdes. Entonces no le había dado tiempo a pensarlo, pero al verlo ahora, pensó que debía de ser donde se quedaban los laceradores —¿donde dormían?— cuando no estaban cazando humanos en el Laberinto.

Antes de que pudiera reaccionar, otras partes del suelo del desierto, que rodeaba al grupo en un gran círculo, empezaron a rotar y a abrirse como oscuras y enormes mandíbulas.

Montones de ellas.

Capítulo 58

El sonido del metal era ensordecedor mientras las secciones cuadradas giraban despacio sobre sus ejes. Thomas se tapó los oídos con las manos para tratar de alejar el ruido. El resto del grupo estaba haciendo lo mismo. A su alrededor, esparcidos uniformemente, rodeando por completo la zona donde ellos estaban, trozos del desierto rotaban hasta desaparecer, sustituidos al final por un gran cuadrado negro que se fijaba al suelo con un fuerte ruido metálico, con uno de esos ataúdes bulbosos y blancos apoyado encima. Como mínimo, había un total de treinta.

El chirrido del metal rozando el metal cesó. Nadie habló. El viento azotaba la tierra y levantaba corrientes de polvo alrededor de los contenedores redondeados. Emitía un sonido tintineante, que terminó convirtiéndose en un ruido que a Thomas le daba escalofríos. Tuvo que entrecerrar los ojos para que no se le metiera nada dentro. Ninguna otra cosa se había movido desde que aquellos objetos extraños, casi alienígenas, aparecieron. Tan sólo estaban aquel sonido, el viento, el frío y el picor de ojos.

¿Tom? —le llamó Teresa.

Sí.

Te acuerdas de eso, ¿no?

Sí.

¿Crees que hay laceradores dentro?

Thomas se dio cuenta de que eso era exactamente lo que pensaba, pero también había empezado a asumir que era imposible esperarse algo. Reflexionó un segundo antes de contestar.

No lo sé. Bueno, los laceradores tenían unos cuerpos muy húmedos. Sería difícil para ellos estar aquí fuera.

Parecía algo muy estúpido, pero se estaba agarrando a un clavo ardiendo.

Quizá tengamos que… meternos dentro —dijo Teresa tras una pausa—. *A lo mejor son ellos el refugio seguro o nos transportan a otro sitio.*

A Thomas no le gustaba la idea, pero pensó que tal vez ella tuviera razón. Apartó los ojos de aquellas grandes vainas y la miró. Ya estaba caminando hacia él. Por suerte, sola. No podía encargarse de ella y Brenda en aquel momento.

—Eh —la llamó en voz alta, pero el viento pareció llevarse el sonido incluso antes de que saliera de su boca.

Empezó a alargar la mano hacia ella, pero la retiró; casi había olvidado lo mucho que habían cambiado las cosas. Teresa no pareció darse cuenta mientras pasaba junto a Minho y Newt y les daba un golpecito para saludarlos. Se volvieron para mirarla y Thomas se acercó para hablar con ellos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Minho. Miró a Teresa enfadado, como si no

quisiera que formase parte de la decisión que iban a tomar.

—¿De qué estáis hablando, chicos?

Thomas se dio la vuelta para ver a Harriet y Sonya. Era Harriet la que había hablado. Y Brenda estaba justo detrás de ellas, con Jorge a su lado.

—Oh, genial —masculló Minho—. Las dos reinas del glorioso Grupo B.

Harriet actuó como si no lo hubiera oído.

—Supongo que todos visteis también esas vainas en la cámara de CRUEL. Debe de ser donde se cargan los laceradores o lo que sea que hagan.

—Sí —respondió Newt—. Tiene que ser eso.

En el cielo estalló y retumbó un trueno, y aquellos destellos de luz se hicieron más brillantes. El viento tiraba del pelo y la ropa de todo el mundo; olía a mojado y a la vez a polvo, una extraña combinación. Thomas volvió a comprobar la hora.

—Tan sólo nos quedan veinticinco minutos. A la hora señalada o bien vamos a luchar contra los laceradores, o bien vamos a tener que meternos dentro de esos enormes ataúdes. Quizá sean…

Un fuerte silbido atravesó el aire desde todas las direcciones. El sonido perforó los tímpanos de Thomas, que apretó otra vez las manos contra los laterales de su cabeza. Un movimiento en el perímetro que los rodeaba atrajo su atención y observó con detenimiento lo que les estaba pasando a las enormes vainas blancas.

Un rayo de luz azul oscuro había aparecido a un lado de cada contenedor; a continuación, se expandió mientras la mitad superior del objeto empezaba a moverse hacia arriba sobre unas bisagras, como la tapa de un ataúd. No hizo ruido, al menos no lo bastante para que lo oyeran por encima del vendaval y el retumbante trueno. Thomas notó que los clarianos y los otros se juntaban cada vez más, formando un grupo compacto. Todos intentaban alejarse lo máximo posible de las vainas y no tardaron en ser una espiral de cuerpos rodeados por unos treinta contenedores blancos y redondeados.

Las tapas continuaron moviéndose hasta que se abrieron del todo y cayeron al suelo. Algo voluminoso descansaba en el interior de cada recipiente. Thomas no veía mucho, pero desde donde estaban no distinguía nada parecido a los extraños apéndices de los laceradores. Nada se movía, pero sabía que no debía bajar la guardia.

¿Teresa?—la llamó con la mente. No se atrevió a decirlo muy alto por si le oían, pero tenía que hablar con alguien o iba a volverse loco.

¿Sí?

Alguien debería ir a echar un vistazo. A ver qué es eso —lo dijo, pero en realidad no quería tener que hacerlo él.

Vamos juntos —respondió ella con soltura.

A Thomas le sorprendió su valor.

A veces se te ocurren las peores ideas —replicó. Trató de que sonara sarcástico, pero estaba más aterrorizado de lo que quería admitir.

—¡Thomas! —le llamó Minho.

El viento, todavía furioso, quedó ahogado por el trueno y el relámpago que se acercaban, retumbando y estallando en un brillante espectáculo encima de sus cabezas y sobre el horizonte. La tormenta estaba a punto de descargar con furia sobre ellos.

—¿Qué? —respondió Thomas.

—¡Newt, tú y yo! ¡Vamos a ver qué es!

Thomas estaba a punto de moverse cuando algo salió deslizándose de una de las vainas. Un grito ahogado colectivo se escapó de los que estaban más cerca de Thomas y él se dio la vuelta para mirarlo mejor. Había algo moviéndose dentro de todas las vainas, algo que sin duda estaba saliendo de sus casas oblongas. Thomas se centró en la vaina más próxima y forzó la vista para distinguir qué era exactamente a lo que iba a enfrentarse.

Un brazo deforme colgaba del borde y su mano estaba a unos centímetros del suelo. En ella había cuatro dedos desfigurados, unas tiras de repugnante carne *beige,* ninguno de la misma longitud. Se movían e intentaban agarrar algo que no estaba allí, como si la criatura del interior tratara de cobrar para salir. El brazo estaba lleno de arrugas y bultos, y había algo muy extraño justo a la altura de lo que debería ser el codo. Un quiste o protuberancia perfectamente redonda, quizá de diez centímetros de diámetro, que resplandecía con un color naranja intenso. Parecía como si aquella cosa tuviera una bombilla pegada al brazo.

El monstruo continuó saliendo. Dejó caer una pierna; su pie era una masa carnosa, con cuatro bultos por dedos que se retorcían como los de las manos. Y en la rodilla había otra de aquellas increíbles esferas de luz naranja, que parecían nacer en la propia piel.

—¿Qué es eso? —gritó Minho por encima del ruido de la tormenta que se avecinaba.

No hubo respuesta. Thomas, aturdido, miraba a la criatura, hipnotizado y aterrado al mismo tiempo. Al final consiguió apartar la mirada lo suficiente para ver que unos monstruos similares salían de cada vaina, todos simultáneamente. Luego volvió su atención al que estaba más cerca.

De algún modo, había conseguido bastante impulso con la pierna y el brazo derecho para empezar a tirar del resto del cuerpo. Thomas siguió observando, presa del terror, mientras aquella cosa abominable se retorcía hasta que sacó el cuerpo por la abertura de la vaina y cayó tropezando al suelo. De una forma similar a la humana, aunque al menos medio metro más alto que cualquiera de allí, aquel cuerpo grueso se hallaba desnudo y lleno de agujeros y arrugas. Más inquietantes eran aquellas

protuberancias bulbosas, tal vez unas dos docenas esparcidas por todo su cuerpo que brillaban con una luz naranja resplandeciente. Tenía varias en el pecho y en la espalda. Una en cada codo y cada rodilla —la bombilla de la rodilla derecha se había roto en un aluvión de chispas cuando la criatura aterrizó en el suelo— y varias sobresalían de un gran bulto de… lo que tenía que ser la cabeza, aunque no tenía ojos, nariz, boca u orejas. Ni tampoco pelo.

El monstruo se puso de pie, se balanceó un poco mientras mantenía el equilibrio y después se dio la vuelta, de cara al grupo de humanos. Un vistazo rápido mostró que cada vaina había soltado a su criatura y ahora todas estaban en círculo alrededor de los clarianos y el Grupo B.

Al unísono, las criaturas levantaron los brazos hasta que apuntaron al cielo. Entonces, todas a la vez, dispararon unas hojas que salieron de las puntas de sus dedos, pequeños y gruesos, y de sus hombros. Los destellos de los relámpagos del cielo se reflejaron en su afilada superficie, plateada y reluciente. Aunque no había ni rastro de ningún tipo de boca, un espeluznante y mortal gemido emanó de sus cuerpos. Era un sonido que Thomas podía sentir más que oír. Y tenía que ser muy fuerte para sobresalir por encima de los terribles truenos.

Quizás hubieran sido mejor los laceradores —dijo Teresa dentro de la mente de Thomas.

Bueno, son bastante parecidos como para que supongamos quién los ha creado —respondió, esforzándose por mantenerse tranquilo.

Minho se volvió enseguida de cara al grupo de personas boquiabiertas que rodeaba a Thomas.

—¡Hay más o menos uno para cada uno! ¡Coged lo que tengáis como armas!

Casi como si hubieran oído el desafío, las criaturas bombilla empezaron a moverse, a caminar hacia delante. Los primeros pasos fueron torpes, pero se hicieron más firmes, fuertes y ágiles. A cada paso estaban más cerca.

Capítulo 59

Teresa le pasó a Thomas un cuchillo muy largo, casi una espada. No se imaginaba dónde podía haber estado escondiendo la chica aquellas cosas, pero ella misma llevaba ahora un puñal además de su lanza.

Mientras los gigantes iluminados se acercaban, Minho y Harriet hablaban con sus respectivos grupos, los desplazaban, los posicionaban, pero el viento se llevó sus gritos y órdenes antes de que Thomas pudiera oír nada. Se atrevió a apartar los ojos de los monstruos el tiempo suficiente para mirar al cielo. Unos brotes de luz se bifurcaron y arquearon por debajo de las oscuras nubes, que parecían colgar a tan sólo tres metros por encima de sus cabezas. El olor acre de la electricidad impregnaba el aire.

Thomas volvió a bajar la vista y se concentró en la criatura que estaba más cerca de él. Minho y Harriet habían conseguido que sus grupos permanecieran juntos, formando un círculo semiperfecto, mirando hacia fuera. Teresa estaba al lado de Thomas y él le habría dicho algo de habérsele ocurrido. Se había quedado sin habla.

Las últimas abominaciones de CRUEL estaban a tan sólo diez metros de distancia.

Teresa le dio un codazo en las costillas. Miró para ver que estaba señalando a una de las criaturas. Le decía a Thomas —se aseguraba de que lo supiera— que había elegido a su adversario. El muchacho asintió y luego hizo un gesto hacia aquel en el que había estado pensando todo el rato.

Seis metros.

A Thomas de repente se le ocurrió que era un error esperarlos, que necesitaban dispersarse más. Minho debió de tener la misma idea.

—¡Ahora! —gritó su líder, un rugido distante por los ruidos de la tormenta—. ¡A por ellos!

Un montón de ideas dieron vueltas en la cabeza de Thomas en aquel instante. Estaba preocupado por Teresa, a pesar de los cambios entre ellos. Estaba preocupado por Brenda, que se hallaba estoicamente a tan sólo unas personas de él en la misma fila, y lamentaba no haber hablado apenas con ella desde que volvieron a encontrarse. Se la imaginaba, después de haber hecho todo ese camino, muerta a manos de una feroz criatura. Pensó en los laceradores y en cuando Chuck, Teresa y él volvieron al Laberinto para llegar al Precipicio y al Agujero, mientras los clarianos luchaban y morían por ellos, para que pudieran introducir el código que lo paraba todo.

Pensó en todo por lo que habían pasado para llegar hasta allí y de nuevo enfrentarse a un ejército biotecnológico enviado por CRUEL. Se preguntó qué significaba todo aquello, si merecía la pena seguir intentando sobrevivir. La imagen de Chuck recibiendo en su lugar aquella puñalada le vino a la mente. Y eso fue

determinante, le sacó de los nanosegundos de miedo y duda bloqueada. Gritando con los pulmones llenos, empuñó el enorme cuchillo con ambas manos por encima de su cabeza y echó a correr, directo al monstruo.

A su izquierda y derecha, los demás también arremetieron, pero él los ignoró. Tuvo que hacerlo, se obligó a sí mismo. Si no podía encargarse de su propia tarea, preocuparse por los otros no significaría nada.

Se acercó. Cuatro metros. Tres metros. Un metro y medio. La criatura había dejado de caminar y colocaba sus piernas en posición de ataque, con las manos extendidas y las hojas apuntando directamente a Thomas. Aquellas resplandecientes luces naranjas eran ahora intermitentes, brillaban y se apagaban, brillaban y se apagaban, como si de verdad aquella cosa horrible tuviera un corazón allí dentro. Era perturbador ver que el monstruo no tenía cara, pero a Thomas le ayudaba a pensar que sólo era una máquina. Nada más que un arma creada por el hombre que quería matarle.

Justo antes de que llegara a la criatura, Thomas tomó una decisión. Se deslizó sobre sus rodillas y espinillas, y describió un arco con aquella arma similar a una espada para clavársela al monstruo en la pierna izquierda, con un poderoso golpe mientras la sujetaba con las dos manos. El cuchillo penetró un par de centímetros en la piel, pero después topó con algo lo bastante duro para enviar una sacudida a ambos brazos de Thomas.

La criatura no se movió, no se retrajo, no emitió ningún tipo de sonido, humano o inhumano. En su lugar, dio un golpe con sus dos manos tachonadas de hojas hacia donde Thomas estaba arrodillado, con la espada incrustada en la carne del monstruo. Thomas se soltó y retrocedió justo cuando las dos hojas chocaron donde había estado su cabeza. Cayó de espaldas y se apartó rápidamente de la criatura cuando esta avanzó dos pasos, dando patadas con los cuchillos de los pies, casi rozando a Thomas.

El monstruo dejó escapar un rugido —un sonido casi exacto a los gemidos angustiosos de los laceradores— y se tiró al suelo, sacudiendo los brazos para intentar atravesar con ellos a Thomas. El chico giró y rodó tres veces mientras oía unas puntas de metal arañando el suelo de tierra. Al final se arriesgó y se puso en pie de un salto. Al instante se apartó, corriendo varios metros antes de darse la vuelta con la espada en las manos. La criatura se estaba levantando y cortaba el aire con sus dedos pequeños y gruesos, llenos de cuchillos.

Thomas tomaba enormes bocanadas de aire y veía de reojo combatir a los otros. Minho golpeaba y apuñalaba con los cuchillos que sujetaba en ambas manos y el monstruo retrocedía para apartase de él. Newt gateaba por el suelo y la criatura contra la que luchaba avanzaba pesadamente hacia él, sin duda, herida. Despacio. Teresa era la que estaba más cerca; saltaba, esquivaba y le daba a su adversario con la parte

trasera de su lanza. ¿Por qué hacía eso? Su monstruo también parecía estar malherido.

Thomas se concentró en su propia batalla. El movimiento de una mancha plateada le hizo agacharse, una brizna de viento rozó su pelo a causa del golpe asestado por el brazo de la criatura. Thomas giró, se pegó al suelo y acuchilló todo lo que pudo mientras el monstruo le perseguía, casi alcanzándole en sus siguientes ataques. Thomas entró en contacto con uno de los bultos naranjas y lo aplastó, produciendo un fogonazo de chispas; la luz se apagó al instante. Como sabía que no le duraría mucho la suerte, se tiró al suelo y rodó de nuevo hasta que se puso en pie de un salto, unos metros más allá.

La criatura se había detenido, al menos mientras Thomas hacía su movimiento de fuga, pero ahora volvía a perseguirle. A Thomas se le ocurrió una idea, que se hizo más clara cuando miró otra vez cómo luchaba Teresa, cuya criatura ahora atacaba con lentitud, sin ánimo. La chica iba directa a por las bombillas, estallándolas; al reventar, parecían fuegos artificiales. Había destruido al menos tres cuartas partes de las extrañas protuberancias.

Las bombillas. Lo único que tenía que hacer era romper las bombillas. Debían de estar relacionadas de alguna forma con la energía, la vida o la fuerza de la criatura. ¿Era posible que fuese tan fácil?

Un vistazo rápido al resto del campo de batalla le mostró que a otros también se les había ocurrido aquella idea, pero no a la mayoría, que luchaba con gran desesperación por cortarles las extremidades, los músculos, la piel, olvidándose por completo de las bombillas. Dos personas yacían en el suelo, cubiertas de heridas, sin vida. Un chico. Una chica.

Thomas cambió del todo su método. En vez de atacar temerariamente, saltó e intentó darle a una de las bombillas que el monstruo tenía en el pecho. Falló y cortó la piel arrugada y amarillenta. La criatura intentó alcanzarle, pero se retiró hacia atrás justo cuando las puntas de los cuchillos hicieron agujeros irregulares en su camisa. Entonces dio otra estocada para intentar darle a la misma bombilla. Esta vez entró en contacto, la hizo estallar y de ella salió una lluvia de chispas. La criatura se detuvo un segundo y después retrocedió a una postura de ataque.

Thomas rodeó a la criatura, saltando y retrocediendo, golpeándola, pinchándola y dándole estocadas.

Plaf, plaf, plaf.

Uno de los cuchillos del monstruo le hizo un corte en el antebrazo, dejándole una larga línea de un rojo intenso. Thomas volvió a atacar. Una y otra vez. Otra vez.

Plaf, plaf, plaf Las chispas volaban. La criatura se estremecía y se sacudía cada vez que le rompía una bombilla.

La pausa se hacía un poco más larga cuando conseguía asestar una puñalada con éxito. Thomas notó unos cuantos cortes y arañazos más, pero nada serio. Continuó

atacando aquellas esferas naranjas.

Plaf plaf plaf

Cada pequeña victoria minaba la energía de la criatura y poco a poco empezó a desplomarse visiblemente, aunque no dejaba de intentar hacer pedazos a Thomas. Bombilla a bombilla, cada vez más fácil que la anterior, Thomas atacaba, implacable. Ojalá pudiera terminar enseguida, matarlo. Entonces podría correr a ayudar al resto. Acabar con aquella situación de una vez por…

Una luz cegadora brilló desde detrás y un fuerte ruido, como si estallara el universo, cortó su breve instante de júbilo y esperanza. Una onda de energía invisible le tiró al suelo y cayó sobre su estómago mientras su espada repiqueteaba lejos de él. La criatura también se cayó y un olor a quemado chamuscó el aire. Thomas rodó sobre un lado para mirar y vio el enorme agujero negro en el suelo, carbonizado y echando humo. En el borde del agujero había una mano y un pie con cuchillos de uno de los monstruos. Ni rastro del resto del cuerpo.

Había sido un rayo. Justo detrás de él. La tormenta por fin había estallado.

Mientras lo pensaba, miró hacia arriba para ver gruesos fragmentos de calor blanco empezando a caer desde las nubes negras sobre sus cabezas.

Capítulo 60

Los relámpagos estallaron a su alrededor con un estruendo ensordecedor provocado por los truenos. Unas columnas de tierra se mezclaban con el aire en todas las direcciones. Varias personas gritaron y una cesó de repente, una chica. Y aquel olor a quemado. Insoportable. Los ataques eléctricos disminuían tan rápido como empezaban. Pero la luz seguía brillando en las nubes y la lluvia comenzó a caer a mares.

Thomas no se había movido desde la primera descarga de relámpagos. No había razón para pensar que estaría más a salvo en otro sitio. Pero, tras el ataque, se puso de pie para mirar a su alrededor, para ver qué podía hacer o adonde podía correr antes de que volviera a pasar.

La criatura con la que había estado luchando se hallaba muerta, la mitad de su cuerpo yacía ennegrecido y la otra mitad no estaba. Teresa estaba sobre su adversario, golpeándole con la parte trasera de su lanza para aplastar la última bombilla; sus chispas se apagaron con un silbido. Minho estaba en el suelo, pero lentamente se puso de pie. Newt estaba allí, respirando profundamente. Fritanga se inclinó y vomitó. Algunos estaban tumbados en el suelo; otros, como Brenda y Jorge, seguían luchando con los monstruos. Los truenos estallaban a su alrededor y los relámpagos brillaban en la lluvia.

Thomas tenía que hacer algo. Teresa no se hallaba demasiado lejos; estaba a un par de pasos de su criatura muerta, inclinada hacia delante, con las manos en las rodillas.

¡Tenemos que encontrar algún sitio donde guarecernos!—le dijo en su mente.

¿Cuánto tiempo nos queda?

Thomas miró su reloj de cerca.

Diez minutos.

Deberíamos entrar en las vainas —señaló la que estaba más cerca, que seguía abierta como una cáscara de huevo perfectamente cortada; a esas alturas, sus mitades seguramente estarían llenas de agua.

Le gustó la idea.

¿Y si no podemos cerrarlas?

¿Tienes algún plan mejor?

No.

La cogió de la mano y empezaron a correr.

¡Tenemos que decírselo a los demás!—dijo mientras se acercaban a la vaina.

Ya se lo imaginarán.

Sabía que no podían esperar. Más rayos podrían alcanzarles en cualquier instante. Estarían muertos antes de que intentaran comunicarse con nadie. Tenía que confiar en

que sus amigos se salvaran por sí solos; sabía que podía confiar en ellos.

Llegaron a la vaina justo cuando varios rayos bajaron zigzagueando del cielo, golpeando en abrasadoras explosiones a su alrededor. La tierra y la lluvia volaban por todas partes; a Thomas le pitaban los oídos. Miró en la parte izquierda del contenedor y no vio nada, salvo un pequeño charco de agua sucia. Un olor terrible venía del interior.

—¡Deprisa! —gritó mientras subía.

Teresa le siguió. No les hacía falta hablar para saber qué hacer a continuación. Ambos se pusieron de rodillas y se inclinaron hacia delante para sujetar el extremo de la otra mitad. Tenía un revestimiento gomoso, por lo que era fácil cogerlo. Thomas agarró la mitad de la tapa de la vaina y estiró con todas las fuerzas que le quedaban. La otra mitad se levantó y se balanceó hacia ellos.

Justo cuando Thomas se estaba recolocando para sentarse, Brenda y Jorge corrieron hacia ellos. Thomas sintió una oleada de alivio al ver que estaban bien.

—¿Queda sitio para nosotros? —gritó Jorge por encima del ruido de la tormenta.

—¡Entrad! —respondió Teresa.

Los dos se deslizaron por el borde y entraron salpicando al gran contenedor; estaban un poco apretados, pero cabían. Thomas se colocó al fondo para dejarles más espacio mientras sujetaba la tapa entreabierta. La lluvia golpeteaba sobre la superficie exterior. En cuanto estuvieron acomodados, Teresa y él agacharon las cabezas y dejaron que la vaina se cerrara completamente. Aparte del repiqueteo hueco de la lluvia, de las distantes explosiones de los rayos y las respiraciones entrecortadas, todo estaba relativamente silencioso. Aunque Thomas seguía oyendo el mismo pitido en los oídos. Esperaba que sus otros amigos hubieran llegado a salvo a sus propias vainas.

—Gracias por dejarnos entrar, muchacho —dijo Jorge cuando todos parecieron haber recuperado el aliento.

—Por supuesto —contestó Thomas.

La oscuridad dentro del contenedor era absoluta, pero Brenda estaba justo a su lado, y Jorge y Teresa en el otro extremo.

Brenda habló:

—Pensaba que os lo habríais pensado mejor. ¿No habría sido una buena oportunidad para deshaceros de nosotros?

—Por favor —masculló Thomas. Estaba demasiado cansado para preguntarse cómo sonaba. Todos habían estado a punto de morir y quizá aún no se hallaran fuera de peligro.

—¿Es este nuestro refugio seguro? —preguntó Teresa.

Thomas apretó el botoncito de la luz de su reloj; les quedaban siete minutos hasta la hora señalada.

—Ahora mismo, eso espero. Quizás en unos minutos estos fucos cuadrados de tierra se pongan a girar y nos lleven a una bonita y cómoda habitación donde podamos vivir todos felices para siempre. O no.

¡Crac!

Thomas pegó un grito. Algo había golpeado la parte superior de la vaina e hizo el ruido más fuerte que jamás había oído, un estrépito ensordecedor. Una grieta —un resquicio de luz gris— había aparecido en el techo de su refugio y se formaron unas gotas de agua que caían rápido.

—Ha tenido que ser un rayo —dijo Teresa.

Thomas se frotó los oídos; ahora el pitido era peor.

—Un par más de esos y estaremos de vuelta donde empezamos —su voz sonaba apagada.

Volvió a comprobar el reloj. Cinco minutos. El agua no dejaba de gotear en el charco; aquel horrible y persistente olor… El timbre en su cabeza disminuía.

—Esto no es lo que había imaginado, hermano —comentó Jorge—. Creí que nos presentaríamos aquí y convencerías a los jefazos de que nos acogieran. De que nos dieran la cura. No pensé que nos esconderíamos en una bañera apestosa a esperar que nos electrocutaran.

—¿Cuánto falta? —preguntó Teresa.

Thomas lo comprobó.

—Tres minutos.

Fuera, la tormenta rugía con furia, los rayos golpeaban el suelo y la lluvia caía en torrentes. Otro estruendo sacudió la vaina y ensanchó la grieta del techo lo suficiente para que el agua cayera a toda velocidad y salpicara a Brenda y Jorge. Algo silbó y también se filtró vapor; el rayo había calentado el material exterior.

—¡No vamos a aguantar mucho más pase lo que pase! —gritó Brenda—. ¡Es casi peor quedarnos aquí sentados esperando!

—¡Tan sólo quedan dos minutos! —le exclamó Thomas—. ¡Aguanta!

Fuera se oyó un sonido. Débil al principio, apenas perceptible por los ruidos de la tormenta. Un zumbido grave y profundo. Aumentaba de volumen, parecía hacer vibrar todo el cuerpo de Thomas.

—¿Qué es eso? —preguntó Teresa.

—Ni idea —respondió Thomas—, pero por cómo va el día, estoy seguro de que nada bueno. Tenemos que aguantar un minuto más.

El sonido se hizo más fuerte y profundo; ahora amortiguaba el de los truenos y la lluvia. Las paredes de la vaina vibraron. Thomas oyó que fuera se levantaba el viento de forma distinta a como había soplado el resto del día. Con más fuerza. Casi parecía… artificial.

—Tan sólo quedan treinta segundos —anunció, y de repente cambió de opinión

—. Chicos, quizá tengáis razón. Quizá nos estemos olvidando de algo importante. Creo… que deberíamos mirar.

—¿Qué? —exclamó Jorge.

—Tenemos que ver lo que hace ese sonido. Vamos, ayudadme a abrir esto.

—¿Y si un bonito rayo baja y me fríe el culo?

Thomas colocó las palmas de las manos en el techo.

—¡Tenemos que arriesgarnos! ¡Vamos, empuja!

—Tiene razón —asintió Teresa y alzó las manos para ayudar.

Brenda la imitó y Jorge pronto se unió a ellos.

—Estamos a la mitad —exclamó Thomas—. ¿Listos? —tras unos cuantos gruñidos afirmativos, dijo—: Uno…, dos…, ¡tres!

Todos empujaron hacia el cielo y su fuerza terminó siendo excesiva. La tapa se levantó y se estrelló contra el suelo, dejando la vaina totalmente abierta. La lluvia les golpeó, volando horizontalmente, capturada por un viento atroz.

Thomas se inclinó por el borde de la vaina y se quedó boquiabierto al ver lo que había en el aire a tan sólo diez metros del suelo, bajando rápidamente para aterrizar. Era enorme y redondo, con luces parpadeantes y propulsores de llamas azules. Era la misma nave que le había salvado después del disparo. El iceberg.

Thomas miró su reloj justo a tiempo de comprobar que el último segundo ya había transcurrido. Volvió a levantar la vista.

El iceberg se posó sobre un tren de aterrizaje parecido a unas garras y una gran puerta de carga en su barriga de metal empezó a abrirse.

Capítulo 61

Thomas sabía que no podían perder más tiempo en preguntas, miedo y discusiones. Sólo había tiempo para la acción.

—¡Vamos! —gritó, tirando del brazo de Brenda mientras salía de la vaina. Se deslizó por el borde y cayó con un húmedo *chof e*n el lodo. Se incorporó, escupió la cosa viscosa que se le había metido en la boca y se frotó los ojos antes de volver a ponerse de pie enseguida. La lluvia caía, los truenos retumbaban en todas las direcciones y los relámpagos iluminaban el aire con fogonazos que no presagiaban nada bueno.

Jorge y Teresa habían salido con la ayuda de Brenda. Thomas miró el iceberg que estaba a unos quince metros, con la puerta de carga ahora totalmente abierta, una entrada similar a unas fauces abiertas, con una cálida luz interior. Allí había unas formas imprecisas, que sujetaban pistolas y esperaban. Era evidente que no tenían intención de salir y ayudarle a entrar en el refugio seguro. El auténtico refugio seguro.

—¡Corred! —gritó, ya en movimiento. Sostuvo su cuchillo delante de él, agarrándolo con fuerza, por si acaso alguna de aquellas criaturas seguía viva y buscaba pelea.

Teresa y los demás le siguieron el ritmo.

El terreno ablandado por la lluvia dificultaba el avance; Thomas resbaló dos veces y se cayó en una ocasión. Teresa le agarró de la camisa y tiró de él hasta que estuvo en pie y volvieron a correr. Había más gente a su alrededor, corriendo para ponerse a salvo en la nave. La oscuridad de la tormenta y el velo de lluvia, junto con los destellos de los relámpagos, dificultaban ver quién era quién. No había tiempo de preocuparse por aquello.

Por la derecha, rodeando la parte trasera del avión, apareció una docena de criaturas bombilla; se dirigían a un sitio donde pudieran bloquearles el paso a Thomas y sus amigos para que no entraran por la puerta de carga. Sus cuchillos brillaban por la lluvia y algunos tenían manchas carmesíes. Al menos la mitad de sus espeluznantes bombillas había estallado y así lo demostraba su andar a trompicones. Pero parecían más peligrosos que nunca. Y las personas del iceberg seguían sin hacer nada, tan sólo miraban.

—¡A por ellos! —gritó Thomas.

Minho apareció con Newt y unos cuantos clarianos para unirse al ataque. También Harriet y unas chicas del Grupo B. Todos parecieron entender el sencillo plan: luchar contra aquellos últimos monstruos y salir de allí.

Quizá por primera vez desde que había entrado en el Claro unas semanas antes, Thomas no sintió miedo. No sabía si volvería a sentirlo. No sabía por qué, pero algo

había cambiado. Los relámpagos explotaron a su alrededor, alguien gritó y la lluvia se intensificó. El viento soplaba con fuerza y le acribillaba con piedrecitas y gotas de agua que dolían por igual. Las criaturas cortaban el aire con sus cuchillos, soltando aquellos inquietantes rugidos mientras esperaban la lucha. Thomas continuó corriendo con el cuchillo por encima de su cabeza. Sin miedo.

A un metro de la criatura del centro, saltó por los aires, asestando una patada con las piernas muy juntas. Dio con los pies a una bombilla naranja que sobresalía en el centro del pecho del monstruo. Reventó y chisporroteó; la criatura gimió algo horrible y cayó hacia atrás, de golpe, contra el suelo.

Thomas aterrizó sobre el lodo y rodó a un lado. Enseguida se levantó de un salto y bailó alrededor de la criatura, acuchillando, golpeando y reventando las brillantes protuberancias.

Plaf, plaf, plaf.

Esquivó y se apartó dando brincos de los inútiles intentos de la criatura por herirle. Contraatacó y la apuñaló. *Plaf, plaf plaf.* Tan sólo quedaban tres bombillas, el monstruo apenas podía moverse. Thomas se sentó a horcajadas sobre aquel ser en un arranque de confianza y asestó las últimas salvajes estocadas para ponerle fin.

La última bombilla estalló y se apagó. Ya estaba muerto.

Thomas se levantó y se dio la vuelta para ver si alguien más necesitaba ayuda. Teresa había terminado con su monstruo. Minho y Jorge también. Newt estaba allí, sin forzar su pierna derecha mientras Brenda le ayudaba a reventar las bombillas que le quedaban a su contrincante.

Unos segundos más tarde, terminó. Ninguna criatura se movía. No brillaban más luces naranjas. Había acabado.

Thomas, respirando con dificultad, levantó la vista hacia la entrada de la nave, a tan sólo seis metros de distancia. Mientras lo hacía, se encendieron los propulsores y la nave empezó a elevarse del suelo.

—¡Se va! —gritó Thomas tan alto como pudo, señalando como un desesperado su única vía de escape—. ¡Deprisa!

Aquella palabra apenas había salido de su boca cuando Teresa le agarró del brazo y tiró de él mientras corría hacia la nave. Thomas tropezó y luego se enderezó, aporreando con los pies el barro. Oyó el estruendo de un trueno detrás de ellos y vio el destello de un relámpago que inundaba el cielo. Otro grito. Otros surgieron a su lado, a su alrededor, delante de él, todos corriendo. Newt con su cojera, Minho junto a él, echándole un vistazo para asegurarse de que no se caía.

El iceberg llegó a un metro por encima del suelo y seguía levantándose poco a poco al tiempo que giraba, preparado en cualquier momento para mover aquellos propulsores y salir volando como una flecha. Un par de clarianos y tres chicas llegaron primero y se tiraron a la plataforma de la puerta de carga abierta. Seguía

elevándose. Otros subieron, la alcanzaron y treparon enseguida para entrar.

Entonces Thomas lo consiguió con Teresa. La trampilla abierta le quedaba ahora a la altura del pecho. Saltó y se impulsó con las manos sobre el metal plano, con los brazos rígidos y el estómago apretado contra el grueso borde. Subió la pierna derecha, hizo palanca y rodó su cuerpo entero hacia la puerta. La nave seguía subiendo. Otros se montaron y estiraron los brazos para ayudar a los demás. Teresa, a medio camino, trataba de encontrar dónde agarrarse.

Thomas extendió el brazo y le agarró la mano para tirar de ella. Cayó encima de él e intercambiaron una breve mirada de victoria. Entonces la chica se apartó y ambos se acercaron al borde de la puerta para ver si alguien más necesitaba ayuda.

El iceberg estaba ahora a dos metros sobre el suelo y empezaba a inclinarse. Había aún tres personas que colgaban del filo. Harriet y Newt tiraban de una chica. Minho ayudaba a Aris. Pero Brenda se sostenía sólo con sus manos, con el cuerpo colgando mientras daba patadas e intentaba subir por sí sola.

Thomas se tiró sobre su estómago y se acercó a ella para cogerla del brazo derecho. Teresa la agarró del otro. El metal de la puerta de carga estaba mojado y resbaladizo; cuando Thomas tiró de Brenda, empezó a deslizarse, pero se paró de repente. Se dio la vuelta un instante para ver que Jorge había clavado los pies en el suelo y abrazado con fuerza a Thomas y Teresa para sujetarles.

Thomas volvió la vista hacia Brenda y empezó a tirar de nuevo. Con la ayuda de Teresa, al final alcanzó el borde con el estómago lo suficiente para ganar impulso; a partir de ahí, fue fácil. Mientras se arrastraba y cada vez se introducía más adentro, Thomas echó otro vistazo afuera, al suelo, que poco a poco se iba alejando. No había nada más que aquellas terribles criaturas, sin vida y mojadas, bolsas de carne caídas que antes estuvieron llenas de luces brillantes. Unos cuantos cadáveres humanos, pero no muchos, y ninguno pertenecía a los que Thomas estaba más apegado.

Retrocedió para alejarse del borde con una sensación de gran alivio. La mayoría lo había conseguido. Habían vencido a los raros y a aquellos monstruos horribles. Lo habían logrado. Chocó con Teresa, se dio la vuelta para mirarla, la atrajo hacia sí y la abrazó bien fuerte, olvidando por un segundo lo sucedido. Lo habían conseguido.

—¿Quiénes son esos dos?

Thomas se apartó de Teresa para ver quién había gritado. Era un hombre con el pelo rojo y corto, que sostenía una pistola y apuntaba a Brenda y Jorge, que estaban sentados juntos, temblando, mojados y magullados.

—¡Que alguien responda! —volvió a gritar el hombre.

Thomas habló antes de pararse a pensarlo:

—Nos han ayudado a cruzar la ciudad. No estaríamos aquí si no fuera por ellos.

El hombre hizo un gesto violento con la cabeza hacia Thomas.

—Tú… ¿los has recogido por el camino?

Thomas asintió, sin gustarle adonde conducía todo aquello.

—Hicimos un trato con ellos. Les prometimos que obtendrían también la cura. Somos menos que cuando empezamos.

—No importa —espetó el hombre—. ¡No os dijimos que pudierais traer ciudadanos!

El iceberg continuó elevándose hacia el cielo, pero la puerta no se cerraba. El viento soplaba con fuerza a través del ancho agujero; cualquiera de ellos podría caerse y morir si sufrían turbulencias.

Thomas se puso de pie de todas formas, decidido a defender el pacto que había hecho.

—Bueno, nos dijisteis que viniéramos aquí, ¡e hicimos lo que teníamos que hacer!

El portador de la pistola hizo una pausa mientras parecía considerar aquella línea de razonamiento.

—A veces me olvido de lo poco que entendéis lo que está pasando. Muy bien, podéis quedaros con uno, pero el otro se va.

Thomas intentó no mostrar el impacto que le supuso aquello.

—¿A qué te refieres… con que el otro se va?

El hombre tocó algo en la pistola y acercó su extremo a la cabeza de Brenda.

—¡No tenemos tiempo para esto! Tienes cinco segundos para elegir quién se queda. Si no escoges, ambos morirán. Uno.

—¡Espera!

Thomas contempló a Brenda, a Jorge. Ambos miraban al suelo y no decían nada. Tenían las caras pálidas de miedo.

—Dos.

Thomas contuvo el pánico en aumento y cerró los ojos. Más de lo mismo. No, ahora lo entendía. Sabía lo que tenía que hacer.

—Tres.

Ya no tenía miedo. No le impresionaba nada. No tenía más preguntas. «Acepta lo que venga. Sigue jugando. Pasa las Pruebas».

—¡Cuatro! —al hombre se le enrojeció el rostro—. ¡Elige ya o morirán los dos!

Thomas abrió los ojos y dio un paso hacia delante. Entonces señaló a Brenda y dijo las palabras más asquerosas que jamás habían pasado por sus labios:

—Mátala a ella.

Ante la extraña declaración de que tan sólo podía quedarse uno, Thomas pensó que lo había comprendido, pensó que sabía lo que ocurriría. Aquello no era más que otra Variable y se llevarían al que no eligiera. Pero se equivocó.

El hombre se metió la pistola en la cinturilla de sus pantalones, agarró a Brenda por la camisa con las dos manos y tiró de ella hasta ponerla de pie. Sin mediar

palabra, se movió hacia el espacio abierto, llevándosela consigo.

Capítulo 62

Brenda miró a Thomas con pánico y la cara llena de dolor mientras el desconocido la arrastraba por el suelo metálico del iceberg hacia la trampilla y una muerte segura.

Cuando estaba a medio camino, Thomas actuó. Saltó hacia delante y se lanzó sobre las rodillas del hombre para tirarlo al suelo; la pistola repiqueteó junto a él. Brenda cayó a un lado, pero Teresa estaba allí para cogerla y retirarla del borde peligroso de la puerta. Thomas apretó su antebrazo izquierdo contra la garganta del hombre y alargó la otra mano para coger la pistola. Sus dedos la encontraron, la agarró y la acercó a él. Se puso de pie de un salto para apartarse mientras agarraba el arma con ambas manos, apuntando al desconocido despatarrado boca arriba.

—No va a morir nadie más —espetó Thomas respirando con dificultad, sorprendido de sí mismo—. Si no hemos hecho lo suficiente para pasar vuestras estúpidas pruebas, entonces hemos fracasado. Las pruebas se han terminado.

Al decirlo, se preguntó si se suponía que aquello era lo que tenía que suceder. Pero ni siquiera eso importaba, decía en serio cada una de aquellas palabras. Las muertes sin sentido tenían que acabar.

El rostro del desconocido se suavizó y reflejó una ligera sonrisa. Se incorporó y retrocedió hasta chocar con la pared. Mientras lo hacía, la gran puerta de carga empezó a cerrarse; el chirrido de las bisagras sonaba como cerdos chillando. Nadie dijo nada hasta que se cerró de golpe y entró una última ráfaga de viento.

—Me llamo David —dijo el hombre con una voz sonora en aquel nuevo silencio, interrumpido tan sólo por el bajo zumbido de los motores y los propulsores de la nave —. Y no te preocupes, tienes razón. Se ha acabado. Se ha acabado.

Thomas asintió con sorna.

—Sí, ya lo hemos oído antes. Esta vez lo decimos en serio. No vamos a sentarnos a esperar que nos tratéis como ratas. Estamos hartos.

David se tomó un instante para examinar el gran cargamento, tal vez con la intención de comprobar si los demás estaban de acuerdo con lo que Thomas acababa de decir. Aunque Thomas no se atrevió a apartar la mirada. Tenía que creer que todos le apoyaban.

Después, David volvió a mirar a Thomas, se levantó lentamente y alzó una mano como gesto de conciliación. En cuanto estuvo de pie, se metió las manos en los bolsillos.

—Lo que no entendéis es que todo ha ido y continuará yendo como está planeado. Pero tienes razón, las Pruebas se han completado. Vamos a llevaros a un lugar seguro, un lugar seguro de verdad. No habrá más muertes ni más mentiras ni más montajes. Se acabó el fingir —hizo una pausa—. Tan sólo puedo prometeros una cosa: cuando oigáis por qué os hemos hecho pasar por esto o por qué es tan importante que hayáis

sobrevivido tantos, lo entenderéis. Os prometo que lo entenderéis.

Minho resopló.

—Eso es el montón de clonc más grande que he oído en mi vida.

Thomas no podía evitar sentir un poco de alivio al ver que su amigo no había perdido su pasión.

—¿Y qué hay de la cura? Nos la prometieron. Para nosotros y para las dos personas que nos ayudaron a llegar hasta aquí. ¿Cómo podemos creer todo lo que nos contáis?

—Pensad lo que queráis de momento —contestó David—. A partir de ahora, las cosas cambiarán y recibiréis la cura, tal y como os dijimos, en cuanto lleguemos a nuestro cuartel general. Por cierto, puedes quedarte con esa pistola. Incluso os daremos algunas más, si queréis. No tendréis que luchar con nada más, no habrá pruebas que ignorar o rechazar. Nuestro iceberg aterrizará, veréis que estáis a salvo y curados, y entonces podréis hacer lo que queráis. Lo único que os pediremos de nuevo es que escuchéis. Tan sólo tenéis que escuchar. Estoy seguro de que al menos tenéis curiosidad por saber qué hay detrás de todo esto.

Thomas quería gritarle al hombre, pero sabía que no merecería la pena. En su lugar, respondió con una voz lo más calmada posible:

—No más juegos.

—A la primera señal de problemas —añadió Minho—, empezaremos a luchar. Si eso significa que morimos, que así sea.

Esta vez, David sonrió de oreja a oreja.

—¿Sabes? Eso es exactamente lo que predijimos que harías en este momento —señaló con la mano una pequeña puerta al fondo de la zona de carga—. ¿Vamos?

Newt habló en esta ocasión.

—¿Qué es lo siguiente en esta maldita agenda?

—Pensé que querríais comer algo y quizá daros una ducha. Dormir —empezó a rodear al grupo de los clarianos y las chicas—. Es un vuelo muy largo.

Thomas y los demás intercambiaron una mirada durante unos segundos, pero al final le siguieron. Tampoco les quedaba otra opción.

Capítulo 63

Thomas se esforzó por no pensar en nada mientras transcurrían las siguientes dos horas.

Al principio se había resistido, pero luego toda aquella tensión, el valor y la victoria se fueron desvaneciendo poco a poco mientras el grupo experimentaba las actividades más comunes: comida caliente, bebidas frías, atención médica, maravillosas duchas largas, ropa limpia.

Mientras eso sucedía, Thomas reconoció la casualidad de que todo aquello volviera a pasar de nuevo. Que él y los demás se calmaran para darles otro susto como el que habían tenido al despertarse en el dormitorio tras ser rescatados del Laberinto. Pero, en serio, ¿qué más quedaba por hacer? David y el resto de su equipo no les amenazaron ni hicieron nada por levantar la alarma.

Sintiéndose como nuevo y saciada su hambre, Thomas acabó sentado en un sofá que ocupaba la estrecha parte central del iceberg, una amplia habitación llena de muebles desiguales y colores tenues. Había estado evitando a Teresa, pero la chica se arrimó y se sentó a su lado. Todavía lo pasaba mal cuando la tenía cerca y le costaba hablar con ella o con cualquier otra persona. Por dentro estaba muy confundido.

Pero lo apartó todo de su mente porque no había otra cosa que hacer. No sabía cómo pilotar un iceberg y no sabría adonde ir incluso si pudiera asumir el mando. Irían donde les llevara CRUEL, escucharían y tomarían su decisión.

—¿En qué estás pensando? —preguntó al fin Teresa.

Thomas se alegraba de que hubiera hablado en voz alta; no estaba seguro de querer volver a comunicarse con ella por telepatía.

—¿En qué pienso? Más bien intento no pensar.

—Sí. Quizá deberíamos disfrutar de la paz y la tranquilidad por un rato.

Thomas la miró. Estaba sentada a su lado como si nada hubiera cambiado entre ellos. Como si todavía fueran amigos íntimos. Y ya no lo soportaba más.

—Odio que actúes como si no hubiera pasado nada.

Teresa bajó la vista.

—Intento olvidarlo, como probablemente lo estés intentando tú. Mira, no soy tonta. Sé que no volveremos a sentirnos como antes. Pero, aun así, no cambiaría nada de lo que ha pasado. Había un plan y ha funcionado. No estás muerto y para mí eso es lo único que importa. A lo mejor me perdonas algún día.

Thomas casi la odiaba por sonar tan razonable.

—Bueno, a mí lo único que me importa ahora es detener a esta gente. No está bien lo que nos han hecho. No importa lo mucho que yo haya estado involucrado. Está mal.

Teresa se estiró un poco para apoyar la cabeza en el brazo del sofá.

—Vamos, Tom. Puede que nos hayan borrado la memoria, pero no nos han quitado el cerebro. Los dos hemos sido parte de esto y cuando nos lo cuenten todo, cuando recordemos por qué nos metimos en esto, haremos todo lo que nos digan.

Thomas reflexionó sobre aquello un segundo y se dio cuenta de que no podía estar menos de acuerdo. A lo mejor pudo sentirse así en algún momento, pero ahora no. Aunque discutirlo con Teresa era lo último que deseaba hacer.

—A lo mejor tienes razón —murmuró.

—¿Cuándo fue la última vez que dormimos? —preguntó ella—. Te juro que no me acuerdo.

De nuevo actuaba como si todo fuera bien.

—Yo, sí. Al menos, mi última vez. Tiene algo que ver con una cámara de gas y contigo aporreándome la cabeza con una enorme lanza.

Teresa se estiró.

—Lo único que puedo hacer es repetirte muchas veces cuánto lo siento. Por lo menos, tú descansaste un poco. Yo no dormí ni un segundo mientras estabas ahí dentro. Creo que llevo despierta dos días enteros.

—Pobrecilla.

Thomas bostezó. No pudo evitarlo, él también estaba cansado.

—¿Mmmm?

La miró para ver sus ojos cerrados mientras respiraba lentamente. Se había quedado dormida. Echó un vistazo a los demás clarianos y al Grupo B. La mayoría también estaba reventada. Excepto Minho, que intentaba hablar con una chica guapa a la que se le habían cerrado los ojos. Jorge y Brenda no estaban por ninguna parte, lo que le pareció extraño, por no decir un tanto preocupante.

Fue entonces cuando advirtió que echaba muchísimo de menos a Brenda, pero sus propios párpados comenzaron a cerrarse y lentamente el cansancio y el agotamiento le invadieron. Mientras se hundía cada vez más en el sofá, decidió que ya tendría tiempo de buscarla más tarde. Finalmente, cedió y permitió que la dulce oscuridad de su inconsciencia se lo llevara.

Capítulo 64

Despertó, parpadeó, se frotó los ojos y no vio nada más que un blanco puro. No había formas ni sombras ni variaciones, nada. Sólo ese blanco.

Sintió un instante de pánico hasta que se dio cuenta de que debía de estar soñando. Era extraño, pero sin duda se trataba de un sueño. Podía sentir su cuerpo, sentir los dedos contra su piel. Notaba cómo respiraba; se oía respirar. Sin embargo, estaba rodeado de un mundo completo y perfecto de brillante nada. *Tom.*

Una voz. Su voz. ¿Podía estar hablándole mientras soñaba?

Eh —respondió.

¿Estás… bien?—sonaba preocupada. No, la percibía preocupada.

¿Eh? Sí, muy bien. ¿Por qué?

Tan sólo creí que estarías un poco sorprendido ahora mismo.

Sintió una punzada de confusión.

¿De qué estás hablando?

Estás a punto de entender más. Muy pronto.

Por primera vez, Thomas se dio cuenta de había algo raro en la voz. Le faltaba algo.

¿Tom?

No respondió. El miedo se arrastró hacia su interior, un terrible y escalofriante miedo tóxico.

¿Tom?

¿Quién… quién eres?—preguntó al final, aterrado por la respuesta.

Hubo una pausa antes de la contestación.

Soy yo, Tom. Brenda. Las cosas se van a poner muy mal para ti.

Thomas gritó antes de saber lo que estaba haciendo. Gritó, gritó y gritó hasta que al final se despertó.

Capítulo 65

Se sentó derecho, cubierto de sudor. Antes incluso de que pudiera calcular dónde estaba, antes de que toda la información viajara por los nervios y las funciones cognitivas de su cerebro, supo que todo iba mal. Que le habían vuelto a arrebatar todo.

Estaba tumbado en el suelo, solo, en una habitación. Las paredes, el techo, el suelo… todo era blanco. El suelo bajo sus pies era mullido, duro y liso, pero con la suficiente elasticidad para resultar cómodo. Miró las paredes; estaban acolchadas, con grandes hendiduras abotonadas, separadas un metro unas de otras. Una luz brillante salía de un rectángulo en el techo, demasiado alto para que lo tocara. El sitio olía a limpio, a amoniaco y jabón. Thomas bajó la vista para percatarse de que hasta sus ropas no tenían color: la camiseta, los pantalones de algodón, los calcetines.

Había un escritorio marrón a unos tres metros y medio delante de él. Era la única cosa en toda la habitación que no era blanca. Viejo, estropeado y lleno de arañazos, tenía una simple silla de madera colocada en el espacio dispuesto para sentarse. Detrás estaba la puerta, acolchada como las paredes.

Thomas sentía una extraña calma. El instinto le decía que debería haberse puesto de pie y empezado a gritar para pedir ayuda. Debería estar aporreando la puerta. Pero sabía que aquella puerta no se abriría, sabía que nadie le escucharía.

Volvía a estar en la Caja; debería de haberlo sabido ya en lugar de hacerse ilusiones.

«No voy a dejar que el pánico me domine», se dijo a sí mismo.

Tenía que ser otra fase de las Pruebas y esta vez se resistiría, lucharía por cambiar las cosas, para acabar de una vez por todas. Era extraño, pero saber que tenía un plan, que haría todo lo posible por encontrar la libertad, le provocó una sorprendente calma.

¿Teresa?—la llamó. Sabía que a aquellas alturas Aris y ella eran su única esperanza de comunicación con el exterior—. *¿Me oyes? ¿Aris? ¿Estás ahí?*

Nadie respondió. No estaba Teresa. Ni Aris. Ni… Brenda.

Pero aquello no había sido más que un sueño. Tenía que haberlo sido. Brenda no podía trabajar para CRUEL, no podía hablarle por telepatía.

¿Teresa? —repitió esforzándose mucho—. *¿Aris?*

Nada.

Se levantó y caminó hacia el escritorio, pero a medio metro se topó con una pared invisible. Una barrera, justo igual que en el dormitorio.

Thomas no dejó que el pánico aumentara, no dejó que el miedo le dominase. Respiró hondo, volvió al rincón de la habitación, se sentó y se inclinó. Cerró los ojos y se relajó. Esperó. Medio dormido.

¿Tom? ¡Tom!

No sabía cuántas veces dijo su nombre la chica antes de que por fin respondiera.

¿Teresa? —se despertó de repente, miró a su alrededor y recordó la habitación blanca—. *¿Dónde estás?*

Nos metieron en otro dormitorio después de que aterrizara el iceberg. Llevamos aquí ya unos días, sin hacer nada. Tom, ¿qué te ha pasado?

Teresa estaba preocupada, incluso asustada. Eso lo sabía seguro. En cuanto a él, sobre todo estaba confundido.

¿Unos cuantos días?¿Qué…?

Se te llevaron en cuanto aterrizó el iceberg. No dejaban de decirnos que era demasiado tarde, que el Destello estaba muy arraigado en ti. Dijeron que te habías vuelto loco y agresivo.

Thomas intentó mostrarse lógico y no pensar en que CRUEL podía borrar la memoria.

Teresa… no es más que otra parte de las Pruebas. Me han encerrado en una habitación blanca. Pero… ¿lleváis días allí?¿Cuántos?

Tom, ha pasado casi una semana.

Thomas no podía responder. Casi fingía no haber oído lo que Teresa acababa de decirle. El miedo que había estado reprimiendo empezaba a filtrarse poco a poco en su pecho. ¿Podía confiar en ella? Ya le había mentido demasiado. ¿Y cómo sabía siquiera que realmente se trataba de ella? Ya era hora de cortar los lazos con Teresa.

¿Tom? —Teresa volvió a llamarle—. *¿Qué pasa aquí? Estoy muy confundida.*

Thomas sintió un torrente de emociones, un ardor en su interior que casi hizo que le brotaran las lágrimas. Antes consideraba a Teresa su mejor amiga, pero ya nunca volvería a ser lo mismo. Ahora lo único que sentía cuando pensaba en ella era rabia.

¡Tom!¿Por qué no…?

Teresa, escúchame.

¿Hola? Eso es lo que intento…

No, sólo… escúchame. No me digas nada más, ¿vale? Tan sólo escúchame.

Hizo una pausa.

Vale —una tranquila y asustada voz en su mente.

Thomas ya no podía controlarlo. La furia latía en su interior. Por suerte, sólo tenía que pensar las palabras porque nunca podría haberlas dicho en voz alta.

Teresa. Vete.

Tom…

No. No digas ni una palabra más. Tan sólo… déjame en paz. Y puedes decirle a CRUEL que ya no voy a seguirles el juego. ¡Diles que me he hartado!

La chica esperó unos segundos antes de responder:

Vale —otra pausa—. *Vale. Entonces sólo me queda otra cosa que decirte.*

Thomas suspiró.

No puedo esperar.

Ella no habló enseguida, y Thomas habría pensado que ya no estaba de no ser porque aún sentía su presencia. Al final, Teresa volvió a hablar:

¿Tom?

¿Qué?

CRUEL es buena.

Y luego se marchó.

Epílogo

Memorándum de CRUEL Fecha: 12/02/232; hora: 21:13.
Para: Mis asociados
De: Ava Paige, ministra
Re: LAS PRUEBAS DE LA QUEMADURA, Grupos A y B

No es momento para dejar que las emociones interfieran en la tarea que tenemos entre manos. Sí, algunos acontecimientos se han desarrollado en una dirección que no habíamos previsto. No todo es idóneo —las cosas se han puesto mal—, pero hemos hecho un avance tremendo y hemos recogido muchos de los patrones que necesitábamos. Siento una gran esperanza.

Espero que todos mantengamos nuestro comportamiento profesional y recordemos nuestro propósito. Las vidas de muchísima gente están en manos de unos pocos; por ello es un momento especialmente importante para vigilar y prestar atención.

Los días venideros son fundamentales para este estudio y confío en que, cuando les devolvamos la memoria, todos nuestros sujetos estarán preparados para lo que vamos a pedirles. Seguimos teniendo los candidatos que necesitamos. Se encontrarán las últimas piezas y todo se pondrá en su sitio.

El futuro de la raza humana tiene más peso que cualquier otra cosa. Todas las muertes y sacrificios han merecido la pena para el resultado final. Se acerca el fin de todos nuestros esfuerzos y creo que el proceso funcionará. Tendremos nuestros patrones, tendremos nuestro programa. Tendremos nuestra cura.

Los psicólogos están deliberando incluso ahora. Cuando digan que ha llegado el momento adecuado, quitaremos el Golpe y les diremos a los sujetos restantes si son o no son inmunes al Destello.

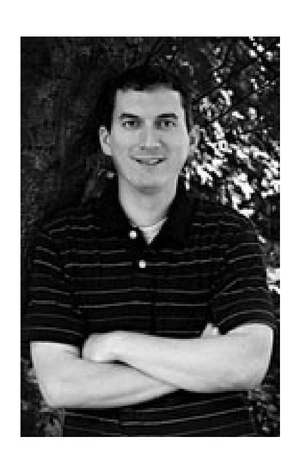
Eso es todo por ahora.

— FIN DE LA SEGUNDA PARTE—

Agradecimientos

No puedo expresarlo mejor que en el primer libro. A todas las mismas personas, sobre todo a Lynette, Krista y Lauren, gracias. Habéis cambiado mi vida para siempre. Gracias también a toda la gente de Random House, que ha trabajado tanto para que esta serie tenga éxito, incluidos mis publicistas, Noreen Herits y Emily Pourciau, y a todos los representantes de ahí fuera. No puedo creer lo increíblemente afortunado y dichoso que me siento. Gracias. Y por último, a mis lectores: moláis y os quiero.

El autor



JAMES DASHNER nació en Georgia en 1972. Licenciado por la Brigham Young University, en 2003 publicó su primer libro, *A Door in the Woods*, seguido de *A Gift of Ice* (2004), *The Tower of Air* (2004) y *War of the Black Curtain* (2005). Entre 2008 y 2010 publicó su trilogía *The 13th Reality. El corredor del laberinto* es la primera parte de una trilogía homónima seguida de *Las pruebas* (2010) y *The Death Cure* (2011). Los derechos cinematográficos de *El corredor del laberinto* y de *Las pruebas* los ha comprado la 20th Century Fox.